This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

2106 f. 83.

10

BIBLIOTECA DE LA PROPAGANDA LITERARIA.

SEMBLANZAS CONTEMPORÁNEAS,

POR

CASTELAR.

TOMO I.—ENERO, 1871.

H. Fabre.—E. Sibrech.

HABANA.
IMPRENTA LA POPULAR, CALLE DE
1871.

210

FEB 12 1871

BIBLIOTECA

DE

LA PROPAGANDA LITERARIA.

SEMBLANZAS

CONTEMPORÁNEAS,

POR

EMILIO CASTELAR.

HABANA.
Establecimiento tipográfico de La Propaganda Literaria.
CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.
1871.

Esta obra es propiedad de "*La Propaganda Literaria.*"

HABANA.—1871.

1871.

JULES FAVRE.

Habana **PROPAGANDA LITERARIA** Editor.

1871.

A. Demarest Engraver. Bway N.Y.

BODLEIAN
28 OCT
LIBRARY

Dos palabras del Editor.

La obra cuya publicacion anunciamos, no es de aquellas que necesitan ni grandes elogios, ni un extenso análisis: basta su título para comprender su interés, así como el nombre de su autor es más que suficiente garantía para todos. En efecto: conocer la vida de los grandes hombres que actualmente viven, y conocerla gracias á la pluma fácil y llena de vida del gran orador español; ver desarrollarse el drama, siempre vivo y palpitante, de las grandes existencias, y que esto sea en las bellas y hermosas páginas escritas por el Sr. Castelar; *ver pasar, en fin, uno por* uno los personajes que más

han influido, como hombres de inteligencia ó de accion, en el progreso ó retroceso del mundo actual, es un deseo al que ciertamente pocas personas pueden resistir. Hay en los grandes movimientos de la época presente, algo que toca á todos los hombres, algo que les interesa y les apasiona y hace que nadie pueda permanecer frio espectador ante las grandes mudanzas que se llevan á cabo. Los que en esos movimientos toman parte en primera línea, deben ser objeto de profundo estudio. Saber quiénes son un Bismark, que aspira á fundar un imperio en la Alemania del Norte y un Antonelli, sostenedor del poder temporal del Papa durante muchos años; un Napoleon III, que ha sido la primera figura en la política europea, hasta la ruidosa caida de su poder que acabamos de presenciar y un Víctor Hugo, ese noble anciano que á su corona de poeta añade la imperecedera de amante de la humanidad y la del proscripto; un Garibaldi, cuya vida es tan fecunda en extrañas aventuras y un Víctor Manuel, que ha sabido realizar la unidad de Italia; un Serrano, personificacion hoy del poder de España, representante de la revolucion de Setiembre y un Nocedal, espíritu viviente que se aferra á un pasado que no puede volver, con sus errores y sus desaciertos; un Rivero, alma llena de entereza y espíritu bata-

llador y enérgico, y un Pí y Margall, representante de la jóven democracia, talento profundo y analítico que honra al partido á que pertenece; saber, en fin, quiénes son los hombres más ilustres de la edad presente, entreverlos en su vida política y en la íntima y conocer á qué empresas han asociado su nombre, es al mismo tiempo que satisfacer una noble curiosidad, asistir á las grandes luchas de todo un siglo en ellas fecundo, y conocer, bajo una forma dramática y agradable, la historia contemporánea. Todas las teorías y todos los hechos, todas las esperanzas y todas las decepciones, los grandes intentos, las inquebrantables resistencias, el vivo amor á lo bello, el anhelo del bien, se verán personificados en cada una de las figuras, cuya *semblanza* nos dará, escrita con rápida, elocuente y conmovedora palabra, uno de los más ilustres publicistas españoles.

Por la índole misma de este trabajo, adivinarán nuestros lectores que el Sr. Castelar hace justicia á todos, y que no cuadrándole por lo tanto el papel de severo historiador, sino el de narrador ameno é instructivo, huirá por completo de entrar en el terreno de la política palpitante. Comprende perfectamente que no ha llegado el dia de hacer justicia, y que hay que dejar á los venideros tan espinoso trabajo; así se esplica el suyo y gana en lo poético lo que pierde en inten-

York, su parecido, y lo esmerado de la tirada nada dejan que desear, creemos que por nuestra parte hemos llenado cumplidamente los deberes que nos obligan como editores y como amantes de la bella literatura, por desgracia no tan atendida hoy como merece y fuera de desear.—Ahora toca al público secundar nuestros esfuerzos.

LA PROPAGANDA LITERARIA.

INTRODUCCION.

Verdaderamente desconocido para vosotros, mis lectores en América; sin títulos á vuestra consideracion; sin nombre con que proteger mis escritos; presentado solo por el patronato de un centro de publicaciones,—*La Propaganda Literaria*,—á quien jamás agradeceré bastante sus inmerecidas distinciones; sé que no me habeis negado vuestras simpatías, y no sé en cambio cómo podré manifestaros mi agradecimiento. Encerrado en este inmenso taller de París, donde la vida tiene las agitaciones del mar, y donde el pensamiento tiene la combustion del sol; ageno casi á todo cuanto me rodea, porque me encierro cada vez con más empeño en el *asilo de mi conciencia;* tan solitario como si estuviera

en mitad del desierto, á cuyas arenas se vá pareciendo tanto el oleaje de cabezas humanas que llena estas grandes ciudades europeas, puedo prestaros el inmenso servicio de iros enseñando los personajes que llenan el mundo con su nombre, sin que ninguna preocupacion turbe mi juicio, ni interés ninguno tuerza mi pluma. Yo he visto pasar desde mi retiro en procesion los hombres que aun hoy poseen casi por juro de heredad el mundo. Yo he visto al jóven heredero de ese imperio inglés, por todas las regiones de la tierra diseminado; yo he visto al gran hacedor del nuevo imperio aleman que se está aglomerando á orillas del Rhin, bajo la doble égida de la monarquía y del ejército; yo he visto al que se asienta sobre el cadáver de Polonia y al que respira las áuras del Bósforo; yo he visto, en fin, una procesion infinita de esos hombres que pueden á su arbitrio encender una guerra, lanzar dos ó más pueblos en horribles combates, y consumir así los tesoros y verter así la sangre de todos. Del uno he recogido un rasgo del alma, de algunos várias palabras, de todos alguna idea, y me propongo comunicaros todo esto, para que al ménos sepais una cosa difícil de aprender y muy útil, sin embargo, para la vida: el mundo social que habitais, algo más lleno de escollos y asechanzas que el mundo físico. A vuela pluma, á grandes rasgos pienso deciros algo de los hombres más célebres contemporáneos y de su historia.

Propóngome ser ántes que todo imparcial, y desprenderme de las preocupaciones de partido y los per-

juicios de escuela, para no atender más que á los hechos, y presentándolos en su verdad, dejar á ellos mismos su enseñanza providencial, y al lector sus juicios y sus ideas. Se ha acreditado mucho una manera de escribir la historia, que será más ó ménos filosófica, pero que no es verdaderamente histórica. Los historiadores se han enamorado de una idea, de una fórmula, y después han querido que á esta idea y á esta fórmula se ajustáran todos los hechos, se dobláran todas las personalidades, olvidando que en los movimientos sociales, á pesar de la libertad y de la responsabilidad humana, hay algo de esas fuerzas mecánicas que rijen los movimientos de los astros. Así, los escritores que quieren á toda costa conservar lo pasado, se han propuesto desacreditar á todos los reformadores y todos los tribunos, como si las reformas no fueran una necesidad, y los autores que quieren á toda costa llegar pronto al porvenir, se han propuesto desacreditar á todos los conservadores, como si la resistencia no fuera otra necesidad lógica de las sociedades, como si la reaccion no entrára en las leyes universales de la vida. Cuando se trata de teoría, teorice cada cual segun su conciencia ; cuando se trata de combatir, combata cada cual segun sus fuerzas; pero cuando se trata de historiar, historiemos todos segun los hechos. Tengan los historiadores modernos aquella estricta imparcialidad de los historiadores antiguos, que desde el instante mismo que cojian el buril para grabar los hechos, entraban *en la region* serena donde no llegan las pasio-

nes, y como que tomaban la naturaleza de los dioses. Así, sus obras eran el resultado de todas las ideas y el espejo de todas las conciencias, y se leian como una enseñanza universal en las fiestas de todos los pueblos. La historia es como la sociedad, no una idea aislada, sino todas las ideas; no un partido, sino todos los partidos; no un sistema, sino todos los sistemas; pues así como la sociedad es para los hombres lo que el espacio para los mundos, la historia es la astronomía de la sociedad. ¿Qué diríais del astrónomo que sólo midiera la atraccion y no la repulsion: que sólo estudiára los grandes ástros y no los pequeños; que sólo viera la luz y no las sombras; que sólo contára los dias y no las noches? Pues lo mismo es el historiador preocupado de una sola idea ó siervo de un solo partido. El autor de estas *semblanzas* se propone dejar hablar á los hechos.

Paris, 1868.

EMILIO CASTELAR.

JULIO FAVRE.

ga á tener expresion, á tener revelacion, á revestir formas, sino en la palabra. Esta manera de expresar la idea resume, compendia todo el universo. La palabra tiene vida, como la naturaleza; tiene luz, como el cielo; tiene la profundidad del mar, y parece como que compendia en sus fugaces giros el Universo. La palabra construye como la arquitectura, esculpe como el buril, pinta como el pincel, y canta como la música.

Pero cuando la palabra baja de la tribuna á las asambleas; cuando se enciende en los grandes pensamientos y corre á alimentar las grandes pasiones; cuando truena sobre una multitud y la agita como el viento el mar; cuando pasa de las melodías de una música dulce y tierna á los arrebatos de una pasion tempestuosa; entónces hasta llega á confundirse más íntimamente con el espíritu que el calor está confundido con la luz.

Yo no conozco satisfaccion comparable á la de un orador que tiene bajo su palabra una multitud, la cual se enternece si él se enternece, llora si él llora, se indigna si él se indigna, y forma con el alma de aquel hombre un alma universal, el alma de una asamblea, especie de catarata de pasiones que cae rugiendo á los abismos y se levanta en vapores al cielo á descomponer en espléndidos íris los matices del éter que flota en el espacio.

El orador es el hombre múltiple. Necesita pensar como el filósofo, argumentar como el dialéctico, imaginar como el poeta, representar como el actor, cantar como el músico, tener una vida íntegra como el mora-

lista, y una fé inquebrantable como el apóstol. Sólo con estas grandes condiciones, con estas extraordinarias facultades, se puede llegar à la cima de la tribuna política, ó académica, ó religiosa, á la càtedra, al foro, al púlpito, y desde allí lanzar sobre la multitud la elocuencia, esa lluvia de ideas, á veces plácida como el rocío, á veces violentísima como el huracan.

El orador no necesita sólo esas facultades íntimas, internas, de pensamiento y de fantasía; necesita al par facultades externas de locucion, de acento, de presencia, de accion, que suelen ser casi esenciales al discurso. Imaginaos el más grande pensador, Kant, por ejemplo, dotado de una de las más altas potencias intelectuales que han visto los siglos, pero falto completamente de la potencia de la palabra. Si quiere popularizar sus dotrinas, extenderlas entre la juventud, propagarlas, necesita de los oradores, de esos misioneros del mundo intectual, que llevan en sus lábios el verbo de las ideas.

Así es que junto á la iniciacion de toda idea, ó junto al ocaso de toda libertad, para preparar un mundo que se adelanta á ocupar un lugar en el espacio de la inteligencia, ó para resistir la caida de una libertad que se eclipsa, aparece siempre un grande orador. Junto á la tumba de la República griega, Demóstenes; junto á la tumba de la República romana, Ciceron; como junto á la cuna del cristianismo, San Juan, y junto á la cuna de la revolucion francesa, Mirabeau.

Son *tantas y tan* diversas las cualidades necesarias

para ser orador, que la historia, fecunda en grandes filósofos y grandes poetas, es muy estéril en grandes oradores, como si la naturaleza recelara de conceder á muchos este don de la palabra, don reservado á sus hijos predilectos.

El orador comparte con el guerrero las dádivas de la popularidad. Ora sea por el brillo de tan grande ministerio del espíritu, ora por la comunicacion más íntima y más contínua con el pueblo, ora por el recuerdo de las emociones que ha despertado una palabra elocuente,—emociones á que no llegará jamás ningun otro arte,—lo cierto es que los oradores gozan siempre de una reputacion universal, llevan su nombre desde los salones hasta las cabañas, y agitan y arrastran, en pos de sí, las inquietas muchedumbres.

Miradlos en medio de las grandes asambleas, circuidos por la multitud, embriagados por el licor divino de la inspiracion; despidiendo de sus nerviosas manos, agitadas por la electricidad del sentimiento, relámpagos que iluminan; y de sus lábios, vibrantes como una arpa, toda una miriada de luminosas ideas; acompañados por los clamores de la multitud, que se conmueve, y aplaude, y grita en torno de la tribuna como el oleaje en torno de un escollo; y decid después si conoceis espectáculo más bello en la sociedad, que este espectàculo; y soberanía intelectual más poderosa en el mundo, que la soberanía de la elocuencia.

Francia ha tenido muy grades oradores. Los nombres de Bossuet y de Masillon, en la cátedra religiosa;

de Mirabeau y Vergniaud, en la tribuna política; de Roger-Collard y Cousin, en la académica, quedarán siempre como grandes nombres, eternamente unidos á las glorias francesas.

Julio Favre continúa las gloriosas tradiciones de la tribuna francesa. Jefe de una oposicion corta por su número, pero grande por los hombres que la componen y las ideas que representa, sostiene los principios caidos bajo el tremendo peso del golpe de estado que suprimió la libertad en Francia. Su historia está íntimamente ligada con la historia, por tantos conceptos dramática, de la nacion francesa, en el presente siglo.—Ha nacido en aquella gran ciudad que se levanta en la confluencia del Ródano y del Saona, la ciudad de Lyon, sombría de color, triste de aspecto, confusa por el dédalo de sus calles; pero magnífica por su extension, y por aquellos alrededores bordados de jardines, donde se ostentan graciosas quintas; fecundados por caudalosos rios que descienden impetuosamente de los vecinos Alpes; quebrados por colinas sobre las cuales se levantan bosquecillos en que gorgean millares de aves; realzados por aquella colosal cadena del Mont-Blanc, cuyas masas se tiñen de los léjos resplandecientes de un horizonte casi italiano, y descomponen la luz en las horas solemnes del crepúsculo, con reflejos maravillosísimos sobre sus cúspides altísimas de cristales eternos. Es inolvidable la descripcion que Rousseau ha hecho, en sus *Confesiones*, de esta ciudad, cuando reina *la primavera, y el* calor comienza á abrir las flo-

res de sus jardines, á dar voz á sus aves y á esclarecer sus horizontes. La confluencia, sobre todo, de los dos caudalosos rios que al término de la ciudad se encuentran, es encantadora. Las dos grandes corrientes, lamiendo los bordes de la ciudad; su conjuncion, tranquila en un punto para dilatarse en más ancho y espacioso lecho; las torres góticas que se descubren, levantando sus caladas agujas sobre los sombríos muros de las calles; las colinas llenas de casas, que parecen puestas allí por milagro, elevadas en gradería de tal suerte, que los jardines de las unas coronan los tejados de las otras; el movimiento de un comercio activo, que se muestra en los puentes, en las barcas, en las rápidas carreras de las locomotoras; todos estos grandiosos espectáculos del trabajo y de la naturaleza, aumentan los encantos de esta ciudad, cuyo cinturon de cristalinas aguas llega hasta el Mediterráneo y esparce por dó quier la fecundidad de la vida.

Este espectáculo diario es propio para entonar un espíritu, para fortalecer un carácter. Nuestra primera educacion proviene siempre de la naturaleza. El mundo que nos rodea en los albores de la vida, deja en nosotros hasta la muerte su profunda huella. Por esas armónicas relaciones que existen eternamente entre el mundo interior y el mundo exterior, llevamos en el alma impreso el primer ósculo de la naturaleza, de esta nuestra madre, de la cual venimos y á la cual vamos, después de haber recorrido el círculo misterioso de la vida.—Es difícil comprender á Virgilio sin haber visi-

tado aquella campiña de Mántua que se reproduce eternamente en sus Eglogas y en sus Geórgicas. La palabra de Favre tiene algo de la fecundidad prodigiosa de aquella naturaleza, en medio de la cual resonó su primer vagido.

Hijo de una honrada familia de negociantes, su primera educacion fué muy severa. Esta severidad se conoce todavía en sus discursos, que brillan por las luminosas inspiraciones de la conciencia y por las sóbrias formas del juicio. Su familia, viendo las cualidades que desde bien temprana edad desplegaba para los egercicios de la inteligencia y de la palabra, resolvió enviarlo á la colosal ciudad que contiene en su seno casi todo el espíritu francés. Ya en París, las enseñanzas de sus cátedras despertaron en el corazon del jóven las nobles aspiraciones hácia la libertad. Cuanto más se estudia la historia y se sigue con los ojos del alma la corriente de sus hechos; cuanto más se profundiza esa nocion de justicia que es el centro de toda la gravitacion social; cuanto más se conocen las leyes de la economía y las ideas fundamentales del derecho, más se persuade la voluntad á abrazar, con una grande constancia, á pesar de los sacrificios que exije y de los dolores que cuesta, la cáusa de la libertad, por tantos martirios ilustrada, por tantas generaciones de filósofos preparada y servida por tantas generaciones de héroes, como que es la redencion social del mundo.

Pero aparte de estos movimientos naturales del corazon y de estas inspiraciones de la conciencia, hubo

un hecho capital que debió despertar vivamente su vocacion reformista. Este hecho fué el levantamiento de 1830, en que Francia rompió los tratados de la Santa Alianza después de haberlos tascado quince años, y expulsó la dinastía impuesta por las bayonetas extranjeras, las cuales necesitaron de todos los errores del primer imperio para pasar sobre la bandera tricolor á cumplir los ensueños de los emigrados de Coblentza, contra la revolucion francesa.

Uno de nuestros más célebres escritores—Donoso Cortés—ha dicho que solo merece vestir la toga viril aquel hombre que ha asistido al espectáculo de las revoluciones modernas. Una sociedad en ruinas, una dinastía en fuga, un pueblo en armas; la tribuna teniendo por pedestal la barricada; el espíritu popular levantado à recibir todas las ideas; París, la gran ciudad, poseida, como la Pitonisa en su trípode, frecuentemente de las más grandes inspiraciones; la revolucion, en fin, debió ser un espectáculo semejante en grandeza á las erupciones de un volcan, y capaz de extender largo tiempo, quizá durante toda una vida, sus reflejos en los dilatados horizontes de un grande espíritu.

Julio Favre, jóven y desconocido, pedia en un manifiesto, inscrito en *El Nacional* de aquella época, que la revolucion llegase hasta sus últimas consecuencias; que la monarquía se suprimiese definitivamente; que una Convencion se convocára por el pueblo y se reuniera por el sufragio universal, para escribir la nueva *Constitucion.* Los tiempos no estaban maduros para

las ideas de Favre. Lafayette, viejo honrado, pero débil, buscó un rey en el guarda-mueble de la corona, y encontró á Luis Felipe, que habia recibido grandes mercedes de la dinastía caida; lo llevó montado en un caballo blanco al *Hotel de Ville*, para que recibiera, entre los redobles de los tambores de la guardia nacional, el óleo de la consagracion popular, y llamó á semejante monarquía la mejor de las repúblicas.

Desde el primer momento estalló una grande oposicion entre la revolucion y el nuevo rey que la revolucion habia investido. Ante este desengaño, Favre se retiró á Lyon. Allí se inscribió en el colegio de abogados y comenzó á ensayarse en los difíciles egercicios de la elocuencia. Los comienzos de su oratoria tienen alguna analogía con los comienzos de Demóstenes. No balbuceaba palabras, pero balbuceaba formas; no tartamudeaba en la articulacion de los sonidos, pero tartamudeaba en la articulacion de las ideas. Decía un mismo pensamiento de diversas maneras, con formas distintas, por una série de ensayos rápidos, hasta encontrar la expresion más adecuada y la forma más perfecta. Así ha podido adquirir esa maravillosa aptitud para expresar sus pensamientos, con una sencillez tal en la construccion, y una sobriedad tal en el estilo, que sus discursos hablados, parecen discursos escritos.

Pero su vocacion principal era la vocacion política. Además de entrar en el colegio de abogados, entró en la redaccion del *Precursor*. Naturalmente, su criterio

político estaba en completa discordancia con el criterio legal de la monarquía de Julio. Sus artículos eran tachados de incendiarios. Todos los dias debia responder el periódico de alguna denuncia ante los tribunales. En una de estas denuncias fué condenado. Publicó entónces un artículo en el cual reconvenia á los jueces y criticaba acerbamente la sentencia. El editor fué citado ante los tribunales de la policía correccional. Pero Julio Favre, que estaba muy gravemente enfermo, reclamó para sí la responsabilidad y se presentó como reo ante la justicia; rasgo de entereza que mostró toda la rectitud y toda la energía de su carácter. Fué absuelto.

En 1831 defendia ante los tribunales de Lyon á los trabajadores de una sociedad de socorros mútuos, acusados de encubrir bajo tal razon social una verdadera asociacion republicana. Cuando acabó su discurso, empeñóse una tremenda batalla entre los trabajadores acusados y la guarnicion. Sale de la audiencia y se encuentra en medio de la pelea. Los soldados del Gobierno echan trás el orador del pueblo. Aquello fué una caza. Los fusileros le tomaron por blanco y le dirigieron una espesa lluvia de balas. Milagrosamente pudo salvarse de aquella granizada de fuego y ganar su casa. La cierra fuertemente, y la tropa la cerca como una fortaleza. Cuatro dias mortales; cuatro dias de angustia suprema, de lucha entre la muerte y la vida, de amenazas horribles y contínuos tiros lanzados por una soldadesca desenfrenada; cuatro dias en que todas las

ventanas fueron agujereadas y todas la paredes acribilladas; cuatro dias duró aquel sitio de un representante de la ley, de un magistrado que ejercia el más sublime de los ministerios humanos, el de la defensa de los perseguidos, el del amparo á los desgraciados.

No habia salvacion posible. Los víveres se acababan. Las fuerzas se agotaban con el ayuno y el insómnio. Julio Favre se decide á salir á buscar una muerte pronta, ó una salvacion digna de su arrojo. Las balas vuelven á llover sobre él sin tocarle, como si el plomo tuviese más respeto á la santidad de la defensa que los empedernidos corazones de los hombres. Quiere entrar en la prefectura á pedir amparo á la autoridad civil contra el desenfreno militar, y cae prisionero de sus perseguidores. Un consejo de guerra se improvisa en aquel mismo instante, para juzgarlo sobre un tambor y fusilarlo en el acto. Muchas voces piden su muerte, sin necesidad de juicio. Pero una minoría le salva y le conduce al palacio del Prefecto, el cual inmediatamente le pone en libertad.

A pesar de estos grandes servicios prestados á su cáusa, encontróse un dia en completo desacuerdo con los republicanos, desacuerdo que duró todo el tiempo que durára la monarquía de Julio. Habia acaecido una de tantas revoluciones como eran frecuentes en aquellos tiempos de perturbacion en que nunca estuvieron sólidamente establecidos ni el trono ni sus bases. La revolucion fué vencida, y contra los revolucionarios vencidos *se creó un tribunal* especialísimo, escepcional; los

pares. Los acusados buscaron por defensores á los primeros abogados, á los hombres de mejor palabra que á la sazon habia en Francia. Julio Favre era ya famoso por sus defensas en los estrados de Lyon. Pero la notoriedad alcanzada en las ciudades de provincia no puede compararse con la notoriedad alcanzada en París; que bien pronto pasa á ser notoriedad europea, universal. El talento de la palabra necesita, más que ningun otro, ocasion, teatro y público. Todo lo encontraba Favre en aquel proceso; solemnidad, porque hablaba ante los pares; interés, porque se referia á un suceso universalmente conocido; aplauso, porque iba á sustentar la causa de los vencidos; gloria y renombre, porque debia contar con sus facultades de orador, con los recursos de su palabra, y poner su nombre en un solo dia al lado de los primeros nombres de su pátria. Ciento ochenta defensores se encontraron reunidos para tratar aquel ruidoso asunto, de tan grave, de tan escepcional importancia. Muchos de los acusados estaban señalados al verdugo. Francia entera contemplaba aquel cenáculo de oradores. Nadie sabia el nombre de Favre, que á la sazon no pasaba de los límites de su departamento. Los defensores notaron que el tribunal era esencialmente político, y que la defensa estaba cohibida; y por lo mismo decidieron que no debia reconocerse un tribunal parcialísimo, ni usarse un derecho restringido, amenazado por las arbitrariedades del poder.

Hubo entre aquella muchedumbre de tribunos un *jóven que se opuso* al voto general, á la opinion gene-

ral de los defensores; un jóven que pensó debia reconocerse el tribunal, no obstante su carácter político, y debia practicarse el derecho. Este jóven, que así desafiaba la ira del pueblo, siempre más pronta á cebarse en sus amigos que en sus contrarios, y que así desconocia la disciplina de los partidos, los cuales nunca perdonan al que dentro de su mismo seno los contradice, este jóven era Julio Favre.

La discusion fué tempestuosa. Las acusaciones más terribles caian sobre aquel jóven orador, que las escuchaba impertubable. Decíanle que sacrificaba su partido, los intereses de la libertad, los acusados, en áras de su egoismo, deseoso de ostentar el brillo de su inteligencia y la facilidad de su palabra. Julio Favre no cedia. El célebre Michel de Bourges fué con Dupont y Favre, encargado de notificar á los reos la decision de la asamblea de sus defensores. Encontrábanse aquellos encerrados en los calabozos del Luxemburgo, donde en otro tiempo estuvieran tambien Danton y Camilo Desmoulins. Los tres comisionados entablaron una larga discusion en presencia de los acusados. Miéntras sus dos compañeros insistian fuertemente en la necesidad de abandonar la defensa y condenarse al silencio, desdeñando jueces interesados y derechos en su esencia desconocidos, Favre sustentaba que aquella decision no podia obligar á todos, ofreciéndose como defensor á los que deseáran usar el derecho de defensa. Michel de Bourges, que tenia el carácter muy fuerte, una palabra elocuentísima, pero durísima, en presencia de los mis-

mos reos reconvino á Favre con amargura. Las mismas escenas violentas se reprodujeron contra él, cuando notificó definitivamente á la asamblea su resolucion de hablar.

Aquella defensa quedará como un ejemplo de feliz mezcla entre la elocuencia política y la elocuencia forense; como un monumento de admirables proporciones. Favre especialmente es orador de foro. La severidad de su lenguaje, la sencillez de sus formas, la fuerza creciente de sus raciocinios, dichos siempre más para convencer que para persuadir; la contenida moderacion de su ademan, es más propia del foro que de la asamblea. Su pasion, que no alcanza nunca á las grandes cóleras de la elocuencia tribunicia, anima con calor suave las arengas forenses, y las eleva á la temperatura más conveniente. Por todas estas cualidades ha brillado extraordinariamente en la época del Imperio, en la tribuna del Cuerpo Legislativo, tan rodeada de escollos. Cuando todo su ministerio se reducia á acusar; cuando toda acusacion por fuerza habia de ser moderada; cuando la reticencia estaba destinada á embotar muchos dardos; cuando la pasion no podia acercarse al límite donde le asaltara el recuerdo de sus juramentos al Imperio; en medio de tantas dificultades creadas por las instituciones y por su propia posicion; su talento ha llegado á una ductilidad que será siempre el asombro del mundo y la gloria del orador.

Con estas cualidades, necesariamente debió brillar mucho en aquella célebre ocasion ante la Cámara de

los Pares, circundado de impopularidad cuando ejercia el cargo de tribuno, envuelto en la serenidad tranquila de su conciencia. Debe conocerse el final de esta arenga, que es un perfecto modelo de su elocuencia. "Nos "acusais de haber atentado á la seguridad del gobier- "no, decia; yo acuso al gobierno de no haber preveni- "do estos sucesos, de haber alimentado la revuelta, "llamando la insurreccion á la plaza pública en los "momentos mismos en que era tan fácil reprimirla. "Nos acusais de haber construido barricadas; yo os "acuso de haberlas dejado levantar á los ojos de la "policía y de los agentes de la autoridad civil, y haber "soltado, entre los grupos inofensivos, provocadores "pagados. Nos acusais de haber recurrido á la fuerza "contra los defensores del órden; yo os acuso de ha- "ber rasgado la ley que protege á los ciudadanos, de "haber dado una consigna que basta por sí sola, á en- "cender una insurreccion; de haber comprometido las "vidas de mujeres, niños y ancianos; de haber prolon- "gado la lucha sin necesidad; de haber enterrado en- "tre las ruinas de las casas, familias que no os ataca- "ban; de haber sido sordos á las demandas de treguas "y de conciliacion que os dirigian, y de no haber per- "donado la vida de los vencidos. Habeis pronunciado "vuestra acusacion; hé aquí la mia. Ambas quedarán "grabadas á las puertas de este palacio, y ya verémos "cuál durará más, y cuál leerá Francia con más indig- "nacion."

El combate en aquella ocasion fué tremendo. Ha-

blar por primera vez ante la más alta asamblea de la Europa continental, á los oidos de Francia; defender los acusados contra su mismo deseo y sus mismos votos; sublevar á sus enemigos por la dureza de las palabras y á sus amigos por la indisciplina de la conducta; luchar solo en una cáusa vencida, pasando por cómplice servil de los vencedores; ser á los ojos de los más benévolos, un rebelde que cede á las instigaciones del orgullo y que convierte la santidad de la desgracia en ocasion de mostrar el abundante raudal de su oratoria; todas estas consideraciones le atormentaron de tal suerte, que salió sordo de aquella defensa, como si le hubiera aturdido el zumbar de tantas acusaciones, y salió enfermo, nervioso, con fiebre, con delirio, como si hubiera agotado todas sus fuerzas.

El desacuerdo con los republicanos á que le arrastró esta conducta, fué causa de un largo retraimiento político. Pero el abogado de Lyon se convirtió en abogado de París. En 1836, el gran escritor Lamennais renunció á la direccion del *Mouvement*, periódico político. Julio Favre entró á reemplazarle. El periódico se le murió entre las manos. Julio Favre no ha sido nunca escritor. Es inconcebible esto, pero sucede con frecuencia; hay grandes oradores que no son grandes escritores. Lo contrario se esplica fácilmente. Puede haber escritores á quienes falte la facilidad de la palabra, la fecundidad de la inspiracion, la prodigiosa memoria que exije la buena ordenacion de los argumentos de un discurso; pero yo no concibo cómo los hombres que hablan

fácil y correctamente, no escriben lo mismo, cuando la reflexion aumenta los quilates de las ideas y el trabajo reposado las cualidades del estilo. Tal vez necesiten la contradiccion, el combate, la presencia de sus enemigos, el ardor emanado de la atmósfera, que rodea á los oradores; tal vez necesiten de estos excitantes para expresar con feliz facilidad sus ideas.

El Foro vino á ser su principal campo de batalla. Todo cuanto hizo desde el año 36 al 48, por la política, fué defender los periódicos republicanos con frecuencia conducidos ante el Jurado. Amigo de Ledru-Rollin, á cuyo periódico—*La Reforma*—defendió en varias ocasiones, hallóse á su lado cuando sobrevino el triunfo de la República. Entónces fué sub-secretario del ministerio del Interior, primero, y después del ministerio de Negocios Extranjeros. Inmensas dificultades tuvieron que vencer estos hombres. La primera República no aparecía á los ojos del mundo como una transfiguracion luminosa de la conciencia humana, sino como un cadalso donde la Francia se habia abierto sus venas y derramado toda su sangre. Las clases medias no querian abrir la fortaleza de sus privilegios al pueblo. Este no tenia aquellas virtudes públicas y privadas, aquella claridad de razon, aquella conciencia del propio derecho, que se necesitan para practicar la más complicada de todas las formas de gobierno. Las clases medias y las clases inteligentes que dirigian la República, tuvieron miedo á la libertad y querian lo imposible; que la libertad dejara de ser humana, es

decir, que la libertad fuera perfecta. Preocupadas con la idea de evitar sus excesos, la ahogaron al nacer. Las preocupaciones monárquicas y militares quedaron como una levadura en el fondo de la República. La centralizacion hizo posible que por un golpe de mano cayera una democracia que tenia en su poder fuerte y único, todas las formas de un Imperio. Se continuó el error de confundir las tradiciones democráticas que arrancan de la declaracion de los derechos del hombre, con las tradiciones bonapartistas que arrancan del diez y ocho de Brumario. Por huir del terror del noventa y tres, un escollo que debia evitarse, ¡ah! se fué á dar en una candidez bucólica, y se abrieron las puertas de la República á príncipes que eran una amenaza eterna, y que debian sembrar una conspiracion constante. Un hombre fué revestido con más poderes que toda la Asamblea, y por consecuencia que todo el pueblo. Los franceses, que colectivamente son desinteresados hasta el sacrificio, individualmente son interesados hasta la avaricia. El pueblo pedia más bien á la República intereses que derechos. Su hambre era siempre un fantasma que se levantaba contra la libertad. La utopia, la promesa de goces infinitos, de una especie de maná religioso; toda aquella cosmología de placeres que habian mil escuelas inventado en una especie de apocalípsis, donde las pasiones eran declaradas infalibles, y los placeres elevados á fin único de la vida; exacerbaron todos los apetitos y comprometieron todas las libertades, consideradas como vírgenes consagradas al

culto de una metafísica idealista, completamente estériles para el pueblo.

Entónces vinieron las jornadas de Junio. Los republicanos lucharon unos contra otros y todos fueron vencidos. Sobre aquellas barricadas se dibujó la dictadura. Los miles de cadáveres que la metralla de unos y otros sembró en las calles de Paris, fueron su abono; la sangre derramada fué su riego. El árbol maldito brotó, cargado de frutos de perdicion. Por eso no era prudente ensañarse con los vencidos. Favre, sin embargo, presentó á la Asamblea la acusacion contra Luis Blanc, acusacion elocuentísima y por lo mismo todavía más censurable. La elocuencia es de suyo tan generosa, que no puede ser acusadora, ni en justicia, sin degenerar en cruel. Por eso la elocuencia ha nacido para la defensa. La acusacion elocuente aparece siempre como una monstruosidad. Además, olvidar que la República se habia constituido por una revolucion; que en las épocas revolucionarias, los ensayos de ideas, aún falsas y utópicas, son inevitables, forzosas las conmociones; que la acusacion de unos contra otros no traia más que la debilidad de todos; era, sin resucitar sus grandezas, los errores de la Convencion, inmolando los republicanos para que apareciera sobre sus cadáveres la siniestra sombra del imperio. Y ya que estamos penetrando en estas fases sombrías de la vida de Favre, no olviden los hombres políticos, sea cualquiera su escuela ó su partido, cuán caras se pagan siempre las inconsecuencias.

Hace pocos dias, la ley de Imprenta se discutia en el

Cuerpo Legislativo. Una de las mayores trabas que la espresion del pensamiento puede tener, se encuentra en el depósito, plomo puesto sobre sus alas para que no remonte el vuelo. La minoría que Julio Favre capitanea, pide hoy la supresion del depósito. Y el ministro de Justicia les decia: "Vosotros, que pedís hoy la "supresion del depósito, pedísteis su restablecimiento "en tiempo de la República." El argumento era asesino. Julio Favre habia pedido á la Asamblea Republicana el restablecimiento del depósito. No pueden los liberales desconfiar de la libertad, sin desconfiar de sí mismos; no pueden herir la libertad sin herirse á sí propios. Con más seguridad podia hablar Favre en las cuestiones italianas, porque se opuso durante la República á la primera expedicion á Roma, como se ha opuesto durante el Imperio á la segunda: la consecuencia en las ideas, dá grande autoridad á los hombres políticos.

Nunca se alistó Favre en una fraccion determinada durante el gobierno de la República. Fué á veces amigo de Ledru-Rollin, á veces reposó en el centro izquierdo de la Asamblea, á veces llegó á la falda de la montaña, y á veces tuvo tambien visiones socialistas. Individuo de la Asamblea Constituyente y de la Asamblea Legislativa, el dos de Diciembre, el nuevo diez y ocho de Brumario, vino á lanzarlo de la Tribuna. Entónces se refugió en el Foro. Como sus cualidades capitales de orador, son las cualidades forenses, brilló en los tribunales cual nunca habia brillado en las Asam-

bleas. Un dia vino á Paris un hombre que concebía la política á manera de los antiguos romanos, sin recordar que el puñal de Bruto pudo matar á César, pero no pudo resucitar la República. Desde una ventana de la estrecha calle de Lepelletier lanzó unas bombas sobre el coche donde iba el Emperador. Las bombas estallaron, hirieron y mataron á soldados y gentes de la comitiva, dejando incólumes al Emperador y á la Emperatriz. Orsini fué preso, y confió su defensa á Julio Favre. En medio del silencio que habia impuesto el Imperio á la prensa y á la tribuna, aquella elocuentísima arenga, severa en sus formas, acerba en su fondo; llena de grandes consideraciones que se referian á los problemas indudablemente más altos de la vida y de la muerte, de la sociedad y del derecho; dicha con una profundísima emocion y alguna que otra vez iluminada por el relámpago de una tempestad; aquella arenga era como la resurreccion de la elocuencia política, de esa elocuencia tan necesaria y tan cara á este ático pueblo de Francia, que ha conservado siempre un culto supersticioso por los esplendores de la palabra. Julio Favre, fué llevado después de este discurso, por los electores de París, al Cuerpo Legislativo.

Detengámonos en su presencia un momento. La educacion religiosa que recibió en el seno de su familia se conoce en cierto tinte místico muy subido que de vez en cuando toma su palabra. Los mismos enemigos de Julio Favre, hasta Mirecourt, que lo denigra en su vida pública, convienen unánimes en asegurar que su

vida privada es de una honradez perfecta. Buen hijo, buen padre, buen esposo, los placeres del hogar doméstico son el único descanso que ofrece á las batallas contínuas de la palabra, en que se pierde la sangre del alma. Su figura no es atractiva. Lleva la melena larga; es la frente espaciosa y abultada como todas aquellas frentes que guardan alguna gran cualidad ó alguna luminosa idea; la nariz, si no es completamente chata, es pequeña; la boca grande, como para dejar paso á los manantiales de la palabra; los ojos, penetrantes y vivos; la sonrisa, espresiva; la accion, un poco amanerada, y la apostura un poco vulgar; pero la voz clara, alta, vibrante, obedeciendo flexible á todos los giros del pensamiento.

Como orador, no es Julio Favre de una facúndia extraordinaria, de una imaginacion pasmosa, de un brillo en la forma que deslumbre, ni de un ímpetu en el sentimiento que arrastre; no es de la madera de los oradores inspirados y extraordinarios; no es del órden superior de los tribunos. El pensamiento no es en él muy original, el punto de vista no es en él muy elevado, la forma no es en él muy brillante, la pasion no es en él muy intensa. Pertenece á ese número de oradores que juzgan y no batallan; que atienden á la severidad del raciocinio ántes que al esplendor de la imaginacion; claros en sus juicios, sencillos en sus formas, correctos en su lengnaje, proporcionados en la distribucion del discurso, grandes organizadores de la série progresiva de sus argumentos; con entonacion uniforme, pero agra-

dable, y con una conjuncion tan estrecha entre la idea y la palabra, como la del espíritu y el cuerpo; brillando en la esfera de las ideas por la dialéctica y en la esfera de las manifestaciones de esas ideas, por la precision, que es la cualidad sobresaliente de este orador extraordinario.

La palabra corre límpida, tranquila, uniforme, clara. Pero cuando alguna vez se encrespa, cuando pierde esta serenidad, produce mayor efecto por la fuerza del contraste. Entónces truena su voz, y relampaguea su imaginacion como la voz y la imaginacion de un tribuno. Julio Favre suele ser en esto muy artista. Cuando ya ha recorrido un largo espacio de tiempo; cuando ya ha dicho un gran número de frases todas ordenadas de la misma suerte y pronunciadas en el mismo tono; cuando ha agrupado sus argumentos con una verdera habilidad, dándoles el aspecto de la uniforme solidez de las fortalezas, entónces, por si el auditorio se halla fatigado, eleva el tono, enciende la palabra en la imágen, lanza una chispa de electricidad, y baja de la tribuna en medio del oleaje de las pasiones y del rumor de los aplauros, coronado como un gran triunfador con la victoria. Y en efecto, no hay batallas tan honrosas como las batallas de la tribuna, ni triunfos tan bellos como los triunfos de la elocuencia.

París, Febrero 15 de 1868.

EDUARDO BISMARK.

EDUARDO BISMARK.

Indudablemente, el hombre que hoy llena con su fama el mundo; el hombre que hoy puede cambiar la faz de Europa, como ha cambiado la faz de Alemania, es el Conde de Bismark. Un orador elegante en el Parlamento, un ministro habilísimo en el gobierno, un diplomático en los consejos de Europa, un soldado en los campos de batalla, y en la sociedad un hombre de mundo. No pretendemos hablar aquí de sus conocidos fines, y de sus más conocidos medios políticos. Tal no es nuestro objeto. Descartamos la política de estas cortas observaciones que nos proponemos consagrar á un hombre verdaderamente extraordinario. Hay pocos paises en Europa donde sea tan grande el desnivel

intelectual entre el pueblo y las clases ilustradas como en Alemania. Hay pocos paises donde se destaquen de un fondo oscuro y de un caos de muchedumbres vulgares, más brillantes personalidades. El pueblo sabe leer, pero no sabe pensar. Esa viveza de concepcion, esa facilidad de palabra que tan naturales son en nuestros campesinos del Mediodia, no existen ni por excepcion siquiera en los campos de allende el Rhin. Pero en cambio pocos paises, tal vez ninguno, cuenten en su seno tantos sábios que hayan profundizado así los problemas de la naturaleza, como los problemas del espíritu, llenando de tesoros la ciencia. El carácter aleman es un carácter honrado, recto, exento de vivas pasiones y más dado á la idea que á la accion. La misma vaguedad metafísica que tiene su poesía, más admirable por el fondo que por la forma, tiene su carácter, más admirable por sus libros que por sus hechos. Si en medio de un pueblo vulgar se levantan algunos pensadores, han de influir necesariamente, con su palabra y su pluma, en ese pueblo como otros tantos oráculos. Pero si en medio de esos pensadores se levanta un hombre extraordinario, que prefiera la accion á la idea, la práctica á la teoría, el mundo á la abstraccion, ese hombre positivo, práctico, dotado de cualidades opuestas á las cualidades de su raza, ha de concluir por erigirse en uno de los más fuertes poderes de Alemania, al ménos porque trabaja en la realidad, miéntras los demás trabajan en las regiones abstractas. Pocas veces se ha reunido un Parlamento más ilustre

que el Parlamento de Francfort, y pocas veces, sin embargo, se ha reunido un Parlamento ménos práctico. Doctores, filósofos, legistas, críticos, poetas, hasta oradores, pero ningun político. Grandes teorías sobre el derecho natural y el derecho público; indagaciones admirables respecto á la historia de Alemania y á sus destinos en la humanidad; trozos de oratoria y de lirismo que podrian presentarse como grandes modelos en cualquier Universidad ó Liceo; pero poca práctica de las realidades del mundo, unida á un espíritu nacional tan orgulloso é invasor, que creyeron posible encajar en Alemania, en la gran pátria germánica, los polacos y hasta los italianos. El primer hombre que á un ánimo levantado, á un carácter esforzadísimo uniera el sentido de la realidad, la práctica del mundo, el conocimiento de los escollos políticos, era llamado á ser el hombre de Alemania, al ménos por ver claro, por conocer cuanto pasa á su alredor en ese pais donde todo el mundo mira á los vagos espacios celestes y conoce mejor la ciencia que la vida. Este hombre ha sido el Conde de Bismark, que en muchos años ha servido la cáusa de su rey, para servir ahora la cáusa de su pátria. Inteligente, astuto, reservado, poco escrupuloso en los medios, con tal que le procuren sus fines políticos, de un maravilloso arte para engañar y para fingir, de un desden á toda prueba por el juramento hecho ó la palabra empeñada, de una gran fé en las virtudes y en los vicios de su raza, cuyo espíritu conoce profundamente, hoy es su política la esfinge misteriosa, es-

condida entre las nieblas del Rhin y que lleva en su frente la paz ó la guerra del mundo.

Eduardo Bismark nació el 1º de Abril de 1814 en el castillo de Shœnhausen, á orillas del rio Elba. Su orígen es germánico y slavo, de suerte que tiene en sus venas sangre de las razas más tenaces de Europa. Hay mucho en su temperamento y en su conciencia de ese afan que tienen los pueblos del Norte por la conquista, afan semejante al instinto de los animales obligados á emigrar en ciertos períodos por las leyes de la naturaleza, por la sucesion de las estaciones. Solamente que el conquistador Bismark no es tanto el guerrero valeroso en los campos de batalla como el diplomático hábil en los consejos de Alemania. En el pensamiento de Bismark, la guerra ha sido un título de cruel necesidad para apoderarse del predominio político de su gran pais, sujeto desde hace mucho tiempo á la voluntad del Austria. Así es que Bismark ha ganado su enorme influjo sobre el rey y sobre la nacion en grandes trabajos diplomáticos, después de haber recorrido todas las córtes de Europa. Estudió el futuro ministro en la Universidad de Jena, cuando los trabajos de Kant daban sus resultados en aquella filosofía de Fichte, tan propia del carácter germánico; filosofía que debió ser más tarde completada por el idealismo objetivo de Schelling, y el idealismo absoluto de Hegel. Alemania, después de haber soñado con la libertad, se encontraba á la sazon dividida, fraccionada, burlada en sus aspiraciones más caras, rendida á los

piés del célebre Meternich, que dirigia á su sabor la política europea y ponia la corona imperial del Austria como una gran tapadera sobre el heredero de las ideas alemanas, representadas muy especialmente por Prusia. En la organizacion de la Alemania, el jóven político sabia que para prevalecer era necesario comenzar por ir á las dietas y asambleas de los pueblos, para acabar por ir á las córtes ó los palacios de los reyes. La dieta de Sajonia le contó entre sus individuos. Uno de sus primeros discursos fué la ardiente y célebre catilinaria contra las capitales. En efecto, cuantas veces se ha querido fundar un gran poder, se ha fundado una gran ciudad central, hácia la que gravitasen las diversas comarcas á ese poder sometidas. El conquistador Alejandro fundó á Alejandría para enterrar el federalismo griego; Luis XIV agrandó á París á fin de matar la Fronda, y Felipe II encerró en Madrid los privilegios y los derechos que aun quedaban de nuestra gloriosa Edad Media. Nadie hubiera dicho á la sazon, en 1846, que aquel mismo hombre, tan esencialmente federalista, habia de ser el brazo de un imperio unitario, absoluto, militar, y que habia de idear para Alemania una capital tan fuerte y tan única y tan influyente como es París en medio de Francia. Su táctica fué combatir á los partidos extremos unos con otros; aplastar á los republicanos con los feudales y á los feudales con el rey, levantando á este á personificar una cáusa alemana, una cáusa esencialmente nacional, que le diese jurisdiccion para domi-

herido por las últimas victorias prusianas. Pero es graciosa, y la tomamos á beneficio de inventario. Estaba Bismark de embajador en San Petersburgo. El príncipe Gortschakoff le habia invitado á comer. Durante la comida, el embajador prusiano derramó sobre la cabeza de los personajes más conocidos de Europa toda la amarga hiel de su ironía. Concluyó el té, despidióse Bismark de sus compañeros, y tuvo que atravesar el patio del palacio para tomar su coche. Entónces el príncipe hizo soltar uno de sus más ladradores perros. Bismark comenzó á llamar á los criados para que contuvieran ó atasen el animal. Así que oyó el estruendo, abrió Gortschakoff el balcon, é inclinándose sobre el patio, dijo con fuerza:

—Sr. Conde, no mordais á mi perro.

En 1852 fué nombrado embajador en París. Desempeñó cinco meses tan alta dignidad. Por este tiempo se habia desencadenado ya la demencia en Federico Guillermo IV. Desde 1848 el rey de Prusia no estaba muy seguro de su razon. Las luchas con el pueblo sobrescitaron su sensibilidad y perdieron casi su cerebro. La revolucion le obligó á descender á la calle y saludar á los muertos, á los sacrificados por su metralla. El horror inspirado en su ánimo por estos acontecimientos fué tan grande, que en 1849 no quiso aceptar la corona del imperio aleman, porque estaba ornada, digámoslo así, de principios filosóficos opuestos á sus principios políticos. Jamás pudo sacudir este horror, y perdió el juicio. Entónces su hermano fué regente, y

el regente llamó á Bismark al ministerio. Miéntras vivió el rey, tuvieron la supersticion, si se quiere honrosa, regente y ministro, de conservar un culto por su política. Pero inmediatamente que murió, pudo aplicarse en todo á Prusia la leyenda del Koran: "no hay más rey que el rey; pero Bismark es su profeta." En este tiempo habia realizado Cavour la obra de la unidad italiana. Sea cualquiera el juicio que recaiga sobre esta obra, ora se la crea un progreso, ora una infame usurpacion, nadie será osado á negar la habilidad del ministro italiano. El camino estaba señalado; Bismark no tenia más que seguirlo. Prusia habia debido á todas las supremas crísis de la civilizacion moderna un pedazo de su grandeza. Por la revolucion religiosa pasó de electorado de Brandeburgo, á pequeño reino. Por la paz de Westphalia, de pequeño reino á reino mayor. Por la filosofía del pasado siglo, personificada en el gran Federico, se elevó á ser la rival afortunada en ideas y en grandeza de la antigua Austria. Por el movimiento de la política moderna, hácia la constitucion de las nacionalidades, ha concluido siendo preponderante en Alemania, arrojando de ella al Austria. Bismark ha tenido, pues, lo que Cisneros en España, lo que Richelieu en Francia, lo que Cavour en Italia: una grande energía y un gran talento, al servicio de una idea eminentemente nacional.

Bismark es de buena estatura y desembarazadas maneras. Viste con igual aire de elegante descuido su casaca diplomática y su uniforme de coracero. En su

frente calva se ven las señales del trabajo interior de su pensamiento. Sus arrugas son surcos abiertos por las ideas. La mirada es profunda y escudriñadora. Sus lábios, sombreados por un espeso bigote, dibujan una burlona sonrisa. Es de costumbres severas, de gustos sencillos. Un sillon de baqueta, una mesa de pino, una grande librería y un armario lleno de escopetas, componen todo el ajuar del pequeño gabinete en que ahora se deciden los destinos del mundo, y en que se decreta acaso la muerte de millares de hombres. Duerme muy poco. A las altas horas de la noche, cuando todos reposan en torno suyo, sale á caballo, sin curarse del viento ni del frio, ni de la llúvia, y anda algunas leguas en desenfrenada carrera, oyendo los rumores de la naturaleza, más solemnes cuando parece que los escucha el silencio de los hombres. Al verlo pasar, cualquiera lo tomaría por el feroz cazador de la leyenda de Burger. Padece unos horribles ataques nerviosos, que ponen muchas veces en peligro su vida y que cree combatir solamente por el trabajo. Concíbense tales sobrescitaciones porque, si bien después de haberlo discutido mucho, lanza á su país en arriesgadas empresas, felizmente concluidas por su talento y por su audacia. En estos instantes tiene lugar la guerra que por tanto tiempo ha meditado, la guerra con Francia, que puede ser tan terrible como el choque de dos planetas en el espacio. Cuando la guerra es consecuencia del frio cálculo y no del arrebato de la pasion nacional, cualquier cosa sirve de pretexto para provocarla. Una

mejora material, un elemento de progreso tal vez, sirven de base al rompimiento.

La obra de un ferro-carril parece obra humanitaria, destinada sólo á espacir los productos del trabajo y facilitar las comunicaciones entre los pueblos. Abrir los Alpes en todas direcciones, debia ser una obra pacífica; abrirlos, así por el San Gotardo, como por el Mont-Cenis ó el Espluguen. Pero nuestros hados lo han dispuesto de otra suerte, y Francia cree ver una amenaza á su independencia y Suiza un ataque á su neutralidad en el camino del San Gotardo. ¿Quién es el protector misterioso de ese camino que despierta tanta y tan extraña susceptibilidad? El hombre á quien Francia más aborrece, Bismark, el fundador de un imperio aleman, dispuesto á contrastar la fuerza del imperio que, armado hasta los dientes, aquende el Rhin, tienen los franceses. El carácter aleman es un carácter esencialmente individualista. Los descendientes del temible Arminio han traido á la historia y á la vida los gérmenes de la humana personalidad, los gérmenes de la independencia individual. Cada inglés tiene por pátria su casa; cada aleman su calle. El ciudadano de Francfort se cree tan desterrado en Berlin como en Rio Janeiro. Bismark se burlaba de este particularismo de su raza, diciendo que cada aleman quisiera ser bastante rico para tener en cada casa un rey. Y en este particularismo tan detestado de los unitarios y cesaristas, se encuentra el gérmen de esa independencia individual, tan necesaria para fundar sólidamente la libertad de un

pueblo. Trás el ferro-carril de San Gotardo surgió otra cuestion que abria horizontes nuevos á la vista de Bismark: la idea de anular la Francia. Esta cuestion fué la candidatura del príncipe Leopoldo para el trono de España.

El advenimiento del príncipe se habia convenido, la autorizacion del rey alcanzado, y hasta el conde de Bismark interpuesto su poderosa decision. La casa de Brandeburgo, á que el rey de Prusia y el príncipe Leopoldo pertenecen, siempre ha creido hallarse destinada por la Providencia á reemplazar á la casa de Austria, representando su predominio en Alemania, su poder sobre las razas slavas y latinas, su presidencia de la Europa central, su dilatada soberanía. Una familia que acaricia estos ensueños de antigua gloria monárquica, encuentra súbitamente en su camino la corona de Cárlos V, aquella corona que llevó engarzado el sol y que ató al carro de los Césares modernos con argollas de oro el viejo y el nuevo mundo.

Se necesita ser príncipe, educado en esas alturas, y príncipe aleman, para comprender cómo habia de halagar á su fantasía el presidir al pueblo que trabajó con los grandes navegantes, que sintió con el corazon de Santa Teresa, que pintó con el pincel de Murillo y de Velazquez, que cantó con la lira de Lope y Calderron, que pensó con la inteligencia de Alonso X y Luis Vives, que escribió con la pluma de Cervantes, que reinó con la autoridad de Cárlos V é Isabel la Católica, que venció con la espada de Córdoba y de

Leiva, que tuvo por tributarias cien naciones, que contó entre sus vencidos á Francisco I, y entre sus héroes á Hernan Cortés, que fué un gigante estrechando en sus brazos los mares, tocando por Oriente hasta la India de Alejandro, y por Occidente á tierras desconocidas é ignoradas, las cuales parecian salir á sus conjuros de lo misterioso, de lo infinito, del seno de una nueva creacion, tan solo para dilatar este inmenso imperio.

Y miéntras en la cabeza de los príncipes, por tales ideas exaltadas, bullian estos ensueños, gozábase Bismark indudablemente en procurar nuevas humillaciones á su rival, á Francia. Pero esta humillacion sobrepujaba todos los límites. Desde la batalla de Marignan hasta la batalla de Villaviciosa y de Almansa, Francia ha proseguido el pensamiento de no consentir una Alemania apoyada en España ni una España apoyada en Alemania, como en tiempo de los Austrias; y ahora renace ese inmenso gigante en el Rhin y en el Pirineo para anular á la nacion francesa, que se cree como el centro hácia el cual gravitan todas las naciones europeas.

En cuanto las naciones vieron que el príncipe Leopoldo podia ser cáusa de guerra, le rodearon. El embajador de España en París le pidió indirectamente la renuncia, el de Inglaterra en Prusia insistió para obtener tal resultado. Su hermano, el príncipe Cárlos de Rumania, temió un destronamiento y reclamó, como una prueba de cariño, ese acto de abnegacion. El prín-

cipe renunció. Su padre comunicó la renuncia á Madrid. Todo parecia salvado. La paz estaba hecha. Aquella renuncia alejaba de nosotros el azote de la guerra.

Tan cierto es cuanto digo, que Emilio Ollivier se presentó en el Cuerpo Legislativo con el ramo de olivas en las manos. Lijero por temperamento, gárrulo, poco acostumbrado á la gravedad propia de los consumados estadistas, anunció en los pasillos que tenia en las manos el telégrama de la renuncia, y que por este telégrama la paz continental se habia salvado. Todo el mundo sabe cómo todos estos hechos pueden influir en la bolsa. Todo el mundo sabe cómo todos los más desenfrenados apetitos piden á la especulacion fortunas improvisadas y fabulosas, que seria inútil esperar del trabajo y del ahorro. En cuanto dijo estas palabras Ollivier en los pasillos, se lanzaron los especuladores á la bolsa y se dieron á comprar papel. En pocos instantes, el papel francés subia de una manera fabulosa. Desde los abismos se elevaba á las nubes. Pero ¡ah! era aquello una ruina. Miéntras Ollivier lijeramente anunciaba la paz, el partido militar circuía al emperador, le asediaba y obtenia la guerra. Los que á las tres de la tarde habian comprado á precio alzado, á las cinco de la tarde estaban arruinados. Hé aquí la suerte de Francia, de la nacion que creia regir al mundo, regida por los caprichos de un hombre.

¿De qué pretexto se valia el partido militar para sostener su política, que es la guerra? La candidatura del príncipe Leopoldo, funesta manzana de discordia,

habia sido retirada; y la reunion de la asamblea española habia sido aplazada. No quedaba, pues, ningun pretexto. Si Francia queria que el tratado de Praga se cumpliese, que la línea del Mein se elevara como un muro infranqueable á las ambiciones prusianas, que el desarme europeo se realizára como una prenda de paz universal, podia haber dirigido todas estas peticiones en tiempo oportuno al mundo, sosteniéndolas, á falta de otras fuerzas, con la fuerza de las armas. Pero haber dejado á Prusia y Austria humillar á Dinamarca y quedarse con los ducados del Elba; haber permanecido indiferente al duelo entre las dos grandes potencias alemanas; haber tolerado la batalla de Sadowa, y ahora incendiar el mundo por un candidato ya vencido, ya destrozado por su intervencion; haber ántes mostrado tanta paciencia y tanta impaciencia ahora, es como decir de una manera clarísima, que cuando habia motivos no habia fuerzas, como ahora que hay fuerzas no hay motivos. Era necesario á Francia buscarlos, y los ha encontrado bien livianos. El ministro de Francia en Prusia, como si tuviera el mandato expreso de provocar la guerra, no se contentó con la renuncia del príncipe Leopoldo; quiso más, quiso una verdadera impertinencia; quiso obligar al rey á declarar que en ningun tiempo y por ningun motivo, daría su autorizacian al advenimiento á España del príncipe Leopoldo. El rey se encontraba en baños, separado de sus ministros, y no podia tomar ninguna resolucion. Sus respuestas al embajador francés

habian sido terminantes. Si como jefe de la familia Hohenzollern conocia la determinacion del príncipe Leopoldo, como rey constitucional la ignoraba; extraño habia sido á la aceptacion, extraño debia ser á la renuncia de hoy, y con más motivo extraño á la aceptacion ó renuncia de mañana. El embajador declaró que estas razones no le satisfacian; y el rey á su vez declaró que era inútil toda entrevista, porque eran tambien irrevocables sus palabras. Esta negativa fué más explícita al dia siguiente, porque habiéndose presentado el embajador, no quiso el rey de Prusia recibirle. En esto funda el gobierno francés su *casus belli*, su declaracion de guerra.

La noche en que vivimos no es tan espesa que no brille en el cielo alguna estrella y en el mundo alguna conciencia. Pues bien, yo pregunto á todas las conciencias, si conseguido lo principal, es decir, la renuncia del príncipe Leopoldo, una mera cuestion de etiqueta merecia la pena de perturbar al mundo, destruir cuantiosos intereses, talar é incendiar feraces campiñas, poner en riesgo de muerte nacionalidades antiguas y degollar un millon de hombres sobre campos de batalla que humearán al cielo, airado contra tanta barbarie, espesas nubes de sangre? Nó, no hay motivo para la guerra. El emperador que la emprende, las cámaras que la sancionan, el pueblo que la consiente, y el ejército que la consuma, son reos todos de lesa humanidad, y merecen todos por su sinrazon y su violencia el castigo de una tremenda derrota.

¡Oh! Francia no podia cometer este crímen sin que la palabra humana protestase, como eco fidelísimo de la conciencia universal. Todavía queda en Francia, sobre la ruina de tantas instituciones, la tribuna, los grandes oradores. Valor se necesita para desafiar la metralla, correr á un fuerte, asaltarlo entre el ruido de los cañones que siembran la muerte y los ayes de los combatientes que caen á los profundos fosos; pero se necesita más valor todavía para subir á la tribuna y lanzar á una Cámara ébria, á una mayoría enloquecida hasta la insensatez, palabras de prudencia y de humanidad que exaltaban y recrudecian el delirio de todas las pasiones. Ese valor tuvieron Thiers, Favre, Pelletan y Gambetta. La cámara no quiso oirlos. Voces, alaridos, imprecaciones, insultos, groseras injurias, estúpidas amenazas se mezclaban como una tromba informe para extinguir el resplandor de la conciencia humana, que representaba la valerosa legion de oradores, los cuales se transfiguraban en aquel momento hasta ser personificacion sublime de la justicia.

Pero dejemos á Francia y volvamos á Bismark, ¿Había este previsto la guerra que la candidatura prusiana iba á suscitar? Cuéntase que esta eventualidad no se ocultó á los negociadores; pero el ministro pidió que la dejaran completamente á su cuidado. Si habia previsto la guerra, no la habia previsto para tan pronto. Cuando estalló, encontrábase él en Varzeim, austero castillo de la Pomerania; su rey en Ems, pasando la estacion de los baños como un buen padre de

familia; la escuadra en los mares de la Gran Bretaña, situacion que habrá dificultado mucho el regreso á los puertos del Báltico, exponiéndola á ser aniquilada por las poderosísimas escuadras francesas. Pero como Prusia es un pueblo militar, en pocos dias ha puesto sobre las armas su formidable ejército. En cuanto los síntomas de guerra se agravaron, partió el rey á Berlin. Aguardábanle en la estacion del ferro-carril, su hijo, su ministro y varios generales del Estado Mayor. Al poner el pié en tierra, le entregaron la declaracion oficial del sangriento conflicto. Su severo rostro se turbó; se oscurecieron sus ojos, y sus manos buscaron las manos de su hijo. Este llevó respetuosamente á los lábios la mano paternal. Abrazóle el monarca, y por algunos momentos una emocion de tristeza profundísima, reinó en el lugar donde estaban congregados los principales actores de esta gran tragedia, que puede ser para la humanidad una catástrofe. La voz de que la guerra estaba declarada, corrió con la celeridad y el estruendo del rayo. El pueblo de Berlin manifestó un grande entusiasmo, ménos ostentoso, pero más reflexivo que el entusiasmo francés.

El Sur de Alemania era una incógnita para todos aquellos que estudian ligeramente las cuestiones europeas. Creíase que resentido con Prusia, amenazado en su autonomía, estaba pronto á declararse neutral, y quizá favorable al extranjero. No conoce á Alemania quien así discurre.

Todo aleman ama profundamente su pequeña pá-

tria, su Estado diminuto, su municipio, su hogar. Si no tuviera esta pasion á todo aquello que está más cerca del individuo, no sería el germano un pueblo liberal. Pero ama tambien su gran pátria, la tierra inmensa que ha sido la cáusa de sus diversas razas, el espacio donde han brillado esos nombres ilustres como Lutero, Guttemberg, Leibnitz, Kant, Gœthe, Schiller y Hegel, que son la corona luminosa de un pueblo.

En otro tiempo de ménos ilustracion, las dificultades para armonizar la grande pátria, la Alemania, con la pequeña pátria Sajonia, Suavia, Baviera, etc., podia llevarles hasta el error de pedir el auxilio extranjero. De este error se aprovechó Napoleon el Grande para sus campañas de Alemania. Mas hoy, un sentimiento de solidaridad nacional, una idea clara del derecho humano, y una dolorosa experiencia de las humillaciones infligidas por el extranjero á la pátria, les han demostrado que su vida debe unirse á la tierra alemana como el espíritu se une al cuerpo humano. Una separacion sería la muerte. Por eso las discordias se han olvidado, y las heridas se han cubierto y ocultado en el pabellon de la pátria. El Sur de Alemania peleará unido á las órdenes de Prusia, férreo brazo destinado á contener las ambiciones cesaristas y conquistadoras de Napoleon III. Baden, Wurtemberg, Baviera, llamaron, pues, sus reservas.

Hé aquí la obra de Bismark.

Después de tantos progresos, la paz dependerá de

un imperio militar, el imperio militar de un hombre, y este hombre podrá, abriendo ó cerrando las manos, empapar de sangre toda la tierra. ¡Y nos llamamos civilizados, y estamos orgullosos de nuestro siglo, en el cual reina esa ley bárbara que se llama la fuerza, ese dios antropófago que se llama la guerra!

*Madrid.—Julio.—*1870.

SEMBLANZAS CONTEMPORANEAS.

Un tomo al mes. **PROSPECTO.** Enero de 1871

LA obra cuya publicacion anunciamos, es de aquellas que no necesitan grandes elógios, ni un extenso análisis: basta su título para comprender su interés, así como el nombre de su autor es más que suficiente garantía para todos. En efecto: conocer la vida de los grandes hombres que actualmente viven, y conocerla gracias á la pluma fácil y llena de vida del gran escritor español: ver desarrollarse el drama, siempre vivo y palpitante, de las grandes existencias, y que este sea en las interesantes y hermosas páginas escritas por el Sr. Castelar; ver pasar, en fin, uno por uno los personajes que más han influido, como hombres de inteligencia ó de accion, en el progreso ó retroceso del mundo actual, es un deseo al que ciertamente pocas personas pueden resistir.

Por la índole misma de este trabajo, adivinarán nuestros lectores que el Sr. Castelar hace justicia á todos, y que no cumpliéndole por lo tanto el papel de severo historiador, sino el de narrador ameno é instructivo, huirá por completo de entrar en el terreno de la política palpitante.

CONDICIONES.

Esta obra se publica por tomos en 8º menor, que es el tamaño más cómodo para poder llevarse en el bolsillo, repartiéndose uno mensualmente. Constan de 60 á 80 páginas de inmejorable impresion, tipos nuevos y excelente papel. Contendrá cada tomo una ó dos *semblanzas*, segun lo permita la extension de cada biografía, acompañado de un magnífico retrato grabado en acero por uno de los primeros artistas de Nueva-York. El segundo tomo, correspondiente á Febrero, contendrá las semblanzas de

THIERS Y DI MAS

Confiando que el buen sentido público sabrá apreciar obra tan notable como útil, nos arriesgamos á lanzar en su lontura el buen éxito de ella.

Por esa razon ofrecemos cada tomo á los siguientes precios:

50 cts.	60 cts.	75 cts.
En la Habana.	En el Interior.	En el Exterior.

El que adelante el importe de un año, ó sea 12 tomos, solo pagará 5 y $ 6-37 y $ 7 respectivamente. El porte á conduccion será de cuenta de esta Empresa. Los tomos, que son independientes unos de los otros, están encuadernados á la rústica, con una elegante cubierta de color. A los agentes se les hará una gran rebaja, segun la importancia del pueblo. Los deben dirigirse con sobre á La Propaganda Literaria, O'Reilly, 41.—HABANA.

BIBLIOTECA DE LA PROPAGANDA LITERARIA.

SEMBLANZAS CONTEMPORÁNEAS,

POR

CASTELAR.

TOMO II.—PRIMERO, 1871.

EULOJIO Y ZAMUDIO

A. Thiers.—A. Dumas.

HABANA.
Imprenta [illegible] Librería.
-1871.-

2/06

BIBLIOTECA

DE

LA PROPAGANDA LITERARIA.

SEMBLANZAS

CONTEMPORÁNEAS,

POR

EMILIO CASTELAR.

HABANA.
Establecimiento tipográfico de La Propaganda Literaria,
CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.
1871.

Esta obra es propiedad de "*La Propaganda Literaria*.

HABANA.—1891.

ALEX. DUMAS.

Paraná. PROPAGANDA LITERARIA Editor

1868

ADOLFO THIERS.

ADOLFO THIERS.

PRIMERA PARTE.

Si no me lo dicen, lo adivino con solo oirle una vez: ese hombre es del Mediodía, y ha visto el azul de nuestro cielo, y ha oido el rumor de nuestro Mediterráneo, y ha bañado sus ojos en la claridad de nuestro sol. Todas las costas que desde Andalucía se estienden hasta Syria son unas por el espejo de aquel mar donde se miran, y por la naturaleza de la raza que las habitan. Exceptuad el turco, ese advenedizo acampado en el suelo de la cristiandad, donde jamás se arraiga, y todo el resto de las poblaciones mediterráneo-europeas tienen algo de la audacia del fenicio, de la locuacidad del griego, de la inquieta ambicion del romano, de la amarga ironía del provenzal, del

génio mercantil y navegante del catalan, de la gracia y del ingenio de los andaluces. Así, todos visten traje muy semejante: camisa azul como las olas, gorro encarnado que recuerda sus encendidos horizontes; descubierto el pecho y la garganta como las esculturas; desnudos casi los piés, que besa de contínuo el mar. Y todos hablan allá, entre ellos, lo que se llama lengua franca; un dialecto, como decimos nosotros, ó un *patois*, ó un *argot*, como dicen los franceses, lleno de palabras sibilantes y monosilábicas, con el cual todos se entienden; armando la argarabía que es casi una necesidad de esos pueblos músicos y oradores.

Cuando he llegado algunas veces á las costas del Mediterráneo; cuando he visto sus aguas celestes y sus espumas arjentadas; la faja de arena que tiene el color del oro y que reluce á manera de un polvillo de luz; la extension de aquellos horizontes llenos de un sol que los hace tan espléndidos; el corte de aquellas montañas bruñidas por los cambiantes del aire, y que semejan largos intercolumnios, me he convencido de que todo aquel pais ha nacido para dar voz á los oradores, inspiracion á los poetas; para ser la gran paleta de la humanidad, rica en toda suerte de matices; el eterno taller de la escultura, la region eterna de las artes plásticas.

Delante del Océano se siente el terror de lo sublime. Parece que la vista penetra dentro de aquella inmensa profundidad. Parece que el abismo, cubierto por las aguas, ha de causaros vértigos. Sus mareas le

dan el aspecto de algo animado, tal vez de un mónstruo inmenso, infinito, en cuyas aguas gelatinosas y vívidas como que se verifica la eterna gestacion de otros mónstruos. Las grandes montañas que lo cercan, son contrafuertes que el planeta ha puesto allí para impedir las invasiones de aquellas rabiosas olas, que parecen tocar, cuando se alteran, sus cimas. Es el mar del pensamiento, porque es el mar de lo profundo, de lo infinito. En sus ensenadas han vivido pueblos diversos sin conocerse y sin tratarse hasta muy entrados los tiempos. Al revés del Mediterráneo, donde parece que la rama de un rosal basta para impulsar una barca de la blancura del cisne sobre la tranquila y celeste superficie de aquel estanque de los jardines de Europa. Así, las ciudades que se levantan en sus costas, se han comunicado de tal suerte, que durante la antigüedad y la Edad Media han formado principalmente el drama de la historia.

Voy á hablar de un orador y hablo de los mares. Será, sin duda, porque la palabra humana se les parece en lo grande, en lo profunda, en lo sonora, en lo bella y en lo tempestuosa. Será, sin duda, porque no puede hablarse de elocuencia, ni ménos de elocuencia meridional, sin recordar aquellas aguas celestes que servian de fondo al teatro de Esquilo; aquellas guijas de las costas con que Demóstenes adiestraba su lengua; aquel puerto por donde discurría Platon hablando de la inmortalidad á los hombres en lenguaje inmortal, miéntras las procesiones griegas pasaban de

los marmóreos templos á las áureas naves, y el sol naciente doraba las cumbres sagradas del Himeto.

Sí, todos los pueblos meridionales tienen algo de griegos; todos conservan algo de su madre Aténas. Pero pocos tienen tanto de esta antigua tierra de la poesía como Marsella. Fué esta ciudad una colonia griega que en tiempo de los romanos conservaba su renombre, ejerciendo el grande influjo propio de la superioridad moral de su metrópoli. En Marsella nació Thiers. Conócese bien su nacimiento en la facundia, en la gracia, en la nitidez de las imágenes, en la abundancia de su oratoria, en la belleza de las formas, en la sutilidad del ingenio, en la perspícua claridad de su palabra.

Nació tres años ántes de acabarse el siglo; tiene, pues, setenta y un años. La revolucion francesa ya se acababa, y al acabarse debia nacer el hombre destinado á dos cosas capitales: á escribir su historia y á representar su decadeneia. Fué hijo de un pobre trabajador, y sin embargo, no heredó el sentimiento de igualdad propio de su clase. Por la línea materna pertenecía á la familia de Andrés Chenier, el dulce poeta que dejó con su cabeza en la guillotina un semillero de tranquilas églogas y de bellísimas leyendas. La familia de su madre pudo constituirle una pequeña pension y enviarle al Liceo de Marsella. En su niñez se distinguió por su carácter pendenciero y turbulento, pero tambien por su aplicacion y su ingenio. Más de una vez su carácter debia dañar á su inteligencia, pero

en tan alto grado, que estuvo á punto de perder sus estudios, y ser expulsado del colegio, á cáusa de sus contínuas calaveradas. A los diez y ocho años estudió el derecho en Aix.

Allí alcanzó su primer premio académico de una manera que merece ser referida. La intervencion extranjera habia traido la antigua familia real á sentarse nuevamente en el trono. El jóven estudiante, á pesar de sus ideas constitucionales y templadas, pasaba por un jacobino, por un demagogo en el concepto de los realistas. Estos componían la mayoría de la Academia de Aix, casi la totalidad, porque los republicanos y los bonapartistas habian caido envueltos en la comun desgracia. El elogio de Vanvernagues se dió como tema para optar al premio. Thiers presentó su discurso. La Academia, conociendo que debia premiarlo, por su mérito literario, remitió á otro año el fallo. Entónces Thiers redactó otro discurso, y lo remitió con otro nombre á París, á fin de que desde allí lo enviasen á la Academia. Merced á esta ingeniosa estratajema, se llevó el premio y el accésit; el premio con el nombre supuesto y el accésit con su propio nombre. Esto dió crédito en Aix al estudiante, y lo quitó á la Academia, que no pudo resistir al arma indudablemente más terrible de Francia, á la risa.

No podríamos continuar en la historia de la vida de este hombre que tanto ha influido en su tiempo, si no describiésemos al par los mayores acontecimientos, en medio de los cuales se desarrolló su prodigiosa ac-

tividad. Napoleon habia caido. Jamás ningun hombre concibió con más grandeza la guerra, ni con más pequeñez la política. César en los campos, y apénas cabo de escuadra en el gabinete. Pero nació en siglos que no consienten la supresion de las nacionalidades por la conquista, ni de la libertad por el génio. La tribu en Rusia, la nacionalidad en España, la libertad en Inglaterra, los reyes en Waterlóo, lo antiguo amenazado en su existencia, lo nuevo en sus derechos, obraron una prodigiosa reaccion contra Napoleon, y lo enterraron vivo en una isla donde la inquietud de su génio le sirvió de castigo y de tormento. Cuando por vez primera los aliados entraron en París, nadie se acordaba, absolutamente nadie, de la antigua familia real, sobre cuya frente habian pasado el cadalso, la revolucion, la república, el directorio, el imperio. Los pueblos pierden muy fácilmente la memoria, y aprenden muy difícilmente todas las ideas, cuando una vez las han perdido. Talleyrand mismo se quedó absorto, cuando al entrar en su casa aquel místico, aquel iluminado, el loco de Alejandro de Rusia, perseguido por las obsesiones de su espiritualismo y por los remordimientos de su conciencia, le oyó decir: ¿con que Francia pide los Borbones?

Y en efecto, los Borbones volvieron contra la idea del mismo Alejandro, que no quería completamente victoriosa la reaccion, ni completamente vencido á Napoleon. Ya en la segunda intervencion, los Borbones vinieron por haber triunfado en la primera.

Grandes obstáculos habian de vencer. En treinta años de revolucion se habia forjado una nueva Francia. Entre esta Francia y la restauracion habia un cadalso. Entre la conciencia de Francia y la conciencia de sus reyes una filosofía. Entre el trono y el pueblo, el decálogo de la tradicion en que el trono creia, y el decálogo de la revolucion en que creia el pueblo. Además, para entrar habian tenido necesidad los reyes restaurados de traer ejércitos extranjeros, de colocarse bajo la proteccion europea, de recortar á Francia, de separarle las provincias rinianas, ganadas por la República, de ser como los carceleros de la nacion, pasando sobre sus banderas, y desmintiendo la independencia del pueblo cuya vida, durante el Imperio, parecia incompatible con la independencia de los demás pueblos. Todo esto ponia en guerra abierta á la antigua familia con el nuevo pueblo.

Esta guerra se amortiguó un poco durante el reinado de Luis XVIII; escéptico, y por lo mismo ni siquiera pagado de su autoridad; poltron, y por lo mismo no queriendo pelear por no moverse; apoplético, y por lo mismo no queriendo pensar por no fatigar su cerebro; egoista, y por lo mismo tomando el trono como un goce y la autoridad como un alimento más de sus últimos placeres; sombra del siglo último, del cual solo habia aplaudido los reveses, y solo habia tomado las faltas.

En el reinado de Luis XVIII, en el año de 1821, Thiers llegó á París. Los primeros sucesos de la vida

se fijan en la conciencia como el hierro candente en la cera. Entónces aprendió ese sistema que para huir de la dictadura hace á la autoridad irresponsable, y para huir de la anarquía hace á la libertad ilusoria, cayendo en la oligarquía de la clase media, la ménos gloriosa y la ménos desinteresada de todas las clases; y para reconciliarlos, poniendo al trono en lo alto y al pueblo en lo bajo, fuera de la vida política.

Naturalmente, el escepticismo de Luis XVIII fué muy saludable al desarrollo de este sistema. Para servirle vino Thiers á París, con la mente llena de ilusiones y el corazon lleno de esperanzas. Debia ser entónces París triste, estrecho, súcio, húmedo. El segundo Imperio ha aplicado su piqueta al laberinto de las callejuelas parisienses, y si no ha hecho una ciudad ni artística ni hermosa, ha hecho una ciudad limpia y aireada. Pero del antiguo París aún quedan algunos resíduos. Y entre estos resíduos, á espaldas de la calle de Rivoli, en el sitio ocupado por el Hotel del Louvre, hay un pasadizo que se llama el pasaje Montesquieu; y allí, en una bohardilla, con pobre cama, poca luz y ningun fuego; incierto no solo sobre su porvenir, sino tambien sobre el dia siguiente, se alojó Thiers con su amigo de la infancia, su compañero de siempre, el grande historiador Mignet.

El más activo de los dos compañeros era el que debia ser tambien el más célebre: Thiers. En estos momentos se conocian las cualidades de aquellos dos hombres; nacido el uno para la contemplacion de las ideas

y de los tiempos pasados; y nacido el otro para los trabajos del gobierno y para los combates de la tribuna. Thiers se acordó de que era su paisano Manuel, un hombre que brilló por el carácter en aquella época de rebajamiento moral, y que representó la dignidad de la tribuna en aquellos tiempos de restauracion de todas las antiguos instituciones y de amenazas contra todas las nuevas. Manuel le recomendó á Laffitte, el banquero revolucionario, amigo de Beranger, enemigo de los Borbones, idealista en medio de los cálculos de la banca, débil y nervioso como una mujer, pero inquebrantable en sus resoluciones cuando eran decisivas y supremas.

Laffite recomendó el jóven Thiers al *Constitutionel*, á ese periódico tan decaido hoy de su esplendor antiguo. Allí comenzó á desplegar las cualidades más sobresalientes de su talento en gérmen, la rapidez de la percepcion, la claridad de las ideas, el brillo del estilo, el encadenamiento y la proporcion de los miembros del discurso, el ardor de la polémica.

Thiers tiene las cualidades del génio francés, la fácil comunicacion, el calor simpático, la claridad brillante, la sencillez ática, la falta al par de profundidad. Pero todas estas cualidades son maravillosas para la prensa. Así, bien pronto se ganó una reputacion muy grande entre sus compañeros, sobre todo con un artículo que se titulaba *La Monarquía en Francia*, y en que comenzaba ya á despuntar la oposicion dinástica. Pero todavía no era bien clara su vocacion política, ni estaba

desarrollára la energía de su carácter con más fuerza. Una mediana historia de la Revolucion francesa; un libro ingenioso, pero no extraordinario sobre la Exposicion de pinturas de 1822; una semblanza de la actriz Belamy; un viaje á los Pirineos, que no brillaba por esas cualidades de estilo pintoresco que facilita la lectura de estas obras uniformes y monótonas en su fondo; era todo el tesoro literario del jóven; tesoro más valioso por su cantidad que por su mediana calidad; más por las esperanzas dadas que por los servicios prestados, fecundo para lo porvenir ántes que rico en lo presente; la semilla de una historia que será siempre apreciable y de una elocuencia que será siempre portentosa.

Entónces, consagrado con preferencia á las letras, pensó en escribir una Historia general. Como los franceses, segun decia Goethe, son poco diestros para aprender lenguas y geografía, Thiers se preparaba á fin de conocer el globo y dar á sus páginas el necesario colorido local, nada ménos que á un viaje de circunnavegacion. Pero entónces sobrevino el grande acontecimiento que debia decidir de su vocacion política; sobrevino la lucha á muerte entre la familia reinante y las libertades de Francia; lucha que concluyó por la revolucion de 1830, en que se hundió de nuevo el trono de San Luis, tan torpemente restaurado. para ceder paso á una monarquía de la clase media, que á su vez cayó para ceder paso á una dictadura militar y plebeya.

Contemos los sucesos. Luis XVIII habia visto colmadas sus esperanzas; habia muerto en el trono.- Aquella intervencion de Europa en Francia que la República deshizo como humo al son de la *Marsellesa*, llevando por todas partes la bandera de la libertad y haciendo vacilar todos los viejos tronos; aquella intervencion que un pueblo no consintió nunca, vino al fin para asentar en el trono al rey que debia al ménos haber tenido á gloria conservar el honor de la pátria y no admitir una corona forjada con las herraduras de los caballos cosacos.

Pero Luis XVIII murió. Pocas horas ántes de morir, llamó al príncipe heredero, lo bendijo, y dirigió al cielo una plegaria de moribundo para que su hermano tuviese destreza bastante á salvar la corona de aquel niño. El cielo no oyó esta plegaria. Cárlos X subió al trono con todas las ideas de otros siglos, y por consiguiente con toda la severidad de carácter y toda la intransigencia que estas ideas le aconsejaban. Comenzó por una ceremonia de coronacion, medio teocrática y medio feudal, propia sólo para herir el sentimiento de igualdad que en Francia toma toda la intensidad de una pasion. ¡Error horrible que mostraba hasta el fondo de su pensamiento! Cárlos X habia sido en su juventud acaso el más galanteador entre los príncipes de aquella córte galante. Mil veces sus imprudencias comprometieron á María Antonieta. Todavía se enseña en Trianon, bajo la sombría copa de los altos árboles, á las orillas de aquellos lagos festoneados de

flores, donde los cisnes lucen su plumaje, las rústicas alquerías en que se daban á representar en accion, vestidos de pastores y de zagalas, aquellos príncipes y aquellas princesas, las Geórgicas, los trabajadores del campo, como si disgustados de lo mal que se respira y de la ausencia de vida que hay en las alturas del mundo, fuesen instintivamente á buscar en la alma madre de todos los séres, en la naturaleza, la santa igualdad social. Pero el que luego habia de ser rey bajo el nombre de Cárlos X y que á la sazon se llamaba el conde de Artois, se distinguía por las severas ideas, pero tambien por las malas costumbres de las épocas esencialmente cortesanas.

Su figura tenia grande distincion real; sus maneras aire aristócratico; su sonrisa aspecto de favor; era, en fin, un hombre nacido para un trono; mas en aquellas épocas que fuesen capaces de fé en la tradicion, de respeto por su príncipe, de adorar como una providencia la monarquía absoluta en las silenciosas y altas regiones en que toma el aspecto majestuoso de una divinidad.

Pero en los tiempos de revolucion estaba aquel hombre de otra época perdido. A su natural supersticion por la monarquía se agregaba un rejuvenecimiento de la fé de sus primeros años, porque la vida cree dilatarse cuando vuelve sobre sus pasos á la infancia. Esta fé de la niñez habia tomado el aspecto de una expiacion. Casi todos los viciosos comienzan á sentir á un tiempo los remordimientos y la impotencia. Esta fé llevaba

á herir el principio revolucionario á la sazon más arraigado: la libertad del pensamiento. La fuerza de este principio era tan grande, que obligaba al rey en algunos momentos á transacciones ajenas á su carácter. Pero así que dejaba un poco de libertad á la prensa, como en la época del ministerio Martignac, esa libertad se volvía contra su persona y contra su política personal. Entónces invocaba la inviolabilidad. Y no sabia que la inviolabilidad ha sido concedida en las constituciones modernas á los reyes, á cambio de permanecer inactivos, y de renunciar á toda opinion propia y á toda política personal. Por fin, decidió que su pensamiento prevaleciera, y nombró un ministerio Polignac, lo cual era tanto como decretar la resistencia á toda costa. El nombramiento de este ministerio decidió á Thiers á fundar, con Armando Carrel, jóven republicano que habia defendido la libertad en España, *El Nacional*, periódico valiente, activo, caloroso, cuya única idea fué derrocar del trono á la familia reinante. Thiers, enamorado de las instituciones y de la historia inglesa, como todos los *ecléticos* y doctrinarios de su tiempo, quería organizar, como Hampden, una resistencia legal contra la reaccion, é ignoraba que toda resistencia legal se convertirá pronto en resistencia violenta, sobre un suelo tan calcinado por la tempestad como el suelo de Francia. Así es que su tribunado de prensa, debia convertirse bien pronto en tribunado de barricada. Y no es para barricada su temperamento, porque su ágria voz, que tan fácilmente resuena en

un salon, se pierde fácilmente tambien en una tempestad. Los sapos no podrian cantar en el mar: los sapos, esos ruiseñores de las lagunas.

Y sin embargo, el mar de la revolucion avanzaba, y avanzaba, hendido de un lado por las ideas del pueblo, y de otro lado por las imprudencias de la córte. En los más ligeros rásgos se conocen las más profundas preocupaciones de la opinion pública. La familia real habia creido necesario levantar una capilla expiatoria en el cementerio de la Magdalena, donde los huesos de Luis XVI y de María Antonieta habian sido enterrados en cal viva. El dia de la inauguracion de este monumento, Cárlos X se habia vestido de morado, porque el morado es el traje de luto en la córte de Francia. El pueblo decia, riéndose, que el rey habia asistido á la ceremonia disfrazado de obispo.

En estas alternativas, habia el ministerio convocado al Parlamento. Y el Parlamento habia venido á representar esta fórmula política: resistencia liberal á la resistencia monárquica. En esta obra veíase el Parlamento muy bien secundado por una prensa activa, elocuente, batalladora, vibrante de entusiasmo, dirigida por jóvenes que amaban el oleaje de las revoluciones como los marinos la lucha con las tempestades. En ella no tenia poca parte la pluma nerviosa, elocuente, apasionada de Thiers. Por fin, decidieron un dia el rey y sus ministros romper con todas las cadenas en que la oposicion los aprisionaba. Y promulgaron las ordenanzas contra la tribuna y la prensa. El

rey se levantaba sobre la carta, la hollaba, la destruia y trazaba los límites arbitrarios de su poder á las dos mayores conquistas de los tiempos modernos, á la tribuna y á la prensa, á esas dos cimas que centellean la electricidad, tonante, pero vivificadora de la palabra. Entónces encontró Thiers lo que habia soñado con amor durante toda su vida; encontró el ideal de su política; una resistencia como la de Hampden contra un poder como el de los Estuardos. Miéntras el pueblo se sublevaba como las olas henchidas por el viento; miéntras la revolucion resonaba como una tempestad lejana en los límites del horizonte; miéntras las piedras de Paris temblaban como removidas por el terremoto moral; miéntras las barricadas se levantaban, las barricadas, esos cráteres de las ideas, Thiers, poseido por su utopía, escribía protestas, redactaba manifestaciones.

Pero aquí debemos detenernos para concluir la primera parte de la historia de este hombre, que se estiende luego desde el nacimiento hasta la muerte de la monarquía ciudadana; y desde el nacimiento hasta la muerte de la República; que contribuye á la creacion del Imperio para caer aplastado en su base, y que hoy araña en esa base. No pueden dudarse dos cosas que todo el mundo afirma resueltamente: Thiers tiene un gran talento y una gran palabra. No puede dudarse que este gran talento abraza todas las ciencias y que esta gran palabra toca todos los motivos y todos los objetos de la actividad humana. Desde el

análisis más minucioso de la política, salta á los cálculos más intrincados de la táctica; desde el estudio de un bajo relieve á la suma de un presupuesto. Para él todo converge á su tema: estadística, arte, literatura, política, ciencias exactas, ciencias naturales, geografía y estética. No será nunca un profundo filósofo, porque sobre tantas riquezas aglomeradas, con tanta fortuna, jamás ha acertado á extender una síntesis. No será nunca un orador que arrebate como O'Connell, ni que destruya con las fuerzas hercúleas de Mirabeau. Jamás habrá en su palabra el ópio de poesía que en la palabra de Lamartine, ni el estallido tempestuoso que en la palabra de Danton, ese titan de la política. Pero habrá siempre esa fluidez que os tendrá encantado horas enteras, como el ruido de un arroyo en una comarca primaveral y serena. Y ese hombre tan dulce ha pasado toda su vida combinando en proporciones várias la libertad con la autoridad. Ya verémos que ha sido bien infortunado, pues cuando creia haber trabajado y vencido por la libertad, se encontraba con una revolucion; y cuanto creia haber trabajado y vencido por la autoridad, se encontraba con un golpe de estado. Forzosa consecuencia de su estéril eclecticismo.

ADOLFO THIERS.

SEGUNDA PARTE.

Dejamos nuestro anterior relato en el momento mismo en que se oian retumbar los preludios de la Revolucion de Julio; una tempestad de antiguo fulgurante en el horizonte, cargado de nubes. Sentíase Francia humillada, no tanto por la estrechez de las instituciones parlamentarias y la mezquindad de los derechos otorgados en la carta, como por venir unas y otras de extranjeras manos, enrojecidas en su sangre. La carta era la marca ignominiosa de Waterlóo, impresa en carne viva por el hierro candente del místico jefe de los cosacos. Así es que al sentimiento liberal, herido por las ordenanzas, se unía para provocar la sublevacion, el sentimiento nacional, herido por los tristes

recuerdos de la intervencion extrangera. Mr. Thiers, puesto á la cabeza de un diario que llevaba la bandera más radical de la oposicion, se encontraba en la realidad tocando todos sus ensueños, próximo á practicar todas sus ideas.

La revolucion francesa, la verdadera, la primitiva, habia ido de dia en dia degenerando, primero, porque el terror diezmó sus apostóles más ilustres, y después porque el imperio convirtió al resto en cortesanos y en soldados. Desde que murieron los hombres de la igualdad en el vértigo producido por la grandeza de sus ideas, y en la extenuacion de fuerzas, natural por lo titánico de sus empresas, habíase pensado solamente en fundar una oligarquía. Por lo arraigada que estaba la idea de la soberanía popular, era necesario dar al pueblo alguna participacion, siquiera engañosa, er el gobierno. Mas conocida tal necesidad, todos lo poderes reaccionarios se daban trazas á dar al puebl la menor parte posible en el gobierno y á cercenarl ó hábil ó descaradamente, sus derechos. Fundar u oligarquía: hé aquí todo el ideal; Bonaparte una garquía militar; Cárlos X una oligarquía teocráti Guizot una oligarquía financiera; Thiers la oligar más lógica en aquellos momentos, aunque la m gloriosa siempre, la oligarquía de la clase media, l da en el amplísimo régimen parlamentario.

Naturalmente, cuando se trata de fundar una o quía liberal, se vuelven los ojos á Inglaterra. H *esta nacion* dos tradiciones liberales que convier

tinguir: la tradicion puritana y la tradicion parlamentaria. A la primera pertenecen los hombres más fuertes y más severos de Inglaterra; el adusto Cronwell, que llena con su poder el trono de los reyes; el gran Milton, que lleva, como el Dante, en versos inmortales sus esperanzas al cielo, sus cóleras al infierno, y graba todas sus ideas políticas en la eternidad de la gloria; y los nombres, un dia oscuros y hoy los más luminosos de la historia, los nombres de aquellos navegantes misteriosísimos, que no queriendo someter su conciencia á ninguna tiranía, zarparon de las costas inglesas para buscar un templo libre á su Dios, cuyos descendientes fueron premiados con el galardon de haber sido los electos de la Providencia para fundar el gran modelo de la libertad con la República de los Estados Unidos; obra de la conciencia, que se levantaba inmaculada sobre la virginal naturaleza del Nuevo Mundo, la tierra de lo porvenir, como Asia es la tierra de lo pasado. Pero junto á esta poética tradicion republicana, hay la tradicion parlamentaria, que ha disminuido los privilegios del monarca y aumentado las libertades del pueblo á favor de una oligarquía de la clase imperante, de una aristocracia, cuyo arte de conservacion es admirable: resistir cuando la opinion contraria es débil; transformarse cuando es fuerte; dejar caer una parte de sus privilegios para no perderlos todos; y ceder siempre á tiempo, sin llevar jamás la resistencia hasta la reaccion, para no provocar la consecuencia forzosa de todas las reacciones: la revolucion.

Estas tradiciones, y esta habilidad, y esta política, y este arte quiso poner Thiers á servicio de la clase en que naciera, á servicio de la más humilde parte de la clase media. Pero se engañaba tristemente, porque el éxito de la política oligárquica en la gran Bretaña, no consiste solo en su habilidad, en su arte; consiste al par en la posicion en que se halla colocada, y que le permite descubrir lo que se descubre de todas las alturas; los léjos del horizonte, las tempestades condensándose en la profundidad de los valles. La aristocracia inglesa está colocada en una altura territorial, por sus propiedades; en una altura histórica, por sus recuerdos; en una altura moral, por su educacion; en una altura intelectual, por sus ideas políticas; y le cuesta poco trabajo retrasar desde allí, arrojándoles algunos derechos, para que se paren á saborearlos en el camino, á los que tan lenta y tan afanosamente, extenuados por el trabajo y por el esfuerzo, van subiendo á la cumbre de sus privilegios. La clase media francesa peleaba en las llanuras formadas por la revolucion, y le era muy difícil, si no imposible, impedir las inundaciones de la democracia.

Pero acariciando la idea de resistencia á la inglesa, sobrecogió á Thiers la revolucion de 1830, la cual estuvo vacilante entre la República y la monarquía constitucional en algunas de esas horas críticas de las revoluciones, en que se decide la suerte de los pueblos; horas supremas que, segun su trascendencia al porvenir, valen por muchos siglos.

Pero narremos la revolucion y la parte que en ella tuvo Thiers. Cedamos la palabra á sus hechos. Las ordenanzas del rey Cárlos X fueron cuatro decretos. Por el primero, se suprimía la libertad de la prensa, y se daba un nuevo organismo á este cuarto poder del Estado. Por el segundo, se disolvia la Cámara de los diputados, pretestando ilegal su nombramiento. Por el tercero, se daba una nueva organizacion á los comicios. Por el cuarto, se convocaba un parlamento con arreglo á estas modificaciones. El golpe de Estado era completo. La Restauracion negaba sus propias leyes, y destruia sus propias instituciones. El primer movimiento que este golpe produjo, fué de terror en todos aquellos que se hallaban dentro del organismo político. La primera resistencia á que se apeló, fué la resistencia legal. Una consulta de abogados abrió la revolucion; una defensa de la ley fué la primer explosion de la violencia. La toga subía las gradas de los tribunales, ántes que la bandera tricolor escalase las piedras de las barricadas. La Bolsa fué sobrecogida de esa alarma súbita que sobrecoge siempre á la más poderosa, y sin embargo, á la más cobarde entre todas las fuerzas sociales, á la riqueza. El *tres por ciento* bajó del 78 al 72. En el Instituto se oía la voz de Arago. El hombre que ha comprendido en las leyes del cielo ese misterio de lo infinito, defendia el infinito de la tierra, la justicia en las leyes de la sociedad.

El discurso que leyó aquel mismo dia, estaba lleno

de alusiones terribles á las arbitrariedades del poder. El mariscal Marmont, que habia sido cómplice el diez y ocho de Brumario, del asesinato de la libertad; cómplice el año catorce, con los aliados, del asesinato de la pátria; iba á ser cómplice el año treinta del asesinato de la ley: siniestra figura, que parecía llevar consigo la muerte, por haber apartado de sí la conciencia.

Pero la resistencia más formidable se organizaba allí donde la herida había sido más profunda; en la prensa. Y de la prensa, el periódico á la sazon, si no más importante, más batallador, era *El Nacional.* Y en *El Nacional,* el hombre, si no más inteligente, más hábil, era Thiers. Véase por qué caminos el pobre hijo de un trabajador de Marsella, se adelantaba al proscenio de la Historia de Francia. Los periodistas le encargaron la redaccion de la protesta. Las vivezas de su estilo meridional, se moderaban mucho con las comedidas protestas de respeto á la ley. Dudábase de firmar con nombres propios, temiendo las venganzas del poder. Thiers aconsejó que se diera su verdadero sello á aquel acto de civismo, el valor. Todos firmaron, creyendo todos firmar su sentencia de muerte. Al impulso de este grande temor se elevaba la idea natural en tan supremos instantes, la idea de la resistencia armada. Thiers creyó que dentro de la ley había medios más eficaces, como por ejemplo, la negativa á pagar las contribuciones; medio, sin embargo, más temible para el poder que una revolucion, porque

si la revolucion lo mata de un tiro, la negativa á los tributos lo mata de hambre.

Pero estas resistencias legales son difíciles de organizar en pueblos habituados de antiguo á la servidumbre. La violencia de la arbitrariedad enjendra la violencia de la revolucion. A la fuerza se contesta con la fuerza. En la sociedad sucede como en la naturaleza; cada sér enjendra su semejante. El dia 26 se dieron las ordenanzas, y sólo hasta el dia 27 duró la resistencia legal. En este dia ya comenzó el pueblo á arrojar piedras al coche del primer ministro, de Polignac. Los periódicos liberales salieron sin someterse á la censura. Repartidores enviados á propósito los arrojaban á millares por las calles. Estas hojas agitaban la opinion y hacian subir á la superficie la profunda agitacion del fondo. Los cajistas, arrojados de las imprentas, corrieron á predicar la resistencia armada, con las ideas que tan fácilmente suelen aprenderse en su oficio, y con el primer ejemplo de empeño en la lucha.

Como en los tiempos de la primera revolucion, el movimiento partió del Palais-Royal. Los raquíticos árboles de su jardin pueden compararse con los cedros del Líbano, por los diluvios que han visto. La calle de St. Denis repercute el golpe dado en el Palais Royal. Los primeros delineamentos de la revolucion se dibujan sobre las primeras barricadas. Los alumnos de la Escuela Politécnica despliegan la bandera tricolor, esa bandera gloriosa que había ondeado desde los Alpes hasta las Pirámides, y que habia sido arrollada por

la intervencion extranjera. La nacion francesa, al arrojar el pabellon blanco en que la había envuelto su derrota, se transportaba de regocijo como si hubiera arrojado un sudario y sintiese nuevamente el calor de la vida.

El pueblo salió á la calle; la revolucion estaba empeñada. Las alcaldías fueron ocupadas, los fusiles distribuidos entre la muchedumbre; la plaza de la Gréve ensangrentada por el comienzo del combate. El tambor sonaba sus lúgubres redobles al mismo tiempo que con los primeros tiros chispeaba la primera erupcion de esas revoluciones que eternamente se compararán con los volcanes, por su luz, por su fuego, por sus sacudimientos, por sus devastaciones; pero tambien por ser un respiradero de la vida social. ¿Cuál era, entre tanto, el proceder de Thiers? Corría á refugiarse en casa de una de sus amigas, en el pacífico y hermoso valle de Montmorency, desde donde podia descubrir á París á la manera que el manso agricultor de las costas, vé las tempestades del mar, desde léjos, á la orilla. Mas era lógico: no habia aprobado la revolucion. No practicaba lo que no creia, lo que no aprobaba. Pero hubiera sido más lógico, absteniéndose de tocar á sus frutos. Y sobre todo, hubiera sido más lógico, no levantando una bandera antidinástica, bandera esencialmente revolucionaria. Una dinastía no cae por una argumentacion. Un poder hereditario y permanente, no deja que una pluma quiebre su cetro. Para desdeñar el procedimiento revolucionario, es ne-

cesario no propagar ideas revolucionarias. Predicando la caida de la dinastía, y absteniéndose de la revolucion, Thiers era infiel á dos cáusas; infiel ciertamente al órden establecido con sus predicaciones revolucionarias, é infiel á la revolucion con sus escrúpulos por el órden. Derribar pacíficamente una dinastía es utopía que ni los mismos parlamentarios ingleses han concebido. Ellos, para acabar con la política personal de los Estuardos, pasaron por dos revoluciones sucesivamente; invistieron con la púrpura á una hija rebelde é ingrata; castigaron á un heredero legítimo de la corona con la desheredacion más injusta; trajeron al gobierno un magnate holandés, y aceptaron una intervencion extranjera en auxilio de sus tenaces sublevados. Y á todo ese conjunto de violencias llaman santa revolucion los incansables lectores de la Biblia. Thiers habia olvidado en aquella ocasion hasta sus eternos modelos.

Entre tanto, la revolucion crecia. Tres centros principales habia en aquella hora suprema para formular las ideas, y para organizar la resistencia. Debe principalmente mencionarse el centro parlamentario, último refugio de la ley desconocida por todos. En este centro descollaba Casimiro Perrier, hombre de conciencia incierta y de carácter egoista; falto de amor á la libertad y menospreciador del pueblo; popular, sin embargo, porque habia combatido la Restauracion, y las muchedumbres aman siempre más á los enemigos de sus enemigos, sea cualquiera el móvil de

esta enemistad, que á los amigos sinceros y desinteresados de sus derechos. Junto á Casimiro Perrier se levantaba el protestante austero, frio de corazon, mediano de inteligencia, sóbrio de palabras, seco y descarnado de estilo, adorador de la aristocracia del oro, en cuyas aras iba á sacrificar implacablemente lo que nunca debe sacrificarse ni por la cáusa más sublime, ni en los momentos más supremos: su reputacion de honradez y hasta su conciencia. Junto á Guizot, Villemaine, escritor castizo y elocuente, pero vacío y gárrulo, que no habia tenido escrúpulo en la Academia de incensar al extranjero, al Czar, con el humo de su retórica, y tenia escrúpulo en la Cámara de olvidar el mandato del pueblo sosteniendo su soberanía. Este centro parlamentario era tímido.

Frente al centro parlamentario, estaba el centro del Hotel de Ville. Este edificio parece un palacio real; construido con toda la coquetería y toda la gracia del Renacimiento, aunque un poco aplastado por esos inmensos techos, naturales al frio y la humedad de los paises del Norte, donde no podrian desafiar las inclemencias del tiempo, con nuestras espaciosas terrazas y nuestras aéreas galerías. Y sin embargo, este edificio, con sus salones reales, parece eternamente habitado por el génio de la dictadura revolucionaria. Alzado frente por frente del asilo de los estudiantes, en la plaza de la Greve, que ha dado su nombre antonomásico á todas las asociaciones del pueblo y del trabajo; á la cabeza del barrio de San Antonio, donde

están las legiones de la libertad, las que han regado con su sangre todos esos dias supremos del Génesis social, conviértese el Hotel de Ville, por una necesidad histórica, en el cuartel general de las muchedumbres insurrectas y en el templo centellante de la revolucion. Pero en el año 30 debia entrar allí un noble, un gentil-hombre del antiguo régimen, puro de intenciones, honrado de carácter, integérrimo en ideas; amando al pueblo porque amaba la popularidad, y que habiendo asistido al nacimiento de la República en América y pasado por todas las catástrofes de la revolucion francesa, parecia, entre el esplendor de tantos recuerdos y el humo de tantos incendios, la personificacion austera de la democracia universal. Pero esos recuerdos lo perdieron. Lafayette, en vez de tener la audacia de la juventud y el impulso de la esperanza, tenia toda la lentitud de la vejez y se encorvaba al peso de los recuerdos. El convirtió el Hotel de Ville en una especie de Academia, y la política revolucionaria en una manera de disertacion histórica. Explicar los tiempos pasados fué casi toda su ocupacion, cuando lo esencial era preparar los tiempos futuros. Así es, que miéntras él hablaba, Odillon Barrot, que estaba á su lado representando otras ideas y otros intereses, obraba. La fuerza mayor de la revolucion se deshacia en humaredas de palabras. La cáusa que podia reivindicar mayor derecho en el eclipse de la monarquía, era la de ménos accion en el momento del trabajo. Imaginaos un

piloto enseñando á una tripulacion; miéntras el viento ha rasgado las velas y el oleaje roto las tablas, los accidentes de otras navegaciones, la historia de otros naufragios, y tendreis una idea de Lafayette en el Hotel de Ville.

El centro que debia tener más influjo, era el compuesto por dos naturalezas que parecian contrarias, por dos nombres que parecian contradictorios, por un banquero y un poeta; por Beranger y Laffitte. Parecia que el cancionero del pueblo debia ser el defensor acérrimo de los derechos del pueblo. Y sin embargo, Beranger ha sido siempre una contradiccion consigo mismo. Sóbrio, ha cantado la embriaguez; casto, el amor ligero y vicioso; austero, la vida calaveresca y divertida; hijo del pueblo, la epopeya militar, que arrebató al pueblo toda libertad, que lo puso en tutela ignominiosa, que lo sacrificó; pobre víctima, en todos los campos de batalla, dando por resultado final, merced al rebajamiento de todos los caractéres y la pérdida irreparable de la sangre francesa, la restauracion de la antigua monarquía, saludada hasta como un crepúsculo de libertad, y la intervencion extranjera como un supremo refugio. Es imposible medir la fuerza que tuvieron las canciones de Beranger, para traer la caida de la Restauracion; pero tambien es imposible medir la fuerza que tuvieron esas mismas canciones para traer la restauracion del Imperio. En aquel momento de 1830, Beranger fué uno de los fundadores del reinado absoluto de la clase media; él influyó

sobre Lafitte; Laffitte sobre Luis Felipe; Luis Felipe sobre Lafayette, Laffayette sobre el pueblo; y una revolucion, en su esencia democrática, se dejó imponer la dictadura de la clase media.

¿Qué papel representaba Thiers en estos momentos? En los primeros dias de la revolucion, durante lo más crudo del combate, se refugió tambien tranquilo en el valle de Montmorency. En cuanto supo que la antigua monarquía iba de vencida, corrió á Paris, deseoso de compartir la honra de la victoria y la parte del botin, contribuyendo al nombramiento de Luis-Felipe. Comenzó por redactar una proclama exaltando las virtudes del candidato, proclama que arrojaba él mismo á la impaciente muchedumbre. Luis Blanc cuenta en su historia de los diez años que la proclama orleanista fué acogida con silbidos en la plaza de la Bolsa. Después de esto, no reapareció Thiers en el Palacio de Laffitte, donde se forjaba la nueva dinastía. Sin embargo, su mayor deseo era acompañarla en la antesala del trono. Con esto conseguia ser uno de los ministros forzosos del nuevo régimen. Sabiendo que se habia tratado de enviar una comision á Neuilly sin contar con él, corrió al palacio de Laffitte y se quejó al cancionero Beranger de haber sido olvidado. "Nada más natural, respondió este con ironía, que olvidar á los ausentes." Thiers partió á Neuilly en busca del rey para Francia y del poder para sí. Entre los escombros de las barricadas y los despedazados cadáveres de los combatientes, los más audaces son venci-

dos si sólo piensan generosamente en la libertad, y los más débiles vencedores, por lo mismo que sólo piensan en su fortuna. Thiers habia entrado pobre en el *Nacional* y salia con una corona en las manos para un nuevo monarca. Esa corona podia partirse en dos, quedándose Luis-Felipe con el brillo del poder monáquico y él con la omnipotencia de la responsabilidad ministerial. En alas de estas ideas llegó Thiers á Neuilly, presentándose ante la nueva dinastía.

El candidato habia partido, ocultándose de las exigencias anticipadas de la revolucion y de los tardíos castigos de la monarquía. Y por una fortuna que suele acompañar á todos aquellos bastante hábiles para quedarse en los límites de dos ideas, en los confines de dos partidos, la revolucion pensó en él para nombrarlo su jefe; la monarquía para nombrarlo su lugarteniente. Luis-Felipe lo aceptaba todo, prefiriendo siempre lo más pronto y lo ménos peligroso. La utilidad era su fin, el egoismo su carácter, la propiedad su altar, el éxito su Dios, y el dinero su vida. Tomaba la monarquía como un empleo lucrativo. Lo que más amaba en el poder, era la lista civil. Perdido él, se habia perdido toda su cáusa. Por eso, miéntras tanta gente moria para que él tuviera un trono, se ponia á buen recaudo. Thiers no lo encontró en Neuilly. Pero encontró á su mujer, la virtuosa Amelia, y á su hermana, la ambiciosa Adelaida. La primera se indignó con aquella proposicion, con la sospecha de que pudiera atribuirse á su espo-

so deslealtad á su propia familia, traicion á su rey. La segunda pedia sólo que se evitara la proscripcion de la rama menor y que se pensase maduramente en la opinion de Europa. Thiers entónces, con esa agilidad de movimientos, con esa flexible facilidad de palabra, con el aire de seguridad que dá á todas sus afirmaciones, disertó largamente sobre la desgracia irremediable de la monarquía, sobre la necesidad de que Luis Felipe salvara del naufragio algunas tablas del trono de San Luis, y sobre lo pronto que tendria consigo la opinion de las córtes de Europa, con sólo mostrarles que las habia salvado á todas, impidiendo la proclamacion de la República en Paris, cuya voz parece en estos momentos la voz del mundo. No olvidó, por supuesto, sus habituales paralelos entre la situacion de Francia y la situacion de Inglaterra.

Por fin, la sangrienta batalla se resolvió en victoria para el pueblo; la familia reinante huyó de St. Cloud á Versalles, de Versalles á Rambouillet, y de Rambouillet á la costa; las cámaras se reunieron; Luis Felipe corrió al Palais-Royal, se encaminó al Hotel de Ville, montado en un caballo blanco, precedido de Laffitte, el banquero que iba á ungir al rey de la banca con la sangre del pueblo y la pólvora de las barricadas. Muchos de los combatientes apuntaban al nuevo rey para obtener con su muerte la república. Pero los manejos hábiles de la clase media detuvieron la mano del pueblo. Odilon Barrot apuntó á Laffayette su célebre frase: hé aquí la mejor de las re-

públicas. Laffayette presentó el rey ciudadano al pueblo en el balcon, abrazándole entre generales aplausos. La monarquía estaba salvada. Y sin embargo, el abate Gregoire, retirado en Passy, ya muy anciano y achacoso; ese abate que habia dicho "la historia de los reyes será siempre el martirologio de los pueblos," al saber el éxito de la revolucion, lloró de gozo, exclamando: "¿Será posible? ¡Qué dicha! Una república con rey." Y comenzó de nuevo, arriba la obra de destruir la libertad, abajo la obra de destruir la monarquía.

La monarquía de Luis Felipe era para los doctrinarios, la síntesis suprema de la política. Admitiendo la monarquía como tésis, y el pueblo como una antítesis, lo más difícil, pero tambien lo más importante, es encontrar la síntesis, el término medio que resuelva sus contradicciones, que temple sus diferencias, que lleve la paz al seno de los antagonismos. Thiers pensó en ser esta síntesis. Uno de sus primeros trabajos fué llevar al Palais-Royal los jóvenes republicanos, á fin de que estos se acostumbrasen á mirar al nuevo rey como su jefe vitalicio, y el nuevo rey á los republicanos como el apoyo de su trono. Pero la entrevista no fué muy afortunada, ni por consiguiente la idea de Thiers muy fecunda. Empezó haciéndoles esperar mucho tiempo, lo cual probaba que el rey ciudadano gustaba tambien de antesalas, esas escuelas de los cortesanos. Siguió por hablarles vivamente de la necesidad de evitar los escollos de la revolu-

cion francesa. Insinuó que la mejor manera de alumbrar esos escollos, era tomar por faro su expléndida corona. Y como hablára con cierta viveza de la convencion, le dijo Godeffroy Cavagnac:—Olvidais que mi padre fué convencional.—Tambien el mio, contestó Luis Felipe. Al despedirse, les rogó que volvieran, y todos dijeron:—Jamás. En efecto, ninguno volvió hasta el 24 de Febrero de 1848. El jamás de los republicanos anunciaba ya esta fecha de la caida de la monarquía. Thiers pudo convencerse de que su síntesis estaba rota.

En efecto, Mr. Thiers no fué ministro. La revolucion triunfante lo nombró, primero Consejero de Estado y después Sub-secretario de Hacienda. Cuando, cuatro meses más tarde, Laffitte subió al ministerio, Thiers pensó en retirarse. Fué necesaria una órden del rey para detenerle en su puesto. Allí prestó eminentes servicios, conjurando la crísis financiera con hábiles medidas respecto á la administracion de las propiedades del Estado y á la percepcion de los tributos. Los negocios de hacienda no impedian el idealismo que se armoniza con el temperamento nervioso y el carácter inquieto de todos los verdaderos hijos del Mediodia. Ese hombre que ahora quiere á Italia desmembrada, á Alemania dividida, el poder absoluto en Roma, todas las naciones de rodillas, para que Francia aparezca más grande y más alta; entónces, con la movilidad propia de sus opiniones, hablaba de una cruzada general para restituir la libertad, en nombre de

los principios de la revolucion francesa, á los pueblos oprimidos. Pero la política de Luis Felipe era una política mercantil. El rey no era tanto el jefe de los ciudadanos, como el jefe de los comerciantes. El mercado era su campo de batalla; la Bolsa su templo de gloria; el oro toda su ambicion, y la fortuna y la riqueza de sus hijos todo su anhelo. Separó sus propiedades de la Corona, para ponerlas fuera del alcance de la revolucion. Deshonró el principio de su reinado, admitiendo la herencia de Condé tristemente de las manos de su manceba. Se desavino de Laffitte, el banquero que le habia hecho rey, por no perder unos cuantos miles de francos en la cesion que este le hizo del bosque de Branteuil. Por consiguiente, Luis Felipe era demasiado negociante y Thiers demasiado orador para entenderse. El rey debia recelar siempre de la superioridad del talento y del brillo de la palabra de aquel hombre. De suerte que las mismas cualidades tan aprovechadas para la ascension de la nueva dinastía, le fueron poco provechosas después que la dinastía hubo subido.

A los pocos meses del reinado de Luis Felipe, se notó esta disidencia que debia llegar hasta el fin. Thiers habia inspirado á Laffitte la política de propaganda revolucionaria contra la conjuracion de las córtes europeas. A este fin redactó un elocuente discurso que el ministro debia leer en las cámaras. Este discurso fué corregido por sobrado liberal de mano del rey. Para reintegrar el texto se necesitó una crísis. El

sentido político del discurso de Thiers se hallaba resumido en esta frase de una soberbia elocuencia. Despues de proclamar que Francia no intervendria sino en el caso de ser amenazada en su independencia y compelida á la guerra, exclamaba: "Si estallan las tempestades á la vista de la bandera tricolor, y son nuestras auxiliares, no serémos nosotros los responsables ante el Universo!" Sin embargo, á los pocos dias, estas palabras, salidas de la montaña de las tempestades, ¡ay! de la tribuna francesa, fueron á herir como un soplo de vida la faz de un cadáver; y aquel cadáver se reanimó, aunque habian pasado por sus miembros despedazados las hordas de las invasiones cosacas, y reclamó su lugar en el derecho, su puesto entre todas las naciones; y por toda respuesta vió renovado su inútil martirio; y los heraldos del despotismo, los ángeles exterminadores del Norte, anunciaron al mundo, vibrando sus espadas frias como el hielo, que entre orgías de sangre y al pálido resplandor de los incendios, habia sido otra vez enterrada sobre montones de sus hijos inmolados bárbaramente, la infeliz Polonia.

Por fin, Mr. Thiers subió al poder; fué nombrado ministro. En pocas ocasiones se ha visto un pueblo tan conmovido como á la sazon estaba Francia. La sangre de Polonia habia caido á manera de plomo derretido, sobre el corazon de todos los franceses; la insurreccion de Bélgica, obra de Francia, se hallaba terriblemente amenazada; la Vendée volvia á renovar sus siniestros juramentos de pelear y morir por la le-

gitimidad vencida; la Duquesa de Berry desembarcaba para suscitar la guerra civil con su presencia; el partido republicano, lleno de vigor, de talento, pronunciaba discursos como los de Garnier Pagés, escribia artículos como los de Armand Carrel, lanzaba folletos como los de Cormenin, propagando en los ánimos, con la idea de que las jornadas de Julio habian sido perdidas, la esperanza de tomar el desquite en una nueva revolucion; el poder temporal de los Papas vacilaba; Italia se retorcia de dolor; el socialismo se iba convirtiendo en una especie de religion con una Iglesia industrial, sobre la que atraian grandes simpatías los rayos del poder, embotados siempre en las ideas; las insurrecciones de Lyon y de Paris, si bien vencidas, mostraban con su terrible aspecto hasta el fondo del abismo; y por todas partes se veia que si el nuevo régimen aspiraba á ser duradero, habia de alzar sus bases sobre lavas incandescentes.

Tal era la situacion peligrosísima en que Thiers subió al poder. El rey habia visto caer á Cárlos X por seguir una política personal. Y sin embargo, habia á su vez seguido una política personal. La diferencia entre ambas políticas era notable. Cárlos X se hallaba inspirado por su culto, y Luis Felipe por su codicia. Cárlos X defendia ideas, y Luis Felipe intereses; para aquel era la política un holocausto á Dios y á su Iglesia; para este un estiércol en que abonaba sus campos. Así no queria hombres de talento en su ministerio, porque el talento era un obstáculo á su po-

lítica personal; queria hombres ignorantes ó serviles. Si aceptó el ministerio en que Broglie, una especie de estóico, y Guizot, una clara inteligencia, y Thiers, una gran palabra, entraron, fué para conjurar las tormentas de la opinion, para afrontar los debates del Parlamento, y para obtener, suscitando una rivalidad que fué eterna entre estos dos hombres, que la política de ambos se anulase en esfuerzos contrarios y prevaleciese solamente la política real, la voluntad del monarca. Ambos cayeron en el lazo, ambos lucharon en el consejo de la corona y en la cámara, ambos rompieron mil veces en aquella porfía sus armas; pero al fin, los proyectiles hirieron á Luis Felipe, y lo derribaron del trono.

Uno de los actos más solemnes del ministerio de Thiers, fué la prision de la princesa de Berry, madre del rey legítimo de Francia, del pobre Delfin, sobre el cual habia recaido el derecho á la corona, merced á dos abdicaciones. La Duquesa habia mostrado un gran valor desembarcando en Francia para defender una cáusa que tenia á sus ojos el prestigio del derecho histórico y el prestigio de su amor maternal. Thiers, á fin de descubrir el asilo de la princesa en Nantes, compró un traidor, fácil de encontrar en aquella época en que todo tenia precio, porque la política era un gran mercado. Beust, que habia pasado por legitimista siempre, le vendió el secreto, y llevó la policía hasta el asilo de la desgracia. La Duquesa, huyendo de la policía, estuvo diez y seis horas encerrada con

algunas personas leales en el hueco de una pared, al lado de una chimenea, donde todo recurso era imposible, donde apénas entraba el aire, donde creyó morir de asfixia, hasta que, encendida la chimenea y próxima á ser tostada viva, salió para entregarse á sus perseguidores, víctima de una de esas infames traiciones que los gobiernos aprovechan, pero que la historia reprueba eternamente. Luis Blanc cuenta en su *Historia de los diez años*, cómo Thiers conoció al traidor. Un dia recibió cierta carta misteriosa, en la cual le daban una cita para los Campos Elíseos, en sitio muy bien señalado y á hora avanzada de la noche, para comunicarle un gran proyecto. Thiers vaciló; pero, omando dos pistolas cargadas, fué á la cita. Allí encontró á Beust y allí se pactó la traicion. Un acto de gobierno se preparaba como un crímen. Pero el criminal que se esquiva á la luz del dia, no se esquiva á la luz interior de la conciencia. Cuando la Duquesa fué arrestada, Beust pedia á grandes voces la muerte. Thiers, que tuvo valor para acometer esta prision, no lo tuvo para intentar el proceso que era su natural consecuencia. A cáusa de esto, pasó del ministerio político del Interior al ministerio económico de Comercio.

Pero esta actitud de Thiers probó que el rasgo supremo de su carácter era la movilidad y la inconsecuencia. O no apresar á la Duquesa de Berry, ó ya prisionera, juzgarla. Tenerla presa en la fortaleza de Blaye sin juzgarla, era para los orleanistas comprometer la nueva dinastía con aquel peligroso depósito; pa-

ra los republicanos quebrantar la igualdad ante la ley, declarando que no habia en Francia tribunal capaz de juzgar al jefe de una sangrienta guerra civil; y para los legitimistas, un crímen de prision arbitrario; un tormento más añadido á los tormentos de los reyes legítimos, una página más añadida á la historia de sus martirios. Thiers pronunció uno de esos discursos hábiles y sentimentales, para evitar el juicio de la Duquesa de Berry. En efecto, eran obstáculo graves; el interés del debate; la grandeza de la víctima; el prestigio triple de su sexo, de su maternidad y de su rango; la renovacion de la leyenda monárquica por la renovacion de los martirios reales; los potentados de Europa, todos parientes de la acusada y todos interesados en el proceso; la familia reinante comprometida por los lazos de parentesco y por las relaciones de la sangre; la Vendée insurrecta de nuevo, la Vendée vencida, no resignada; ochenta ó cien mil hombres de ejército tendidos desde Burdeos a Paris, tan sólo para custodiar aquella mujer, que era como la sombra de quince siglos de monarquía; la Cámara de los Pares en presencia de la hija de un rey y de la madre de otro que representaba todavía muchos grandes intereses, y que todavía evocaba muchos gloriosos recuerdos; la condenacion imposible y la absolucion peligrosa; Europa conmovida con aquel dramático espectáculo y temiendo ver levantarse los convencionales trás los jueces de la majestad caida en el fondo del cuadro, tal vez las llamas de la revolucion.

Pero de todos modos era preferible el juicio á la infame cábala que dió por resultado entregarla deshonrada á los ojos de Europa y decaida de la estimacion de su familia. La Duquesa se habia casado en secreto. Aquella Juana de Arco de la Monarquía, por la cual tocó Chateaubriand tanto la trompeta fúnebre de la epopeya legitimista, habia venido á Francia para pelear en los campos á fin de restaurar un trono, y sólo obtuvo parir en paz á la vista de sus carceleros, que ni siquiera respetaron el pudor de la mujer y los dolores del parto. La familia de Orleans fué implacable con aquella princesa, con la cual estaba unida por tantos lazos. Por salvar su corona; ah! no vacilaron en deshonrar su sangre. Y á esto le llaman habilidad política.

Tales ejemplos debian producir una grande inmoralidad. Y en efecto, Francia estuvo podrida hasta los huesos. *La Tribuna*, periódico liberal, era citado ante la barra por levantar un pliegue del velo que cubria tanta miseria. Laffitte se animaba por haber querido servir al nuevo rey, y el rey le dejaba caer en los restos de su fortuna. Todo el remedio que á Thiers se le ocurria era levantar las fortificaciones de Paris, costosas, inútiles, reducida hoy á un círculo de bastiones y fuertes que para nada sirven sino para atestiguar cuan débil táctico era en la práctica el hombre que ha estudiado tantas obras y ha escrito tantas páginas de táctica. Los bastiones se hicieron contra la revolucion, que pasó sobre ellos como el rayo y como el

viento. Sin embargo, Paris sintió que aquellas fortificaciones eran como las esposas remachadas en sus gigantes manos, y bebió á grandes tragos la hiel de tal afrenta.

Thiers quiere pasar por defensor de la libertad. El hombre que ha pasado su vida admirando las carnicerías del despotismo, es incapaz de comprender la sublime sencillez de la libertad. Hoy defiende la libertad de la prensa, cuando fué en el gobierno autor de las feroces leyes de Setiembre, que para salvar la majestad del poder, vulneraron la majestad del derecho. Hoy defiende la libertad de reunion, cuando en el poder declaró á Francia incapaz de ejercerla y suprimió todas las asociaciones políticas. Hoy sostiene el tema de que los pueblos deben gobernarse á sí mismos, y ayer los declaró sujetos á perpétua tutela. Hoy combate el gobierno personal, y jamás ningun hombre llevó sus preocupaciones ni su vanidad con más empeño del gobierno, hasta el punto de negarse en 1834 á una amnistía que deseaba en el fondo de su corazon, por la pueril debilidad, la ridícula miseria de no confesarse vencido en el Consejo de ministros. A esto unió perfiles de ingratitud que no le perdonará jamás la historia. Después del estallido de la máquina de Fieschi, consintió que se persiguiera á Armand Carrel, cuya generosidad de carácter y cuya lucidez de conciencia habia visto en los tiempos de lucha contra otra dinastía en que eran compañeros de redaccion y amigos del alma. Hasta en la política exterior

se desmentia á sí mismo, porque habiendo muchas veces enunciado el pensamiento de que la guerra de España habia sido tan funesta á Napoleon, como la intervencion en España á los Borbones, queria aventurar, aunque á favor de los liberales, una nueva intervencion en nuestro pais, creyéndonos una Vendée exháusta, cuando nuestra fuerza vital es tan grande, que siempre nos sobra sangre en las venas para defender ó para reconquistar nuestras libertades. Y después, grande hombre de Estado, segun su vanidad, jamás comprendió que en el teatro de la córte, Luis Felipe tiraba del cordon de su vanidad para moverle como un polichinela, y despertaba todos sus malos instintos para enemistarlo con Guizot y hacer imposible el único ministerio que habia fuerte en el Parlamento y capaz de tener á raya la Casa real: un ministerio compuesto de los dos rivales, que llevara al rey las opiniones de la nacion y no consintiera que la nacion se humillase á las opiniones del rey. Así, en 11 de Octubre de 1836 recibió la cartera de Negocios Extranjeros y la presidencia del Consejo de Ministros; dignidades ambas ofrecidas por el rey ciudadano y aceptadas por el orador parlamentario, sin tener para nada en cuenta la voluntad del Parlamento. Su ambicion estaba colmada: no era un *parvenu*, como decia Talleyrand, sino un *arrivée*; las más altas damas de la diplomacia le sonreian, los reyes le trataban casi como un igual; pero el gobierno personalísimo de Luis Felipe se elevaba sobre las instituciones en hom-

bros de Thiers. La vanidad es el mayor enemigo de los hombres de Estado.

Funestísima fué su política extranjera. El Austria le despreció; Inglaterra se apartó casi de la alianza francesa; Suiza le maldijo; España, por cuya cáusa debia caer, no le agradeció sus servicios; y las tres potencias del Norte coaligadas renovaron á su faz y contra los votos generales de Francia, el sacrificio de Polonia con la ocupacion de la república de Gracovia. En el interior, lo único que hizo fué dejar por su incapacidad política el criterio del rey más alto que el criterio de sus ministros, y la voluntad del rey asentada sobre la humillacion del Parlamento. Así es que cayó en seguida.

Desde entónces, Mr. Thiers presidió el centro izquierdo de la Cámara. El rey no le agredeció nunca ni los esfuerzos que con su habilidad revolucionaria habia hecho para alzarle al trono, ni los servicios que con su vanidad batalladora le habia prestado para fundar su gobierno personal. Porque la fuerza de los acontecimientos le habia arrastrado á dar á su oposicion un tinte liberal, las repugnancias del rey le habian dado un tinte sospechoso á la monarquía. Cuando iba á palacio, cuando pasaba delante de aquellas princesas á quienes el 29 de Julio habia por vez primera presentado el rico don de la más brillante, si la más frágil, de las coronas del mundo, le miraban como un conspirador, como una sombra de los clubs que habia disuelto, como una amenaza de la revolu-

cion que habia ahogado en sangre. El año 35 le dieron y le quitaron en tres dias, tres veces el ministerio. Le quisieron enviar á una embajada, á un destierro con sueldo; porque para Luis Felipe toda herida se podia curar con un emplasto de oro. Le presentaban como el hombre funesto, que con su nervioso carácter, activa ambicion, centelleante palabra, habilidad parlamentaria, daba más embarazos que servicios al poder, y más disgustos que glorias á la nueva dinastía. Viendo esta opinion, él mismo se dirigió al rey para decirle que si su presencia en Paris era una complicacion política más, unida á las muchas con que luchaba la monarquía, estaba decidido, con solo oir una indicacion ó una palabra, á condenarse á un voluntario ostracismo. Así no podia ménos de llevar á la tribuna, con ideas de una oposicion muy viva, dolores de una intensidad muy grande. La mala voluntad que el rey le mostró siempre, le dieron ímpetus de tribuno. Y como el pueblo es en todas partes generoso, olvidó pronto los deservicios á su cáusa, y le colmó con los dones de la popularidad, despreciada siempre donde es más necesaria, en el poder, buscada siempre cuando se tiene por necesidad, en la oposicion. Así exclamaba desde los bancos de la izquierda: "¿Seremos reducidos á no tener sino la ficcion de un gobierno representativo? Si tal era nuestra idea, ¿por qué no lo dijísteis en los tres dias de Julio?"

Bien pronto iban á comenzar de nuevo. La políti-

ca doctrinaria habia dado sus frutos. La clase media estaba gastada y podrida en diez y ocho años de dominacion oligárquica. Francia, como en los dias peores del anterior reinado, representaba la reaccion en todas partes. Dejaba asesinar á Gracovia y queria intervenir en favor del Sordebuu en Suiza. Cada dia el régimen parlamentario cerraba con más fuerza el paso al advenimiento de las clases populares. Thiers combatia rudamente aquella política. Guizot le trató con gran dureza, diciéndole: "Todo depende del lugar en donde os hallais colocado. Si estuviérais en el mio, haríais lo mismo que yo hago."

Por fin, llegó el dia 24 de Febrero. La monarquía ciudadana se derrumbaba como la monarquía legitimista. El rey no oia los crugidos del trono al desgajarse bajo sus plantas. Al comenzar los primeros anuncios, decian sus hijos: "No harémos como los príncipes de la rama mayor; pelearémos todos en las calles." Los primeros resplandores del incendio llegaban hasta las Tullerías. Fuego de paja, exclamó Luis Felipe. Los banquetes electorales fueron prohibidos. Las oposiciones querian celebrarlos á pesar de la prohibicion. Thiers se opuso, representando, como en 1830, la resistencia legal. Una acusacion se formuló contra el gobierno y se depositó sobre la mesa de la Asamblea. Guizot la leyó y la arrojó con desden sobre la mesa. Pero en el ministerio de Negocios Extranjeros y en las gradas de la Magdalena caian heridos los combatientes. Luis Felipe nombró gobernador militar de Paris á Buyeaud,

guerrero ilustre por sus victorias, pero impopular por su ferocidad. Este nombramiento exasperó á las muchedumbres. El rey comenzó á intimidarse y pidió á Guizot su dimision. Tal muestra de debilidad aumentó la audacia de los insurgentes. Molé fué llamado á las Tullerías. Al ir, el pueblo le embargó el coche para colocarlo en una barricada; Molé llegó á pié. Oido el encargo de formar un ministerio, dijo que él, por conservador, no servia para lo grave de la situacion y que Thiers era el designado por progresista. ¿Que dirá la Europa? exclamó Luis Felipe. No piense V. M. en eso cuando se quema la casa. El rey convino, pero con la condicion de que Molé habia de entrar en el ministerio. Luis Felipe gustaba mucho de las crísis ministeriales, en las que arroga el monarca todo el poder con la prerogativa de nombrar sus ministros. Y miéntras Paris ardia, combinaba, como en los tiempos serenos, un ministerio. Cuando Molé fué á ofrecerle el poder, Thiers se hallaba en su hotel de la estrecha plazuela de San Jorge. La oposicion dinástica le rodeaba, y la muchedumbre le saludaba como en los dias de su popularidad. Nada presentia. Imaginaba que el rey le entregaria el poder, que su nombre disiparía la tormenta, siendo dueño absoluto de la situacion por la ruina de Guizot y el miedo de Luis Felipe. Propuso á Molé su programa. El primero de sus artículos era la disolucion de la cámara. El rey no consentia. Thiers fué á las Tullerías; las calles estaban llenas de barricadas. El fuego sonaba por todas par-

tes. No vayais, gritaba el pueblo, os engañan. Thiers entró y presentó sus proposiciones. El rey entraba y salia á cada una de ellas con grande ansiedad. Iba á consultarla con Guizot, encerrado en un gabinete próximo. Cuando se arregló un ministerio liberal, era tarde. El rey abdicó. Era tarde. La regencia de la Duquesa de Orleans se proclamó. Era tarde; era tarde. Cuando la Duquesa fué á las cámaras, oyó el grito de Viva la República. La monarquía de Julio encontró su sepulcro donde habia tenido su cuna, en las barricadas. Luis Felipe huyó á Inglaterra con toda su familia. Thiers se eclipsó para el gobierno, pero no dejó de brillar en la tribuna.

Detengámonos un momento á contemplar bajo sus diversos aspectos á este hombre, cuya vida hemos ligeramente bosquejado. Nacido en las clases inferiores de la sociedad, se ha levantado á las altas, por el brillo del talento y la perseverancia en el trabajo. Pero ya en estas alturas, se ha olvidado de su orígen, que le imponia como un deber imperioso atacar el privilegio de los ménos para establecer el derecho de todos. Si tal hubiera hecho, no tendria hoy una inmensa fortuna, ni una alta posicion; los dolores del trabajo serian el lote de su vida, y el destierro quizá toda su suerte. Pero el dolor es la sombra que sigue al génio, porque no se puede ser génio sin tener en alguna medida el don de profeta; y no se puede ser profeta sin trabajar por el ideal de lo porvenir; y no se puede trabajar en el ideal de lo porvenir, sin atraer-

se la cólera de lo presente. Todos los profetas hebreos, esos grandes jueces de los tiranos, escribieron sus terribles sentencias en la soledad del desierto. La inteligencia más elevada, como el árbol más jigantesco, atrae el rayo.

Pero Thiers no se ha adelantado á su tiempo: lo ha seguido, y á veces desde léjos. Fundar la oligarquía de la clase media, era todo su ideal; detener el advenimiento del pueblo á la vida pública, todo su trabajo. Sabia que esta clase media es demasiado orgullosa para sostener las antiguas instituciones monárquicas y demasiado utilitaria y egoista para practicar las nuevas instituciones republicanas. Y así fué uno de aquellos fundadores de la monarquía híbrida de los diez y ocho años, nacida de una revolucion é infiel á su orígen; levantada sobre las cajas de los banqueros y tomándolas por un trono de derecho divino; monarquía que tuvo de todo, pero todo pequeño; pequeños estadistas, pequeños filósofos, pequeños generales, pequeño rey; y que fundó el doctrinarismo, ese caos de la esterilidad, en política; el eclecticismo, esa negacion de todos los principios, en filosofía; el fatalismo, ese cadalso de todos los grandes caractéres, en historia; y la corrupcion pública, ese cáncer de las épocas decadentes, como único medio de gobierno.

Thiers no fué el hombre de la monarquía de Julio; Thiers la empujó hácia el abismo durante los últimos años de su existencia, y cuando se inclinó para salvarla, era ya tarde. Y sin embargo, habia contribuido

en primera línea á fundarla. Thiers no fué tampoco el hombre de la República de Febrero. Y sin embargo, en primera línea contribuyó á provocarla. Durante la República, empleó todo su talento de palabra en hacer estéril la democracia, y toda su habilidad de accion en restaurar la monarquía. Un dia entró por las puertas de la Asamblea Nacional un jóven oscuro, pálido, callado, que tenia, si no el aire de su raza olímpica, la ambicion en el alma y el reflejo de la gloria en la frente. Era Bonaparte. Thiers, que tanto habia contribuido con su historia, su obra monumental, á restaurar la epopeya del Imperio, llevándola al hogar de la clase media, como Beranger la habia llevado al hogar del pueblo, ¿no vió el Imperio salir de su sepulcro en aquella pálida figura? Thiers no queria la restauracion Imperial. El Imperio es el gobierno personal, y no le convenia este gobierno á un orador parlamentario. Grande imprevision. El jóven Bonaparte fué su candidato para presidente de la república. El móvil de esta eleccion se resume en una frase desdeñosa: "Es, decia, una cabeza de palo." Sobre aquella cabeza podia él muy bien extender su cerebro. Pero un dia el candidato fué presidente. Thiers tiene la necesidad de hablar y la manía de escribir los grandes documentos en todas las ocasiones críticas.. El habia escrito las protestas contra las ordenanzas, las primeras proclamas de los Orleanes; el discurso en que Laffitte formulaba la política exterior de la monarquía de Julio. Un nuevo documento para el nuevo jefe

del Estado era tanto como una base de poder y de fortuna para sí. Todavía buscaba eso en la edad madura con la misma intensidad que en su temprana edad. Llevóle pues un discurso. El Presidente lo leyó y se lo devolvió, diciendo: "Yo he escrito el discurso, porque yo quiero ser yo." El gobierno personal estaba fundado. La cabeza de palo de Thiers era el cerebro de Francia. Thiers se llama hombre de Estado y no lo presintió. Cuando dijo su frase: "*L'Empire est fait*," ya sabia todo el mundo que el Imperio estaba hecho, y acaso por su culpa.

En su ódio al pueblo, en su entusiasmo por la restauracion de la oligarquía, trabajó en la Asamblea legislativa de la república, por cercenar el sufragio universal. Y la revolucion de Febrero, ó no era nada, ó era el advenimiento del pueblo á los comicios. ¿Qué sucedió en este imprudente retroceso de la restriccion del sufragio universal? Que se le dió al Presidente un arma para el golpe de estado, y se le quitó á la Asamblea legislativa una defensa para salvar la libertad. Bonaparte invocó el sufragio universal. Los diputados de la escuela de Thiers quisieron invocarlo tambien, cuando tocaron su error, cuando los legionarios del Imperio mataban la República en nombre de los derechos de la plebe. Era tambien tarde. Uno de los diputados de la mayoría, reunida en la alcaldía del décimo distrito, salió al balcon á proclamar el mismo principio que habian hollado. El pueblo se echó á reir, un sargento los dispersó y un cuartel fué su

cárcel. Hé aquí á donde habian conducido las habilidades de Thiers. Puede decirse que él fué desde la tribuna el Polignac de la República, como desde el monumento levantado con su Historia al génio militar, el restaurador del Imperio.

¡La Historia! Hé aquí el principal monumento de Thiers. Y merece este nombre, si á ciertas calidades se atiende: al arte en agrupar los hechos, al movimiento y al calor de la narracion, á la erudicion profunda de economista, y á la todavia más extraña y sobresaliente de táctico. Pero la idea, ese grande sello de la eterna razon, por el cual se eleva la historia á ser una ciencia, no existe en ninguna de sus páginas. La filosofía está de allí ausente. Thiers vé admirablemente, como si los acompañára, como si los siguiera, las marchas y contramarchas de los ejércitos, las evoluciones de sus compañías, hasta el sitio que ocupan los piés de los soldados; Thiers vé los encuentros terribles, las batallas, oye las voces de mando, y las critica hasta con minuciosidad; cuenta los muertos, y desde el plan hasta el fin de un combate lo examina todo; y desde la administracion militar hasta la táctica, lo comprende todo; pero Thiers no vé, no sigue esas ondulaciones de ideas que van como las ondulaciones del aire sobre los grandes ejércitos, y que los envuelve como una atmósfera impalpable, en lo que se llama el espíritu de su tiempo, la vida de su siglo. Thiers no es filósofo. Talento esencialmente analítico, las grandes leyes generales de la historia y de la vida,

están muy altas y no las alcanza su mirada. Thiers siente la trepidacion de la tierra, el sacudimiento de las sociedades, pero no ha visto ni conoce el fuego central de las ideas. Solamente así, puede concebirse que su libro sea tan estéril en grandes enseñanzas filosóficas, cual fué estéril en filosofía el Imperio. Esto pudiera compensarse por la enseñanza moral. Pero la conciencia está ausente tambien de esta obra. Thiers no ha querido ser en ella lo que son los grandes historiadores modernos, filósofos; ni lo que fueron los grandes historiadores antiguos, jueces.

Hay en él más admiracion hácia las fuerzas mecánicas de la sociedad, que hácia las fuerzas espirituales de las ideas. Así es que todavía espanta verlo desde la tribuna cuando de política europea se trata, ménos adelantado que el Imperio, ménos idealista que los militares, alabando el antiguo equilibrio europeo, que es la cadena de los pueblos; y sosteniendo la crucifixion de las naciones para que Francia sea la más grande, aún á costa de la desgracia y del envilecimiento de todas. Cuán léjos se halla este patriotismo estrecho, clásico, que pone la pátria sobre todo el género humano, y la propia utilidad sobre toda justicia, de las ideas generosas engendradas por una filosofía superior á todos los intereses, y que quiere ver cada hombre en su derecho de ciudadano, cada nacion en su independencia, todos los hombres reunidos en la igualdad santa de la justicia, todas las naciones confederadas en el seno de la humanidad, dueña de la

naturaleza por el trabajo, y reflejo de Dios por la virtud y por la ciencia. ¡Utopia poética! gritan los utilitarios, los que le dieron la cicuta á Sócrates por salvar los dioses, la cruz á Cristo por salvar los Césares, la inquisicion á Galileo por salvar los escolásticos, y que sin embargo, se quedan siendo la mentira y el mal; miéntras esas utopias, que nacen como astros en las noches más espesas de la historia, son la vida de los siglos, la base de las sociedades.

La actual república francesa ha encargado el ministerio de procurar la paz, de infundir esta idea en los gobiernos extranjeros, al gran orador Thiers. La eleccion es desacertada. Tiene incontestables simpatías Thiers en los gobiernos de Europa; mas pertenece á la antigua diplomacia, tan admirablemente enterrada en los manifiestos sencillos, enérgicos, verdaderos de Julio Favre.

Además, Thiers ha contribuido como nadie á la guerra. Sus antiguos discursos iban encaminados á herir la fibra del patriotismo francés y presentarle como una necesidad para su grandeza y su influjo en el mundo, la destruccion de la unidad germánica y de la unidad italiana. Thiers ha dicho que á Francia le convenia hallarse rodeada de naciones pequeñas, débiles, desmembradas, incapaces de oponer sus fuezas á las fuerzas del pueblo francés, poderoso siempre por la sublimidad de su historia, por la universalidad de su lengua, y por sus treinta y ocho millones de ciudadanos.

Con estas ideas de exclusivismo y supremacía difícilmente se abrirá paso en el ánimo de los gobiernos extraños, que hoy ven con grande indiferencia la suerte de Francia. El egoismo humano es repugnante en los individuos; más repugnante en los pueblos. El hombre no vive si no vive en la famila, en la pátria, en la humanidad, donde quiera que su corazon y su conciencia se dilatan. Y los pueblos no viven cuando se apartan de la comunion con los demás pueblos. El pueblo encerrado en su egoismo es tan inútil como el pólipo sobre su roca, entregado todo el estómago, al exclusivo trabajo de su nutricion.

Lástima grande que un hombre como Thiers, de elocuente palabra, pertenezca á los reaccionarios de la historia. Indudablemente su palabra encanta. Pequeño, menudo, de ingrata figura, de ágria voz, de ademanes desordenados, y una vivacidad y una movilidad que le impide ser grave y ser solemne; sin una razon superior de filósofo, sin una fantasía brillante de poeta, consigue efectos inmensos y alcanza incalculables victorias por el prodigio de aquella palabra que fluida, corriente, graciosa, ligera, amena como una conversacion, tiene de vez en cuando la entonacion y la grandeza reservadas al arte de la elocuencia.

Y sin embargo, ¿sabeis por qué este hombre ha dominado ménos de lo que debiera á su tiempo, habiéndose hallado en las circunstancias más favorables en que un hombre haya podido hallarse? Pues no ha tenido todo el poder moral que debiera, único á que

aspiran las grandes inteligencias menospreciadoras desde sus alturas etéreas, de las bajas grandezas de la tierra; no lo ha tenido, porque sus ideas no son progresivas; porque su carácter es móvil y cambiante como el aluvion; y sólo se graba un nombre eterno en las tablas de bronce de la historia, abriéndolo con la fuerza de un gran carácter y de una grande idea.

(Madrid, Setiembre, 1870.)

ALEJANDRO DUMAS.

ALEJANDRO DUMAS.

No creo á quien me diga que ha cogido un libro de Alejandro Dumas y lo ha dejado caer en seguida con fastidio; no lo creo. Le faltará á Dumas el arte, el estilo, el gusto, la idea; pero la amenidad, jamás. Tan extraordinario narrador, os entretendrá siempre, por lo mismo que casi nunca os forzará á pensar. En el fon do de nuestra alma queda eternamente una gota de la miel de la inocencia, y en el fondo de nuestra vida un recuerdo de los encantos de la infancia. Por mucho que hayais crecido en razon y en experiencia, el cuento de la niñez será un manjar sabroso al sentimiento. Habeis recorrido la Europa gastronómica; os habeis sentado á las primeras mesas para saborear los

mas lo que se encuentra en los poetas y en los escritores de primer órden: la idea. Esos análisis del corazon humano que llegan á convertir en libro de filosofía una novela de Balzac, no son propios de la ligereza de Dumas. Balzac entra en la vida como un naturalista en los campos, con el anteojo en la mano, el alfiler para disecar los insectillos, y el propósito decidido del estudio: Dumas entra en la vida como un sátiro en el campo, con el propósito de tenderse á la sombra, correr tras las ninfas, devorar las uvas, beber vino hasta la embriaguez, reir hasta el delirio y divertirse con sus cánticos hasta el aturdimiento. Raro fenómeno en verdad. Este hombre, que carece de profundidad de pensamiento, carece tambien de poesía. No busqueis en él esos cuadros llenos de colorido y de entonaciones fuertes que ha trazado Byron, ni esa ironía inmortal con que se ha reido de su tiempo Enrique Heine. Para tener la poesía de aquel, necesitaba Dumas indudablemente más génio; y para tener la duda de éste, más talento. Es acaso una poderosa individualidad, sin ideas propias, sin relevante estilo; creador de un mundo y de unos personajes que á veces se asemejan á ese mundo y á esos personajes movidos por el manubrio de un organillo, para divertir á los muchachos; pero siempre encantador, siempre ameno, capaz de escribir cien novelas animadas, dramáticas, sin descripciones y sin ninguna reflexion, con el pequeño grano de un argumento.

He dicho que Dumas ha sido una individualidad, y

lo he definido con una palabra. Así es que en su soberbio egoismo, no ha contado con los usos ni con las conveniencias de la sociedad en que vivia. Sin contrariar sus ideas, ha contrariado sus hábitos. Creyó que al génio todo le era permitido, cuando en realidad todo le está vedado, por llevar siempre sobre el corazon la punta de esa espada que se llama envidia. Creyó que podia, faltándose él mismo al respeto, exigir el respeto de los demás. Miró la vida como una cosa lijera, fácil, donde los acontecimientos podrian girar bajo su voluntad como las narraciones, y los dramas, y las novelas, y todos los argumentos, bajo su pluma. Dió al viento sus veleidades, sus placeres, su mal humor, el fondo de su arca y el fondo de su conciencia. Reunió una córte de parásitos que creia destinados á extender su fama y que lo infamaron. Fué gárrulo, vanidoso, débil, un tanto embustero, amigo de convertir los viajes en leyendas, de poner su propia vida en romance, y disipó, para perderse de esta suerte, más talento que otros emplearon en eternizarse. Niño inmortal, la sociedad le ha tratado, sin embargo, como un niño mal criado. Y con esas sobresalientes cualidades que los franceses tienen para la caricatura, un periódico satírico lo presentaba un dia con una gran chichonera sobre su crespo cabello, una sonaja en la mano, un babero en el pecho, diciendo: "Ahí teneis un niño que dá muchas pesadumbres..... á su hijo." Es un rasgo sobresaliente de sal ática.

En mi tiempo, le he visto hacer cosas terribles. Ha-

bia en los teatros de París una actriz célebre, cuyo principal talento era el silencio. Naturalmente, como no podia conmover á sus oyentes con la dulzura de la palabra, los conmovia con los ojos, con los brazos, con las piernas, con la casta desnudez de nuestra madre Eva. Esta actriz muda necesitaba saber francés, para continuar conmoviendo á los franceses, cansados ya de sus músculos y de sus ejercicios, que principalmente consistian en ir atada como un cierto héroe de Byron á un caballo en pelo, bien que en la corta distancia del proscenio á las bambalinas. Para aprender francés, la jóven titiritera acudió á Alejandro Dumas. Y á los pocos dias, aparecieron en todos los escaparates de todos los fotógrafos unas estampitas copiadas del natural, en que práticamente se notificaba al público parisien que Dumas sentaba su discípula en las rodillas, y para mayor claridad, le daba lecciones de francés en mangas de camisa. El escándalo fué grande, á pesar de no ser París muy fácil para escandalizarse. La familia, compuesta de su hijo, que es muy grave, y de su hija, que escribe libros devotos y pinta santos, la familia entera cayó en un gran dolor. Ambos hijos movieron al padre á intentar un proceso contra el fotógrafo atrevido. Las fotografías fueron condenadas por atentatorias á las buenas costumbres. Pero Dumas condenado tambien, porque el fotógrafo presentaba una carta en la cual pedíale desde Francfort, varias fotografias para difundir este nuevo ruidoso triunfo por toda Alemania.

Todo pasa en el mundo. Así ha pasado la gloria del Baron Brisse. El año pasado, era el protagonista de París, el hombre á la moda, el escritor indudablemente más leido. Sus obras se asemejaban á las obras de Víctor Hugo, en que se componian de renglon-citos. Pero sus rengloncitos eran recetas de cocina, aderezos de platos, química sublime de salsas. Este ilustre personaje, que diariamente salia en los periódicos y en los teatros, recordaba aquellos personajes del Imperio romano, que iban de banquete en banquete, y usaban de la plumita para provocar el vomitivo, con lo cual volvian á comer, y se coronaban de flores á fin de facilitar las evaporaciones del vino, y devoraban platos gigantescos, entre otros *murenas* de los patricios estanques, alimentadas con carne de esclavos, y elevaban su digestion á las alturas de un sistema filosófico, y se hartaban y se embriagaban sin tregua ni término, hasta que un dia se les clavó en el vientre la espada de los bárbaros. He dicho mal; era meramente el Baron Brisse un personaje ridículo. Girardin, que le diera abrigo en la tercera plana de *La Liberté*, lo despidió casi á puntapiés. Habíase averiguado, que prevaliéndose del periódico, pedia cientos de botellas á los cosecheros, vacas y bueyes á los ganaderos, comida á las fondas, refrescos á los cafés. A consecuencia de esto, su reinado sólo duró un año. Pues bien, Dumas, el gran Dumas, novelista fecundo, escritor ilustre, poeta lírico, autor dramático, una de las glorias de Francia, una de las mayores reputaciones del siglo,

envidiaba la gloria de Brisse y escribia calorosos artículos para probar que era mucho mejor cocinero.

Y el que pretendió ser el Plutarco de Garibaldi; que pretendió haber puesto una piedra en la grande obra de la independencia italiana, decíanos que no habia ido á Italia ni para admirar sus cuadros, ni para comprender los secretos de la forma plástica en las líneas de sus estátuas, ni para respirar el aire embalsamado que baja de los Alpes, ó para seguir los juegos de la luz en las ondas del Tureno ó del Adriático; sino para reformar su cocina, para esparcir el aroma de su génio en los macarrones napolitanos. Así es, que descendiendo desde Apolo á payaso, ofrecia sus libros, y sus periódicos, y sus obras, como una prima á los que tomáran billetes para ir á un baile de máscaras. Jamás un rebelde despojó á un enemigo de su corona con la rábia con que Dumas se despojó á sí mismo de su corona de gloria.

Proceden todas estas faltas de una larga série de errores; proceden de una falsa concepcion de la vida. Ha creido Dumas que el génio puede ir por un lado y la vida por otro muy distinto, sin que mútuamente se dañen. Ha creido que el ideal debe reinar allá en las regiones superiores, en lo infinito, sin iluminar, sin vivificar los hechos diarios cuya trama forma la tela de nuestra existencia. Y un génio debe sentir su propio poder y elevarlo á la categoría de un sacerdocio. Al fin el mal, mezclado diariamente en todas las acciones, en todas las obras de la vida, aunque en pequeñas dó-

sis, la corrompe, la cancera como un corrosivo vírus. Y la inteligencia se penetra hasta la médula de esa podredumbre. Y la distincion del bien y del mal se pierde. Y el sentido de lo justo se embota. Y la vida toda del hombre quita fuerza al poder de su idea, quita luz á sus obras, envuelve artista y artefacto, poeta y poema en los mefíticos vapores del vicio, asesinos del alma. Mentir en un libro de viajes, mentir en una obra histórica, parece liviana cosa á primera vista, y mucho más cuando se piensa en la frecuencia del caso, que embota la reprobacion del juicio. Y sin embargo, mentir quita autoridad á la obra y quita moralidad al escritor. De nada sirve, absolutamente de nada, esta creacion trabajosa del pensamiento, estas centellas que á duras penas salen del cerebro, si no han de llevar un poco de luz á la conciencia, de moralidad á las costumbres, de consuelo á la vida. Yo no digo que el arte sea una obra moral como un sermon, ó útil como una enseñanza; el arte tiene por fin principal, realizar la hermosura. Pero no se olvide que el arte no se esceptúa de las leyes generales de la vida, ni es un cometa errante que esté separado de la órbita infinita de la justicia. En su seno lo malo, produce al cabo lo feo.

Así es que todo el mundo se ha creido con autoridad para arrojar alguna piedra al carro de Dumas, que entraba vencedor por la vía sacra de las letras. Lo mismo hubiera sucedido en el mundo antiguo si el dia en que el pueblo esperaba uno de sus vencedores, de

sus héroes, en vez de verlos entrar vestidos con el manto de púrpura y la corona de laurel, hubiéralo visto entrar vestido de arlequin y con una mona al hombro. Víctor Hugo comprende mejor la naturaleza del génio y la naturaleza del público. Se ha cavado en una isla un sepulcro que es un trono de gloria, y desde allí lanza los relámpagos de su génio, oye los aplausos que le envian las olas, y asiste vivo al glorioso espectáculo de su propia inmortalidad. Pero aunque Dumas tuviera el génio profundo de Calderon, unido á la facilidad de Lope y los pensamientos de Shakspeare, vaciados en las formas de Petrarca, el mundo le creeria un payaso, no tanto por culpa de su inteligencia como por culpa de su vida. Así los cronistas dicen algo todos los dias en sus ligeros diarios contra Dumas; y los pilluelos de Paris le llaman tio Dumas. Y sin embargo, este hombre ha llenado un siglo entero con sus obras, ha escrito una Biblioteca con su pluma, ha creado tipos que llevamos en la retina; y nos ha conmovido profundamente en el teatro con la descarnada ambicion de *Darlingthon*, con el brutal amor de *Antonny*, con el sueño de *Catalina Howard* en su panteon, y la venganza de *Cristina de Suecia* en Fontainebleau; cuadros llenos de luz y de sombras, cuadros que representan los tipos más audaces de la escuela romántica.

Y en efecto: hé ahí ese hombre, eterno niño, comprometido en aquella guerra de gigantes, luchando por la poesía de la naturaleza, contra la poesía de la aca-

demia, rompiendo las cadenas de los códigos literarios para proclamar la libertad. Hélo ahí: ardiente hasta perderse como un héroe en aquella guerra de su siglo contra los siglos pasados; y entusiasta de su fé hasta tejer coronas de laurel con sus manos para sus rivales y sus émulos. Hélo ahí: probando con dramas de un vivísimo interés, con personajes de una grande personalidad, con pasiones desbocadas, que sin las reglas artificiales de la poética convencional, y siguiendo las inspiraciones de la fantasía en su nativa pureza, aún se podia despertar el interés artístico y reanimar el teatro. En esta lucha habia, como en todas las guerras literarias, de un lado y otro, mútuos, implacables ódios. En las guerras materiales se disparan balas y se vierte sangre; en estas guerras artísticas, intelectuales, se disparan calumnias y se vierte honra. Así no es maravilla que Dumas haya sido tan calumniado. Las puerilidades incomprensibles de su vida han dañado mucho á las obras de su talento. La fiebre de crear ha quitado vigor á sus creaciones. Ha sido muy grande la superficie, muy corta la profundidad. En ese delirio de engendrar obras literarias, los engendros han sido todos enfermizos. Lope de Vega procedió así. Pero Lope de Vega nació en otro siglo y con otro génio. La obra humana entónces no era tan grande como hoy, y no abrumaba tanto con su peso. Dejándose llevar de sus propias inspiraciones, creaba figuras, personificaciones, caractéres, personajes inmortales. Sus fábulas infinitas aún sirven de materia-

les al teatro. El conjunto de sus inagotables argumentos parece todavía una selva vírgen, á pesar de que hace tres siglos los están sus sucesores talando. Lope ha dejado miles de bocetos que han convertido sus sucesores en cuadros; miles de piedras apénas pulidas, de donde han salido maravillosas estátuas. Además, Lope, como gran poeta, poseia en eminente grado la facultad de la forma. Sus ideas estaban engarzadas en versos de una ligereza y de un brillo extraordinarios. Eran diamantes montados al aire, que centelleaban chispas de todos colores. Dumas ha venido demasiado tarde para tener una fecundidad tan grande, sólo propia de las épocas primitivas, en que se siente sobre todas las otras necesidades, la necesidad de producir y de crear. Dumas no ha dejado tipos nuevos, al contrario, ha rehecho los viejos. Dumas no ha producido argumentos, los ha tomado. Dumas no ha tenido esa perfecta forma que llega por sí sola muchas veces á constituir un poema.

Dumas nació el 24 de Julio de 1802. Por consecuencia, Dumas tiene hoy sesenta y seis años. Su abuelo, el marqués Dary, se casó con una negra llamada Tiennette Dumas. De estos amores nació un mulato, padre del poeta. Hay indudablemente en la sangre, en el génio inquieto, en la fecundidad del novelista, algo de las cualidades de su raza. Y sin embargo, á pesar de ser hijos de un siglo que se proclama con tanto orgullo humanitario, contra Dumas se han explotado por sus enemigos hasta las condiciones de

su raza y la naturaleza de su sangre. Un dia que Balzac, siempre por sus acreedores perseguido, se quejaba á un editor de que le pagaban mal una obra, éste le dijo: "Os la pago como á Dumas." "No quiero nada, guardad vuestro dinero, devolvedme mi manuscrito, ya que habeis osado nivelarme á ese mulato."

En efecto, Dumas conserva en toda su persona muchas de las reminiscencias de su raza. Es alto, corpulento, nervudo, tallado para el trabajo hercúleo. Su color es entre pálido y negro, cobrizo; cabello crespo, ojos saltones, frente estrecha, nariz chata, lábios gruesos; la satisfaccion de sí mismo se pinta en el semblante, la ironía en la mirada y en la sonrisa; algo de infantil en todo su ser, en todo su aire; la puerilidad en la vejez, como uno de esos frutos que no llegan á madurar jamás. Y es hijo de un hombre que ha tenido una vida de héroe, una vida llena de combates y de sacrificios. Su padre fué á las guerras por la república francesa en 1793. El huracan revolucionario habia pasado por esta tierra de Francia, despertando grandes pasiones é infundiendo alma heróica en toda una generacion. La pátria y la libertad renovaron en las orillas del Rhin los milagros de Salamina y de Platea. Aquellos soldados desnudos, hambrientos, ébrios con su ideal divino de justicia, entusiasmados con el cántico de la libertad que entónces resonaba por dó quier, se partieron á la frontera á encontrar á los ejércitos antiguos, fuertes, disciplinados, dirigidos por reyes y por nobles, que parecian la majestad severa, la fuerza

iuvencible. Su aliento fué incontrastable, su valor uno de los prodigios, y su victoria uno de los milagros de nuestra edad. Allí el padre de Dumas recibió el bautismo de sangre para entrar en la vida de los héroes. De grado en grado, mostrando en todas las batallas igual valor, llegó á ser general, llegó á ser uno de los compañeros de Hoche. En tiempo del Imperio, se retiró, y vivió y murió en la pobreza, á principios del siglo. Dumas no conoció á su padre. Nació en 1802, y su padre murió en 1806. Era imposible conservar en edad tan tierna el recuerdo y la imágen ni aún de las personas más queridas. Y sin embargo, aquel varon, nacido en la libre tierra de América, criado entre las inclemencias de los campos de batalla, fuerte como un árbol del Nuevo Mundo, arraigado en el suelo de Europa, contemporáneo de las grandes épocas, testigo de los grandes hechos, héroe en las campañas, de las cuales ha salido una nueva vida y una nueva idea, fiel á su nobilísima cáusa, retirado en tiempo de servil obediencia y de cortesanos, cuando tanto trabajára en los tiempos de la libertad en que los campamentos eran como ciudades y los soldados como ciudadanos; viviendo en la pobreza por fidelidad á su conciencia, y espirando en triste retiro, casi en el destierro, por conservar el culto de sus recuerdos; aquel hombre fuerte, era un vivo ejemplo y una viva enseñanza que podia haber inspirado nobles pensamientos al poeta, y al hijo todavía más nobles ejemplos.

Los primeros dias de su vida fueron consagrados al

cultivo, al desarrollo de sus fuerzas musculares y de su poderosa naturaleza. Ginete, tirador, cazador, amigo de los ejercicios corporales, dado á la vida errante por el campo, entónces debió comenzar en él ese vigor poético que nunca ha abandonado su espíritu, y ese vigor de salud que nunca ha abandonado su cuerpo.

Dumas tenia la ansiedad de darse á conocer que tiene todo hombre de talento, y á los diez y ocho años se hallaba de escribiente en casa de un notario. Un amigo suyo, parisien, que veia en él excelentes disposiciones, le aconsejaba como su verdadero campo de batalla, el teatro. Dumas escribió varias piecesitas que fueron remitidas á Paris y rechazadas por todos los teatros. No se desalentó, y vino á la gran capital. Sus amigos le procuraron cartas para los hombres de importancia, los generales del Imperio adheridos á la Restauracion. Ninguno lo atendió. Solamente el general Foy echó de ver que el jóven tenia muy bella letra, y lo colocó en las oficinas del Duque de Orleans con mil doscientos francos al año. "Hoy vivo de mi letra, decia Dumas. Pero mañana viviré de mi estilo." Y presentó una nueva obra dramática en el Ambigú. Hecha en colaboracion con otros amigos, le daba su primer obra dramática cuatro francos por representacion. Más tarde presentó otra obra al Gimnasio. En esta ya ganaba dos francos más por representacion.

Es imposible decir, ni imaginar cuánto padece un jóven de mérito en estos momentos de lucha. Sabe

que lleva un mundo en su cabeza, un poema en su palabra, una gran gloria en su vida, acaso luz para su siglo, honra para su pátria. Y sin embargo, no puede llamar hácia sí la atencion pública, no puede fijar ni siquiera la atencion de sus amigos. Dice un nombre oscuro, y nadie le escucha. Pretende en la conversacion manifestar su talento, y le toman por pedante. Arroja un manuscrito sobre la mesa de un director de periódico, ó de un director de un teatro, y nadie lo lée. Lucha, se desespera, se consume: muchas veces duda de sí, duda de su propio mérito, y en su desvarío, llega á lo que podríamos llamar el aniquilamiento de todas sus esperanzas, el suicidio del génio. Vida tempestuosa, la vida de las letras. Un hercúleo trabajo para abrirse paso; una lucha titánica para sostenerse; la justicia del mundo, el aprecio universal no se gana como en los campos de batalla, con la victoria; se gana como en el martirio, con la muerte.

Dumas habia escrito *Cristina de Suecia*, un drama de grande interés. Si, como dicen sus detractores, lo hubiera sacado de unas memorias alemanas célebres, el autor dramático toma sus argumentos de la novela ó de la historia, como toma la piedra el escultor del centro de la naturaleza. El Baron Taylor era entónces comisario del teatro francés. Pocos hombres hay en París tan célebres como este Baron; y hace dos años que investigo la causa de esta celebridad y no he podido encontrarla. El caso es que he preguntado á muchos de mis amigos de la prensa, de la tribuna, de las

letras; y nadie ha podido satisfacer mi curiosidad. Todo el mundo sabe que es célebre; pero ignora todo el mundo por qué es célebre. Pero no hay banquete literario sin su presidencia, entierro sin su discurso, primera representacion sin su visita, gloria ó celebridad sin su compañía. El Baron Taylor tendió su mano sobre la frente de Dumas, y le prometió representar su obra en el Teatro Francés. Pero en esto se atravesó un entierro, y ya he dicho que no puede haber entierro sin la presencia de Taylor, un sepulturero académico. Entónces se trataba de enterrar el obelisco de Luxon, tallado en las piedras de los primeros volcánicos dias de la creacion; ornado con los geroglíficos que guardan los primeros secretos de las civilizaciones antiguas; dorado por el sol del desierto, bruñido por los siglos; puesto hoy tristemente, como un árbol trasplantado á las oscuras orillas del Sena, entre el sudario de sus nieblas eternas. Y como el cortejo fúnebre debia acompañar el gran cadáver desde el Nilo al Sena, era imposible que Taylor faltase á tan largo enterramiento. Entónces Dumas vió desvanecerse su esperanza de contar una representacion en el Teatro Francés. Un autor dramático le decia: "No penseis en representar vuestras obras miéntras no tengais fortuna." Era una verdadera crueldad esta palabra para el jóven, y una verdadera injusticia para el poeta. Por fin se representó al año siguiente el *Enrique III.*

Pero en esto llegan las jornadas de julio. Dumas tiene veintiocho años. Sus nervios impresionables

se irritan. Su entusiasmo estalla en el corazon. Sus recuerdos de la antigua educacion republicana le asaltan. La vida de guerrero le tienta y le seduce, como debia naturalmente pasar en el alma de un hijo de la naturaleza acostumbrado á la libertad de los campos. Dumas oyó tocar á rebato, tronar el cañon, bramar las muchedumbres; silbar las balas. Y sale á la calle dispuesto á luchar, y lucha con grande empeño, como un cazador avezado á las fatigas. Pero no falta quien atribuya estas heroicidades increibles en Dumas, á la ambicion política. Yo no participo de tal creencia. Oh· si Dumas hubiera tenido ambicion política, en vez de observar esa conducta de artista desarreglado en sus negocios, observara la conducta grave que á los repúblicos naturalmente conviene. Si Dumas hubiera tenido ambicion, comenzara por arreglar su casa, para probar que sabia arreglar una república. Yo he creido siempre que los hombres de grande imaginacion no sirven para las esferas del gobierno. Ciertas cualidades no se poseen sino á espensas de otras. El leon no puede tener la voz de un ruiseñor. Y así como los cuerpos tienen órganos en armonía con su ministerio en la naturaleza, los talentos tienen facultades en armonía con su ministerio social. Andad por las cimas de la metafísica; por las regiones de las eternas armonías, inspirándoos en el manantial vivo de la inspiracion; sumergiéndoos en el rocío de las ideas; y cuando querais bajar á tierra, tropezareis con todos los objetos, y un grano de polvo os parecerá una insalvable montaña. La imaginacion

el sentimiento, las inspiraciones súbitas; esos relámpagos de ideas que erizan vuestro organismo y lo sacuden con su misteriosa electricidad, cuando sois poeta, cuando sois grande escritor, ó grande orador, algo de divino, algo de artista, no sirven para los asuntos mundanos, para las tristes realidades de la política. Las alas se han hecho para la inmensidad del aire. En la tierra embarazan el paso, cierran el camino. Platon puede escribir la República; pero ¿estais seguros de que podria gobernarla? Demóstenes puede enardecer una legion con su elocuencia, ¿pero estais seguros de que pudiera dirigirla con su táctica? ¡Oh! si cada hombre desarrollára sus cualidades culminantes, si se pusiera en el grado de la escala social que le corresponde; si empleara su aptitud y su actividad en los objetos para que fué creada, el mundo seria una maravilla, un coro de armonías inefables, volviendo para él naturalmente los dias del eden. Para esto confieso que la sociedad debia reformarse un poco. En vez de apreciar en mucho ciertos empleos sociales y en poco otros, debería estimarlos igualmente todos, porque todos contribuyen á la hermosura del planeta y á la total perfeccion de la especie humana. El hombre sólo debería aborrecer el vicio y castigar el crímen. En cuanto á las funciones sociales más útiles, son las del pobre trabajador, fecundando con el sudor de su frente la tierra, para hacerla brotar el pan, que las del ocioso, rico y noble en sus bailes, en sus juegos, en sus chismosas tertulias, en sus carreras de caballos.

Creo, pues, que Dumas, reconociéndose poeta, no habia de aspirar á ser ministro.

El teatro y la novela eran naturalmente el campo infinito de su actividad. Se le ha echado en cara que para uno y otro campo ha tenido colaboradores. Pero yo digo que todos estos colaboradores, cuando se han separado de él, han perdido todo su brillo. Yo añado que todos esos colaboradores reunidos no pesan hoy en la balanza literaria de Europa, la mitad que Alejandro Dumas sólo. En cuanto á los plágios, fuerza es decir que la originalidad vá cada dia dificultándose más á cáusa de las riquezas adquiridas por herencia, y de la grande actividad empleada por el espíritu humano en los tres últimos siglos de libertad de conciencia. Pero en cuanto á la acusacion de plagiario, Dumas se defiende de una manera, cuya responsabilidad dejo á su cuenta, y cuya apreciacion dejo á mis lectores. "Observad, decia en cierta ocasion Dumas, que un pirata roba y Alejandro conquista. En el fondo, el ladron y el héroe hacen lo mismo. Pero la humanidad cuelga al ladron de una horca, y cuelga coronas de laurel á los piés del héroe. Pues lo mismo sucede en literatura. Todo está descubierto. No hay nuevos Colones, porque no hay nuevos mundos. Hemos recorrido la tierra y no hemos encontrado un nuevo continente, se acaban tambien los paises ignotos en la inmensidad del espíritu. Todos vivimos en tierra conocida; todos copiamos. Solamente que así como haypiratas y héroes, hay en las letras plagiarios y

conquistadores. Yo no he robado, yo he conquistado."

Es infinito el número de los que pretenden tener parte en las obras de Dumas. Si fuérais á creer á sus detractores, no le quedaria ni una pluma en las alas en que ha logrado remontarse á tan alta celebridad. Tengo á la vista el libelo del piadoso Mirecourt sobre Dumas; Mirecourt, uno de los ortodoxos franceses. Leedlo. Delanone es el autor de *Napoleon*, firmado por Alejandro Dumas; Gerardo Newal y Gauthier los autores de *Cárlos VII;* Emilio Souvestre, el autor de *Antonny;* Aniceto Bourgeois, el autor de *Teresa*, *Angela* y *Catalina Howard;* Theaulon y Courcy, los autores del *Kean;* el Conde Walesky, el autor de *Mademoiselle de Belle Isle;* Leuven y Brunswik, los autores de *Las Señoritas de Saint Cyr;* Pablo Meurice, de *Ascanio*; Mallefille, de *Las dos Dianas*; Macquet, del *Caballero de Armental*, de *Los tres Mosqueteros*, de *La Reina Margarita*; Conilhac, de *Las Memorias de un Médico.* ¡Oh! No acabaríamos nunca si hubiéramos de contar las obras de Dumas y registrar los innumerables nombres de sus colaboradores.

Se necesitaria un volúmen grueso, en fólio, para tal tarea. A esto se han unido los pleitos más ruidosos de que hay memoria en los tribunales franceses. Gaillardet escribe un drama titulado: *La Tour de Nesle*, Como idea, como argumento, como creacion de tipos y personajes, el drama es bueno. Pero el desempeño es malo; y sobre todo, hay en él, á vuelta de situacio-

nes interesantes y de un caloroso estilo, grande inexperiencia, gran desconocimiento del teatro. Julio Janin, el crítico del *Diario de los Debates*, se lo lleva para corregirlo. Pero Julio Janin, que sabe criticar, no sabe crear. Echa á perder el drama. Tómalo Dumas en sus manos, lo arregla, lo pule, échale encima el polvillo de oro con que matiza su estilo, y resulta un drama cuyo éxito es ruidosísimo. Pero á consecuencia de esto, gran pleito. Macquet pretende haber escrito *Los Mosqueteros*. Nuevo pleito. Hay colaborador que le reclama setenta mil francos. Nuevo pleito. Funda el teatro histórico, que piensa sostener con sus piezas históricas: el teatro quiebra, los acreedores caen sobre él como moscas. Nuevo pleito. Merlsem le acusa de falsificacion literaria por haber publicado en su periódico *El Cáucaso*, una especie de plágio de sus libros. Nuevo pleito. No hay para qué encarecer los escándalos que acompañan á estos pleitos.

Tal y tan grande ha sido su castigo. ¿Por qué? Por dos gravísimas faltas de su existencia, dos faltas que podrá rescatar muy difícilmente. Ha sido la primer y la no ménos grave tomar la vida como una broma contínua. Es de suyo la vida cosa tan grave, que se corrompe cuando se falsifica. No se puede tomar este don de la vida como una moneda falsa. Al contrario, es preciso tomarla como un metal que se debe purificar en el fuego de las ideas y que se debe acrisolar eternamente. La vida de cada uno debe levantarse hasta ser un ideal de todos. Y cuando los hombres

han elevado mucho por su talento, la vida es un faro, sí, un faro que no se puede apagar, un faro á que todos los hombres miran. Y nadie podia tratar con respeto á un hombre que no era respetable. Un dia se presenta en un baile del Duque de Orleans con su querida del brazo. El duque le dice: "Creo, Mr. Dumas, que habeis traido á mi casa vuestra esposa." Para salir de la embarazosa situacion á que lo hubiera traido esta falta de respeto á las leyes sociales, Dumas tuvo que casarse de prisa, por no caer en la desgracia del Duque. Luego se divorció de su mujer, señalándole quinientos francos de renta mensual. No se los pagaba nunca. Un dia la mujer se dirigió á él quejándose de este abandono. ¡Ah! ¿No tienes bastante con quinientos? Pues te señalo mil. Naturalmente con su costumbre de cumplir, podia haberle señalado hasta un millon diario, sin ninguna dificultad. Otro dia se incomoda con Luis Felipe, porque tarda en darle esa decoracion roja, por la cual beben los vientos todos los franceses. Dumas dirigió amargos epígramas á su antiguo protector. Este naturalmente le arrojó de su gracia. Dumas pidió al Duque de Orleans que lo reconciliase. Un dia que Luis Felipe estaba en Trianon, su hijo mayor escondió trás una cortina al poeta. Al pasar Luis Felipe, descorrió la cortina el duque de Orleans. Alejandro Dumas apareció de rodillas y con las manos plegadas.—Colegial, colegial, le dijo Luis Felipe tirándole fuertemente de la oreja. ¡Oh! ¿Para esto pone Dios una imaginacion en el al-

ma, una lira en la mano, á esos séres privilegiados que se llaman poetas?

He dicho que la informalidad es una de las faltas de Dumas, y ahora añado que el mercantilismo es otra. Yo no lo creo tan plagiario como lo creen sus enemigos. Yo no digo que todas sus obras hayan sido escritas treinta años seguidos por sus colaboradores. Al contrario; yo he visto que separados de él, esos colaboradores nada han brillado. Los cometas son acaso hebras de la cabellera del sol, que se caen de su cabeza de fuego. Unidas al gran foco, forman con él la luz. Separada, son masas errantes, materia cósmica que se desvanece, una gasa, un resplandor, nada. Pero Dumas no se ha contentado con producir, no se ha contentado con crear y vivir de sus creaciones. Ha querido realizar un lujo loco, no permitido casi nunca por la Providencia á esos génios extraordinarios que tanto lujo llevan en su mente. Esto le obligó á gastos enormes. Estos gastos á contratos. Estos contratos á colaboraciones absurdas. Estas colaboraciones, á que sus colegas se creyeran con luz propia, con vida propia, en vez de lo que en realidad eran, átomos de aquel torbellino, que no llamaré de ideas, que llamaré de fantásticas creaciones. Pero ese privilegio sublime de génio debe aspirar, no al oro, sino á la gloria; no al placer de un dia, sino á la inmortalidad.

Y sin embargo, pocos hombres han nacido con tantas y tan brillantes cualidades. Sus dramas son un

poco descarnados, pero muy interesantes. Sus novelas no tienen nada de ideal, pero tienen mucho de encantador. Con la reflexion hubiera producido alguna obra perfecta. Con esta rapidez, no ha producido ninguna. Sus creaciones son meteoros, pudiendo haber sido astros. Hé ahí el verdadero ángel. Hé ahí el poeta de una grande imaginacion, de una extraordinaria altura, caido en el barro de las calles de París; castigo de no haber considerado la vida como un ideal y el arte como una religion, y el génio como un sacerdocio, y el mundo como un tribunal, y la historia, esa conciencia de la humanidad, como un juez.

Precisa indudablemente considerar que la tierra es un templo, que Dios lo llena, que cada hombre es un sacerdote, que cada profesion tiene su carácter divino, que debemos poner todas nuestras fuerzas al servicio de las grandes ideas, y que la responsabilidad crece á medida que crece el mérito, á medida que crecen las facultades soberanas y extraordinarias, á medida que crecen el aplauso y la gloria. Si hay una vida llena de enseñanzas morales, indudablemente es la vida de Alejandro Dumas. Sus castigos son grandes y saludables ejemplos.

Paris, Julio, 1868.

PROPAGANDA LITERARIA
MY
8
1871
MADRID

BIBLIOTECA
DE
LA PROPAGANDA LITERARIA.

BOSTON PUBLIC LIBRARY
P

Esta obra es propiedad de "*La Propaganda Literaria.*"

HABANA.—1871.

E. GIRADIN.

Habana PROPAGANDA LITERARIA. Editor

1858.

A. Hemorest. Engraver. B'way N.Y.

EMILIO GIRARDIN.

EMILIO DE GIRARDIN.

Cuando tomo en mis manos un periódico; cuando recorro sus columnas; cuando considero la diversidad de sus materias y la riqueza de sus noticias, no puedo ménos de sentir un rapto de orgullo por mi siglo, y de compasion hácia los siglos que no han conocido este portento de inteligencia humana: la creacion más extraordinaria de todas sus creaciones. Todavía comprendo sociedades sin máquinas de vapor, sin telégrafos, sin las mil maravillas que la industria moderna ha sembrado en la vía triunfal del progreso, ornada de

tantos monumentos inmortales; pero no comprendo una sociedad sin ese libro inmenso de la prensa diaria, en el cual se registran por una legion de escritores, que debian ser sagrados para los pueblos, nuestras angustias, nuestras vacilaciones, nuestros temores y los grados de perfeccion que vamos alcanzando en la obra de realizar un ideal de justicia sobre la faz de la tierra.

Yo comprendo hasta la vida monástica, hasta el aislamiento de un hombre que renuncia á la dilatacion de la inteligencia en la sociedad, y á la dilatacion del corazon en la familia, para consagrarse á Dios, á la ciencia, á la caridad, á la meditacion, al ócio, si se quiere, en una de esas islas morales que se llaman monasterios. Pero yo no comprendo que ese hombre renuncie á leer un periódico, á pensar diariamente con el cerebro de toda la humanidad, á sentir con el corazon de todos los hombres, á mezclar su vida en el oceano de la vida humana, viendo correr sobre sus olas el viento de todas las ideas. Los antiguos chinos tenian una institucion portentosa, una institucion de historiadores. Encerrados en un palacio, y circuidos de jardines, se consagraban los historiadores chinos en silencio á escribir los hechos diarios, con la severa majestad propia de los jueces del tiempo, de los dispensadores de la inmortalidad. Al lado de la dinastía celeste de Emperadores se hallaba esta severa dinastía de tribunales. Eran más que una magistratura, eran un sacerdocio, y todos los acataban como los

representantes de la conciencia humana y como los emisarios de la divina justicia. Su ministerio estaba reducido á grabar en páginas inmortales, que debian conservarse como el vínculo de las generaciones, los hechos más importantes del Imperio. Jamás pueblo alguno honró á sus sacerdotes como estos primitivos actores de la historia, que después han vivido en una infancia eterna, honraron á sus historiadores.

Pues bien; yo digo que los pueblos modernos debian de una manera análoga honrar á los periodistas. Por estos escepcionales testigos, saben los rayos de luz que se cruzan en nuestro hizonte; por estos jueces llegan en definitiva á tener formulado el juicio de la conciencia humana sobre todos los hechos. Importa poco la pasion de partido, sin la cual acaso no se comprendiera esta obra portentosa, que como todas las obras humanas, há menester para moverse el vapor de una gran pasion. Importa poco el silencio calculado en unas ocasiones, la parcialidad en otra, la injusticia hasta la mentira, porque de esa guerra de las fuerzas espirituales resulta la vida total, como de las sombras resulta la armonía de un cuadro. Mejor seria que no hubiese todos estos males, como seria mejor que no hubiese ni enfermedades físicas ni desgracias morales; pero es tan difícil de rectificar la sociedad como la naturaleza, y sus leyes son tan complicadas como las leyes mecánicas del Universo, y á veces tan fatales. Y es una fatalidad del organismo social que encuentre el progreso obstáculos en las gran-

des obras creadas para impulsarlo; que se levante lo pasado con sus errores y se apodere del instrumento forjado para destruirlo; que sirva mucho á formar el mundo caliginoso de la mentira el luminosísimo éther derramado á torrentes para formar el mundo de la verdad. Pero si un dia fueran llamadas á juicio todas las instituciones de que tanto se enorgullecen los pueblos, y se presentáran llevando cada cual en una mano los bienes que ha hecho, y en la otra los males, acaso ninguna podria levantarse tan pura como la Imprenta, y ninguna mereceria una bendicion más justa de la conciencia humana.

Obra maravillosísima es esta de un periódico, obra de ciencia y de arte. Seis siglos no han podido rematar aún la Catedral de Colonia, y un dia basta para rematar la obra inmensa de un periódico. No se pueden medir los grados de vida, de luz, de progreso, que hay en cada hoja del libro inmortal que forma la prensa. En él, desde las insignificantes noticias relativas á los séres más desconocidos, hasta el discurso qu resuena en la más alta tribuna y conmueve todas la inteligencias; en él, desde las sensaciones fugaces d un baile, hasta las obras de arte que entran serenas e la region de la inmortalidad. Esa hoja maravillosa la enciclopedia de nuestro tiempo; enciclopedia q necesita una ciencia incalculable, una ciencia c fuerza no puede medir hoy nuestra generacion; ciencia que es como la condensacion del espíritu todo un siglo.

Cuando yo me figuro á Aténas, me la figuro espléndida, con sus legiones de escultores y de poetas; con sus asambleas donde cada discurso era un himno; con sus cantores; con aquel teatro que tenia por fondo las ondas del Mediterránco; con aquellas procesiones en que iban las vírgenes griegas, coronadas de flores, danzando al son de las cítaras; con aquellas estátuas que realizaban el bello ideal de la hermosura plástica; con aquellos juegos olímpicos donde los blancos caballos arrastraban en el carro de oro los jugadores armados de su lanza, como Júpiter del rayo; con sus escuelas en que se aprendia á un mismo tiempo la metafísica, la gimnasia, la música y la geometría; con toda su vida, que era el culto divino de la hermosura y del arte. Pero ¡ah! me entristece de aquella civilizacion, me entristece horriblemente el que no tuviera periódicos, pues por el periódico dejamos de ser miembros de una ciudad para ser ciudadanos del mundo.

Obreros de la Imprenta, escritores modestos y oscuros, no habeis podido nunca medir toda la importancia de vuestra obra, porque habiendo nacido en medio de ella, la considerais como una parte de vuestro mismo sér. Pero ¡ah! sin vosotros, los hombres más ilustres se perderían, las glorias mayores, serian como campanas sonando en lo vacío. Vosotros llevais á cada uno los dolores de todos. Vosotros llevais á los doloridos, las esperanzas de todos. Vuestras plumas son como los hilos eléctricos que unen las regiones del planeta. Vuestras ideas son como los

átomos de aire en que respiran nuestras almas; son como la atmósfera moral del Globo. Es necesario medir toda la dignidad de este ministerio para poder ejercerlo con toda su majestad y con toda su grandeza. Es uno de los más sublimes que puede ejercer el entendimiento humano. Hablemos de uno de los soldados de la prensa.

Cerca del Arco de la Estrella, en la avenida del Rey de Roma, se levanta un magnífico hotel donde habita uno de los primeros periodistas del mundo. Es Emilio Girardin, del cual vamos á trazar un bosquejo, en estos retratos que toscamente dibujamos. Después que hayamos descrito su vida, describirémos el escritor á quien hemos conocido y hemos tratado en esta capital del mundo, en que sus artículos son aplaudidos por unos, condenados por otros, pero interesantes siempre para todos. Emilio Girardin ha tenido maravillosamente dos artes muy difíciles; llamar sobre sí la atencion pública, y después de llamarla con un grande atractivo, fijarla sobre sí con una grande constancia. Narremos su vida.

Su nacimiento fué novelesco. El mismo no sabe el año ni por consiguiente el dia en que vino al mundo. Es hijo de unos amores ilegítimos. Cuando en los combates diarios le han echado en cara esta desgracia, en la que no tiene ciertamente ninguna culpa, ha dicho á los periódicos imperialistas: "no fué en verdad mi madre la única gran señora que en tiempo del primer Imperio, tuvo hijos de otro que no fuera su marido." Así

es que ha disputado él mismo, sobre si nació en 1806 ó en 1802; sobre si se llama Emilio Girardin, ó Emilio Celamothe. Francia tiene un gran interés por todos sus hombres ilustres. Pero este interés no deja de serles un poco incómodo, ya que, mediante él, salen todos los dias á plaza las más pequeñas minuciosidades de su vida privada. Proudhon echaba muy de ménos en su pais no solamente una ley de *Habeas corpus* que pusiera el hogar léjos del alcance de los esbirros, sino tambien una ley de *Habeas animam*, que pusiera la vida léjos del alcance de los biógrafos.

Ahora tiene Girardin sesenta y seis años, y como Thiers en la tribuna, este hombre infatigable ha conservado en la prensa toda su constancia, todo su fuego, todo su mérito para la improvisacion, todo su empeño en el trabajo.

Su educacion se ha resentido de la desgracia de su orígen. Uno de los mayores males que tiene el amor ilegítimo es la necesidad de ocultar los hijos, el grande orgullo del corazon, el premio mayor de los amores legítimos y santos. Un hijo, la gloria y la virtud de una madre, se convierte por la culpa en remordimiento para la conciencia, en deshonor ante la sociedad.

Los padres de Girardin ocultaron el fruto de sus amores en una casa modesta del boulevart de los Inválidos, que entónces era un arrabal exterior de Paris. Allí se educó, á las orillas del Sena, entre las be-

llas alamedas que esmaltan los alrededores de esta ciudad y los sombríos, pero majestuosos monumentos que recuerdan la historia de Francia.

Era bien extraño el colegio donde corrieron sus primeros dias. Podia llamarse una casa de pequeños huéspedes. Una buena mujer, Madama de Choisel, criaba niños confiados por ricas familias. Los habia legítimos, lo cual no es de extrañar en el hábito detestable que las madres han contraido en Francia de diferir en ajenos lugares el santo ministerio de la educacion de sus hijos. Jamás admitió Madama Choisel más de diez colegiales. En la misma casa tenia un niño y una niña la célebre Teresa Cabarrús, aquella mujer de hermosura extraordinaria, que tanto influjo tuvo, por su gracia, en los acontecimientos de principios del siglo, y que tanto contribuyó por sus artes á la caida de la República.

La vida del niño Emilio era á la sazon expléndida. Sus padres le procuraban cuanto podia halagar sus infantiles instintos. Visitábanle á menudo, mostrándole un gran cariño, aunque le ocultaban su habitacion y su nombre. Ya iba á verle en coche forrado de raso color de rosa, una jóven de rara hermosura, que se deshacia en caricias, muchas veces mezcladas de lágrimas; ya un jóven militar de alta graduacion, apuesto de figura, duro de carácter, que recomendaba el niño á los jefes de la pension solícitamente, si bien con aire de proteccion imperiosa.

Madame Choisel y su esposo deseaban conocer el

misterio que rodeaba la cuna de aquel niño. Esta ciudad es muy grande; la investigacion de un nombre muy difícil. Y todavía no estaba fundada una sociedad que hoy existe, con organizacion propia, con oficinas montadas, con anuncios en los periódicos, y cuya industria consiste en averiguar las vidas ajenas, en pagar agentes para seguir á las personas que algun amigo ó algun enemigo tiene interés en celar.

La noble pareja que tanta solicitud tenia por Girardin, echaba oro en sus manos, pero tambien sombras en su inocente alma. La buena de Madame Choisel se consumía de impaciencia por averiguar el nombre y la vida de tan misteriosos personajes. Pero no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague, ni misterio que no se descubra en esta sociedad, donde la justicia es, al cabo, como la mecánica en la bien montada máquina del Universo.

Un dia la dama desapareció completamente. Emilio se quedó sin el rayo de aquella mirada que hacia brotar esperanzas en su alma, sin el beso de aquellos lábios que depositaban en sus lábios la miel del amor maternal, tan necesaria en la infancia. Este eclipse moral entristecia sus primeros dias. Así, cuando ya los misterios de la vida se fueron esclareciendo á sus ojos, sospechó que nuevas culpas habian retraido á la madre de visitar y atender al hijo de sus culpas anteriores. En cuanto al militar, si bien iba alguna vez á visitar á su hijo, iba de tarde en tarde, sin hablarle jamás ni una palabra de la desaparicion de la dama.

¿Quién era este militar de tan alta graduacion y que tenia aires de príncipe? Girardin lo ignoraba, y lo ignoraban tambien los dueños de la casa en que Girardin residia.

Pero al fin se descubrió el misterio. Hay en los alrededores de Paris un sitio real que se levanta sobre una colina sembrada de bosques, á orillas del Sena, el cual parece allí por sus graciosos recodos, por sus quebrados bordes, por sus verdes aguas, un rio de Suiza. María Antonietta compró esta bella casa de campo. Y la compra de St. Cloud fué tan fatal á su dinastía como la compra del célebre collar de la Reina. Napoleon I gustaba, como gusta Napoleon III, de este sitio de St. Cloud, que reune, por su proximidad á Paris, las ventajas de la capital á los placeres del campo.

Un dia que Mr. Choisel paseaba por las umbrosas alamedas de St. Cloud, vió venir el coche del Emperador. Es natural en todo el mundo la curiosidad de ver al jefe de un Estado, al que tiene en sus manos los derechos de los hombres y la fortuna de los pueblos. Es más natural todavía detenerse á contemplar aquel génio extraordinario que por montañas de cadáveres habia escalado las rotas gradas del trono francés, y se habia sentado en su cima, con el águila de Júpiter sobre la frente, el laurel de César en las sienes, el manto de Carlo Magno en los hombros, la dictadura en las manos, el mundo por presa, los reyes por lacayos, y por esclava la victoria. A la portezuela del co-

che de Napoleon I iba el protector misterioso de Emilio, el protector desconocido, que era un gener l y representaba el aparatoso papel de Gran Cazador en aquellas dignidades bizantinas de que Napoleon I habia llenado su lujosísima córte. Desde entónces los señores de Choisel llamaron Baron á su jóven pupilo.

Pero la proximidad de su padre á Napoleon I debia ser fatal, muy fatal para el futuro periodista. Napoleon, que así trataba de las fuerzas de una batalla, como del corte de un vestido; y que así arreglaba tratados diplomáticos entre las naciones como tratados matrimoniales entre las familias de sus amigos, decidió casar á su Gran Cazador. Esta fué la desgracia mayor de Girardin. El matrimonio hizo que el gran cazador olvidara al hijo de sus primeros amores. El colegio rico se convirtió en la casa de un veterano de Egipto, los cuidados antiguos en crueldad, el lujo en pobreza; y á los catorce años, encerrrado en una buhardilla, sin libertad ninguna, se moria de palidez, de tristeza, el nervioso escritor, como las aves sin aire, como las plantas sin sol. Le salvó de la muerte un viaje á la ruda Normandía. Le dió robustez la vida agreste en la cabaña de un campesino. Vistió el traje de los trabajadores del campo, se encallecieron aquellas manos destinadas á manejar una de las plumas indudablemente más lijeras, más flexibles, más finas de toda la literatura moderna.

Cuatro años llevó Girardin la vida de campesino, esta vida de trabajos, ruda, pobre, mas conveniente á

su salud. Cuando tiraba la azada, recogia el libro. Y en los ratos de ócio se daba á vagar leyendo por los prados. Su educacion era su propia obra. De aquí dos cualidades que no le han abandonado nunca; la independencia llevada hasta el capricho, y la satisfaccion de sí propio llevada hasta el egoismo.

Rompió de pronto con esta servidumbre, porque hombre de verdadera vocacion, sentíase débil para trabajar en el campo, y fuerte para trabajar en la opinion. A los diez y ocho años abandonó la Normandía y se vino á Paris. El campesino se iba á convertir por un milagro de su insondable voluntad en escritor. Paris es un oceano donde muchos se ahogan; pero donde tambien los hábiles marinos sociales bogan mejor entre el grande oleaje recogiendo los impetuosos vientos. Su primer idea fué buscar á su padre. Se presentó en su primer colegio. Madame Choisel no le dió ninguna luz. Fué á ver después al veterano que tanto le habia maltrado, al militar de las Pirámides; y este le aconsejó que no armára escándalos. Redújose, después de una série de amargos desengaños, á cultivar las facultades verdaderamente excepcionales con que le dotara la naturaleza para las artes de la palabra escrita, facultades de una gran tension y de una fecundidad infinita.

En aquellos tiempos, en 1824, reinaba la Restauracion, ese semi-absolutismo y ese semi-parlamentarismo. Y en tiempo de la Restauracion el Palais-Royal era el centro de Paris. Inmenso edificio henchido

siempre de gentes, lleno de tiendas, de cafés, de garitos y de mancebas; era una especie de Babilonia del trabajo y tambien del vicio. Entre estas inmundicias morales se anidaban gabinetes de lectura, bibliotecas donde se reunia una gran parte de la juventud literaria. En estos centros de ideas comenzó Girardin á desplegar sus facultades propias para las batallas de la inteligencia.

Por fin encontró á su padre, un tanto oscurecido por las adversidades del Imperio. Aunque tan cruelmente habia procedido con él después de su matrimonio, no fué desoido el llamamiento del jóven al corazon del padre. La naturaleza recobraba su voz y sus derechos. El antiguo general le buscó un cargo burocrátrico en uno de los ministerios de la Restauracion. Entónces Emilio Girardin escribió un libro que era en parte la historia de su vida. El libro tenia por título su propio nombre; se llamaba *Emilio*. Hay en todo él un acento de amargura, un escepticismo burlon, una atrabilis, un desprecio á las máximas y principios más corrientes y más admitidos, que debian dar mala idea de su autor, tanto más cuanto que este presentaba todo aquel conjunto de ideas como el código de reglas de conducta en su vida práctica.

Girardin no pertenece al número de los hombres que tienen un ideal en la conciencia y que lo realizan con una gran moralidad y una gran consecuencia en la vida. Girardin ha mirado siempre más que á la idea, á la realidad, y más que al conjunto de las le-

yes morales, á estas fuerzas mecánicas de la sociedad en las cuales entra á veces por una tan gran parte la injusticia, el error, el crímen. No habia nacido con uno de esos temperamentos destinados á prestar culto platónico á lo ideal; habia nacido para el combate, y en el combate se ha manchado muchas veces de barro y de sangre.

Para combatir en una ciudad tan materializada, y tan egoista como la sociedad de su tiempo, necesitaba fortuna. Para tener fortuna, y fortuna espléndida, como él soñaba, no basta el trabajo de un escritor, se necesita el cálculo de un comerciante. El templo del oro es la Bolsa; el cielo de donde baja la argentada llúvia de la fortuna improvisada es la bolsa. Girardin recogió unos pócos ahorros que su padre le destinára para la época de su mayor edad, dejó el ministerio por desgracia de su protector, entró en casa de un agente de Bolsa, tocó orgulloso con sus manos la puerta del templo de la fortuna. Pero fué mal recibido. La fortuna le volvió la espalda. Se encontró arruinado. Entónces volvió á llamar al corazon de su padre. Este le rechazó friamente. Quiso sentar plaza. Los cirujanos militares declararon que su complexion era muy débil para el servicio militar. Entónces, sin nombre, sin proteccion, sin fortuna, sin familia, sin amigos; imposibilitado de consagrarse hasta el honrado, pero penoso ejercicio de las armas, desencantado de sus ilusiones más caras, desengañado de sus más queridas esperanzas; herido en el corazon y en la frente; aban-

donado á todos los combates de la fortuna en este inmenso Paris donde la soledad en medio del tumulto, es más triste que la soledad en el desierto, cruzó por su mente como la nube que podia contener todo su porvenir, la idea tempestuosa y siniestra del suicidio.

Para combatir con un gran ejemplo la resolucion desesperada del suicidio; para comprender en una gran enseñanza los milagros de la voluntad, no hay como acordarse del pobre jóven próximo á naufragar el año veinticuatro, y que hoy fulmina sobre Paris los rayos de su elocuencia y conmueve mil veces á Europa entera con sus artículos.

Su primera resolucion fué tener un nombre. Se decidió á tenerlo, y firmó: Emilio Girardin. Su segunda resolucion fué grabar este nombre en la prensa: formó un libro. Su tercera resolucion fué conquistarse una posicion oficial, que en estos pueblos burocráticos son como un escalon para alcanzar todas las ventajas del renombre y de la fortuna.

Entónces tuvo la idea de fundar un periódico, sin dinero, sin redactores; un periódico destinado á reproducir todo cuanto se escribia en los demás periódicos. A este semanario le puso por título *El Ladron*. De resultas de sus primeros ensayos en la prensa, tuvo dos duelos. En uno salió herido. En el otro tiró el sable, dió satisfacciones cumplidas á su adversario en el campo mismo: era su hermano. A pesar de tener los dos una misma sangre y ser hijos de una misma madre, no se conocian por la diversidad de su orígen.

Entónces renunció á la direccion de su primer periódico.

Mas habia nacido para la prensa, y no pudo nunca abandonar su campo de batalla. La Restauracion se perdia cada vez más en las sombras reaccionarias; y Girardin fundó un periódico de oposicion, que tenia altos patrocinadores en la córte, entre aquellos individuos de la familia real que veian el poder de la dinastía estrellándose en los escollos de una política aventurera y de retroceso. El periódico de Girardin, con su fuerte oposicion, contribuyó á precipitar la catástrofe. Nadie se salvó de la antigua monarquía. Uno de los individuos de la familia real, llegó al trono saludado por los tambores de la Milicia Nacional y reconociendo el dogma de la soberanía de los pueblos, escrito en las barricadas con sangre republicana.

La era inaugurada por la revolucion de 1830 puede llamarse la era del mercantilismo. Arruinado el derecho antiguo, y no victorioso todavía el nuevo derecho, se sentó en el trono de la soberanía y profanó el ara de la justicia. Todos los derechos fueron comprados y vendidos como en almoneda vil. El franco fué el número y la medida y el ideal de todas las cosas. El dinero fué el único soberano de aquella sociedad utilitaria. Pasa ser elector, oro; para ser diputado, oro; para ser senador, oro; para jurado, oro; y él oro, que es por su naturaleza incorruptible, es socialmente corruptor, cuando ocupa el lugar de la conciencia, cuando se erige en el dispensador único del derecho. Girardin

formó entónces un periódico de conocimientos útiles, á cuatro francos al año, periódico que fué el gérmen de la prensa mercantil á fuerza de barata, que más tarde y en mayor escala debia inventar el mismo publicista. En esta época demostró sus grandes aptitudes económicas, fundando sociedades de socorro entre los trabajadores, cajas de crédito agrícola y hasta escuelas profesionales para los pobres. Convenció á los numerosos suscritores de su Revista, de que añadiendo un franco á los cuatro pagados anualmente, podian obrar estas maravillas por el poder nunca vendido de la asociacion que Jouvier elevaba hasta el extremo de afirmar que si el mundo dejára el aislamiento entre individuos, entre clases, entre naciones, entre razas, que es hoy su principio de guerra, su ley de ódio, y entrára francamente en las armonías de la asociacion, podria pagarse con el producto de los huevos de las gallinas toda la deuda de Inglaterra.

Pero pronto se desencantó Girardin de estos sueños humanitarios. Su idea capital fué fundar una colosal fortuna que le diera una colosal influencia. Entónces armó, digámoslo así, una sociedad para fundar otro periódico más grande; el *Museo de las Familias*. El fué el inventor de esos anuncios mónstruos con letras colosales de abigarradas viñetas, con admiraciones é interrogaciones revesadas, que llenan las esquinas de la capital del mundo, que todas las industrias han copiado en mayor ó menor escala y que le han valido el título de hombre-cartel, de hombre-

anuncio. Con estos medios publicó un almanaque titulado *Almanaque de Francia* que le reportó grande lucro. Entónces tuvo su tercer duelo con un periodista que le acusó de haberse vendido al gobierno.

Corrian los años de 1836. Girardin fundó *La Presse*, un periódico puramente mercantil, aunque bajo la advocacion de una idea política. Por la mitad de precio que los otros periódicos daba la mitad más de lectura. La prensa entera podia destruirse en esta mortal concurrencia. No se provoca la ira de los periódicos sin suscitarse enemigos. No se suscitan enemigos tan formidables sin esponerse á luchar peligrosamente. Los periódicos comenzaron á lanzar dardos contra Girardin. Habia entre estos periódicos uno que se levantaba sobre todos por su limpia fama, por su carácter estóico, dirigido por aquel ilustre Carrel, nunca bastante llorado, que habia consumido su vida entera en defensa de la libertad, lo mismo con la pluma que con la espada. Girardin y Carrel tuvieron un duelo. Girardin mató al tribuno más popular de Francia. Esta muerte ha estendido una sombra tristísima sobre su vida y le ha divorciado para siempre del partido republicano francés. Su bala hirió en el corazon á toda la juventud francesa é hirió en la frente á toda la prensa liberal.

Después no ha vuelto á tener duelos. Un dia llamó al escritor Bergeron regicida. Este fué al teatro donde el director de *La Presse* se hallaba con su mujer, la hermosa é inspirada Delfina Gay; entró á mitad de la

representacion en el palco vecino, que estaba desocupado, y llamando la atencion de todo el público por un gran grito, le descargó una terrible bofetada, aguardando con los brazos cruzados y el ademan amenazador las represalias. Girardin se levantó indiferente de su asiento, se fué á la mitad del palco, léjos del alcance de su adversario, y se sentó como si nada hubiera sucedido, viendo hasta el final de la funcion. Al dia siguiente se querelló ante los tribunales.

La Presse no tuvo nunca un color bastante fijo, nunca una idea definida; giró á todos los vientos por una idea falsa, por una concepcion falsa que tiene de la vida, y otra idea falsa, otra concepcion falsa que tiene de la política. Girardin olvida que los escritores, los oradores, los publicistas solo son grandes; cuando se convierten por toda su vida en astros que giran al rededor de una idea. De ella reciben su luz, de ella su fuerza, de ella su vida; porque esa idea es el sol. Pero cuando los escritores, cuando los oradores se convierten en el centro del Universo, cuando se valen de la política sólo para que los realce, y de las ideas solamente para que los ilumine, entónces los escritores pierden el don de la propaganda y dejan de servir á la humanidad, único título de gloria, única prenda de inmortalidad.

¿Para qué se quiere una gran palabra? ¿Para enseñarla como enseña una cortesana un collar de perlas y diamantes? ¿Para qué se quiere una pluma? ¿Para procurarse con ella una posicion que es más fácil en-

contrar en el comercio de cualquier mal óliente estiércol? ¡Oh! Nó. La pluma y la palabra deben servir para la humanidad, para llevar un rayo de luz más al foco de la conciencia humana, para llevar un arroyo más al oceano de las ideas.

La falsa concepcion política tiene un doble aspecto; es de conducta y es de doctrina. Girardin quiere ser tan independiente, que ni siquiera puedan los partidos deberle nada, ni él deber nada á los partidos. Error, funesto error. En política no podemos hacer nada sólos, abandonados; necesitamos la legion sagrada de los que creen lo que nosotros creemos, de los que piensan como nosotros pensamos. La filosofía es una ciencia más especulativa que práctica. Y sin embargo, los grandes filósofos han fundado siempre escuela. Pues bien; las escuelas políticas son los partidos, son esos ejércitos que necesitan disciplina, abnegacion, sacrificios, todo por una idea. Sólo así pueden brotar estos árboles de nueva vida que tan difícilmente se aclimatan en el mundo.

Su concepcion de esa idea política, no es ménos errónea que su concepcion de conducta política. Dice que ama la libertad, y lo creo. Pero ha olvidado que no se puede pedir la libertad á poderes que sólo pueden fundarse en su derrota y sólo pueden sostenerse en sus ruinas. Si Girardin hubiera sabido que la libertad tiene su propia forma, su idea propia, no hubiera apoyado la candidatura de Napoleon Bonaparte á la presidencia, ni hubiera pedido la libertad al

Imperio. Los Bonapartes no tienen tradiciones de libertad sino tradiciones de dictadura. ¿Cómo un hombre que se precia de previsor no comprendió esta sencilla verdad?

Así su vida política ha sido la tela de Penélope. Ha trabajado como el antiguo hebreo siete años por Lia y otros siete por Rebeca. Ha peleado por el Imperio y por la libertad. Pero al fin de sus dias, se ha quedado sin Rebeca y sin Lia. Se ha quedado sin la libertad y fuera del Imperio.

Pocos hombres han tenido más brillantes cualidades, pocos han ocupado una posicion más alta. Redactor de *La Presse* durante la Monarquía de Julio y la República; redactor de *La Presse* tambien y de *La Liberté* durante el Imperio, su pluma ha gritado tan fuertemente sobre el papel, que se ha oido entre el fragor de las tempestades, entre el bramido de los combates, como una de las limas indudablemente más vivas de esta inmensa maquinaria de la sociedad moderna. Pero no basta esto, no basta. Para hacer algo estable, se necesita, ántes que todo, la inspiracion de la fé; para llegar al coro de los inmortales, se necesita, sobre todo, el heroismo de la fé.

Paris, Agosto, 1868.

DANIEL MANIN.

Daniel Manin.

Cuando llegué á Paris, uno de mis primeros impulsos fué visitar el sitio donde reposan las cenizas de todos aquellos que han obtenido algun culto de mi corazon ó de mi inteligencia. Los grandes hombres pierden mucho, vistos de cerca, en las tristes realidades de la vida, donde la mezcla de mil pequeños accidentes rebaja su estatura moral, que vé la imaginacion siempre entre nubes de gloria. Pero en la muerte se prueba toda celebridad y toma su verdadera medida toda grandeza. En la muerte lo contingente se deshace en polvo leve que el viento disipa, miéntras lo esencial queda y se levanta sobre la descomposicion como el sol sobre nuestro planeta, probando así la eter-

nidad de la vida. El género humano guarda especialmente su memoria para las grandes virtudes. El negro olvido, que es el más triste entre todos los presentes de la muerte, no devora á aquellos hombres que han merecido bien de la pátria ó de la humanidad. Cuanto habia en ellos de mudable, de accidental; ya la mancha lívida que la bílis estiende sobre las ideas, ya el fuego que el calor de la sangre prende en los sentimientos, ya los desórdenes de los nérvios, esas cuerdas siempre vibrantes; todo se vá envuelto en los despojos de la muerte, llevándose consigo la incertidumbre, la duda, las vacilaciones, los desvíos de la línea recta, para dejar tan sólo esa unidad de la idea, que es la vida y que alcanza, por último, el eterno dominio de la gloria.

La injusticia, la cólera, la envidia, no dejan descansar al vivo, porque son, como todo dolor, los aguijones de la perfeccion. Es imposible el trabajo sin esfuerzo; la vida sin pena; la gloria sin que se levanten con su propio calor del lodo de la tierra, los negros vapores de la envidia. Pero la muerte es una transfiguracion; la tumba es un Habor; los sombras que nos parecen eternas cuando las miramos con los ojos de carne, son eternos resplandores cuando las miramos con los ojos de la inteligencia. La descomposicion, la podredumbre, el frio, las tinieblas, el sepulcro, son para las almas como el anillo de sombras en que naturaleza engarza, para hacerlos más visibles, los astros de la noche.

Así no extrañareis que mi primer visita fuese para los muertos, queridos de mi inteligencia. Habia entre ellos uno, cuyos combates en la ciudad de los ensueños orientales y de la poesía griega, cautivara desde la niñez mi admiracion. Yo, aunque entónces niño, habia adivinado en la relacion de los sucesos leida diariamente en las Gacetas de 1848, las cualidades eminentes de aquel tribuno de la independencia, de aquel dictador de la libertad.

¡Qué dias, los dias de 1848! Vivíamos mucho. Cada correo nos traia una nueva sorpresa, con una nueva esperanza. El espíritu brillaba como un cielo por el cual atraviesan súbitamente en las noches de estío innumerables aereolitos. Parecia que el Juicio Universal se iba á celebrar, que Dios brillaba en las nubes armado de su justicia, poniendo á su derecha, entre los elegidos, los pueblos, y á su izquierda, entre los réprobos, los tiranos. Varsovia, Pesth, Milan, Nápoles, Florencia, alzaban las losas de su sepulcro y volvian á la luz. Pero entre estas ciudades, ninguna cuya vida hubiese sido tan ilustre y cuya muerte fuese tan llorada como Venecia. Y entre las legiones de tribnnos, de héroes, de mártires, que el ardor de aquel año genesiaco habia producido, ninguno de integridad tan perfecta como Manin. Parecia la encarnacion de la justicia, levantándose severa en la ciudad de las leyendas. Parecia que se habia refugiado en su carácter, la conciencia de los juriconsultos de Roma, y el patriotismo de los héroes de Grecia; como

se habia refugiado en las lagunas de su pátria, cuando las grandes catástrofes, los últimos romanos que se escapaban de los bárbaros, y los últimos griegos que se escapaban de los turcos. Pero á las cualidades del carácter antiguo reunia Manin leyes de vida y de conducta que sólo pueden ya engendrar los principios morales de la filosofía moderna. Llegar al bien por los medios del bien; regir á la naturaleza humana por las ideas, más que por la fuerza; gobernar á los pueblos, como la conciencia gobierna la vida, despertando en ellos con la voz del deber, una moralidad perfecta; no manchar jamás, ni por la salud de la pátria, con un gran crímen, una gran cáusa; hé aquí los principios salvadores de su política. Reunid á la energía de Danton la conciencia de Sócrates, y tendreis el dictador de las lagunas, el hombre de Venecia en 1848; Daniel Manin.

Yo he visitado su sepulcro aquí, en el Cementerio de Montmartre, á la pálida luz de este cielo funerario, en los tristes dias de Noviembre; cuando la naturaleza se ciñe con las hojas secas, coronas de muerte; cuando las golondrinas se han ido; cuando la vibracion de los mil animalillos estorales se ha callado; cuando los cielos lloran. Yo le he visto alojado en la tumba de Ary Scheffer, el melancólico pintor de la Beatrice de Dante, resucitada en su paleta, con los ojos perdidos en la contemplacion de las verdades celestes, y el corazon palpitando bajo la blanca túnica, al amor de los ángeles; santa y eterna personificacion

de Italia. Yo he querido llamar á la piedra de aquel sepulcro, para interrogarle si en su triste hueco yacian tambien la fé, el valor, la integridad política, todas las virtudes públicas de que se halla tan necesitada nuestra generacion, para reconquistar el bien. El silencio que me respondia, era ese silencio de la eternidad tan fecundo en sábias respuestas, como la profunda meditacion del espíritu. Para remover toda sociedad se necesita un punto de apoyo, que es una idea; y una fuerza, que es la voluntad enérgica de algunos hombres. Manin adquirió esa grandeza moral, que es su gloria, su título á la inmortalidad, inspirándose en la idea que forma desde los riscos de las Termópilas, hasta los sacratísimos muros de Zaragoza, como el inmenso bajo relieve de los altares de la pátria; la idea de la independencia nacional. El talento, la virtud, la palabra, la ciencia, el amor á la familia, el respeto que inspira una vida honrada fueron otras tantas fuerzas puestas por aquel hombre á servicio de una gran cáusa. Ha dejado enterrados en esa cáusa su fortuna, su felicidad, la compañera de sus dias, la santa hija de sus entrañas, el hogar, la pátria; ha vivido entre las tinieblas de Paris, ha muerto jóven, con el corazon partido en pedazos; pero ha sembrado en estos surcos del dolor, regados con la sangre del alma, la inmortalidad para sí, la gloria para su pátria.

Hace pocos meses, Paris, esta capital del continente europeo, quiso demostrar el eterno culto que le inspira la independencia de Italia. Y sabiendo que

tenia algun tesoro italiano, los huesos del gran patriota, iba en el dia de la conmemoracion de los difuntos á llevar coronas de siempre-vivas á la tumba de Manin. Grupos de escritores y de obreros, el ejército moral y el ejército material de la libertad, bajaban silenciosamente la cabeza ante aquellas piedras que cubrian unos huesos inmortales. En vano la policía quiso evitar esta imponente manifestacion; Paris demostró que no ha perdido la memoria de aquel antiguo culto por Italia, que la llevó á enviar como una madre espartana sus más queridos hijos á morir al pié de los Alpes por la libertad de Italia. El dia en que la gran ciudad debia perder este depósito, á su hospitalidad confiado, hubiera sido dia de duelo universal, destinado á demostrar, como en todos los momentos solemnes, cuántas muchedumbres adictas á las grandes ideas, oculta esta ciudad bajo su aparente indiferencia, á la manera que el Etna oculta el fuego bajo sus cumbres de nieve. Pero los huesos de Manin fueron casi furtivamente arrancados á la tierra de Francia y conducidos á la frontera italiana. Una comision de esos escritores franceses que tan profundamente han conmovido la conciencia de Europa á favor de Italia, seguia las cenizas del héroe, en su peregrinacion hácia la pátria. Magnífico espectáculo el que debia presentar en los desfiladeros de la Saboya, en las laderas de los Alpes, al borde de los abismos, entre mares de nieve, ese cortejo fúnebre perdiéndose en las nubes de la montaña, acompañado por el lamento pro-

gado que forma el vuelo del aire entre los pinos, ó la caida de las cascadas entre los riscos. Yo no he podido nunca mirar una gran montaña con sus colinas, de las cuales salen como de otros tantos ubérrimos pezones, los arroyos para alimentar los campos; con sus cinturas de bosques y con sus pirámides de nieve, sin que me hayan parecido grandes monumentos levantados por Dios, para que los hombres graben inextinguiblemente el recuerdo de las cosas eternas. Y si algo hay eterno en el mundo, es el heroismo, es el sacrificio.

Bien fria é implacable es la muerte, cuando los huesos del héroe no han saltado en el ataud, al bajar de las nubes de los Apes, al seno de Italia y sentir el tibio aire de sus valles, la aureola de su sol, el eco de esa lengua tan melodiosa como las puras inspiraciones de su música. Se ha notado que ni el Piamonte ni la Lombardía han mostrado por Manin el entusiasmo debido á las cenizas del héroe. Después de recientes desgracias, el espíritu provincial y municipal se ha despertado muy vivamente en Italia. No seré quien se queje, puesto que antiguas y nuevas enseñanzas me han demostrado cuán difícil es fundar la libertad, y cuán poco duradera es, si llega á fundarse, miéntras no existan como grandes personalidades, con su propia vida y organismo independiente, el municipio y la provincia. Italia, á pesar de que las más imperiosas necesidades del momento y la fuerza incontrastable de los hechos la hayan arrastrado á ser un

imperio, permanece siempre en la esencia de su organismo político, una federacion. Pero esto no debe ser parte á que mire con punible indiferencia su nacionalidad, la pátria total y nunca levantada sobre los huesos de tantos mártires y espléndidamente ceñida por la corona de tantos génios. Y mucho ménos á que olvide un hombre cuya gloria es tan universal, que pertenece á toda la humanidad; pero que se refleja muy particulamente sobre la faz de Italia.

Pero conforme el féretro se iba acercando á Venecia, un soplo de vida y de entusiasmo corria por las ciudades y los campos. Las coronas decretadas por la historia al heroismo, las palmas del martirio llovian sobre el ataud de Manin. La muchedumbre corria á los bordes del camino de hierro á saludar lo más sagrado que hay en la tierra; los despojos de una organizacion que ha contenido la virtud y el génio. En Pesquiera, ese ántiguo clavo de la crucifixion italiana, los soldados saludaban con sus armas desde los altos muros y los ceñudos bastiones, el paso triunfal del dictador. En verdad, nada predispone al heroismo como el ejemplo del martirio. Siempre que se trate de guerras de la independencia, habrá que citar el nombre de España, nunca fatigada de sacrificios por la pátria. Y nuestros padres, los fuertes castellanos, cuando iban á expulsar los sarracenos de los encantados jardines de Valencia, llevaban sobre el alazan de las batallas, á la cabeza de los ejércitos, el cadáver del Cid, el cual frio, rígido, ganaba los comba-

tes por la virtud de los recuerdos y por la fuerza de la gloria. En Verona el pueblo se arrojaba como á detener la locomotora para guardar por más tiempo en sus campos aquellas cenizas del hogar querido de la pátria. Por fin llegó á las puertas de la inmensa laguna que preside el leon de San Márcos; de esa laguna que ha sido como la esmeralda engarzada en el anillo nupcial del misterioso Oriente con la tierra de Occidente. Allí el féretro tocó el suelo ilustrado por la gloria del hombre cuyos restos llevaba. Al lado de este ataud, iban los ataudes de la esposa de Manin y de su hija Emilia. Un jóven pálido, trémulo, apoyado en una muleta, vestido de negro, con el dolor pintado en el austero semblante y las lágrimas en los ojos, se adelantaba tiernamente, en medio del silencio general, interrumpido solo por algun sollozo, á besar aquellos tres ataudes. ¡Ay! Es el hijo de Manin, que desde la última guerra de la independencia sufre los dolores de una herida causada por el obús austriaco en los campos de Brescia, cuando peleaba en cumplimiento de la última voluntad de su padre, al lado de Garibaldi, por coronar la libertad italiana con su oriental filigranada cúspide, que se llama Venecia. Y se dice que la poesía ha muerto en nuestro tiempo. ¿No os parece todo esto el relato de una de aquellas páginas de la historia griega, de aquellos sacrificios de las Termópilas, de Platea, de Salamina, que Herodoto escribió, que Píndaro cantó, que Esquilo divinizó en el teatro, y que todavía repite el

cincel en el mármol y en los bajos relieves cuando quiere levantar altares á las dos ideas humanas por excelencia, á las ideas de la libertad y de la pátria? El dolor no se ha extinguido en el mundo; la sed infinita de justicia no se ha apagado ni se apagará nunca. Nuestros hijos trabajarán, como trabajaron nuestros padres, como trabajamos nosotros, en levantar esa ciudad del progreso que no se acaba nunca, á la manera que nunca se acaba el espacio, esa ciudad infinita como el Universo. Y las generaciones venideras leerán arrobadas, en sus luchas por las conquistas de mundos mejores, la historia de todos estos desterrados, de todos estos mártires que han sabido ofrecer halagos de la fortuna, placeres de un dia, tras los cuales corren desoladas tantas gentes, amores de la familia, delicias del hogar, porque sus semejantes subieran una grada más en la escala infinita por la cual se acerca con tanto trabajo la humanidad á su transfiguracion en el seno de la justicia.

En verdad, Venecia merecia todos los sacrificios hechos en sus aras por Manin. Ciudad tal vez única en el mundo levantada sobre la arena movible de las lagunas, cambiante como el aluvion de las inundaciones, y firme, incansable en el trabajo de presentar sus ofrendas en el templo de la civilizacion. Poblada por los latinos que huian de las irrupciones de Atila y por los griegos que huian del despotismo de Bizancio y de la cimitarra de los turcos; situada en la interseccion del mundo helénico, del mundo germánico y del

mundo romano; levantada en la península italiana, á las puertas del oriente, como una Sibila de la Atica á la entrada de un templo del Asia; oyendo todos los misterios de la cuna de las religiones y grabándolos en las tablas de sus archivos; asilo hospitalario de los mayores génios del Renacimiento y de los sábios que traian desde las antiguas ciudades caidas en la esclavitud los bajos relieves de las artes plásticas; factoría del comercio y escuela de las inteligencias; rodeada de su cintura de islas que cada cual le enviaba en sus saludos sus inspiraciones; entregada al trabajo en la noche de la Edad Media, cuando el resto del mundo se entregaba á la penitencia en los cláustros; servida por ejércitos de doradas naves, que traian en sus vientres los productos de todas las regiones y en sus rizadas velas el aliento de todas las ideas; con el Adriático al frente, los verdes campos en torno, los nevados Alpes á la espalda; surcada de aquellos canales donde el mar reluce con sus celestes aguas recamadas de espumas, repitiendo al pié de los sombríos muros de sus edificios, todos los prodigios de la luz caida de incomparable cielo; ornada con toda la série de las maravillas arquitectónicas, desde el encaje de las cinceladuras árabes, hasta la severidad de las columnas griegas; desde los arcos bizantinos que parecen implantados por toda una eternidad en la tierra, hasta las cúpulas góticas recamadas por crestenas que parecen volar eternamente al cielo; por sus artes, por sus riquezas, por sus lagunas atravesadas de escuadras, por sus ca-

nales atravesados de góndolas: Venecia es la ciudad más privilegiada de la tierra; una sirena griega y una sacerdotisa asiática; reina y trabajadora; poeta y comerciante; el reflejo del mundo antiguo y el milagro del mundo moderno, donde irán todas las generaciones siempre que quieran inspirarse en la contemplacion de las edades pasadas, y en los misterios de la poesía, que se desprenden como una esencia aromática de su viviente historia.

Pero Venecia fué poco á poco decayendo. Su aristocracia, como todos los cuerpos privilegiados, perdió el sentido político en cuanto llegaron los tiempos de la democracia, los tiempos del derecho. Su comercio perdió la antigua importancia así que los portugueses doblaron el cabo de las tormentas y los españoles descubrieron América. La revolucion encontró la aristocracia en su trono de las lagunas como una mómia en las pirámides del desierto. Un dia entró Bonaparte; el futuro dictador militar de los plebeyos entró en Venecia con el ódio á la aristocracia mercantil que Sila sintió en el suelo de Aténas por la democracia griega. Y después de haberla despojado del Leon de San Márcos, que envió á la esplanada de los Inválidos, y de la cuadriga levantada sobre la portada de la gran Basílica, que envió al arco del Carroussel, y de muchos de sus cuadros, que envió al Louvre, entregó al Austria los restos de la oriental ciudad, semejantes á los restos de un navío encallado y podrido en la *arena*. El últimos de los Dux, el Augústulo de taes

Roma de los mares, vendida en el siglo décimo-nono por un corso á los germánicos, se desmayó al prestar juramento al Austria, como si oyera la voz de las generaciones pasadas y sintiese ya en sus lábios la hiel de la ignominia que le reservaba la historia. Pero Napoleon estaba fundido en el bronce del destino. Sus palabras eran decretos. Sus tratados la base de una nueva Europa. Aquel hombre que tan admirablemente conocia las matemáticas de la táctica, ignoraba otras matemáticas más sublimes, la astronomía de las naciones. Desgarraba el mapa de las nacionalidades con sus espuelas. Y de las tiras queria formar nuevos pueblos. Nada más arbitrario que entregar Venecia al Austria. Los que se salvaron en las lagunas, como Noé en el arca, del diluvio de los hunnos el siglo quinto, fueron á caer, después de ilustrar la historia moderna, al pié de los croatas. Nada más contradictorio que el génio veneciano y el génio austriaco; nada más enemigo que esta ciudad oriental, rodeada, como Vénus, de palomas, y aquel inmenso brutal Imperio, rodeado de bayonetas. Napoleon habia aprisionado á Venecia en un cuartel.

Pero es imposible medir, ni con el pensamiento, hasta dónde llega la resignacion de un pueblo. Nadie es capaz de saber cuántos resortes tiene el despotismo ni cuántos la obediencia. Asusta calcular el peso de las tiranías que pueden cargarse sobre el lomo de las naciones. Todas las razas han tenido su cautiverio de Egipto. Y todas han necesitado de un Moisés. El

que debia salvar á Venecia era Daniel Manin. En su vida y en su muerte aprenderán todas las generaciones á tener fé en los consuelos que guarda definitivamente la historia para todos los sacrificios. Nadie debe desesperarse como el último tribuno en la última noche de la antigua libertad romana. Ningun esfuerzo que por el bien hagamos, se pierde. Ninguna idea que en la conciencia sembremos, se esteriliza. Tomás Morus llamaba en el siglo décimo-sexto, entre el fragor de las guerras, utopia á la paz religiosa de las naciones católicas y protestantes. Pero la utopia del siglo décimo-sexto fué el derecho internacional del siglo décimo-séptimo, escrito en la paz de Westphalia. Así Manin se expátria, vive en las sombras y en el dolor, vé caer primero á su esposa y después á su hija; pierde poco á poco las ramas todas del árbol de su vida, muere en el destierro, duerme diez años en el ingrato extranjero suelo; y hoy Venecia engarza los huesos del mártir en la diadema de sus glorias. Al bien debemos ir sólo por el camino desinteresado que nos inspire; sin aguardar recompensa, sin prometernos ni siquiera la satisfaccion de gozarlo; porque aun esta legítima satisfaccion es una voluptuosidad indigna de las grandes austeridades morales que exige todo apostolado. Pero las leyes de la naturaleza moral, no pueden dejar de cumplirse, como no pueden dejar de cumplirse las leyes de la naturaleza física; y yo, que estoy seguro de la inmortalidad; yo, que no creo en la muerte total y eterna; yo descubro el premio reserva-

do al mártir; yo le veo habitar en espíritu en Venecia independiente; sentir en sus huesos el calor de la vida al ósculo del aire que se levanta de las lagunas; entrar como un génio invisible y benéfico en el hogar, libre de esbirros, para oir las santas expansiones de la familia; mezclar su conciencia en una efusion divina de fé con la conciencia de las generaciones presentes y venideras, cuyas cadenas ha roto, y acabar por bendecir su sacrificio como Cristo bendijo la cruz.

Casi no debia decir nada de la vida de este hombre. Todo interés desaparece tras esta severa frase: vivió y murió por la pátria. Pero considerémos rápidamente algunos rásgos de su existencia. Seis años hacia que el Austria recogiera de manos de Bonaparte el cadáver de Venecia, cuando nació Manin. Por su sangre era de esa raza judía tan tenaz en sus creencias, raza de desterrados y de profetas. Miéntras crecia, Venecia pasaba de manos del Imperio francés á manos del Imperio austriaco, segun las varias alternativas de la guerra entre los déspotas. Después de 1815 cayó Venecia en el sepulcro abierto por el Austria, y la laguna de San Márcos continuó confiando á los vientos el eterno lamentar de una ciudad sierva. Manin oia diariamente de lábios de su padre, abogado que habia sido su maestro, una doble maldicion contra Austria que esclavizó, y contra Napoleon que entregó á Venecia. En estas maldiciones se templaron las fuerzas de su carácter y adquirió el ódio eterno á la tiranía. La jurisprudencia y la filosofía fueron sus estudios favori-

tos. A los diez y siete años era ya doctor en derecho. En 1830 abria su estudio de abogado en el barrio de Mestre, á las puertas de las lagunas. En aquel mismo año pasó la revolucion de Francia por Venecia, como la galvanizacion por un cadáver. Manin, que no habia querido pertenecer á las sociedades secretas, pensó en tomar el Arsenal y emancipar á su pátria. Pero la revolucion fué un relámpago en Italia. Venecia no se movió. Y Manin pudo ocultar su pensamiento y su proyecto en el fondo del alma. Siete años más tarde trató de convertir en una liga de patriotas, una sociedad de ferro-carriles. Esta sociedad fué disuelta por el gobierno, pero quedó el lazo de union moral entre los venecianos. En 1847 se reunió un Congreso científico. En él habló el orador sin tribuna, el abogado sin palabra, el patriota sin pátria. Con una grande habilidad, convertia las cuestiones económicas en cuestiones políticas, y con el apotegma de más pura ciencia, lanzaba un dardo agudo al corazon del tirano. Austria conservaba una sombra de representacion popular, para encubrir en ella los hierros de los pueblos. Manin escribió una especie de memorial, que en apariencia era una invocacion á esa sombra, y en realidad un llamamiento al pueblo. Después, en compañía de Tomasseo, redactó una protesta contra la censura. Naturalmente, no se podia dirigir la mano al tigre, ni aún humildemente, sin exponerse á sus garras. Manin fué preso. No habia ningun cargo que *dirigirle*. Su divisa habia sido: legalidad y publicidad.

El abogado no se habia convertido todavía en tribuno. Los jueces lo absolvieron por inocente, pero la policía lo retuvo en prision por peligroso. Zpielberg, con todos los horrores de la expatriacion unidos á los horrores del cautiverio, era su porvenir.

En esto sucedieron grandes hechos. La palabra "libertad" salió de lábios del Papa. Una esperanza universal, infinita, se apoderó de todos los corazones. Parecia que la Roma antigua y la Roma nueva se reconciliaban; que los tribunos y los Papas se unian en augusta personificacion; que la libertad y la Iglesia iban á presidir un nuevo mundo moral; y que las promesas sociales del Evangelio se cumplian todas en un solo dia, uniendo los pueblos en el seno de la humanidad, y la humanidad en la creencia de un Dios. Lo que los pintores del Renacimiento habian hecho en la esfera del arte y con el mundo de lo pasado, la union de dos estéticas, el engarce de la idea cristiana en la forma pagana, lo iba á hacer Pio IX en la esfera social y religiosa en el mundo de lo porvenir; la union de dos creencias y de dos dogmas, el engarce de la razon en la fé, de la libertad moderna en los principios eternos del Evangelio. Estas esperanzas corrieron por el mundo levantando el oleaje de infinitas ideas. Los patriotas italianos imaginaron que Italia, no solo se despertaria de su abatimiento, sino que revindicaria el predominio moral del mundo, por sus concilios y sus pontífices, como en los tiempos clásicos por su Senado y por sus Césares. Garibaldi volvió de América, dis-

puesto á servir bajo la bandera donde ondeaban las enseñas de la libertad y del Evangelio. Las ciudades tanto tiempo enemigas se devolvian los trofeos que recordaban las victorias de unas sobre otras, queriendo confundirse todas en el sentimiento de la pátria. Sobre el federalismo de las provincias, se levantaba la unidad del alma nacional. Y una ceremonia conmovedora se celebraba en una Iglesia de Venecia. En el seno del pueblo habia dos gremios enemigos que muchas veces ensangrentáran con sus luchas el agua de los canales. Pues bien; los dos gremios acudieron á una Iglesia y se postraron de rodillas en oracion, para pedir al cielo perdon de aquel fratricidio histórico. Y cuando el sacerdote alzaba á Dios y despedia sus melodiosos acentos, y las campanas sus agudos tañidos, los dos jefes de ambos gremios arrancaban sus distintivos enemigos y tendian la mano á los altares para jurarse eterna reconciliacion en el amor de la pátria y en la esperanza de su anhelada libertad.

Pero no habia sonado aún la hora del combate para Venecia. Manin pensaba que este grave suceso requeria otros dos prévios y gravísimos; una revolucion en Paris, otra en Viena. Los dos sucesos se realizaron. Las autoridades austriacas temieron tanto la resonanza del combate de Viena, que libertaron á Manin y á Tomasseo, presos desde que acaudillaron la agitacion legal. Esta no podia continuar, sin grave peligro de convertirse en guerra. Por fin, una mañana llamó á su lado á su hijo, y se despidió de su mu-

jer y de su hija. Iba al Arsenal á expulsar el Austria de Venecia. La victoria coronó sus esfuerzos. Venecia fué libre el dia veinte y dos de Marzo de 1848. Las lagunas resonaron con los gritos de júbilo por la gran ciudad lanzados á los vientos, que por tanto tiempo sólo habian comunicado á las olas mal reprimidos sollozos.

Manin proclamó la República. Esta forma de gobierno tenia innumerables ventajas en Venecia. Era la tradicion de muchos siglos. Recordaba los tiempos en que la ciudad se unia en nupcias fecundísimas con el Adriático. Habia reunido lo que tan difícilmente se reune en el mundo: las ventajas del comercio, con las inspiraciones de las artes. Su Senado se parecia por su grandeza al Senado romano, y por su brillo y su prestigio á la cámara de los Lores de Inglaterra. Su recuerdo era sagrado para todas las provincias con las cuales formó pactos, en vigor hasta el dia de su muerte. Y su poder era tan respetable por lo antiguo, que ántes de Carlo Magno formaba una federacion de setenta y dos Islas presidida por doce islas mayores, cuyas naves llevaban reunidos en sí todos los gérmenes del comercio moderno.

Situada Venecia á las puertas de los mares helénicos; viendo desde su Bucentáuro esa guirnalda de islas que se extiende hasta el Asia, y de las cuales han salido para conquistar el mundo moral y embellecerlo, legiones de filósofos, de escultores, de poetas; preciso era que al levantarse nuevamente de su lecho de ce-

nizas, intentára fundar una de esas federaciones á la antigua; donde la libertad reina en todo su vigor y la ley es la realidad del derecho, y el orgullo de los ciudadanos, dueños todos de su personalidad, los convierte en héroes; donde se podia unir á la democracia artística de Aténas, la riqueza de Cartago, y al combate de los marinos con las olas del mar, la propaganda por los tribunos de todas las ideas en la mente; continuando así las tradiciones de aquellas ciudades italianas de la Edad Media, de Florencia, que inventa la letra de cambio y escribe las páginas de la *Divina Comedia;* de Génova, que funda el Banco é inspira á Colon sus poéticos ensueños; de Aosta que engendra sus pastores al gran metafísico San Anselmo; de todas, en fin, que dejan una estela en los tiempos cuyo brillo no se extinguirá miéntras quede en la conciencia humana el culto á las ideas y el respeto á la gloria; una estela histórica, en la cual podia aprender Venecia, que la prolongó sobre el Adriático, á resucitar sus antiguas instituciones sin resucitar su aristocracia y á dar al mundo el ejemplo de las libres Ligas Griegas que nos han enseñado el arte, el pensamiento y el heroismo.

Manin, pues, proclamó la República de Venecia. Su primer pensamiento fué como su primer deseo: dejar la dictadura desde el punto en que habia triunfado la revolucion. Venecia sin austriacos, era una obra tan grande, que bastaba á satisfacer á un héroe y á inmortalizar una vida. Pero no pudo dejar el mando

de la ciudad. Los peligros que habia corrido Venecia al fundar su independencia, eran muy inferiores á los que debia correr para defenderla. Italia deseaba su libertad y odiaba al austriaco. Pero no sabia los medios políticos idóneos á conseguir este grandioso fin; no sabia con qué piedras levantar los altares de la pátria. Esa nacion que se ha distinguido entre todas por su génio político, estaba como ébria, tomada, sin duda, del vino viejo de los recuerdos en el festin de su nueva vida. Ya clamaba porque Pio IX la condujera á la guerra con el austriaco. Ya seguia al rey de Nápoles, que la abandonaba en los momentos más solemnes y más críticos. Ya se fiaba de Cárlos Alberto, más preocupado de salvar sus dominios feudales que de salvar á Italia. Hasta en la cuestion de si debia ó nó apelar al extranjero, vacilaba la península. Miéntras unos querian invocar el auxilio de Francia otros lo rechazaban. De suerte que Italia, como el antiguo capitan, habia sabido vencer; pero no habia sabido aprovecharse de la victoria.

Manin veia naturalmente, en su clara y práctica inteligencia, las necesidades supremas de la situacion; en frente de una alianza de Austria y Rusia, otra alianza de Italia y Francia. Pero Cárlos Alberto contrariaba esta idea porque temia un hecho inevitable: la reclamacion de Saboya por Francia como premio de su alianza y como compensacion al engrandecimiento de Italia. Educado en las antiguas ideas á las cuales habia servido siempre, pero adivi-

nando con la ambicion propia de su raza el partido que podia sacar de las nuevas, dudaba en los momentos en que la fé es más precisa y la energía más salvadora. Manin se dirigia á Inglaterra pidiéndole su reconocimiento y su apoyo moral en los consejos del mundo. Pero Palmerston temia favorecer la propaganda republicana con el reconocimiento de Venecia; propaganda que detestaba, primero por ser inglés, y después por no fomentar las revoluciones de Irlanda. Lo inconcebible es que Francia no oyera la invocacion de Manin. La República francesa, que debia hundir en la tumba á la República de Roma, no quiso reconocer en su cuna la República de Venecia. Lamartine, que estaba entónces á la cabeza del gobierno, y que tantas veces habia escrito tiernas y encantadoras páginas sobre Italia, ni siquiera aspiró el aroma de poesía que se levantaba de las lagunas libres y que podia llenar con azuladas nubes de incienso el templo de su gloria. Trató á Italia como él mismo nos cuenta que habia tratado á Graziella. Se contentó con arrojar palabras incoherentes sobre el ataud, como Hamlet sobre el ataud de Ofelia, muerta por su culpa. Venecia se quedó sola en el mundo. Entónces se entregó la ciudad republicana á la monarquía constitucional del Piamonte. Y Manin, que no queria ser contado entre los cortesanos, dejó el gobierno de su pátria.

Bien poco duró esta anexion. Manin habia previsto su inutilidad. Un puñado de oro que le arrojaron como á una mendiga, y mil cuatrocientos hombres de

socorro: hé ahí lo que hizo Cárlos Alberto por la más hermosa entre sus provincias, por Venecia. A los pocos dias sufrió el rey una derrota, y su primer acto fué abandonar los nuevos dominios, traidos á sus piés por la libertad, para conservar los antiguos, heredados del feudalismo. Cárlos Alberto se comprometió á abandonar la Lombardía y el Véneto, dejando ámbas regiones bajo la proteccion del Austria. Venecia no sancionó aquel acto. La República reapareció en las lagunas, y Manin reapareció en el gobierno. Ya que no podia salvar la independencia de su pátria, salvaría su honra.

La asamblea se reunió, y Manin obtuvo la presidencia del triunvirato, y la dignidad de una dictadura indispensable en medio de tan graves peligros. Manin pidió que la Asamblea le diera un voto de confianza, y lo alcanzó por aclamacion. Pidió que los habitantes lleváran á la casa de la moneda todos los objetos de plata y oro para cambiarlos por recibos que daban un grande interés, y Venecia entera le entregó sus joyas con la alegría de los héroes. Envió al gran Tomasseo á Francia para pedir su intervencion á favor de la libertad veneciana. En su febril agitacion, y en el hervidero de su pensamiento, Venecia aparecia aún como el refugio de la libertad italiana. Pensaba hacer de ella lo que España hizo de una ciudad muy semejante en la guerra de la Independencia; lo que España hizo de Cádiz; el baluarte donde la bandera italiana podria estender su sombra maternal como una gran-

de esperanza sobre toda la península. Un empréstito de diez millones de francos fué decretado por Manin para socorrer á la Italia del Norte, y cubierto por todos los habitantes, que se arrancaban el pan de la boca para entregarlo á la pátria. Ochenta y cinco mil francos gastaba por dia, y solo daban las rentas ordinarias doscientos mil por mes. Pero así que combinaba cualquier operacion económica, y recurria á cualquier empréstito, los más ricos propietarios de Venecia se volvian pobres por entregarle el oro necesario á la salvacion de la pátria. Un dia reunió la Asamblea para sancionar sus proyectos económicos. La Asamblea quiso decretar un sueldo á los individuos del gobierno, y con especialidad al Presidente de la República. "No lo aceptaré, contestó Manin, "viviré de mis recursos. Cuando me falten, recurriré "á mis amigos. Pero jamás aceptaré sueldo de mi "pais miéntras lo vea como hoy, reducido á pedir una "limosna para rescatarse de su servidumbre."

No bastaba con mostrar estas grandes cualidades de hombre honrado y de hábil economista; necesitaba tambien ser militar. Cárlos Alberto se habia arrepentido de su primera debilidad. Hungría acababa de sacudir el yugo de Austria. El Piamonte fundaba asociaciones para defender y salvar la ciudad, que era la Covadonga de donde iba á salir la nacionalidad italiana. Inglaterra proponia que Austria concediera á Venecia el título de ciudad libre, ya que no queria consentirle el título de ciudad italiana. Manin

quiso mostrar que merecia la corona con que la opinion europea lo premiaba y mandó una salida contra Mestres, llave de las lagunas, su union con la tierra firme, sitio en que estaban parapetados los austriacos.

Los austriacos fueron desalojados de Jusina, de la estacion fortificada de Mangliera y de sus parapetos de Mestre, dejando en poder de los venecianos quinientos prisioneros y seis cañones, y sembrados en diversos puntos más de doscientos cadáveres. Hugo Bassi, e jóven sacerdote amigo de Garibaldi, estaba allí. En una mano llevaba su Dios, en la otra su bandera; sobre la frente la aureola de todas las virtudes, en los lábios la elocuencia de la fé; y herido, desangrado corria junto á las legiones de la libertad para alentarlas y sostenerlas, recordándoles que los sacrificios por la pátria se elevan á la altura del martirio religioso en la justicia del Eterno. Los jóvenes se distinguieron de una manera admirable. Dos niños de diez años tocaban el tambor. Uno de ellos cae herido; su compañero lo recoge, se lo carga á la espalda y continúa batiendo su tambor á ataque. La bandera italiana cae al agua desde uno de los barquichelos, y un marinerillo se arroja al canal, la saca, la sube al mástil, gritando entre una granizada de balas: ¡Viva Italia! Lo cierto es que desde el 23 de Marzo de 1848, en que Venecia se declaró libre, hasta el 29 de Octubre del mismo año, en que obtuvo todas estas señaladas victorias, la vida de Venecia fué un sacrificio contínuo, un holocáusto á Italia. La igualdad de los sacrificios

habia despertado la idea de la igualdad humana en aquella antigua tierra de la aristocracia. Pobres gondoleros fueron enviados á la Asamblea nacional. Uno de ellos, Grossi, hablaba como un orador de los antiguos tiempos. Sus compañeros abrian pequeñas suscriciones entre sí, para darles el jornal que perdian diariamente en sus graves ocupaciones de servir á la pátria.

Reunida regularmente una nueva Asamblea, declaró que habia cesado la dictadura el 17 de Febrero de 1849. Como la Asamblea mostrara alguna lentitud en la constitucion del nuevo poder, y algunos miembros tendencias contrarias á las de Manin, el pueblo protestó en desórden. Pero Manin empuñó la espada, se situó en la escalera de los Gigantes, y dijo al pueblo que podria entrar, si queria, á violar la majestad de la asamblea, pero pasando sobre su cadáver y el cadáver de su hijo, que tenia á su lado, para enseñarle á morir por la ley, después de haberle enseñado á pelear por la libertad. Se puede sin duda decir en vista de este hombre y de esta conducta, que se realizaba el ideal de tiempos muy hundidos todavía en los limbos del porvenir; que una conciencia dirigia una sociedad, y la moral era todo su código, la justicia absoluta su centro de gravedad.

Pero llegaron los momentos terribles, los momentos en que todas las esperanzas de libertad debian desvanecerse. Eran los últimos dias de Marzo de 1849. Cárlos Alberto, caia en Novara. Rusia arrastraba á

Hungría al matadero. Francia se entregaba á la reaccion que debia concluir por fundar el imperio. Los austriacos pudieron estrechar el sitio, encerrar Venecia en los últimos círculos del infierno de su martirio. Manin preguntó á la Asamblea si era necesario, resistir á toda costa. La Asamblea respondió que sí. Manin subió á lo alto de la torre de San Márcos, y allí, en presencia de los Alpes y del mar; bajo los rayos más puros del sol que brillaba alegre, iluminando indiferente el espectáculo tristísimo de los dolores humanos; entre el bosque de columnas, cúspides, bolaretes, rotondas, que forman como una unidad aérea, cuyos esplendores se aumentan con las blanquecinas ténues nieblas de las lagunas sonrosadas por los juegos de la luz repetida en las aguas; cerca del cielo como una apelacion á la justicia de Dios desplegó el pabellon rojo que indicaba la resolucion tomada por toda una ciudad, de defenderse hasta el último trance ántes que consentir nuevamente sus ignomias. Pero no habia remedio. Abandonada del mundo, sin auxiliares, reducida á sus fuerzas, muerta de hambre, cañoneada, incendiada, con un ejército de cuarenta y cinco mil hombres sitiándola; con una escuadra valerosa y formidable que le quitaba la posibilidad de todo auxilio; agotados sus víveres; agotadas sus municiones; reducidos á escombros barrios enteros de pescadores; desarrollado el cólera con una fuerza horrible, como si hubiera querido auxiliar á los sitiadores; Manin tenia que optar entre estos dos extremos igualmente horribles:

ó entregarse al extranjero, ó borrar Venecia del mundo, arrojándola como un cadáver en las lagunas y haciendo desaparecer las maravillas de sus artes, en suicidio tan horroroso como el suicidio de Numancia.

La Asamblea, el pueblo querian morir. Manin queria conservar á Venecia para el mundo, Venecia para sus hijos, Venecia para las artes, Venecia para el porvenir, Venecia para libertad. Manin, al proceder así, era el hombre de su tiempo, y preparaba, como los profetas de Israel, los tiempos por venir. El suicidio de Bruto se concibe por el sentimiento de desesperacion que habia en el seno de las sociedades antiguas. Cuando se arrancaba una institucion, se arrancaba la raiz de la vida. Nadie creia que la justicia pudiese volver á la tierra. Una teología implacable la consideraba como refugiada eternamente en el cielo. Carecian de esta idea del progreso, tan arraigada en nuestros tiempos y por la cual se trasmiten unas generaciones á otras generaciones, como herencia sagrada, con sus esfuerzos inmanentes de toda la historia, el tesoro de sus esperanzas. Cuando la vida está encerrada en el estrecho círculo de un privilegio y de una ciudad, se concibe que la vida se acabe con el nido que la contiene, con el hogar que la encierra. Así los antiguos se suicidaban; Caton al pié de la ley, Bruto al pié de la República, Neron al pié del trono, Cleopatra al pié del lecho, Démóstenes al pié de la pátria. Indistintamente, los buenos y los malos se mataban cuando desaparecia el objeto principal de su vida. Y

lo mismo las ciudades. Sin negar el heroismo de Tiro, de Jerusalen, de Sagunto, de Cartago, de Numancia, convengamos en que ese heroismo se concibe cuando los pueblos adoran ciegamente la irrevocable fuerza del destino, cuando no poseen ni esperanza ni sentimiento de progreso, cuando se imaginan eterna la victoria de sus enemigos, cuando con los muros de la pátria se hunden los hogares, los dioses, las leyes, la libertad, el alma, la vida entera, prendida entónces como los vegetales á la tierra. Pero en el mundo moderno, en este mundo de solidaridad y de justicia, donde todos los agravios al derecho han de tener una reparacion por la fuerza inmensa de las ideas, donde el principio de las nacionalidades se halla tan arraigado como antiguamente el principio de justicia, donde sin dejar de pertenecer á la pátria, primer santo culto de nuestra vida, pertenecemos á la humanidad, en otro culto ménos entusiasta, pero más alto, no se concibe el suicidio de un pueblo, si no ha perdido la fé en el progreso humano, y con la fé en el progreso humano, todas sus esperanzas. Manin hizo bien evitando una muerte vertiginosa, trágica, horrible, entre las llamas, como proponian muchos en la embriaguez de la desesperacion, á la ciudad de las maravillas orientales, que es uno de los más bellos ornamentos de nuestro planeta.

El 27 de Agosto de 1849, después de medio año de una defensa que solo reconoce por superior en la historia moderna, nuestra defensa de Zaragoza, Ma-

nin salió de su ciudad para no volver jamás, en tanto que los austriacos se deslizaban por los canales, á cuyos bordes los palacios solitarios y cerrados, parecian tristes é inmensas tumbas. En medio de todo, ¡qué gran consuelo! Salia de una ciudad después de haberla defendido heróicamente ante los croatas. Sabia que todos sus conciudanos hubieran muerto por retenerle en su hogar. Abandonaba su pátria arrojado por el extranjero. No probó el dolor de los dolores en el destierro; no supo lo que es verse expulsado de su pais, por su pais; rechazado por los que hablan su misma lengua y tienen su misma sangre; sin atreverse desde el extranjero, ni á maldecir siquiera á los tiranos, por el temor de maldecir al mismo tiempo á la pátria; cierto de una orfanda d eterna, de ver sus huesos abandonados para siempre, como huesos facciosos en el suelo del destierro, léjos del calor que deben irradiar dentro dentro de una misma tumba, en una misma tierra, los huesos de nuestros predecesores, los huesos de nuestros padres.

Manin se embarcó en un buque francés. Sus simpatías por la nacion revolucionaria, por Francia, eran vivísimas apesar de la ingratitud con que las pagó la República de 1848. Su mujer y sus dos hijos le acompañaban. Al llegar á Marsella, murió su mujer. Esta nueva herida ahondó más el abismo de dolores que hervian tristemente en su corazon. De Marsella vino á Paris y se alojó en la triste calle de Petits Ecuries. Habiendo rechazado todos los auxilios que la munici-

palidad de Venecia quiso darle, al partir, vivió en triste pobreza, aquí, en esta gran ciudad donde la miseria es tan triste. Vivia estrechamente de dar lecciones de lengua italiana. Sus discípulos se hallaban exparcidos en diversos barrios de Paris. El no podia tomar coche, porque en ese lujo, casi necesario á su salud y á su oficio, hubiera disipado sus pobres soldadas. En los dias frios de Paris, azotado por la llúvia, resbalándose sobre el barro, este representante de la ciudad que acaso haya sido más rica en el mundo, este Dux de Venecia, era la imágen viva del destierro. Cierto dia encontró á uno de los primeros artistas franceses, y le dijo lo siguiente: "mi oficio no siempre es agradable. Hoy estaba dando lecciones de italiano á una gran señora, entró su marido y no me saludó."

Pero el dolor de los dolores era su hija, su Emilia, que se moria de ataques de nérvios en una prolongada, desesperadísima agonía. Su débil naturaleza; su grande inteligencia; el culto á la pátria que habia aprendido en el hogar; las terribles tragedias de aquel sitio de dos años; el dolor de abandonar la pátria, la muerte de su madre; las tristezas del destierro, la vista de las desgracias de aquel anciano reducido á la miseria; la nostalgia eterna de las lagunas donde pasaron algunos rayos de luz entre los dolores de su vida: todas estas tristezas le partieron el corazon hasta que murió de pena ¡pobre mártir! besando las manos de su padre y dirigiendo la última palabra suprema de la agonía á su ausente pátria. ¿Qué debia suceder? Ma-

nin recogió sus últimas fuerzas, escribió como un testamento sagrado de postreros consejos á su pátria, y murió tambien de la herida moral de su corazon, durmiéndose como un obrero que ha trabajado mucho y para el bien, con el reposo de la conciencia, con la serenidad en el rostro, con la vision de su idea en los ojos, seguro de que la muerte no llega nunca á los que han sembrado la justicia en la tierra.

Cuando en una vida tan llena y tan larga como la vida de Manin, se llega á la muerte; el héroe se trasforma en númen y ejemplo eterno de virtudes, su historia en deslumbradora apoteosis. Perteneciente á una familia de raza judía y de orígen español, tiene de los judíos Manin la fé y la inquebrantable esperanza; tiene de los españoles el amor sublime á la pátria y la constancia inquebrantable para sacrificarse por su cáusa. En la vida privada, es el modelo perfecto del padre, del esposo, del amigo. Su vida pública es la elevacion á ley general de los principios que rigen á su vida privada. Ha sido un error muy acreditado en Italia el separar la moral en pública y privada; el creer que los principios de justicia no rezan para las naciones, ni deben estimarse válidos entre los repúblicos. La perfecta diplomacia ha sido el arte perfectísimo de engañar. Maquiavelo, para salvar á Italia, proponia destronar á Dios y entronizar al diablo; prescindir de los escrúpulos como de un obstáculo á toda empresa y de la moral como de una cadena para la accion; borrar la línea entre el bien y el mal; atraer á una cáusa

los hombres por sus pasiones, y dominarlos por el fomento de sus vicios; despojarse de la conciencia como de una carga inútil, y adorar el crímen como una fuerza incontrastable; engañar al aliado, asesinar al enemigo, expulsar los partidos adversos á las colonias ó exterminarlos, si es preciso, para conseguir el único fin apetecible en política; la victoria. Estos principios nacidos de la desesperacion sublime de un génio; impregnados muchos de ellos en sangrienta ironía; escritos otros como el resultado de profundas observaciones sobre las fuerzas de la sociedad; propuestos y propinados como el médico propone y propina el veneno al enfermo; estos principios crearon una série de políticos en Italia, cuyo catecismo de libertad fué el crímen como una reaccion contra tanto y tanto monje y doctor, que habian hecho del Evangelio un catecismo de servidumbre. Pero Manin comprendió que los principios sencillos de moral son los más fecundos, así para la vida pública como para la vida privada; y que Washington fundó un pueblo inmortal, y una libertad eterna en las bases de la virtud, en el hogar, y de la justicia, en la ley. Así la dictadura de Manin fué un patriarcado; su gobierno agitadísimo como la edad de oro de la nueva Venecia. No es mucho, pues, que durante su ausencia el gondolero entonára en los canales canciones melancólicas, pidiendo á la tierra de Francia los huesos de Manin, y que una urna funeraria haya entrado desde el destierro, como jamás entraron los afortunados capitanes desde la cima de la

victoria, en la ciudad de las lagunas, seguida de todo un pueblo, acompañada de un coro infinito de bendiciones, rodeada de los representantes de todas las naciones que defienden la libertad, porque esa urna funeraria no contiene los frios despojos de la muerte, sino los eternos gérmenes de la vida; los ejemplos de la virtud y de la fé.

Paris, 31 Marzo, 1868.

SEMBLANZAS CONTEMPORANEAS.

Biografías imparciales

de la Reina Victoria, Amadeo I. Emperador de Alemania, Bismark, Prim, Antonnelli, Rivero, Napoleon III, Figueras, Víctor Manuel, Nocedal, Víctor Hugo, Espartero, Favre, Grant, Gambeta, Manin, Pí y Margall, Juarez, Garibaldi, Russell, Gorschacokff, Menabrea, Melgarejo, Mosquera, Lerdo de Tejada, Rios Rosas, Flores, Guzman Blanco, Dumas, Gonzalez Bravo, Saldaña, Moltke, Brigth, Porfirio Diaz, Gladstone, Baez, Thiers,

y otros no menos célebres.

Un tomo al mes. **PROSPECTO.** Marzo de 1871.

La obra cuya publicacion anunciamos, es de aquellas que no necesitan grandes elogios, ni un extenso análisis: basta su título para comprender su interés, así como el nombre de su autor es mas que suficiente garantía para todos.

Por la índole misma de este trabajo, adivinarán nuestros lectores que el Sr. Castelar hace justicia á todos, y que no encerrándole por lo tanto el papel de severo historiador, sino el de narrador ameno é instructivo, huirá por completo de entrar en el terreno de la política palpitante. Véase si no como se expresa en el prólogo:

"Propóngome, dice, ántes que todo ser imparcial y desprenderme de las preocupaciones de partido y de escuela, para no atender mas que á los hechos y, presentándolos en su verdad, deducir de ellos mismos su enseñanza providencial y al lector [illegible] á sus [illegible]."

CONDICIONES.

Esta obra se publica por [illegible] en [illegible] menor, que es el tamaño más cómodo para poder llevarse en el bolsillo, repartiéndose uno mensualmente. Constan de [illegible] páginas de [illegible] impresos, tipos nuevos y excelente papel. Contendrá cada tomo [illegible] otros [illegible], segun lo permita la extension de cada biografía, y un [illegible] retrato grabado en acero por uno de los primeros artistas de Nueva York. El primero y segundo tomo publicados en [illegible] y Figueras, contendrá las *semblanzas* de Favre y Bismark, Thiers y Dumas. El [illegible], correspondiente á Abril, contendrá las de [illegible].

V. HUGO Y E. FIGUERAS.

Confiando en que el buen sentido público sabrá apreciar obra tan notable como lujosa, nos arriesgamos [illegible] el buen éxito de ella.

Por esa razon ofrecemos [illegible] los siguientes precios:

50 cts.—	—60 cts.
En la Habana.	**Interior de la Isla.**

El que adelante el importe de cuatro [illegible], sólo pagará $ 5, $ 6—37 y $ 5 respectivamente. El [illegible] será de cuenta de esta Empresa. Los tomos que se anticipen [illegible] de los otros, estan encuadernados á la rústica, con una elegante cubierta de color. A los agentes se les hará una gran rebaja, segun la importancia del pedido, que debera dirigirse con sobre á La Propaganda Literaria, O'Reilly, 54.—HABANA.

BIBLIOTECA DE LA PROPAGANDA LITERARIA.

SEMBLANZAS CONTEMPORÁNEAS,

POR

CASTELAR.

TOMO IV.—ABRIL, 1871.

EULOJIO V. ZAMUDIO

V. Hugo.—C. Figueras.

HABANA.
Imprenta—La universal (Prado)—Librería.
-1871.-

$$
\begin{array}{r|l}
200 & 12 \\
\hline
12 & 16.5 \\
\hline
80 & \\
2 & \\
\hline
8 & \\
64 &
\end{array}
$$

PRO-... LOMBO
N
20
1871
PARIS

BIBLIOTECA
DE
LA PROPAGANDA LITERARIA.

Esta obra es propiedad de "*La Propaganda Literaria.*"

HABANA.—1871.

SEMBLANZAS

CONTEMPORÁNEAS,

POR

EMILIO CASTELAR.

HABANA.
Establecimiento tipográfico de La Propaganda Literaria,
CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.
1871.

BODLEIAN
28 OCT 1977
P
LIBRARY

PROPAGANDA LITERARIA

BODI
28 (
LIB

V. HUGO.

Habana **PROPAGANDA LITERARIA**. Editor

1883.

VICTOR HUGO.

VICTOR HUGO.

I.

La prohibicion del *Ruy Blas* ha vuelto á despertar en Francia el recuerdo de las grandes batallas libradas por este hombre extraordiario, como la primera representacion de *Hernani* avivó el recuerdo de sus triunfos. Su grande historia; su inagotable inspiracion; los brillantes servicios á una causa que tiene á su lado la juventud de las escuelas y los trabajadores de los más populosos é influyentes barrios de Paris; el destierro que rodea de una aureola inmortal las obras del ingénio humano; la sonoridad de esos versos que crece en medio de la prosa rastrera hoy al uso; la grandeza extraordinaria de esos personajes, cuyas palabras hieren el corazon como una descarga

eléctrica; todas estas y otras muchas cáusas hicieron este verano de la representacion del *Hernani* en el Teatro Francés casi una revolucion literaria, que conmovió á Paris, indeciso sobre el mérito de estas obras románticas, cuando caian á sus piés como las balas rojas de singular batalla, y hoy entusiasmado, al verlas resplandecer sobre su frente, después de haber sacudido el polvo y el humo de la batalla como astros que brillan con sus propios resplandores.

II.

Indudablemente el romanticismo ha sido una de las fases más bellas del espíritu moderno. Aunque en su tendencia y en su idea parecia ser una resurreccion de la Edad Media, en sus procedimientos y en sus métodos destruia las antiguas tradiciones artísticas acababa con el reinado de Aristóteles en las esferas del arte, como Bacon, Luis Vives y Decartes habian concluido con ese mismo despótico reinado en las esferas de la ciencia. Aristóteles ha tenido una suerte bien singular en la historia. Representante del positivismo antiguo, sobre todo en frente de Platon, que representaba el idealismo; comentador incansable de la naturaleza; amigo de la experiencia, observador prodigioso más que investigador audaz, pasó á ser el fundamento de las escuelas teológicas. Los árabes lo habian metamorfoseado en su espíritu soñador y mís-

tico. Se ha necesitado emplear tres siglos en combatirlo para llegar á conocerlo. En la esfera del arte, jamás Aristóteles predicó las tres rigorosas unidades propuestas por los maestros que se decian continuadores de su doctrina. Y sin embargo, los clásicos fueron respecto á su Poética, como los árabes respecto á su metafísica. Y de esta triple adoracion de árabes, teólogos y clásicos, resultó un Aristóteles engañoso, una especie de oráculo que impuso al par su dogmatismo despótico, á la razon y á la fantasía. Las escuelas filosóficas del renacimiento acabaron con el Aristóteles de las escuelas teológicas. Entónces se refugió su autoridad en el arte. Aristotélicos fueron los poetas italianos del siglo XVI; aristotélicos los primeros fundadores del teatro español; aristotélica la poesía francesa, donde más tarde llegó á tener el aristotelismo literario una Iglesia, con su Evangelio, que eran las obras de Boileau, y con su trinidad, que eran Corneille, Racine y Voltaire. El hombre que en el continente osó levantarse contra esa poética convencional y reivindicar los derechos de la naturaleza desconocidos, y defender la espontaneidad creadora de la imaginacion, merece colocarse entre los grandes innovadores, entre los tribunos de la libertad en el arte. Este hombre extraordinario fué Lope de Vega, asombro de todas las edades por la inagotable fecundidad de su génio, capaz de crear en el infinito espacio de la naturaleza moral con su idea, tantos tipos y tantas relaciones entre esos tipos como pudiera producir la

naturaleza material en su inextinguible vida. Nuestro génio, cerrado á toda comunicacion con el espíritu moderno, por la intolerancia nativa de la raza española y por la política monstruosa de la casa de Austria, se abrió un respiradero, una ogiva inmortal en el arte, y de ahí recibió alguna luz del cielo. Así, miéntras todo decaia entre nosotros: armas, política, poblacion, ciencia, industria; el arte se mantenia hasta producir en ese siglo XVII, bajo otros conceptos tan oscuro, nuestro primer pintor, Velazquez, y nuestro primer poeta, Calderon. El espíritu romántico creó ese teatro español, tan animado, tan rico, tan vario, donde hay ideas metafísicas de primera magnitud, como la *Vida es sueño*; tipos sociales perfectísimos, como *El Alcalde de Zalamea*; pasiones tan puras como la de *La esclava de su galan*; tragedias como *El Médico de su honra*; y el mundo y la sociedad, en aquellas comedias de capa y espada, las cuales con sólo reproducir la vida, la hermoseaban; formando con todas estas riquezas uno de los más luminosos cielos del arte en toda la sucesion de los tiempos.

III.

A la nacion latina, donde el romanticismo habia tenido mayor imperio, fué Víctor Hugo en su infancia, á España. El beso que recibió de nuestro cielo todavía resplandece en su titánica frente. Hay algo de la

ruda aspereza de nuestro suelo en su génio; hay mucho de la hipérbole de nuestro carácter en las grandiosas formas de sus obras. Este viaje de Víctor Hugo á España era en verdad análogo al viaje de Madame Stael á Alemania. La gran escritora traia el romanticismo idealista del Norte, y el gran escritor el romanticismo práctico del Mediodia. La una se inspiraba en los tristes y profundos sueños de Juan Pablo Richter y el otro se inspiraba en los sencillos versos del Romancero y en los pensamientos de Calderon, sembrados en la conciencia como esos regueros de materia cósmica que se llaman nebulosas, y de las cuales, acaso á cada minuto, se desprende como una gota de luz un nuevo planeta en la inmensidad de los espacios. Víctor Hugo volvió de España dispuesto á incendiar el templo de los dioses del arte antiguo. La poesía clásica reinaba especialmente desde los tiempos de Luis XIV, sin ninguna interrupcion. El pueblo en noventa y tres no sabia que existiera tal corona. Si nó tambien la hubiera derribado en su infinito afan de renovar la vida. El Versalles donde esa corona yacia guardada era la Academia. Los principios de la poética de Víctor Hugo pueden resumirse en los siguientes: 1º puesto que el espíritu de la antigua escuela es achicar el fondo, la idea, hasta encerrarla en el molde estrecho de mezquinas formas, elevemos toda idea sobre toda forma; 2º puesto que la tragedia es una mómia sin espíritu y sin sangre, sustituyamos á esta osificacion del arte el drama, que es la vida; 3º puesto

que la naturaleza ama los contrarios y pone las sombras al lado de la luz; puesto que la sociedad ama los contrastes y pone el llanto al lado de la risa, reproduzcamos en el cuadro del arte la sociedad y la naturaleza, extendamos la vida con sus contrastes en el teatro; 4º puesto que este divorcio entre el arte y la vida proviene de los preceptos de una escuela aristocrática, que ha promulgado un código de leyes falsas, sustituyamos á este código arbitrario la libertad en el arte, la propia inspiracion, la propia conciencia. Estas revoluciones son lentas. Esta reintegracion de todo sér en sí mismo, es una de las mayores dificultades vencidas que hay en la historia. El mundo antiguo ponia la moral en códigos positivos, cambiantes como el curso de los hechos y el fondo de las sociedades. Sócrates puso la base de la moral en la conciencia. La filosofía de la Edad Media ponia las leyes de la verdad en un conceptualismo ajeno á toda vida, fuera de toda realidad. Descartes puso las leyes de la verdad en la razon. Los clásicos ponian las leyes de arte en códigos académicos extraños á las inspiraciones de la fantasía. Victor Hugo puso las leyes del arte en la inspiracion, en la luz propia del espíritu. Nadie podrá negarle esta inmarcesible gloria. Y desde el punto en que vislumbró tal idea, la realizó con el carácter de un conquistador, de un guerrero. *Nuestra Señora de París* era toda su poética en accion. Nacia á la sombra de las torres góticas, misteriosa golondrina, cuyo nido debia ser perfumado por el incienso,

ántes de buscar en otro espacio mayor el aroma de la vida universal en lo infinito, cuando pudiera abrir todas sus alas y tomar todo su vuelo. Quasimodo era el arte romántico, feo, grotesco, horrible en sus formas materiales, bellísimo en lo que es la esencia de la vida, en la parte moral, que mira á la eternidad, en lo íntimo del espíritu. El capitan Febo era el arte clásico, hermoso en su forma, vacío en su esencia, sin una centella de la luz divina que se habia reconcentrado en ese foco de la vida moral llamado Quasimodo. La Esmeralda, bella en su espíritu y bella en su forma, es el arte del porvenir, el que saldrá despues de la batalla y saldrá de esas conjunciones de dos ideas, de esas síntesis de dos contrarios que produce la razon humana; que recoge la sociedad, con su grande mecánica, única y capaz de combinar á los fines supremos de la vida humana todas las fuerzas. Febo ama á Esmeralda con el amor sensual y pasajero de la antigüedad; Quasimodo con el amor profundo del espíritu para quien el sepulcro es la cuna de la verdadera vida. Claudio Frollo es el espíritu de la Edad Media que quiere abrazar la nueva vida, el nuevo arte, pero que detenido en las sombras por sus creencias y por sus votos, muere atormentado por la sed inextinguible del placer, por la desesperacion del deseo no satisfecho, por la rábia de la naturaleza desgarrada con el aguijon de una voluptuosidad infinita, que se abrasa en su propio fuego. El arte nuevo tenia una poética en accion.

IV.

Era necesario llevar la nueva escuela á su campo de batalla, al teatro. Para esto se escribió el *Hernani.* Desde luego el drama se halla inspirado en el espíritu del teatro español. Es una estátua sacada de la misma cantera donde se ha tallado *García del Castañar* y *El Rico-home de Alcalá.* Ruy Gomez de Silva es valiente, generoso, caballero, pero implacable como el Padre del Cid. Doña Sol es la hermosa castellana, cuya luz, cuyo ídolo, cuya pasion única y exclusiva casi es el amor, en el cual concentra toda su vida. Los dos personajes más débiles del drama en mi sentir son Cárlos V y Hernani. El primero, al toque de la corona imperial sobre la frente, cambia de carácter, y el segundo cambia tambien al toque del toison de oro en el cuello. Hay indudablemente en esto una grande falta de lógica poética, de esa lógica que es la más severa y la más inflexible, porque se desarrolla por las regiones de lo absoluto. En el arte, en las eminencias del espíritu, el aire es más puro como en las montañas en las eminencias del planeta. Un cambio interior hubiera sido más lógico que ese brusco cambio debido á accidentes exteriores. En realidad, Víctor Hugo, que es el primer poeta de su tiempo, no es el primer poeta dramático. Tal vez sú génio es demasiado grande, tal vez sus alas son demasiado extensas para recogerse y caber en la jáula de un teatro. Pero aún reconocien-

do esta inferioridad de Víctor Hugo, como poeta dramático no puede negarse la inmortalidad á su obra. ¡Qué elevacion de sentimientos! ¡Qué profundidad de ideas! ¡Qué acentos de pasion! ¡Qué maravillosísima sonoridad en aquellos versos que parecen hechos en una lengua tan flexible, tan sonora y tan robusta como el español, como la lengua inmortal del Romancero! Así, cuando apareció el *Hernani*, apareció como un cometa, anunciando la guerra en los cielos de la poesía. La pléyade de jóvenes románticos lo aplaudió como el punto central donde, al fin, debian concentrarse todas sus fuerzas. Los clásicos se sublevaron contra aquella hipérbole continuada, contra aquel menosprecio de todas las convenciones académicas, contra aquellos personajes, á cuya grandeza llamaban extravagancia, exajeracion, hinchazones de una fantasía extraviada y enferma. Cada representacion era una batalla. Los silbidos obligaban muchas veces á interrumpir el diálogo. Mme. Mars no se atrevia á decir los versos tales como los habia escrito el poeta, y temblaba delante de aquella audacia gigantesca contra todas las leyes del gusto. Lemaitre mismo no podia comprender cómo se daba en el despacho dinero y en el teatro silbidos; cómo se sostenia con tributos de entradas, lo mismo que se condenaba con protestas de tumultos. Víctor Hugo se encontraba sereno en medio de aquella tempestad, con el pensamiento puesto en la trascendencia de la reforma y los ojos puestos en la justicia del porvenir. ¡Oh! si hubiera podido asis-

tir, como yo, á la nueva representacion de su drama; si hubiera visto aquel público profundamente conmovido, consagrándole algo más que aplausos, consagrándole lágrimas; si hubiera escuchado los latidos de aquellos corazones que se desahogaban en una erupcion inextinguible de entusiasmo, hubiera visto que después de treinta y cinco años de lucha, el cometa sangriento se habia convertido en un planeta donde habitan las almas de las nuevas generaciones. Y él, desde la isla donde tiene por compañeros el oceano insondable y su conciencia, al oir el eco del aplauso que le llevaban las brisas, habrá visto pasar la imágen de la inmortalidad, tan cara al génio, derramando una gota de miel en la amarga copa de su destierro.

V.

Pero hablando de las obras, me habia insensiblemente olvidado de hablar del poeta. Gústame usar de este desórden, que si es contrario al arte, en cambio quita al que escribe como al que lee un poco de la fatiga compañera del trabajo. El rostro de Víctor Hugo es como su espíritu, iluminado; la cabeza grande y esférica; la frente ancha como un cielo destinado á recibir muchos astros; los ojos pequeños, pero profundos como los abismos de su pensamiento; la nariz aguileña; la barba blanquea con la nieve de los años; y toda su figura acusa las cualidades culminan-

tes de su espíritu; la fuerza atlética, la energía indomable, esa complexion de combatiente que le ha dado una serenidad olímpica en medio de las más rudas campañas de su vida, cuando al presentar una obra maestra recibia del público, en vez del laurel codiciado, los silbidos que hubieran partido un alma ménos fuerte que aquella alma vaciada en el bronce de que han sido siempre hechos los héroes de la inteligencia. Víctor Hugo no tiene la gracia, la armonía, la proporcion de los poetas que han estudiado la antiguedad, y que han querido reproducir en la palabra los mármoles de Paros. Se vé al contrario que sus modelos están en las literaturas monstruosas, pero sublimes del Oriente; y que su lectura favorita han sido siempre los profetas, y especialmente Isaias. De aquí, esas sentencias breves, esas súbitas iluminaciones de un estilo que relampaguea, esas antítesis inesperadas, esos contrastes bruscos, esas melodías del idilio, dulces como la miel junto á la sangre que destila muchas veces el corte de su estilo tujante como un hacha. Por estas razones, la escuela clásica germánica nunca gustó de Víctor Hugo, á pesar de que por procedimientos diversos, y con ideales opuestos, emprendió una revolucion igual en el fondo á la revolucion de la escuela romántica en Francia. Goethe no podia leer *Nuestra Señora de Paris* porque la encontraba hueca, desproporcionada, hiperbólica, falsa, fuera de las eternas leyes de la realidad, contrarias á las severas armonías del arte. Y Enrique Heine, que tanto ha admirado la

literatura francesa, decia que á Víctor Hugo le faltaban las tres cualidades esenciales del génio francés: la claridad, la gracia y el gusto. No contendré sobre estos puntos. Pero el génio es vario como la naturaleza. No busqueis la serenidad de Rafael en las obras titánicas de Miguel Angel. No busqueis en el libro de Job la tierna elegia del Edipo coloneo de Sófocles. Pero no negueis el mérito al génio de un grande hombre, porque carezca de aquellas cualidades, á cuyas expensas tiene otras más sublimes. No se puede tener grandes cualidades si no van acompañadas de grandes defectos, porque en el alma se necesita tambien, para que resalte la luz el toque de las sombras. Cread un espíritu perfecto, donde entren todas las cualidades imaginables, en una completa armonía, en un verdadero equilibrio; y lo que en realidad tendreis, será ó una entelequía, un ente de razon sin ninguna realidad, ó una notable medianía sin ninguno de esos toques fuertes, sin ninguna de esas cualidades extraordinarias que son la característica del génio. Víctor Hugo es grande, sublime, majestuoso, fuerte, sereno como ese Moisés de Miguel Angel que parece asentado sobre la cúspide misma de la tierra, descansando de un trabajo atlético, pero dispuesto á continuarlo, como el Creador que ha vertido en una palabra el áureo velo de la primera luz sobre el caos.

Describamos en cuatro palabras su vida. Hijo de un general del imperio, el bonapartismo fué durante algun tiempo en Víctor Hugo más que una creencia

política, una creencia poética. El poeta de la fuerza debia adorar al génio de la fuerza; el atleta de la poesía al atleta de la guerra. Era para entusiasmar á un génio en delirio la tempestad de fuego y sangre que ya se agarraba á las cimas de los Alpes, ya á las cimas de las Pirámides, y que recorria desde el Kremlim á Cádiz, sembrando el aliento de la muerte para aquella generacion en cien combates, pero el aliento de la vida para las generaciones venideras en los principios de la revolucion.

Víctor Hugo además fué algun tiempo legitimista por la educacion que habia recibido de su tierna madre, la cual pertenecia á las familias francesas fieles á las antiguas tradiciones. Echase de ver tal estado de su ánimo en la oda dedicada á la consagracion de Cárlos X, aquel último espectáculo de la antigua monarquía en el borde ya de su ocaso. Cuando murió su madre, se perdió su génio en la sombra. El dolor le hizo tallarse en una roca oscura, una caverna profunda, donde nuevo cíclope, golpeaba con su martillo una estátua deforme, la cual arrojaba de su pecho, envueltas en su aliento, nubes de dolor procesiones de sombras. Era el *Han de Islandia*, la primera aparicion de la Estética de la feo, como llamaron muchos escritores á los cánones del romanticismo. Aquella súbita aparicion, en medio de las correctas figuras de David, del acompasado estilo de Chateaubriand, y de las obras de Madame Stael, géneros diversos de arte á la sazon muy en boga, debia

producir el mismo efecto que la aparicion de los bárbaros, los hijos de las selvas, los hijos de la naturaleza, en las últimas cenas del Imperio. Venían desnudos cuando las modas orientales habian vestido á los señores de la tierra con pesadas capas de seda y más pesadas tiaras de oro; venían gritando, con sus pulmones hirvientes como fraguas, cuando el humo de la orgía quitaba la voz en la garganta á los hijos de Roma hasta para entonar el cántico de sus placeres.

A la edad de veinte años se casó con una jóven de quince que llevó el amor á su corazon, la paz y la alegría á su hogar; rayo de luz en las tempestades de su alma, reflejo del cielo sobre los dolores de su vida, ángel que muchas veces le sirvió de guia en las horas de amargura por los desiertos del mundo, mujer que pidió á la virtud el secreto de la felicidad, madre que guardó para sí el acíbar de la existencia y entre sus hijos repartió la miel.

Habitaba en la calle de Notre Dame des Champs, entre espesos árboles, una casita artísticamente amueblada, donde hermosos niños jugaban, donde su mujer repartía palabras llenas de ternura y sonrisas llenas de encanto, entre innumerables amigos, donde los pájaros cantaban en el jardin y los poetas en los salones. Aquella era una legion sagrada. Los hombres que luego han dirigido intelectualmente á Francia, se juramentaban para derribar los ídolos y los poderes del clasicismo. Después, muchos de los amigos que á la sazon formaban aquellas legiones de innovadores

le han abandonado; pero él solo despedia honores miéntras los que le han desterrado despiden honores, cruces, oro, plazas en el senado y riquísimas pensiones.

VI.

En 1830 se estableció Víctor Hugo en la Place Royale, donde reinó por espacio de veinte y dos años. Su casa era como el tabernáculo de su génio. El sentimiento del color, el culto del arte, el gusto por los contrastes se manifestaba en aquel salon cubierto de tapices, lleno de armas, de estátuas, de jarrones, de cuadros que daban un verdadero encanto á los ojos y que elevaban como un templo el espíritu. Allí se reunia el cenáculo romántico. Los más célebres poetas líricos, novelistas, dramaturgos, críticos, iban á recibir la palabra de órden, la señal del combate, el consejo para una obra, el aplauso para una victoria. Allí repetían las palabras de sus enemigos, proponiéndose perseguirlos, aniquilarlos á fuerza de talento, de gracia, de ingenio, usando toda suerte de armas, infatigables para la lucha, y decididos á enarbolar á toda costa la bandera de la victoria.

Víctor Hugo lo intentaba todo, porque lo podia todo. Como historiador, trazaba la admirable figura de Mirabeau, génio con el cual tiene algun parentesco su ambicion por las frases tempestuosas, por las formas ciclópeas. Como crítico, escribia el Proemio de Cronwell, que era el Evangelio poético de la Nueva

Escuela, evangelio dictado con la inspiracion de un profeta, sostenido con el ímpetu de un guerrero. Como novelista, trazaba aquellas admirables páginas de *Nuestra Señora de Paris*, donde se vé morir la Edad Media y alborear el Renacimiento, donde la novela toma en algunos momentos la grandiosidad de la epopeya, donde el génio de Víctor Hugo, al ver la imprenta saliendo de la tierra armada contra las catedrales góticas que se inclinan como los cedros combatidos por el huracan, empieza ya á desplegar sus alas para huir del nido de sus antiguas creencias, y posarse en el árido y volcánico peñasco azotado por el rayo de la revolucion, donde se halla escrito el decálogo de los derechos del hombre.

Es propio de toda reforma excitar grandes ódios, y es patrimonio de todo reformista tener grandes enemigos. Los adoradores de la antigua escuela no podian tolerar las peligrosas novedades del poeta. No les parecia francesa su lengua, literario su estilo, dramático su lirismo, ni tipos teatrales sus personajes; encontraban repugnante la rehabilitacion de Tisbe por la piedad filial, de Lucrecia Borgia por la santa virtud de la maternidad, de Marion Delorme por el amor. Aquella crudeza de lenguaje, aquella naturalidad de los tipos, aquella vuelta al mundo y á la naturaleza después de los personajes disecados y del lenguaje convencional de la escuela clásica, parecia una série de atrevimientos, de bufonadas, de heregías literarias que sublevaban todas las preocupaciones y herían to-

dos los sentimientos; en una palabra, esa segunda naturaleza que nos crean las costumbres.

Pero el gran poeta, sin cuidarse de estas flechas que resbalaban en su pecho de bronce, seguia dando dias de gloria á su pátria y obras inmortales á las letras. En sus mejores libros, que son sus colecciones de poesías líricas, no se puede admirar nunca bastante la flecsibilidad de su génio! Al lado de la epopeya, el idilio; junto al combate de los héroes, el juego de los niños; después de los latidos de un corazon que parte de dolor, las espirales de un astro que se baña en la eterna luz; junto á la idea metafísica impalpable que se desprende de un volcan de pasiones, la mariposa primaveral que revolotea entre los pétalos y el aroma de las flores. El génio de Víctor Hugo se parece en lo fecundo y en lo vario al cuadro animado de Nápoles, donde la viña cuelga sus guirnaldas del álamo; y el limonero contrasta con su verdor de esmeralda el verdor oscuro del olivo; y el cielo del Oriente, que brilla como la mirada serena de los ángeles, cubre los recuerdos monstruosos de los antiguos tiranos; y una ciudad elocuente, alegre, cantora, ébria, placentera, se alza al lado de ciudades, cadáveres envueltas en las cenizas petrificadas como en eternos sudarios; y sobre el mar azul se destacan como nereidas coronados de flores y de perlas, islas tan bellas como las antiguas estátuas y tan alegres como las antiguas diosas, miéntras, en medio de tanta alegría, el Vesubio levanta su cono de lavas semejante á un fúnebre catafalco, y despide

siempre de su seno la siniestra nota de eternas tempestades.

Conforme andaba el tiempo, iba verificándose una transformacion en el espíritu del poeta. Los sueños de la Edad Media huian de su alma dejando paso á las ideas de nuestro siglo. El númen oratorio, no ménos inquieto y no ménos admirable que el númen poético, hervía en su conciencia y pugnaba por salir á los lábios en borbotones de grandes ideas encerradas en magníficas palabras. La antigua monarquía, que después de haber sido decapitada en el cadalso de la gran plaza de la Revolucion, después de haber yacido largo tiempo como un tronco inmóvil, habia buscado tantas veces su cabeza para renacer de nuevo, encontrándola ya en golpes de estado como el diez y ocho de brumario, ya en intervenciones extranjeras como la de 1815, ya en las barricadas de 1830; la antigua monarquía cayó nuevamente, se desvaneció como una sombra en la persona de Luis Felipe. El pueblo recobró su soberanía con la república y el sufragio universal. Los hombres más eminentes de Francia fueron enviados á las Asambleas. Era imposible que el pueblo olvidára á su gran poeta. Víctor Hugo entró en la Asamblea. Desde entónces consagró la ardiente, la profética palabra á la cáusa del pueblo. Tienen los discursos del grande escritor las mismas cualidades que sus odas: fuerza, entusiasmo, antítesis maravillosas, tonante inspiracion. Pero muchos de los que le han oido en aquel tiempo, me han dicho que en su

boca perdian gran parte de la energía y que, ni por la manera de pronunciarlos, ni por la entonacion, merece Hugo ser considerado como un orador. No puedo ser juez, porque no lo he oido. De cualquier manera, sus discursos, mejor ó peor pronunciados, quedarán en la literatura francesa como grandes modelos de verdadera elocuencia.

El golpe de estado le arrojó de Francia. Con la libertad perdió la pátria. Desde entónces anduvo errante por extranjeras tierras, envuelto en las sombras tristes del destierro; nefastas siempre, más nefastas todavía para aquellos que habiendo gozado de una grande popularidad, y habiendo tenido una magnífica aureola en su pátria, se ven rodeados del silencio de los sepulcros. Entónces el génio de Juvenal se despertó en Víctor Hugo. Su sátira fué de una amargura infinita. La grandilocuencia de los profetas se unió á la gracia que Heine echaba de ménos en Hugo para producir unas sátiras ya en prosa, ya en verso, que pueden ponerse al lado de los tercetos del Dante, al lado de las sombrías figuras de condenados que dejó Miguel Angel entonando un eterno *Dies iræ* en los muros de la Capilla Sixtina.

Después se albergó definitivamente en una de las islas del Oceano, bajo el ala de la libertad inglesa, en frente de esa amada Francia, cuyas costas descubre desde la terraza sembrada de flores que las olas del mar circundan con sus blancas espumas y saludan con su incesante ritmo.

Allí ha trazado con mano segura, con inspiracion inagotable, esos poemas como *Los Miserables*, como *La leyenda de los siglos*, más ó ménos débiles en algunas de sus partes; pero grandiosos, colosales en su conjunto, donde las más bellas figuras de lo pasado y las más bellas ideas de lo porvenir pasan en visiones proféticas, dibujadas con la seguridad del génio, entonadas con ese cálido colorido que es el secreto de los artistas, y acompañadas por la música de unos versos que se grabarán eternamente en la memoria humana como llenos del aroma de la inmortalidad reservado por Dios para la verdadera poesía.

Nuestro tiempo es un tiempo de prosa. La necesidad apremiante de crearnos una sociedad mejor que la recibida de nuestros padres y de someter completamente la naturaleza á nuestro dominio, han hecho que la actividad toda del siglo se refugie en la política y en la industria. Estos hombres, que como Víctor Hugo, levantan el alma á los horizontes de lo bello, serán en lo porvenir tan admirables como son hoy las esfinges encontradas en el desierto, pues nos enseñan que en medio de tantas ruinas, en medio de tantos contratiempos como nos rodean, se conserva siempre como una luz inextinguible, la inspiracion artística en la conciencia humana.

VII.

No querémos terminar la biografía del gran poeta francés, sin dar una muestra de ese númen siempre inspirado, y ora dulce, tierno y suave como las áuras que besan los valles de Provenza, en cuya privilegiada tierra vió Hugo la luz del dia; ora enérgico, grandilocuente, arrebatador como las armonías que forman las olas del Oceano al estrellarse en los peñascos de Jersey; ora profético, patriótico, sublime como la voz del génio, como el eco de las santas ideas de este siglo que bullen en la mente del poeta, esparramándose en sonoros versos que son un raudal de fé, de caridad y de amor.—*La prière pour tous*, "la oracion por todos," es quizás una de las composiciones de Víctor Hugo en que se hallan reunidas todas las magníficas cualidades que en él descuellan, y en donde se admira al poeta cristiano, al hombre amante del pueblo, al padre cariñoso, al apóstol de la humanidad que pide á su hija que ore por todos los desgraciados!—El insigne y clásico poeta venezolano Andrés Bello, vertió al castellano esa inspirada poesía, y en esa traduccion nada pierde el original en brillantez de imágenes y en armonía rítmica, pudiendo decirse de ese acabado trabajo, lo que decia Lamartine á un poeta inglés que habia traducido una de sus *Contemplaciones*: "Me admiro en tus versos."

Hé aquí la hermosa version española á que nos referimos:

LA ORACION POR TÓDOS.

I.

Vé á rezar, hija mia. Ya es la hora
de la conciencia y del pensar profundo:
cesó el trabajo afanador, y al mundo
la sombra vá á colgar su pabellon.
Sacude el polvo el árbol del camino,
al soplo de la noche; y en el suelto
manto de la sutil neblina envuelto,
se vé temblar el viejo torreon.

Mira! su ruedo de cambiante nácar
el occidente más y más angosta;
y enciende sobre el cerro de la costa
el astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado
brilla el albergue rústico, y la tarda
vuelta del labrador, la esposa aguarda
con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
uno tras otro fúlgido diamante;
y ya apénas de un carro vacilante
se oye á distancia el desigual rumor.

Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
y la iglesia, y la choza, y la alquería;
y á los destellos últimos del dia
se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime; el viento
en la arboleda, el pájaro en el nido,
y la oveja en su trémulo balido,
y el arroyuelo en su correr fugaz.
El dia es para el mal y los afanes:
hé aquí la noche plácida y serena!
El hombre tras la cuita y la faena
quiere descanso y oracion y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
conversan con espíritus alados;
y los ojos al cielo levantados,
invocan de rodillas al Señor.
Las manos juntas, y los piés desnudos;
fé en el pecho, alegría en el semblante,
con una misma voz, á un mismo instante,
al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa
sobre su cama volarán ensueños,
ensueños de oro, diáfanos, risueños,
visiones que imitar no osó el pincel.

Y ya sobre la tersa frente posan,
ya beben el aliento á las bermejas
bocas, como lo chupan las abejas
á la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala
esconde su cabeza la avecilla,
tal la niñez en su oracion sencilla
adormece su mente virginal.
¡Oh dulce devocion, que reza y rie!
¡De natural piedad, primer aviso!
¡Fragancia de la flor del paraiso!
¡Preludio del concierto celestial!

II

Vé á rezar, hija mia. Y ante todo
ruega á Dios por tu madre; por aquella
que te dió el sér, y la mitad más bella
de su existencia ha vinculado en él.
Que en su seno hospedó tu jóven alma,
de una llama celeste desprendida;
y haciendo dos porciones de la vida,
tomó el acíbar y te dió la miel.

Ruega después por mí. Más que tu madre
lo necesito yo.... Sencilla, buena,
modesta como tú, sufre la pena,
y devora en silencio su dolor.

A muchos compasion, á nadie envidia,
la ví tener en mi fortuna escasa:
como sobre el cristal la sombra, pasa
sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos.... ni lo sean
á tí jamás!.... los frívolos azares
de la vana fortuna, los pesares
ceñudos que anticipa la vejez;
De oculto oprobio el torcedor, la espina
que punza á la conciencia delincuente,
la honda fiebre del alma, que la frente
tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,
conozco al mundo, y sé su alevosía;
y tal vez de mi boca oirás un dia
lo que valen las dichas que nos dá.
Y sabrás lo que guarda á los que rifan
riquezas y poder, la urna aleatoria,
y que tal vez la senda que á la gloria
guiar parece, á la miseria vá.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
y cada instante alguna culpa nueva
arrastra en la corriente, que la lleva
con rápido descenso al atahud.

La tentacion seduce; el juicio engaña;
en los zarzales del camino deja
alguna cosa cada cual: la oveja
su blanca lana, el hombre su virtud.

Vé, hija mia, á rezar por mí, y al cielo
pocas palabras dirigir te baste;
"Piedad, Señor, al hombre que criaste;
eres Grandeza; eres Bondad; perdon!"
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
sube el humo á la cúpula eminente,
sube del pecho cándido, inocente,
al trono del Eterno la oracion.

Todo tiende á su fin: á la luz pura
del sol la planta; el cervatillo atado,
á la libre montaña; el desterrado,
al caro suelo que le vió nacer.
Y la abejilla en el frondoso valle,
de los nuevos tomillos al aroma;
y la oracion en alas de paloma
á la morada del Supremo Sér.

Cuando por mí se eleva á Dios tu ruego,
soy como el fatigado peregrino,
que su carga á la orilla del camino
deposita y se sienta á respirar.

Porque de tu plegaria el dulce canto
alivia el peso á mi existencia amarga
y quita de mis hombros esta carga,
que me agobia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea
en esta noche de pavor, el vuelo
de un ángel compasivo, que del cielo
traiga á mis ojos la perdida luz.
Y pura finalmente, como el mármol
que se lava en el templo cada dia,
arda en sagrado fuego el alma mia
como arde el incensario ante la Cruz.

III.

Ruega, hija, por tus hermanos,
los que contigo crecieron
y un mismo seno exprimieron,
y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen solo
el favor del cielo implores:
por justos y pecadores
Cristo en la Cruz espiró.

Ruega por el orgulloso
que ufano se pavonea,
y en su dorada librea
funda insensata altivez,

Y por el mendigo humilde
que sufre el ceño mezquino
de los que beben el vino
porque le dejen la hez.

Por el que de torpes vicios
sumido en profundo cieno,
hace ahullar el canto obsceno
de nocturno bacanal.
Y por la velada vírgen
que en su solitário lecho,
con la mano hiriendo el pecho,
reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,
en cuyo pecho no vibra
una simpática fibra
al pesar y á la afliccion.
Que no dá sustento al hambre,
ni á la desnudez vestido,
ni dá la mano al caido,
ni dá á la injuria perdon.

Por el que en mirar se goza
su puñal de sangre rojo,
buscando el rico despojo,
ó la venganza cruel.

Y por el que en vil libelo
destroza una fama pura,
y en la aleve mordedura
escupe asquerosa hiel.

Por el que surca animoso
la mar, de peligros llena;
por el que arrastra cadena,
y por su duro señor.
Por la razon, que leyendo
en el gran libro, vigila;
por la razon, que vacila;
por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
los que penan y trabajan;
y de todos los que viajan
por esta vida mortal.
Acuérdate aún del malvado
que á Dios blasfemando irrita.
La oracion es infinita:
nada agota su caudal.

IV.

Hija! reza tambien por los que cubre
la soporosa piedra de la tumba,
profunda sima á donde se derrumba
la turba de los hombres mil á mil:

Abismo en que se mezcla polvo á polvo,
y pueblo á pueblo; cual se vé á la hoja
de que al añoso bosque abril despoja
mezclar la suya en otro y otro abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
donde segada en flor yace mi Lola,
coronada de angélica aureola;
do helado duerme cuanto fué mortal;
Donde cautivas almas piden preces
que las restáuren á su ser primero,
y purguen las reliquias del grosero
vaso, que las contuvo, terrenal.

Hija! cuando tú duermes, te sonries,
y cien apariciones peregrinas,
sacuden retozando tus cortinas;
travieso enjambre, alegre, volador.
Y otra vez á la luz abres los ojos,
al mismo tiempo que la aurora hermosa
abre tambien sus párpados de rosa,
y dá á la tierra el deseado albor.

Pero esas pobres almas!.... si supieras
qué sueño duermen!.... su almohada es fria:
duro su lecho; angélica armonía
no regocija nunca su prision.

No es reposo el sopor que las abruma;
para su noche no hay albor temprano;
y la conciencia, velador gusano,
les roe inexorable el corazon.

Una plegaria, un solo acento tuyo,
hará que gozen pasajero alivio,
y que de luz celeste un rayo tibio
logre á su oscura estancia penetrar;
Que el atormentador remordimiento
una tregua á sus víctimas conceda,
y del aire, y el agua, y la arboleda,
oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo con pavor secreto
la sombra ves que de los cielos baja,
la nieve que las cumbres amortaja,
y del ocaso el tinte carmesí:
¿En las quejas del aura y de la fuente
no te parece que una voz retiña,
una doliente voz, que dice: "niña,
cuando tú reces, ¿rezarás por mí?"

Es la voz de las almas. A los muertos
que oraciones alcanzan, no escarnece
el rebelado arcángel, y florece
sobre su tumba perenal tapiz.

Mas ay! A los que yacen olvidados
cubre perpétuo horror, hierbas extrañas
ciegan su sepultura; á sus entrañas
árbol funesto enreda la raiz.

Y yo tambien (no dista mucho el dia)
huésped seré de la morada oscura,
y el ruego invocaré de un alma pura
que á mi largo penar consuelo dé.
Y dulce entónces me será que vengas
y para mí la eterna paz implores,
y en la desnuda losa esparzas flores,
simple tributo de amorosa fé.

¿Perdonarás á mi enemiga estrella,
si disipadas fueron una á una
las que mecieron tu mullida cuna,
esperanzas de alegre porvenir?
Sí, le perdonarás; y mi memoria
te arrancará una lágrima, un suspiro
que llegue hasta mi lógrego retiro
y haga mi helado polvo rebullir.

Paris, 15 de Enero de 1868.

E. FIGUERAS.

ESTANISLAO FIGUERAS.

El arte por excelencia es el arte de la palabra. Prescindiendo de sus cualidades intrínsecas, del pensamiento, de la lógica, la palabra oral tiene como el verso ritmo, como la música armonía, como la pintura dibujo y colores, como la estatuaria relieve, como el arte monumental su arquitectónica, como la guerra táctica, como la esgrima supremas leyes de habilidad y destreza, como la moral reglas supremas de justicia.

La palabra es la más rica y más variada manifestacion del espíritu humano y tiene muchos grados, muchos matices. Entre los primeros artífices de la palabra, entre los grandes oradores con que hoy se honran nuestra pátria y su tribuna, cuentan todos á D. Esta-

nislao Figueras, ilustracion del pais que le ha visto nacer, gloria del partido republicano, que le debe la direccion de su campaña en las Constituyentes, sin ejemplo por lo prudente y lo enérgica, en nuestros fastos parlamentarios.

Antes de analizar el carácter distintivo de los discursos de Figueras y de su personalidad política, vamos á dar algunos datos biográficos que corroboran la fama de que goza el orador republicano como modelo de consecuencia y dignidad en su gloriosa carrera parlamentaria.

Nació Figueras en la bella y culta Barcelona el 13 de Noviembre de 1819.

Después de haber cursado humanidades en la Escuela Pía de aquella ciudad, donde estuvo de interno cinco años, pasó á estudiar filosofía á Cervera y luego á Tarragona.

Estudió leyes en las universidades de Barcelona y Valencia, terminando su carrera el mes de Junio de 1842.

Siendo aún estudiante, figuró ya en política, mostrando un ardor extraordinario en la defensa de los principios liberales, y alistándose desde 1837 en las filas del partido progresista, que representaba á la sazon las aspiraciones más radicales de la juventud.

Pero su génio activo y su ardiente amor por todo lo grande y por todo lo justo, le separaron en breve de una escuela política que no satisfacia ya las naturales exigencias de una época revolucionaria. En 1840

se afilió en el partido republicano, habiendo sido de los primeros que abrazaron esta idea en España.

Despues de los sucesos de 1842, que produjeron el bombardeo de Barcelona, disintió del partido republicano en la apreciacion de aquel acontecimiento.

Entró por entónces á formar parte de la redaccion del *Constitucional*, con Mata y Ribot.

Cuando tuvo lugar la famosa coalicion que arrojó del poder al general Espartero, en nombre de los principios liberales, se opuso con toda su energía á aquel alzamiento, cuyas funestas consecuencias predijo.

Después de la caida del regente y del advenimiento al poder del partido moderado, retiróse al pueblo donde vivia su madre (Tivisa, provincia de Tarragona), continuando sus relaciones con los republicanos, que le nombraron su comisionado en Madrid en 1848 para organizar el movimienro intentado por el partido liberal en aquella época.

Habiendo fracasado la revolucion por dos veces intentada y las dos veces vencida, pasó Figueras á Tarragona, donde se estableció de abogado en 1849.

Fué elegido la primera vez diputado en 1851, por el primer distrito de Barcelona. En aquellas Córtes formó un núcleo republicano con Orense, Lozano y Jaen.

En 1854 fué individuo de la Junta revolucionaria de Tarragona, y diputado á Córtes por las mismas provincias. Fué uno de los veintiuno que en 30 de Noviembre de 1854 votaron contra la monarquía.

Desde entónces reside en Madrid, ejerciendo la profesion de abogado, en la cual ha adquirido fama envidiable, siendo uno de los jurisconsultos más bien reputados de Madrid.

En 1862 fué elegido diputado por el primer distrito de Barcelona, y combatió con su amigo y entónces correligionario D. Nicolás María Rivero, las administraciones de la union liberal, que entónces imperaron.

Decidido el retraimiento de los dos partidos progresista y democrático, y habiendo fracasado el movimiento de 3 de Enero de 1866, Figueras se apartó un tanto de la política activa y militante, aunque sostuvo siempre relaciones con los hombres más importantes de su partido, y no dejó de trabajar, aunque indirectamente y con sus consejos, por el triunfo de la segunda tentativa revolucionaria, verificada en Junio de aquel año.

Después de aquella malograda revolucion, cuyas consecuencias fueron tan funestas para el partido liberal, se lanzó resueltamente en los trabajos de conspiracion, que en combinacion con los principales hombres del destierro, seguian algunos en Madrid.

A consecuencia de estos trabajos, fué preso el 12 de Mayo de 1867, de órden de Narvaez, y encarcelado en el Saladero, al mismo tiempo que su amigo don Nicolás Rivero. Allí permaneció dos dias, al cabo de los cuales, un comisario de policía y dos guardias civiles le condujeron á Pamplona. Al poco tiempo, el gobierno le mandó fijar su residencia en Aosis. Se le

levantó el destierro en Octubre de aquel año, cuando vencida la revolucion en Aragon y Cataluña, el gobierno no tenia nada que temer.

En los últimos acontecimientos fué nombrado individuo de la Junta revolucionaria, alcalde popular del distrito del Congreso, y en las elecciones municipales concejal del distrito del Hospital.

En las elecciones para las Córtes Constituyentes presentáronle candidato en Barcelona, Tortosa, Vich y Madrid, siendo elegido en los dos primeros puntos.

Optó por la circunscripcion de Tortosa.

Conocida la biografía de D. Estanislao Figueras, vamos á analizar las cualidades intelectuales que tanto le enaltecen.

Uno de los grandes distintivos de nuestro amigo, acaso el primero, es su carácter moral. Nadie puede dudar, ni sus mayores enemigos, de la rectitud de sus móviles, de la nobleza de su alma, de la integridad de su vida.

Bajo apariencias de esa dulzura y de esa docilidad, propias de los buenos caractéres, oculta una indómita energía, que le ha auxiliado para sostenerse erguido, con la frente muy alta y muy serena, aquí, en este pais, donde hemos visto tanta debilidad, tanta inconsecuencia, que solo se explican por cualidades opuestas á las que á nuestro amigo enaltecen; por falta de energía en el carácter, ó por falta de fé en las ideas.

Nada hay tan difícil como desarraigar las preocupaciones. Se parecen á las costumbres, que siempre

quedan en el carácter de los pueblos, aún después de muertas las instituciones á cuyo influjo nacieron y se arraigaron fuertemente. Y es una preocupacion general creer que en política son necesarias la malignidad en el carácter y las artes falaces en la vida. Comprenderíase eso allá en los palacios de los reyes, donde toda intriga tiene su habitacion natural y toda inmoralidad política su natural asiento. Pero los procedimientos de la libertad, la política de los pueblos, los caractéres de los tribunos deben ser francos, leales, honrados, en una palabra, altamente morales.

El tribuno del pueblo, como el atleta griego, vá al combate desnudo, y nada puede ocultar, ni siquiera los latidos del corazon, que apagan y esconden las preseas, el terciopelo y los bordados con que se visten los cortesanos. Por eso la primer cualidad de la oratoria tribunicia debe ser la franqueza y la primera virtud de carácter en el tribuno, la lealtad. Pero si á la franqueza en la expresion, si á la lealtad en el carácter, reune esa habilidad que es parte de la táctica de sus enemigos, y los persigue con sus propias armas recogidas en el campo mismo del combate, el tribuno del pueblo se eleva á una altura inmensa, y pasa á ser formidable en las condiciones mismas de la lucha para él más desventajosas. Pues tal es nuestro amigo Estanislao Figueras: la franqueza personificada, la lealtad suma, la habilidad suprema, una habilidad sin rival en esta Cámara donde tantas y tan múltiples dotes oratorias han brillado con jamás vistos resplandores.

El orador no puede ser juzgado en una de sus cualidades, aunque sea esencial, como la fantasía pronta, como la palabra fácil, nó; debe ser juzgado en su conjunto, en su figura, en su tono, en su voz, en su accion, porque todo contribuye al realce de la palabra.

Estanislao Figueras reune grandes cualidades esternas. Su figura le dá esa prestancia oratoria de que hablaban los antiguos. El reposo de su actitud le añade majestad. Su accion, ni acompasada, ni rápida, sino propia siempre del estado de su ánimo, es digna de su actitud. La serenidad inalterable, la posesion de sí mismo, la sonrisa benévola, que no se desmiente ni cuando los lábios despiden acerados dardos, la calma perfecta, que contrasta con la agitacion producida en torno suyo por su palabra, todas estas calidades hacen de Figueras uno de nuestros primeros oradores parlamentarios, y de sus luchas en este singular Parlamento una de las primeras glorias del partido republicano. Cuando los horizontes se oscurecen, cuando los mares se encrespan, cuando se amontonan las dificultades, todos volvemos instintivamente los ojos á Figueras, seguros de que su destreza sin igual nos ha de sacar á todos salvos, aunque nos enredemos en cuestiones reglamentarias, cuya solucion posee siempre, ó nos engolfemos en cuestiones políticas, cuya palabra capital siempre se reserva, con ese don de oportunidad que es la primera de las virtudes parlamentarias.

Yo no olvidaré nunca la ocasion célebre en que la Cámara entera se volvió contra nosotros por algunas

palabras de nuestros respetables amigos Orense y Pierrad en la manifestacion contra las quintas. Sagasta vomitaba sobre nuestra frente sus ardientes discursos; Prim nos amenazaba; Topete nos dirigia esas interrupciones, propias de su nervioso temperamento; las huestes de la mayoría vociferaban descompuestas; amenazas de expulsion se cernian sobre la frente de algunos de nuestros diputados; y en aquel desórden, Figueras, seguro de sí mismo, como un marino experto en una borrasca deshecha, ya aconsejaba á los unos, ya sostenia á los otros, ya con ademan imperioso refrenaba las justas cóleras de sus amigos, ya despedia bombas asfixiantes en discursos breves como el relámpago, y de los efectos del rayo sobre sus enemigos; convirtiendo en victorias las mayores dificultades, serenando los encrespados ódios, y volviendo salvo entre nosotros, cargado con sus pénates y su familia, como dice Virgilio que salió Eneas del incendio de Troya.

La elocuencia política ha perdido mucho en nuestro tiempo. Desde luego compite con la tribuna en la prensa, que la eclipsa y le quita interés. Los asuntos que se discuten son, por regla general, prosáicos. La apóstrofe, las invocaciones, los recursos de la elocuencia griega están de nuestros Parlamentos proscriptos, y no pueden ni siquiera intentarse, sino cuando se tiene en la mano el corazon del auditorio, hostil en su mayoría al orador. El pueblo está ausente, ó relegado en tribunas, donde no puede expresar su pensamiento ni

sus pasiones. Compárese este escaso auditorio, este hemiciclo pequeño, con la agora griega, el mar al frente como en el fondo del teatro trágico, el pueblo alrededor bramando de cólera ó henchido de entusiasmo, los campos donde se levantan las estátuas de los dioses y los sepulcros de los héroes, á los cuales puede extender Demóstenes sus brazos suplicantes, y recordando los dias de Maratho, pedir á los manes que en sombras majestuosas se levanten é infundan su espíritu, y con su espíritu su valor, en el ánimo de los degenerados atenienses, próximos á perder la pátria y la República.

Así es que nuestra oratoria parlamentaria necesita ser sóbria de adornos sin degenerar en escuela; correcta sin degenerar en limada; viva sin apasionamiento; dura sin acerbidad; contra el enemigo siempre intencionada y nunca descortés; contra el convencimiento opuesto razonada y no fanática; hábil, eternamente hábil, para conseguir con peregrina sencillez de medios grandes y extraordinarios fines. El orador que se levante extremando sus propias ideas, desconociendo los lados buenos de las ideas contrarias; duro con las personas, desapacible, airado; poseido de esa cólera que estalla en rudas imprecaciones, jamás podrá conseguir éxito alguno en el Parlamento, ni para su propia persona, que grangeándose el aprecio público, alcanza influjo social necesario á su partido, ni para sus propias ideas, que han menester mayores precauciones á medida que son más extremas y más nuevas. La

cólera debe tenerse reservada para un momento supremo como parece que la atmósfera tiene reservado el rayo para devorar los miasmas. La variedad es lo más agradable en el arte. El contraste lo más necesario. Y á lo sublime debe aspirarse escasas veces y muy rápidamente, porque lo sublime es como un punto raro en el cielo del alma, y el sentimiento que inspira como una breve sacudida eléctrica.

Y escribiendo de corrido estas reflexiones, creo haber escrito la estética de los discursos de Figueras. Son sóbrios, correctos, vivos, intencionados, corteses, razonados, serenos, extraordinariamente hábiles, y por lo mismo persuasivos. Pero cuando necesita lo sublime, toca en lo sublime. Acordaos de aquella noche en que pronunció su "Creo en Dios," el cual convirtió por un momento la Asamblea en templo. Y cuando necesita cólera, sabe ser colérico. Acordaos de las célebres últimas imprecaciones contra el duque de Montpensier.

Pero su cualidad esencial es aquella fina sonrisa que mata á los contrarios como un veneno sutil. ¡Qué certera vista para adivinar el punto flaco de la fortaleza enemiga! ¡Qué táctica para sembrar la discordia! ¡Qué prodigiosa memoria para traer los recuerdos históricos que más pueden molestar al gobierno que tiene enfrente! Y sobre todo, ¡qué oportunidad! El conoce todas las triquiñuelas reglamentarias. El sabe cómo se empeñan las batallas cuando sus enemigos no pueden pelear. El hace tempestades en los bancos adver-

sos con la misma facilidad con que las deshace en los bancos de sus amigos.

¡Y en todo, qué brevedad! ¡qué rapidez! Homero llamó principalmente á su Aquiles, el de los ligeros piés; y la elocuencia de Figueras podíamos llamarla de alas ligeras, si no hubiéramos visto como esas alas ligerísimas resisten á la tempestad. En la escaramuza, en la refriega; para dirigir una guerrilla, para dar un asalto, para todo aquello que necesita la inspiracion del momento, no tiene Figueras rival en el Parlamento español.

Es siempre un orador de combate. Por eso en la Asamblea constituyente, convertida á veces por la naturaleza escepcional de los asuntos propuestos, en Academia, no brillan tanto sus discursos de exposicion de doctrina como sus discursos de polémica apasionada, instantánea; cuando el conflicto viene súbitamente, cuando responde á una provocacion, cuando la nube le sorprende en senderos inexplorables, y el trueno inesperado le aturde los oidos y el relámpago serpentea ante sus propios piés; entónces todo cuanto le contraría le fortalece, y la dificultad le agranda.

Las actas de las diputaciones de Figueras son las actas del progreso de la idea republicana en España. En el primer Congreso, á que asistió, allá por 1850, estaba sólo, cuando apénas tenia veinticinco años. Despues ya se encontró con dos ó tres compañeros. En 1854 eran veinte los que votaron contra la monarquía. En 1869 han sido setenta los que han votado por la república.

Cuando Figueras entró en la Cámara sólo, casi un niño con la timidez propia del que viene por vez primera á la córte, y se encuentra con una monarquía tan fuerte, con una reina todavía popular, con oradores que defendieran aquel trono y aquella reina, con generales que guarecian tanto poder, con todo el brillante y dorado muro de la contralizacion tras el cual se parapetaba una tradicion de veinte siglos rejuvenecida por el aliento de la libertad moderna, seguramente no podia pensar que á sus pasos aquellos cimientos retemblaban, que á su voz aquella corona se perdia; y que la providencia le tenia destinado el contribuir en primer término á derrocar el falso ídolo. Le ha tocado, pues, de derecho la direccion de la minoría republicana en la campaña de las Constituyentes.

¡La minoría republicana! Prescindo de la escasa parte que ha podido tocarme en sus luchas, en sus victorias, en sus votos: entre setenta se pierde mi personalidad completamente. La minoría republicana será juzgada en lo porvenir y tenida por una falange tan interesada como los hombres de mil ochocientos doce, y no ménos ilustres. Su entusiasmo por las ideas no ha tenido límites. Su perseverancia en el combate no ha tenido rival. A ella corresponde la gloria de haber dado á las discusiones esa calma y esa varonil serenidad tan propia del convencimiento perpétuo y de la fortaleza incontrastable. Ella ha elevado las cuestiones más árduas, y los más difíciles problemas á las luminosas regiones de la ciencia. Ella ha aconsejado al

pais constantemente el órden, no sólo como una necesidad suprema del momento, sino como una táctica necesaria del partido. Su voz ha ahogado la intolerancia religiosa.

Sus debates han despertado en el vecino pueblo de Portugal, las nobles aspiraciones republicanas que han de coronar y perfeccionar nuestra nacionalidad. Sus ideas han sido como un rayo de luz penetrado en el calabozo de los pueblos oprimidos. Europa desde el Estrecho de Gibraltar, hasta los mares de Grecia, y desde Noruega, hasta Italia, ha traducido á todas las lenguas esas discursos que han convertido por espacio de seis meses la tribuna española en lo que fué en mejores tiempos la tribuna francesa, en el Thabor de la conciencia humana.

En las obras y en la conducta de la minoría republicana cabe una parte muy principal á nuestro amigo el Sr. Figueras, á su elocuencia, á su rectitud, á su entereza. Tal vez algunos echen de ménos en nuestro amigo algunas otras cualidades, como si en la contingencia humana, en la variedad infinita de sus medios no se tuvieran unas facultades á expensas de otras facultades.

Si en la naturaleza quisiérais forjar un ser perfecto con la voz del ruiseñor, la fuerza del elefante, la agilidad del caballo, el vuelo del águila, forjaríais un mónstruo. Pues lo mismo sucede en el espíritu. La sublime indignacion de Mirabeau no se armoniza con la perfecta y hermosa forma de Verguiand; el primero es

grande por sus discursos breves como aquellos dísticos de Esquilo que inspiraban el terror trágico, y el segundo es grande por sus discursos perfectos como una tragedia de Sofocles y como una estátua de Praxisteles. Fox no entusiasmaba á su auditorio sino siendo muchas veces precipitado y confuso; Chatam no admiraba por su majestad, sino siendo muchas veces frio; Burke no rayaba en lo sublime sino perdiéndose en lo oscuro, como si necesitara amontonar tinieblas para que centelleasen mejor sus relámpagos.

Yo no creo exagerar si digo que la elocuencia española raya á donde rayar puede la primer elocuencia parlamentaria de Europa. Yo no hago más que repetir un juicio universalmente admitido colocando al señor Figueras en el coro inmortal de nuestros primeros oradores. Unos brillarán por la energía, otros por la fuerza de su lógica, otros por su grande elocuencia; ninguno tanto como él por la oportunidad, por el ingénio, por la habilidad, por la destreza, por las dotes mas excelentes de los oradores parlamentarios. Yo de mí sé decir que una de las mayores satisfacciones de mi vida ha sido pelear á su lado, y uno de los más gratos recuerdos de mi memoria sus combates y sus triunfos, dignos de la más noble de las cáusas, dignos de la república, que vencida hoy para reaparecer más fuerte mañana, le contará entre sus fundadores y sus héroes.

Madrid, 27 de Diciembre, 1870.

SEMBLANZAS CONTEMPORANEAS.

Biografías imparciales

de la Reina Victoria, Amadeo I, Emperador de Alemania, Bismarck, Pío IX, Antonelli, Rivera, Napoleon III, Figueras, Víctor Manuel, Rosecrans, Víctor Hugo, Espartero, Ferre, Grant, Garibaldi, Manin, Pi y Margall, Juárez, Gambetta, Russell, Gortschakoff, Menabrea, Melgarejo, Mendoza, Leon de Tejada, Rios Rosas, Flores, Gutierrez Rivero, Dumas, Sorolla, Rivero, Saldaña, Nicolás Bugallo, Fernando Díaz, Gladstone, Ruiz, Pavía, y otros no menos célebres.

PROSPECTO.

Los [illegible] de [illegible] [illegible] de 18[illegible]

La idea cuya publicación inauguramos, toda española, nos ha sido [illegible] por [illegible] [illegible] [illegible]

34
33
102
1
2
9

BIBLIOTECA DE LA PROPAGANDA LITERARIA.

SEMBLANZAS CONTEMPORÁNEAS,

POR

CASTELAR.

TOMO V.—MAYO, 1871.

EULOGIO V. ZAMUDIO

J. Prim.—J. Monroy.

HABANA.
Imprenta—LA PROPAGANDA LITERARIA—Librería.
-1871.-

BIBLIOTECA

DE

LA PROPAGANDA LITERARIA.

SEMBLANZAS

CONTEMPORÁNEAS,

POR

EMILIO CASTELAR.

HABANA.
Establecimiento tipográfico de La Propaganda Literaria,
CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.
1871.

BODLEIAN
28 OCT 1977
P
LIBRARY

Esta obra es propiedad de "*La Propaganda Literaria.*

HABANA.—1871.

BODLEIAN
24 [illegible]
LIBRARY

J. PRIM.

Habana **PROPAGANDA LITERARIA** Editor.

1871.

F. Dudensing, sc. New York.
Copiado de una fotografia de Fuebrero

JUAN PRIM.

JUAN PRIM Y PRATS.

El dia 27 de Diciembre de 1870 sobrevino un terrible accidente. Habia pasado la sesion de las Córtes Constituyentes en completa calma, discutiendo la lista civil del monarca. Los bancos estaban desiertos, los debates decaidos, la Cámara indiferente, como siempre que falta la oposicion en una Asamblea. El general Prim dijo algunas palabras, tuvo Consejo de ministros, dió dos ó tres vueltas por el salon de conferencias, y se fué á su palacio, como siempre, en coche, acompañado de dos ayudantes.

Para ir desde el palacio de las Córtes al palacio de la Presidencia, hay que atravesar una calle denominada del Turco, á la cual dan las tapias de solitarios jar-

dines y las fachadas de dos ó tres edificios públicos, faltos de habitadores por la noche.

Eran las siete y media de la tarde. Caia una nieve finísima y espesa que cegaba la vista, y á través de la cual se vislumbraba el reflejo mortecino de la luna. Habia en todo cuanto rodeaba la escena que se iba á consumar, algo de funerario. El coche del general Prim estaba á punto de desembocar en la calle del Turco, cuando dos berlinas que allí habia atravesadas, le detienen. El cochero pide que le abran paso, y al punto se abren las portezuelas de las berlinas, bajan varios hombres envueltos en largas capas y cubiertos hasta las cejas, sacan grandes trabucos, apuntan á la testera del coche, y disparan con furia, con saña.

Detengámonos un momento á condenar el crímen con toda la áspera acerbidad de nuestra conciencia indignada. El atentado cometido en la persona de Prim, será reprobado por todos los hombres de bien á estas horas en todas las regiones de la tierra. El asesinato no puede conducir á nada bueno.

Los pueblos no se salvan por el crímen. Cuando Roma perdió la virtud de Cincinato, no pudo ser redimida por el puñal de Bruto. Dios no concede la libertad á los malvados, sino á los que merecen tan inestimable don por sus virtudes. La república debe ser inmaculada y debe quebrantar la cabeza de todos los crímenes. Rechacemos, condenemos con todo nuestro corazon el asesinato.

En el instante mismo de concluir estas líneas, llega-

me la triste noticia de que el general Prim ha espirado. El gobierno, temiendo alarmar los ánimos, dijo en la *Gaceta* que la herida era leve. Tal precaucion fué innecesaria. La gravedad de su estado, si no trascendió al público, trascendió á los principales círculos políticos. Mas nadie esperaba un desenlace tan rápido y tan funesto. Destrozado el hombro, interesada una parte importantísima del pecho, comprometido quizá el pulmon, la ciencia desesperó de salvarlo desde los primeros instantes. Una amputacion era indispensable; mas una amputacion era peligrosa, cuando por su estado nervioso podia sobrevenir el tétano. Además, el herido tenia siempre el hígado enfermo, y todos los males de su naturaleza tomaban la afeccion epática. Estas graves complicaciones impedian que la medicina y la cirugía pudiesen, ni proceder con libertad, ni esperar de sus recursos ningun satisfactorio resultado. La espantosa herida no tenia cura. Desde el primer instante, en sus ojos vidriosos, en su color cadavérico, en su respiracion fatigosísima, en los sacudimientos de su cuerpo que semejaban los estertores de una larga agonía, en el extravío de su pensamiento, veíase que la muerte aleteaba sobre la cabeza del infeliz enfermo.

El valor que le era ingénito, no se desmintió un momento. Por su propio pié llegó hasta la puerta de la alcoba, que debia ser su alcoba mortuoria. Allí refirió á sus amigos y á su desolada familia todos los accidentes del crímen.

El primero en ver el peligro fué su ayudante Nandin, que gritó: "agáchese V., general." En vez de agacharse Prim, por esos consejos instintivos que da el amor á la propia conservacion, se puso de pié, esperando que, de ser herido, fuera herido en las piernas, y no en la cabeza ó en el corazon. Los trabucos cruzaron sus fuegos en tales términos, que maravilla no se hirieran los asesinos entre sí. El que le apuntó, el que le encerró las seis balas en el hombro, era un jóven de impasible rostro, de serenos ojos, de brazo seguro, y de una frialdad en hora tan suprema y obra tan abominable, que sólo puede explicarse, ó por refinada perversidad, ó por ese fanatismo político que en sus errores y en su desvarío olvida toda ley moral, eleva la crueldad á virtud; fanatismo que es un verdadero resto de las edades bárbaras, las cuales todo lo creian permitido contra el enemigo.

Sufrió el general con ejemplarísima paciencia la primera cura. Ni un grito, ni un gemido, ni una palabra acerba se escapó de sus lábios en la noche del 27, noche de la catástrofe. El 28 se presentaron ya movimientos convulsivos. Las extremidades se retorcian como si grandes corrientes eléctricas en todas direcciones las atravesaran.

Estos extremecimientos eran horribles, porque todo herido necesita quietud, suma quietud; y á cada uno de aquellos movimientos debia sentir la agudeza de dolores que no es dado sufrir á la débil naturaleza del hombre. El 30 de Diciembre, á las cuatro de la tar-

de, comenzó la congestion cerebral y el consiguiente delirio. En su cabeza se entrechocaban las más extrañas ideas. Sus tres lenguas favoritas, el francés, el castellano y el catalan, servian para expresar los delirios inspirados por la fiebre. La idea del rey, la sombra del rey, que tocaba en aquellos momentos la tierra pátria, se veia flotar sobre todo el caos de su espíritu en ruinas, de su espíritu, cayendo, como á pedazos, en el abismo de la eternidad. A las nueve y media habia espirado.

La vida no es para los humanos ejercicio tan agradable que podamos compadecer á los muertos Después de todo, cuando vemos tantos desórdenes morales, tantos errores arraigados en las inteligencias, tantas injusticias triunfantes, el primer impulso del alma es proclamar que sólo reinará la dicha en nuestro sér, cuando sobre los párpados pese con su peso de plomo el sueño de la muerte. No son de compadecer; son de envidiar los muertos. Pero esos pobres niños huérfanos que ayer crecian mecidos por tantas esperanzas é ilusiones; esa buena señora, la amante, la virtuosísima, la austera esposa, para la cual toda la vida se compendiaba en la vida que se extinguió; condenada á padecer y á no morir, porque sus hijos la necesitan; esos séres desdichadísimos, verdaderamente parten el alma. Los bárbaros no han asesinado á Prim, nó, que ya tenia casi cumplido su destino sobre la tierra; los bárbaros han asesinado á la viuda infeliz, á los niños, á inocentes ángeles que no habian manchado la tierra con ningun

error, ni con ningun crímen. Cuando sobre un cendal de nieve, bajo las ramas desnudas, leñosas, de los árboles, que parecen, segun los muertos, haber perdido su sávia, conducíamos el cadáver del general Prim á su última morada, entre el tañido melancólico de las campanas, el eco de las marchas fúnebres y el resonar de los cañones; yo, sobre aquellos rumores sólo oia un eco que me partiera y me helara el alma, sólo oia el sollozo de los huérfanos y de la viuda, de los verdaderamente sacrificados en esta vertiginosa tragedia.

¿Seré bastante imparcial para delinear el carácter del general Prim, para reconocer sus cualidades eminentes, para decir sus grandes culpas: en fin, para expresar un sereno juicio, semejante al juicio que en su dia expresará la historia? No lo sé. De un lado el combate político que hemos sostenido acaso me lleve á ser cruel con el hombre público. De otro lado la amistad particular que me profesó siempre y la triste muerte que ha coronado su tempestuosa vida, acaso me lleven á ser demasiado benévolo con el hombre moral. Y sus cualidades morales no pueden separarse de sus cualidades políticas, porque unas y otras forman la trama de su existencia. Pero en la larga historia que trazo de la vida europea, hace tantos años, faltaría algo esencial, si ahora, en este momento, faltase un juicio sobre el carácter y la vida del general Prim. Voy á intentarlo, y trataré de tener toda la fria imparcialidad de la historia.

El hombre es naturaleza y espíritu, organismo y alma, habitante del universo y habitante de ese mundo de lo infinito, de ese mundo más grande que el espacio, más duradero que el tiempo, más vívido que el Cosmos, de ese mundo llamado mundo moral. Imposible estudiar un carácter, si ántes no estudiamos el temperamento á que vive sujeto ese carácter. La naturaleza física, si no pone en el hombre todas las cualidades del ánimo, pone los rudimentos de esas cualidades, las tiñe con su color, las modifica, siendo para las ideas como el aire para los sonidos, y para las virtudes humanas como las formas para las esencias.

El temperamento del general Prim era un temperamento nervioso, bilioso señaladísimo. Al pronto, en las circunstancias ordinarias, la impasibilidad de su rostro, la indiferencia de su mirada, acusaban como un temperamento linfático. Pero cuando se agitaba un poco, cuando una pasion ó un pensamiento le poseian con gran fuerza, notábase en el relampaguear de sus ojos, en las contracciones de su rostro, en toda su agitacion muscular, que el fluido electro-tónico sacudia su cuerpo como la tempestad el ramaje de un árbol.

Así me explico fisiológicamente aquella transfiguracion á que llegaba en las batallas; aquel heroismo que le impulsaba y le poseia en los momentos decisivos; aquella fascinacion mágica que ejercia sobre el soldado. Es el fluido nervioso, la fuerza del héroe, la inspiracion del poeta, el magnetismo de toda gran aptitud, y rodea la vida de una aureola luminosísima, co-

mo la mágica aureola de los pintores trazaron tradicionalmente en torno de la cabeza de los santos.

Al temperamento nervioso unia el general Prim el temperamento bilioso. La excesiva hiel de su hígado se reflejaba en la palidez de su rostro. Veíase en cierta amargura de su sonrisa que toda su saliva iba mezclada con hiel, que la hiel rebosaba en los lábios. Podrá ser la bilis un gran auxiliar del jugo gástrico, disolverá los alimentos con rapidez, llevará las sagras por su poderosa infiltracion á los músculos y á los nervios; pero la parte de ese líquido, amargo, amarillento, verde, y á veces negro, que sobra y que se esparce por el organismo, lo incomoda, lo perturba, lo inclina como todos los excesos, al desórden, y levanta con sus evaporaciones nubes de dolor en el corazon y nubes de sombrías ideas en la frente. Así en el general Prim se veia siempre algo de triste, algo de siniestro, que helaba como una sombra y que provenia de este contínuo malestar de su castigada naturaleza.

Su estatura era regular, su actitud modesta, sus modales finos, su conjunto bien proporcionado. Tenia nervudos los brazos, anchos los hombros, fuerte el pecho, armoniosas y bien ordenadas las facciones, la frente sin prominencias, el cerebro sin grande curva esférica, la mirada triste, la barba ni rara ni poblada, los lábios finísimos y descoloridos, la tez amarillenta y la sonrisa fria.

En todo su sér habia algo de misterioso, algo de secreto, algo que él mismo no sabia explicarse; una

contradictoria vocacion entre la libertad para los demás y el imperio para sí, una contradiccion eterna, que ha sido como la clave de su destino.

¿Puede el hombre modificar su naturaleza y la naturaleza que le rodea? Algunos sorbos de sangre rebosando en las venas; algunos vasos de hiel excesiva en el hígado; algunas fibras más ó ménos fuertes; algunos músculos más ó ménos carnosos, no pueden decidir del destino de los hombres; y cuando esos hombres se elevan á ciertas alturas, personificando una idea, dirigiendo un período histórico, no pueden decidir de la suerte de las naciones, de la suerte del mundo. El carro vuelca si choca en una piedra; pero no vuelca el planeta. Las asteroides que ruedan en torno de nuestro globo, y que se encienden cuando sus moléculas tocan el oxígeno de nuestra atmósfera, ó en los espacios se disipan, ó caen, frios aereolitos, apagados sobre nuestra tierra, sin conmoverla ni perturbarla, semejantes á la imágen que pasa sobre un espejo. ¿Las leyes morales serán ménos seguras, el espíritu universal ménos fuerte, y podrán perturbarlo las gotas de un líquido, la especie de éter que se llama fluido nervioso?

Sobre los temperamentos, sobre sus condiciones y caractéres, se elevan la voluntad, la razon, la conciencia moral, el alma. Si la medicina tiene medios de combatir un temperamento, de neutralizarlo, de llevar el hierro á la sangre pobre, de extraer la bilis, tiene mayores medios todavía la educacion, que forma mo-

ralmente la voluntad y la conciencia, que pule y bruñe el espíritu, el cual será siempre, como el vapor en la locomotora, el movimiento directivo de nuestro organismo.

Veamos el medio en que el General Prim se ha educado. Era natural de Reus, ciudad fabril importantísima, la segunda de Cataluña, ciudad alzada en una de las más feraces campiñas que hay en el mundo. Es el clima de Reus un feliz término medio entre las tristes asperezas del Norte y los calores del Mediodia. No léjos de sus campos se elevan las montañas; y no léjos de sus casas se tiende perezosamente el luminoso mar del arte, del heroismo, el mar que convida á las aventuras, el mar de Escipion, el mar de Annibal, el mar de Sertorio, el Mar Mediterráneo. Aquellas despejadas costas ostentan muchas quintas. Los olivares oscurísimos contrastan con los claros naranjales, cortados en todas direcciones por la lustrosa y bronceada hoja de innumerables avellanos. La historia ha contribuido á la hermosura de tan dichosas regiones. Aquí un silo de los antiguos iberos, allá la piedra ciclópea de los celtas; al pié de un manantial clarísimo, el acueducto romano; á la orilla del mar, sobre el repecho de la costa sembrada de olivos y de pinos de Italia, el sepulcro del héroe; y en la via misma de la antigua Tarragona, el grande arco bruñido por el sol bajo cuyas piedras han pasado en triunfo los conquistadores.

Llaman los catalanes á todas éstas tierras, y espe-

cialmente á Reus, la Andalucía de Cataluña. Convengamos con ellos, en que una tierra así, tan dichosa, es idónea para desarrollar la fantasía; pero no esa fantasía plástica, artística, que se goza en dar cuerpo hermoso á sus ideas, y luego en adorarlas estática, como la fantasía que corre por la pluma de Rioja, por el pincel de Murillo, los grandes artistas sevillanos, sino la fantasía de la accion, la fantasía de la vida, la fantasía de la aventura, la fantasía del comerciante que se entrega en débil leño al mar buscando la riqueza, ó la fantasía del atrevido almogávar que despierta su hierro, lo afila en los pátrios riscos, y luego corre á probarlo en Sicilia, á esgrimirlo en Aténas, á clavarlo como un trofeo en las montañas del Asia. El monte, el mar, la fábrica junto al arado, la agricultura junto á la industria, el comercio y la guerra ¿no explicarán esa múltiple audacia del carácter y de la vida de Prim?

Si el medio natural en que se desarrolló su vida era así, el medio social era tambien de cambios bruscos, de revoluciones súbitas, de accion y reaccion contínuas. La sociedad pasaba del sistema absoluto al sistema constitucional. El partido realista tenia todo el fanatismo que inspiran á sus sectarios las ideas moribundas, las instituciones que se creen sagradas y que encuentran por todas partes enemigos, á quienes la historia llama héroes, mártires, y su tiempo locos, criminales. El partido liberal, perseguido, acosado como una fiera, se organizaba en tribus misteriosísimas,

en lógias secretas, para el combate permanente, para la conjuracion tenebrosa, para minar en las catacumbas las bases graníticas del palacio de sus tiranos. Si el jóven que se criaba en una familia liberal, leía un libro, era libro prohibido, arrancado con temeridad á las inquisitoriales investigaciones de la censura. Si escuchaba alguna historia de los tiempos de la libertad, era historia secreta, dicha en voz baja, léjos de los domésticos, que podian ser espías. La misma juventud, reformadora por naturaleza, progresiva de instinto, siempre en la oposicion, porque su destino es renovar el espejismo espiritual de todos los ideales humanos; la misma juventud tenia que ser audaz, pero reservada en su audacia. El amor á su idea era un volcan que hervia oculto en su corazon y que concentraba allí lavas sobre lavas, pasiones sobre pasiones. La naturaleza social inclinaba entónces tambien el alma á lo extraordinario, á lo maravilloso, á lo aventurero, al combate, y en el combate al prodigio. No ha perdido el General Prim jamás el sello de estos primeros dias. Conspirar, conspirar perpétuamente ha sido la accion capitalísima de su vida, el empleo casi exclusivo de su actividad. Hasta en el poder parecia un conjurado. Hasta para traer un rey á España, obra conservadora, acepta á toda la Europa gubernamental, que se halla dirigida todavía por reyes; hasta para traer un rey á España, procedia como en los tiempos en que conspiraba contra los reyes.

Por aquellos tiempos, la educacion tenia que ser

necesariamente descuidada. Las instituciones civiles de enseñanza habian desaparecido bajo el peso de la reaccion. Las instituciones religiosas no podian ser frecuentadas por familias liberales, puesto que allí se enseñaba el ódio á la libertad y el exterminio de sus sectarios hasta la cuarta generacion. Para demostrar cuán descuidada habia sido la educacion del General Prim, no hay más que coger cualquiera de sus autógrafos, y en ellos se encontrarán, á cada línea, faltas garrafales de ortografía.

Así las propensiones de su naturaleza no fueron jamás dominadas por una ley rígida ni dirigidas por una idea clara. Así sus inclinaciones al bien ó al mal fueron impetuosas como un torrente, y no sosegadas como el curso natural de una vida que conoce los obstáculos y los escollos. Así la pasion de la lucha, la pasion del poder, las grandes pasiones guerreras le poseyeron y le dominaron, lanzándolo en una especie de mágico encanto, que pintaba á sus ojos la vida como una leyenda aventurera caballeresca, en la cual entra mucho la maravilla, el milagro, poco la reflexion, el raciocinio, la conciencia.

¡Ah! la razon equilibra las facultades, armoniza las pasiones, no permite que ninguna viva á expensas de la otra, aconseja que el objeto de la existencia sea bueno y buenos los medios, no consiente que se esclavice el alma á un sólo fin, y dá una norma, una ley permanente á la cual se ajusta la maestra del sér humano, la Sibila de sus ideas y de sus acciones, la con-

ciencia. Dígase lo que se quiera, la pasion exclusiva es una enfermedad del alma. Y la pasion de la lucha, la pasion del poder, la pasion del fáusto, no eran allá en el alma del General Prim más que grados, escalas de un instinto avasallador y exclusivo, la ambicion de su propio engrandecimiento, pasion mezclada, pasion confundida, es verdad, con un anhelo infinito por la libertad, anhelo al cual habian levantado su ánimo los vientos y las tempestades del siglo.

Así descollaban sobre todas sus cualidades las más necesarias á satisfacer esta pasion: el valor, sí, el valor indómito, heróico, que parecia un vértigo y que estaba espoleado por súbitas inspiraciones. En la mayor parte de su vida, Prim aparecia impasible, indiferente, sereno, reservado, concentradísimo, en calma.

Pero trás aquella calma habia una tempestad. Y así que los obstáculos se amontonaban, así que los peligros le circuian, así que se encontraba rodeado de dificultades insuperables, de enemigos que iban á destruirlo, tal vez á aniquilarlo, flameaban sus ojos, crispábanse sus puños, guturales acentos salian de su pecho, acentos que semejaban los ecos de ronca trompa guerrera, palabras animosas de sus lábios; y como si pidiera alas á la desesperacion, atravesaba emulando el arrojo de Don Sancho el Fuerte en las Navas, los desfiladeros de Castillejos, y entraba belicosamente á caballo, entre nubes de balas, en las tiendas alzadas por los marroquíes en el campamento de Tetuan.

Bien es verdad que á este valor contribuia mucho su creencia en el fatalismo.

Para él todo estaba previsto, ordenado, decidido de antemano por una fuerza ciega, incontrastable, á la cual no era dado oponer ninguna resistencia, ninguna protesta. En su concepto, los fenómenos sociales y los fenómenos morales que nosotros los creyentes en la responsabilidad humana, intentamos de varias maneras, con fuerzas diversísimas, modificar, torcer, ajustar á un ideal, enrojecer en la conciencia, son tan mecánicos y tan innecesarios como la rotacion de los mundos, como la caida de los graves.

Cualquiera diria que se habia educado en la antigüedad ó que pertenecia á la raza de los Omares y de los Almanzores, de aquellos hijos del Oriente, que habian aprendido en la soledad del desierto á someterse á una voluntad sobrenatural y conformarse á sus mandatos.

Es verdad que una creencia en este poder, en esta fuerza, quita parte de su ministerio á la razon y todo su ministerio á la conciencia. Es verdad que llega á hacer de la ley moral una ley física y á borrar y á confundir en la mente las nociones de lo justo y de lo injusto.

Es verdad que no puede compararse con ninguna doctrina liberal ese fatalismo mecánico, que rebaja los hechos de nuestra vida moral á simples hechos físicos. Pero tambien es verdad que inspira aquel valor que tuvieron los héroes antiguos, aquellas hazañas fabu-

losas con que los árabes sometieron á su dominio la mayor parte del mundo.

De aquí su adoracion á la violencia, á la fuerza, en las cuales veia Prim algo de providencial; y á la victoria, á la fortuna, en las cuales algo tambien veia de divino.

De aquí su menosprecio por los medios morales, su indiferencia olímpica por las ideas. De aquí el triste concepto que le merecian las leyes escritas, perturbadas siempre y siempre pervertidas en su juicio por otras leyes fatales.

De aquí el poco caso que hacía de la prevision política, imaginando que todo estaba ya previsto en el mundo por una mirada misteriosa en la cual se condensaban como nubes los hechos ántes de caer sobre la tierra. De aquí el fatalismo árabe en toda su existencia.

Y no tenia de los árabes solamente el fatalismo, tenia tambien el amor á la fortuna, al poder, al imperio, y en la fortuna, en el poder, en el imperio, lo que más le agradaba era la pompa, era el fáusto.

Pocos hombres habrá conocido el mundo tan fastuosos, pocos que hayan tenido más aire de príncipe. Cuando fué á Oriente, deslumbró á los orientales. Al pasar por Marsella, le visitaron Jerónimo Napoleon y Emilio Girardin.

Este solía decirme: "el príncipe descendiente de reyes parecia un plebeyo y el plebeyo parecia un príncipe." En efecto, sus modales eran distinguidísimos,

su conversacion siempre urbana y culta, su trato excelente, su carácter social comedido, de perfecta finura.

Y esto no obstante para que, flexible, capaz de acomodarse á todas las situaciones, de departir en su lenguaje propio con todos los hombres, cuando veía á un amigo de la infancia, por humilde que fuera su orígen, por rudo su trato, le hablara con todos los modismos, todas las interjecciones y todas las maneras de la playa, de la montaña, del campo.

Así él tan fino, él tan culto, él por temperamento y naturaleza tan aristocrático, si sus ideas ó sus intereses lo exigian, convocaba á las gentes, reunia una partida, la entusiasmaba, hablándole con la elocuencia natural de sus pasiones; la conducia al combate, la animaba en las pruebas más difíciles, en los momentos más peligrosos, y por fin, la arrastraba á la victoria.

Era aquel hombre acabado tipo del héroe de la Edad Media: aventurero, ambicioso, fatalista, valiente, amigo del combate por el combate en su juventud, amigo del poder por sus goces y sus fáustos en la edad madura, poco escrupuloso en los medios y mezclando al fin de su engrandecimiento personal varias ideas generosas, varios fines sociales, como los héroes de la Edad Media unian á sus aventuras sangrientas y á sus crueles batallas, invocaciones á una religion de paz, de caridad y de amor.

El General Prim era, y esta cualidad nadie puede

negarla, muy amigo de sus amigos. Los tenia de todas clases, de todas condiciones, de todos caractéres y los amaba á todos. Servíales mucho y mucho tambien se servia de ellos. Entre todos, descollaba una clase particular, especialísima, que bien pudiéramos llamar sus *condotieros*, hombres de aventuras; errantes por los partidos á voluntad de su jefe; dispuestos á montar á caballo en cuanto este lo mandara; amigos de las batallas; conjurados perpétuos, reservados hasta la hipocresía y audaces hasta el heroismo, segun las exigencias de los tiempos; con una vida llena de peripecias y una política llena de contradicciones; con derrotas y triunfos, y levantamientos, y retiradas, y destierros sin número en su historia militar; ignorantes, si se quiere, de toda disciplina, pero conocedores de toda maniobra revolucionaria; cautos y temerarios, liberales y cortesanos, amigos de su engrandecimiento y del sacrificio; ménos preciadores de los compromisos y de las tradiciones políticas, sirviendo de instrumentos á una personalidad avasalladora; tan dignos de estudio y tan extraños como los *condotieros* que llevaban detrás de sus trotones los fastuosos y valientes señores de Italia en la Edad Media.

Seamos justos, proclamémoslo muy alto: con todos estos defectos, con todas estas diversas cualidades, el General Prim ha contribuido á la libertad de España. Bien es verdad que un hombre como él, tan enérgico de voluntad, no mostraba igual energía en la inteligencia. Las ideas le eran de todo punto indiferentes, y

aceptaba su conciencia, blanda como la cera, cuantas querian imponerle aquellos que le rodeaban.

De esta indiferencia para las ideas dimanan sus cambios políticos, los varios matices tomados por su alma, que ya se inclinaba á las doctrinas más conservadoras, ya á las doctrinas más democráticas, ya vacilaba entre la monarquía y la República. En el largo período de la emigracion, jamás pudimos arrancarle una prenda contra la dinastía de los Borbones.

En el largo período de la interinidad, no se decidió por la monarquía resueltamente, sino cuando las oposiciones, fulminando sus rayos contra aquella angustiosa incertidumbre, le obligaron á buscar en el seno de la monarquía el puerto de su quebrantada autoridad.

Esta indiferencia por las ideas, solia compartirla Prim con todos los hombres de armas, con todos los hombres de accion, igualmente incapaces para alzarse á comprender la fuerza misteriosa de las ideas embargadas por la corriente, siempre turbia, de los hechos, á la cual pocas veces oponen resistencia, entregándose desmayados á sus ondas, como náufragos que han perdido su fuerza.

Quizá á esta falta de fé, á esta ausencia de todo dogmatismo, se deba la libertad intelectual que bajo su mando hemos gozado; libertad que con las leyes más ámplias, no han permitido aquí muchos hombres civiles, pagados de sus ideas, creidos de que la autoridad por ellos representada era algo de divino sobre la faz de la tierra.

Para convencerse de cómo el general Prim iba allí donde le llevaban los acontecimientos, no hay más que ver las soluciones á las cuales se inclinó un tiempo y las soluciones que hubiera aceptado si ciertas ideas prevalecen. No hablemos de sucesos antiguos; hablemos de hechos contemporáneos, de la última revolucion. Si en vez de ir á Portugal en su primera insurreccion militar, vá á Palacio, de seguro conserva la dinastía de los Borbones en la persona de Don Alfonso. Si en vez de sucumbir el levantamiento del 22 de Junio, triunfa, como los demócratas hubieran sido los vencedores y el bando conservador en todos sus matices el vencido, llega Prim á la República. En la revolucion de Setiembre, el destronamiento de la didinastía al cual nunca se conformára francamente, le fué impuesto por la voluntad nacional.

La Regencia le cuadró más que toda otra solucion, porque la Regencia participaba de la vacilacion de su alma, no siendo ni monarquía ni república. Cuando ya las predicaciones de sus enemigos y la guerra implacable de los republicanos le arrastraron á la monarquía, no son decibles las dudas que tuvo y los bruscos cambios por que pasó.

El año de 1870 será célebre, porque á cada trimestre tenia Prim un candidato diferente al trono de España. Por Enero tenia el menor rey posible, un niño, un colegial modestísimo, el Duque de Génova. Por Abril ya tenia un rey vaciado en bronce de la guerrera y fuerte raza de Prusia, un príncipe Hohenzollern-

Por Agosto su candidato era el vencedor de Sadowa, y por Noviembre era su candidato el vencido de Custozza.

Todo esto ¿no indica su indiferencia por las varias soluciones políticas?

Así creia resolver todos los problemas, colocando á los hombres públicos mecánicamente en la gobernacion del Estado, para que defendieran ó guardaran la altísima posicion central en que se hallaba él colocado. Después de haber distribuido y agrupado los jefes de los partidos como jefes de diversos cuerpos de ejército, Prim, para quien la vida fué siempre un combate, la política una táctica, la Asamblea un campamento, el poder una fortaleza y la idea una bandera que podia cambiar impunemente de colores, aguardaba el ataque y estaba siempre á la defensiva, como el jefe de una plaza sitiada.

Reunamos, compendiemos todas estas ideas sobre el carácter del general Prim. El temperamento era fuerte, y tras una apariencia de calma, muchas veces voluntaria, era impresionable; constitucion corporal que le llevaba impetuosamente al combate, á la violencia, y muchas veces al heroismo. La complexion, esa especie de termómetro en que la influencia de los diversos líquidos movidos por la fuerza vital se mide, la complexion era biliosa, esencialmente biliosa. La bílis inspirábale cólera con frecuencia. Bajo esta amarga inspiracion, le golpeaban con fuerza las sienes; palidez mortal cubria su rostro, que se tornaba ca-

davérico; los lábios vibraban como si una tempestad interior los agitase, contraíanse sus pupilas iluminadas por un fuego siniestro, juntábanse sus cejas como dos negros vapores que se condensan en una sola nube, la voz salia ronca, gutural, estridente, de su pecho encendido como una fragua, crecia su estatura, sus plantas se asentaban con más firmeza sobre la tierra; y en tal estado de sobreexcitacion, llevaba sus pasiones á los que le circuian, y les inspiraba la fuerza para el combate y el rabioso númen de la victoria.

El alma de Prim era apasionada; sí, apasionada del poder, apasionada de la fortuna, apasionada tambien del renombre y de la gloria. Estas pasiones eran permanentes y motivaban los actos de su vida. La idea pasaba en él breve como una chispa, rápida como un relámpago, y su huella en la conciencia se disipaba fugaz como la huella luminosa del asteroide en la atmósfera. Gustábale mucho la sumision de los demás, miéntras que su carácter no se sometia sino á la necesidad ó la fuerza; irritábase fácilmente, aborrecia á cuantos le contrariaban sin manifestarles con claridad su odio, y amaba al que una vez habia cedido á su imperio, siquiera hubiera sido el mayor de sus enemigos. Era activo, dado á los ejercicios de la voluntad nunca reposada y tranquila, asíduo en el trabajo.

Se perdia por la pompa del poder, por el fáusto de la grandeza, por las vanas honras mundanales, por los azares de la vida pública, y las consideraciones que la acompañan y rodean. Se hacia generoso, protector

sincero, perdonándolo todo á sus protegidos, con tal de que á su alredor formaran como un ejército y le reconocieran por jefe.

Pero tenia la desgracia que la naturaleza ha puesto, como una compensacion necesaria junto á todos los caractéres imperiosos, ambiciosísimos, dominantes; despertaba viva y apasionada oposicion.

Por eso le gustaba extremadamente el imperio militar.

Allí el resonar de una corneta, el redoble de un tambor, la voz aguda de mando mueve á los hombres como el vapor á las máquinas. Allí no habia esa oposicion de los parlamentos á la cual con dificultad se resignaba. Así es que todo su ideal de gobierno era reducir los partidos á regimientos; y toda su fuerza, todo su resorte, todos los medios de regir á un pueblo vislumbrado por su conciencia, se resumian brevemente en esta frase que alguna vez se le escapaba en pleno parlamento: "yo mando el ejército." Tal era el hombre que ha traido á España la dinastía de Italia y que ha muerto asesinado al pié de su obra.

Madrid, 13 de Abril, 1870.

JOSE MONROY.

José Monroy.

Después de trascurrido tanto tiempo de la muerte del poeta, renovemos el dolor y las lágrimas, escribiendo algunas palabras que pueden ir al frente de su libro de poesías, que es como el testamento de su génio. Confieso que no acierto á empezar, pues la amarga pena que me embarga, no deja espacio alguno al pensamiento. Algunas lágrimas, algun gemido de profundísimo dolor, serán mas elocuentes que todas las palabras de los hombres. Sentir, callar: hé aquí lo único que se me ocurre en el momento de recoger y guardar en ese libro las flores que se han caido de la corona del poeta, las flores que empezaban á dar tes-

timonio de la primavera de su vida. El dolor no tiene palabras; es mudo como el abismo de la eternidad. Analizarlo con la pluma, equivale á buscar con el escalpelo el corazon humano. Lo encontrareis, sí; pero lo encontrareis muerto. Yo, si me dejara llevar de mi corazon, vertería un mar de lágrimas, y arrojaría la pluma.

Y sin embargo, precisa escribir la historia de una vida de veinte y cuatro años, en que apénas se levantaron la esperanza, el amor, la gloria, cuando fueron á dar en la muerte. ¡Una vida! No la hay, nó, en el desdichado poeta; es un sueño, es la vida de la gota de rocío, que la mañana llora y el sol seca; la vida de la flor, que dura un dia; la vida de la golondrina, que os anuncia la primavera, y anida un instante en vuestro techo, y se vuelve cantando con sus hijuelos á otras regiones, porque no puede ver la muerte de la naturaleza bajo el sudario del aterido invierno. Soñó, amó, cantó, murió. Hé aquí la vida del jóven que lloramos. Fué como una de esas ilusiones de la juventud, como una de esas esperanzas de amor infinito, de ventura inefable, de gloria sin mancilla, que nos prometen los primeros dias de nuestras pasiones, cuando se abre el alma inocente á nueva vida; y que se pierden y se desvanecen al tocarlas, como se trocan entre los dedos las alas de las mariposas que han encantado en el campo nuestros ojos. Y esa vida tan breve, tan fugaz, ha dejado inmenso vacío en el mundo. Yo acabo de ver la ciudad natal del poeta, el

sereno cielo que recogió su primera y su última mirada; los altos montes, titánicos como su génio, alzados á manera de una armadura de la tierra contra las fúrias del mar; las celestes olas en cuyos misteriosos ecos aprendió las cadencias de sus cánticos; y no he encontrado allí corazon alguno que no guardara dolor por su muerte, ni memoria que no tuviera recuerdo de su vida. Sus amigos me contaban, á cada paso que dábamos por aquellas playas, sus inspiraciones, sus poesías, que brotaban tan espontáneamente en su imaginacion, como las flores en el campo. Sus maestros me recordaban las señales que de su génio privilegiado diera desde los primeros años. Los desgraciados que habia socorrido en los dias de las grandes calamidades é infortunios, me hablaban de su corazon. Y su madre, ¡ah! su madre no me hablaba, nó; lloraba en mi presencia á su hijo con todo el dolor de una madre. Y en el fondo de aquel rio de lágrimas, ví un instante brillar la imágen querida del llorado amigo, coronada con todas sus virtudes.

¿Por qué habrá sido tan breve su vida? El inquieto pensamiento del hombre aspira siempre á escudriñar misterios que guarda la eternidad en sus insondables abismos. El eterno misterio es la muerte. Muchas veces, al contemplar el sepulcro de un niño que, del seno maternal, donde apénas ha sentido el calor de la vida, cae en el frio seno de la tierra, he levantado los ojos al cielo involuntariamente, como para preguntar á Dios: "¿Por qué le creastes?" ¿Qué falta hacía en

el mundo esa fugaz vida, que no ha dejado ni la huella que deja el insecto en el polvo? ¿Acaso, caprichoso como el hombre, se gozaría el Eterno en dar el aliento de la vida á las criaturas, tan sólo para estrellarlas contra la fria losa del sepulcro! Nacer para llorar y morir: ¡verdadera irrision del destino! La flor que no ha roto su capullo, la mariposa que no ha sacudido su larva, el niño que no ha sentido la vida, ¿por qué morirán? Si no tenian destino que cumplir en el mundo, ¿por qué crearlos? O ¿es acaso que sobre los soles, sobre los planetas, sobre el hervidero de la vida universal, tiene abiertas sus negras fáuces la muerte, y es necesario crear séres destinados sólo á calmar su hambre, para que no devore todo el universo?

Y si verdaderamente es incomprensible la muerte del niño en cuya alma no se ha despertado el ideal de la vida, aún es más incomprensible la muerte del jóven que tiene conciencia de su sér, que ha entrevisto su destino, que ha sentido la luz de un ideal misterioso derramarse por toda su alma, que lleva una idea en su frente, una sonora lira en sus manos, y cuando apénas ha comenzado á expresar esa idea, á sonar esa lira, se apaga su sér, y pasa como una sombra el que parecía destinado á llenar y embellecer nuestra vida, á dejar el resplandor de su alma en las páginas de la historia. Ideas, amores, génio, esperanzas, carácter, palabra, todo ha sido puesto en él tan sólo para encerrarlo en un sepulcro. ¡Verdadera desesperacion!

Aunque golpeamos en las piedras del sepulcro, no responderá la voz de su génio; aunque removamos las cenizas de su cadáver, no se levantará la centella de su vida.

¡Ah! Olvidamos, cuando la muerte nos apena, que la muerte es tan sólo una apariencia. La voz de Dios nos dice que el hombre es inmortal, y que en el sepulcro no ha dejado mas que los despojos de su vida terrena, co no el guerrero que se desciñe su armadura despues de un combate. La personalidad humana que se levanta en la cima de la creacion, como el punto luminoso donde se confunden la naturaleza y el espíritu, subsiste después de la muerte. La idea, la inspiracion, todo lo que es infinito, es inmortal. No ha dado Dios á nuestro espíritu esta sed inextinguible de lo eterno para burlarle siempre. No nos ha dado esta idea de la inmortalidad, para que no tenga realidad alguna. Si el espíritu, la gran unidad de nuestra vida, no fuera perenne, el universo sería una obra sin ningun sentido; la obra de un génio delirante, que habría llenado los espacios de sombras. En la misma naturaleza la sustancia subsiste, la forma varía y el espíritu ¿había de morir? Nó, nó. Los planetas no son sarcófagos que arrastran montones infinitos de muertos en su carrera; son globos luminosos, desde los cuales abren sus alas etéreas los espíritus, para volar á otras regiones más limpias y serenas. El poeta no muere, como no muere su creacion. El poeta no se extingue, como no se extingue su cántico. Es una

blasfemia el preguntar á Dios por qué se ha apagado tan pronto la vida del niño, la vida del jóven, cuando esa vida ha tomado más intensidad, más luz, subiendo como una llama vivísima á los cielos, y dejando sólo en tinieblas el empedernido materialismo de los que creen que toda vida termina en el sepulcro.

Sin duda alguna los hombres llegan á imaginarse, en su desvarío, que la mayor dicha es vivir. Por vivir nos afanamos en trabajos contínuos; por vivir consumimos nuestras fuerzas y gastamos nuestra inteligencia. Tras la vida andamos desalados, porque creemos que en el fondo de la vida se encuentra la felicidad. Y ese jóven que ha roto las cuerdas de su lira, que ha plegado las alas de su imaginacion, que ha dado un adios eterno á sus amores, á sus amistades, á la fugaz vida terrena, ¿con cuántas ilusiones habrá muerto, que acaso no tuviera, á haber pasado más tiempo en este bajo mundo? Morir creyendo en la amistad, en el amor, en la gloria, en un porvenir de dichas y de triunfos; morir creyendo que los aplausos del mundo valen algo; morir imaginando que los laureles florecen eternamente, sin dejar ni una gota de ponzoña en las sienes; morir en esos instantes en que la vírgen del primer amor sonríe en los cielos, y nos promete eterna dicha, y nos jura fidelidad eterna, y llena de encantos, con su aliento impregnado de aromas, todo nuestro sér; morir sobre esta almohada de flores, donde no ha crecido ni una espina, cuando tantos sueños revolotean alegres en torno de la frente que guarda

un poema de amores y de esperanzas; morir de esta suerte es vivir, es cuando ménos no haber gustado mas que la dulce miel de la vida. Cuente, cuente cada uno los dias amargos, las horas de insomnio, los desencantos, los desengaños, las espinas que se le han clavado en su camino, los pedazos del corazon que ha ido dejando por todas partes, la hiel que ha bebido á grandes tragos, y diga luego, en presencia de uno de esos sepulcros de los jóvenes, de los niños, sobre los cuales sólo se nos ocurre deshojar algunas flores, diga ¡con cuánta razon creian los antiguos que los malogrados eran los elegidos de los dioses! ¡con cuánta verdad vé levantarse la religion una vida de eterna bienandanza, del seno del pequeño ataud que guarda á un niño!

Historiemos, pues, la vida del poeta. Había nacido en las regiones meridionales de España. Con sólo leer tres ó cuatro versos suyos, nos convencerémos de que no desmentía el lugar de su nacimiento. Así como el poeta del Norte tiene algo en su fantasía de las nieblas de su pátria, el poeta del Mediodia tiene algo de la claridad de su cielo, de los cambiantes de su luz, y su imaginacion, como sus torrentes, ya aparece seca y arenosa, ya se despeña desordenada y bravía, arrastrándolo todo en su impetuosa carrera. El poeta del Norte es el poeta del alma; el poeta del Mediodia es el poeta de la naturaleza. El poeta del Norte tiene que replegarse en sí mismo, en su conciencia, para cantar, como el ruiseñor, que sólo entona sus gorjeos en la

oscuridad de la enramada; y el poeta del Mediodia, como la alondra, necesita la clara luz y el inmenso cielo para volar y cantar. Los poetas del Norte son los poetas del pensamiento, del dolor profundo, de la inspiracion vaga y tenebrosa, en tanto que los poetas del Mediodia son los poetas de la luz, de las armonías, del amor arrebatado, de las grandes personificaciones y de las extraordinarias hipérboles. Mas en nuestro tiempo, en que la idea de humanidad vá levantándose sobre la idea de raza, y en que el arte ha pasado de su período instintivo á su período reflexivo, el poeta del Norte pugna por el lirismo y la armonía; el poeta meridional por el pensamiento y el dolor profundo. Ahí teneis á Schiller y á Manzoni. El poeta que lloramos, venido á la vida del arte, con el pensamiento de su siglo, siendo, como hemos dicho, un poeta esencialmente meridional, aspiraba tambien á esa idealidad vaga, á esa soñolencia magnética del espíritu, que tantos encantos dá al arte en los paises del Norte. Su oda *El Génio* dirá siempre que consiguió realizar este ideal de su vida, y que hubiera caminado gloriosamente en pos de esta luminosa estrella de su espíritu.

Pero si la religion de su nacimiento se conoce en su génio, por esas misteriosísimas relaciones que hay entre la naturaleza y el espíritu, su ciudad natal se veía reflejada en su carácter, por esas relaciones ocultas que hay entre nuestra índole y la índole de la sociedad en que vivimos. Cartagena es una de las ciu-

dades más cultas de España. Hay allí algo más de admirar que su seguro puerto, sus magníficos arsenales, su coraza de formidables fuertes; y es el carácter hospitalario, dulce, bondadoso de sus habitantes. La amistad, ó no es allí, ó es entusiasta. La caridad es la virtud por excelencia de la poblacion entera. He recorrido algunas de nuestras provincias; he visto las hermosas campiñas en que la vida de la naturaleza se ostenta con todos sus matices; he contemplado los grandes monumentos en que nuestros padres, aquella raza de gigantes que sojuzgó la tierra, dejara indeleblemente impresa la huella de su carácter; y nada me ha movido á tan dulces ó tan consoladores pensamientos, como aquel Hospital de Caridad de Cartagena, obra de un pobre, de un soldado, mantenido hoy como un rico palacio alzado á la desgracia por una poblacion entera, que tiene en aquel hospital su más glorioso timbre. La cultura, la franqueza, la liberalidad, la virtud heróica de la caridad, son los rasgos distintivos de Cartagena, y eran tambien los rasgos distintivos del carácter de Monroy. Blando, cariñoso, tenia el culto de todas las grandes pasiones que ennoblecen la vida. Como hijo, hablaba siempre de su madre con la elocuencia del corazon, y le mostraba su amor imitando su virtudes. Como amigo, era un modelo de abnegacion, de entusiasmo. Como hombre, se hubiera sacrificado mil veces por el bien y por la libertad de los hombres. Como poeta, jamás consagró su lira al poderoso, jamás cantó á los tiranos

que llenan de brillantes crímenes, pero de crímenes al fin, las páginas de la historia. Su númen fué siempre la justicia. Las alas de su imaginacion no se abrian sobre los sepulcros para levantar de la huesa torbellinos de las cenizas de los muertos, sino que iban á rozar los párpados del desgraciado para enjugar sus lágrimas, y á sacudir una esperanza consoladora en el pecho de los oprimidos. Así, la poesía en él no era solamente un arte, era una moral; sus inspiraciones no eran solamente las ideas, eran tambien la accion. Exento de envidias, de bajas y ruines pasiones, dó quiera estuviese el mérito, allí estaba su aplauso; dó quiera la libertad y la justicia, allí su corazon y su conciencia: por eso todavía dura y durará mucho tiempo el dolor causado por su muerte, que solo á las grandes almas concede Dios el premio de verse, desde la eternidad, tan lloradas en el mundo.

Bien es verdad que á esta delicadeza del carácter de Monroy, habian contribuido poderosamente la educacion y los desvelos de su familia. Su madre lo ha tenido estrechado contra su corazon desde la cuna hasta el sepulcro. Su madre le enseñó el primer albor de la idea de Dios que amaneciera en su conciencia, y recogió la última oracion que, envuelta en el último suspiro, se exhalara de sus lábios. Y el alma de una madre tierna, cariñosa, virtuosísima, se refleja en el alma de su hijo como el cielo en la mar. ¿Dónde hay una mirada en la tierra que se parezca á una mirada de amor de una madre? Dónde hay una música

semejante al cantar melancólico, plañidero, con que una madre arrulla nuestro sueño y mece nuestra cuna? ¿Qué elocuencia podrá compararse á su elocuencia, cuando nos habla del cielo, de Dios, de las infinitas esperanzas, de los eternos amores, de la inmortalidad del alma? ¿Qué desvelos podrán compararse á los suyos, que descubren y adivinan las tempestades del alma en los ojos de sus hijos, y les señalan los escollos, y les muestran el norte celeste que nos ha de preservar de morir arrastrados en el amargo oleaje de nuestras pasiones? ¡Oh! Siempre que Monroy alcanzaba una gran idea, siempre que hacía una buena obra, mil veces me lo ha dicho, veia aparecer á su lado su ángel custodio, la imágen de su madre.

Concluida esta primera educacion, la educacion del sentimiento, pasó á seguir sus estudios en el Instituto de Múrcia. No podríamos continuar este escrito sin decir que el padre político de Monroy era tan solícito, tan amante de su hijo, que Monroy nunca se pudo reconocer huérfano. La naturaleza no hubiera podido dar á Monroy un padre más cariñoso. Así es, que viéndose rodeado de una familia tan amante y tierna, crecia la delicadeza, la ternura de su carácter. La virtud que trae el jóven consigo en su propia índole, crece cuando el amor la fecunda; el amor, que es como el rocío del cielo. En el Instituto comenzó á mostrar nuestro llorado amigo la vocacion interior de su génio, su númen de poeta. Sabido es que Dios nos dá inclinaciones en armonía con el fin último que nos

reserva en el plan de su providencia, en el tejido maravilloso de la historia. El hombre puede contrariar esas inclinaciones, desoir esas voces misteriosas de su destino; porque el hombre es libre, y dueño por consecuencia de ser causa principal en la direccion de su vida. Pero no se desoye nunca impunemente ese aviso de Dios que se llama inclinacion, no se desoye nunca, sino á costa de nuestra felicidad. Monroy no podía engañarse: era poeta. Y como poeta, si bien estudiaba todas las materias de enseñanza con igual brillo y aprovechamiento, las estudiaba para transformarlas en el horno de su encendida imaginacion. El problema de las relaciones del espíritu con la naturaleza, que es el tormento de la filosofía, se resuelve instintivamente por el arte.

El poeta vé en su conciencia el cielo, en sus ideas los astros, en sus grandes inspiraciones las flores, en su dolor la tempestad, en sus amores la armonía universal, en el mundo de la naturaleza el universo, y á su vez en ese mundo exterior, que parece condenado á la insensibilidad, su espíritu, que refleja en los séres que cruzan los espacios como ideas vivas; en las oraciones que levantan al Creador todas las cosas, desde el lago que duerme en el hondo valle y la flor que se esconde entre la menuda yerba, hasta la alondra que entona el cántico matutino y el águila que abre sus alas en lo infinito; porque la naturaleza y el espíritu en la poesía son como el astro y el éter, como el calor y la luz, como la rosa y su aroma, como el cuerpo

y el alma, una eterna, una misteriosa armonía. Así es que Monroy, en sus estudios de Psicología, de Física, de Historia natural, encontraba medios de abrillantar su imaginacion y perfeccionar el sentido artístico de que pródiga le dotara naturaleza. Con solo leer sus poesías, se echa de ver que ha comprendido que el destino del poeta es confundir, compenetrar la naturaleza y el espíritu, para elevarlos después á Dios; que el arte, como la ciencia, es un divino sacerdocio. Estas inclinaciones naturales de su carácter y de su génio debian hallar en Madrid mayor espacio. Nada hay más triste que la oscuridad en una córte, y nada más difícil que abrirse paso entre las gentes. Hay algo más desolado que el desierto y sus abrasadas arenas, y es el aspecto de estas populosísimas ciudades, donde vemos pasar millares de personas que no conocemos, que no se interesan por nuestra suerte, que cruzan un instante á nuestro lado, y que acaso no volvemos á ver jamás en toda nuestra vida. Y es más triste aún esto para el jóven que siente su conciencia habitada por el génio, y que quisiera mostrar á cada transeunte la llama en que se abrasa. La gloria podrá ser vana, los aplausos, un poco de ruido que se borra en las ondulaciones del viento; pero ¡ay del poeta que desdeña la gloria y no siente palpitar su pecho al ruido del aplauso! Nuestro amigo padeció poco ciertamente en esa soledad que tanto acongoja el ánimo de un verdadero poeta. Tenia amigos que le amaban, amigos que no sentian el aguijon de la en-

vidia en sus corazones, amigos que le querian más que él se queria á sí mismo. Estos amigos publicaron su oda *El Génio*, que no era en realidad mas que la primera explosion de un gran génio, el cráter de una grande inspiracion, que se abria para asombrarnos á todos. Yo recuerdo que no conocía á Monroy cuando leí aquella oda, y que le pregunté á él mismo quién era su autor, y desde aquel punto fuimos amigos, sin que hayamos podido darnos más pruebas de amistad que aquella que hemos confiado á la muerte que él cantó, en versos inmortales, la muerte de mi madre, y yo, en pobre y desaliñada prosa, no hago más que trazar aquí un prolongado sollozo por la muerte de mi amigo: ¡triste amistad, cuyos dos documentos son dos tumbas!

No me toca á mí hablar del mérito literario de las poesías de Monroy. El autor de *Los Amantes de Teruel* ha dicho sobre el valor de las poesías que publicamos, todo cuanto le dictó su luminoso criterio y su delicado gusto. Pero á Monroy no se le puede juzgar por lo que ha dejado, sino por lo que se ha llevado consigo. La muerte se ha tragado un poeta, y tal vez el poema del siglo XIX. En esas conversaciones íntimas, amistosas, en que confiamos á nuestros amigos todos los dolores que nos atenacean el alma, todas las esperanzas que nos sonrien dulcemente en el cielo de la vida, el malogrado me hablaba de las nobles aspiraciones de su génio. Y en verdad, no podian ser más grandes. Corre como vulgar preocupacion

que no es posible la poesía en este siglo, tan dado al culto de la naturaleza y al ejercicio de la industria. Sin embargo, á medida que el hombre domina más la creacion, y la vé más encadenada á su voluntad, se eleva á un mundo superior de poesía. La creacion es el poema de los pueblos primitivos, cuya fantasía, niña, no ha volado aún del nido de la naturaleza. Pero así que el hombre siente que hay algo que comienza donde el espacio y el tiempo concluyen, algo que es libre, que es eterno, que posee la idea de lo infinito, que lleva en sí la medida de todas las cosas, el espíritu, en una palabra, nace el gran arte. ¿Qué es Homero, sino el Sócrates de la poesía, que convierte los dioses, en cuya presencia temblaban los hombres, en reflejos del humano espíritu? Los grandes siglos naturalistas engendran siglos de poesía. El siglo XIV, el siglo de la pólvora, fué el siglo de Petrarca. El siglo XVI, el siglo del telescopio, es el siglo de Miguel Angel, de Shakespeare y de Cervantes. El siglo XIX, el siglo del vapor y de la electricidad, es el siglo de Rossini, de Byron, de Goethe, de Víctor Hugo. El espíritu que comprende la naturaleza, y ha deletreado sus geroglíficos, y ha descompuesto el agua y el aire en sus más sencillos elementos, y ha encadenado el rayo, y ha anotado con su matemática sublime las armonías de las esferas, la música de los orbes, el eterno *hosanna* de la creacion; el espíritu necesita lanzar sobre ese mundo de maravillas y de milagros otro mundo mejor, si el arte ha de cumplir su fin de her-

mosear y perfeccionar la naturaleza. Lo que nos mata lo que nos hace indignos del nombre de nuestros mayores, lo que nos debilita, lo que convierte á los poetas en hijos espúrios de aquellos titanes que se llaman Lope, Calderon, Cervantes, sin duda alguna es la imitacion servil de la naturaleza, la cópia descarnada de la sociedad, el grosero materialismo sustituyendo á la idealidad levantada y sublime, que ha sido siempre el númen de la poesía; el teatro reducido á máquina fotográfica; la lírica, pálido remedo de la forma clásica de los grandes maestros, pero sin ninguna de sus ideas, porque el siglo no lo consiente; el abandono de la poesía épica, el criminal olvido de los dolores trágicos, que han sido los únicos capaces de engendrar esa gloriosa dinastía de mártires que arranca en Prometeo y en Edipo, y concluye en Manfredo y en Fausto, pasando por Segismundo y por Hamlet; en fin, el realismo, que hace del poeta el vil cortesano de la sociedad, cuando debiera ser su ángel, es decir, su guía; y el espíritu reaccionario, que convierte la imaginacion del poeta en el ave nocturna de los sepulcros, de los panteones, de las tinieblas, cuando Dios le ha dado alas y cánticos y mirada penetrante y audaz, para que nos anuncie la alborada de los nuevos dias del espíritu. Si hay algun siglo verdaderamente épico, es el gran siglo XIX, en que el hombre se siente uno por su naturaleza con toda la creacion, uno por su espíritu con toda la humanidad; en que nos interesa desde la historia de los átomos que componen nuestro globo,

y por consiguiente, nuestro cuerpo, hasta la historia de las generaciones que han ido formando las ideas que iluminan nuestra conciencia; siglo de síntesis, siglo en que la humanidad ha llegado á tener la conciencia de toda su vida, siglo que está esperando aún el poeta dichoso que escriba su poema, y lo grabe con caractéres de fuego en su inmortal historia. Pero el poeta ha de ser hijo del siglo, ha de tener la conciencia de su idea, ha de trabajar por que se realice esa ley del derecho, en cuya virtud pue le asegurarse que caerán todas las cadenas, y será segunda vez creado el hombre. Entónces entonarán los poetas el cántico de la libertad, serán la voz del siglo XIX y los profetas de los tiempos que á más andar vienen sobre nosotros, y merecerán el laurel de la inmortalidad. Estas eran las ideas que inspiraban á Monroy cuando escribia su oda *A Italia*, su cancion *El Proscripto;* cuando, esgrimiendo las armas de la crítica, hablaba en el Ateneo por la renovacion literaria, y en la sociedad libre-cambista por el triunfo del derecho, por la destruccion de todos esos límites, obra de la tiranía, levantados para no dejar espaciarse al océano de nuestro espíritu en lo infinito, que Dios le ha señalado como su dominio.

Pero no solo pensaba Monroy; ponía por obra sus pensamientos. En él la accion acompañaba siempre la idea. No era uno de esos caractéres que sueñan y pasan la vida soñando; era una de esas voluntades enérgicas, que obran y se gozan en ver la idea tomando forma en la realidad de la vida. Deseaba su gran-

de alma el triunfo del derecho, la libertad en su plenitud, con todas sus consecuencias, y unido á los que deseaban lo mismo, trabajaba con ellos. Creía en las reformas económicas, en la libertad del trabajo, del crédito, del comercio, y no se satisfacia con predicarlas; fundaba asociaciones numerosas y fuertes para llevar sus ideas á la mente del pueblo, y lograr su triunfo de nuestros remisos gobiernos. Veía alguna obra de utilidad pública, como el ferro-carril de Cartagena á Albacete, que debe ser la vida de su provincia, y trabajaba ansioso de que se abriera tan grande manantial de riqueza para su pátria. Sobrevenia una calamidad. El cólera diezmaba á Cartagena. La muerte acababa innumerables amigos suyos. El sepulcro abria sus negras fauces como para devorar una poblacion entera. En tan congojosos momentos no se daba punto de reposo: llegábase al lecho del enfermo, y le curaba como un médico; corria al lado del agonizante, y le consolaba como un sacerdote; tomaba entre sus manos el frio cadáver, y lo amortajaba como su enterrador; héroe de la caridad, poeta, no solo en sus ideas, sino en sus acciones, jóven generoso, que á un gran sentido estético unia un gran sentido moral, en quien el bien y el arte no se divorciaban nunca, siendo la poesía, no solo la idea de su mente, sino el amor de su corazon, y el númen de todas sus acciones, y la explendente luz de toda su vida.

Un alma tan grande ¡ay! debia consumir el cuerpo que la llevaba, como la luz demasiado viva quiebra

el cristal que la contiene. Ha muerto devorado por su pensamiento, calcinado por el fuego de su inspiracion. Su poesía, como el rayo, le iluminaba y le mataba tambien. Débil por naturaleza, no podia sufrir ni el hervor de sus ideas, ni esa lucha gigante de las primeras pasiones del jóven que consume la vida. Su cuerpo se doblaba hácia la tierra, agitado por su espíritu, como la débil caña tronchada por el viento Había un desequilibrio sensible, manifiesto, entre su naturaleza y su génio, que traia el desequilibrio entre su sangre y sus nervios. Pobre aquella, agitados y trémulos estos, como las cuerdas de una lira que ha sonado mucho, enfermo, agonizante, cantaba. No parecía sino que era como una de esas aves canoras, sin más fin que vivir y morir cantando. Destrozáronse su garganta y su pecho. Yo le ví en los últimos dias de su enfermedad. No tenia la ilusion ni la esperanza de vivir, que suele acompañar á la calentura de ciertas terribles enfermedades. Veía llegar la muerte, acercársele á abrazarlo, y la esperaba sereno. Sólo una lágrima se asomaba á sus ojos cuando traia á la memoria sus amores, sus amigos, su madre. No sentia la muerte por sí; la sentía por todos los que amaba. Más que por su dolor, temblaba por el dolor de las prendas de su corazon. La inmortalidad de su alma, la perennidad de su sér eran creencias vivas en aquel religioso corazon de poeta. Cuando me despedí de él; "nos volverémos á ver," decía, y miraba al cielo. Poco á poco llegó la agonía. Cuando las hojas pali-

decen y caen, cuando las flores mueren, cuando las golondrinas se ván, cuando el ruiseñor calla, murió el poeta. Su vida fué como una mañana de primavera, su muerte como una tarde de otoño. La agonía tuvo la solemnidad, la religiosidad que requieren los últimos instantes de toda vida, esos últimos instantes, que son como el breve epílogo en que aparecen á los apagados ojos todas las ideas y todas las obras de que debemos responder ante Dios. Cumplidos sus deberes cristianos, quiso ver el cielo, como si anhelara medir el espacio que iba á surcar su alma.

Levantóse del lecho en brazos de su madre, se acercó á una ventana y miró á lo infinito. El cielo brillaba con claridad no usada, y las estrellas resplandecian como si quisieran llevar su luz hácia el alma del moribundo. Al ver tanta hermosura, tanta luz, sintió á Dios y se dispuso á morir en su esperanza. Pero buscaba algo en aquella noche, buscaba un recuerdo de la niñez, una lámpara que ardía en la calle ante la imágen de la vírgen. La encontró, y sus ojos casi apagados brillaron como si tuvieran la luz de los primeros años. La lámpara y las estrellas, el recuerdo de ayer, nacido de la trémula luz y la esperanza de mañana, iluminada por miradas de astros; la cuna con sus flores, con su poesía, y la eternidad con su infinita grandeza; la vida y la muerte, la inocencia y la juventud, la fé y la razon; todo cuanto había creido, y esperado y amado, brilló á su vista; y despues de haber saludado la vida que se iba y la muerte que venía,

se dejó caer sobre su cama, miró las personas queridas que le rodeaban, inclinó la cabeza sobre el pecho, y murió tranquilo y resignado, en la seguridad de que su sepulcro no había de ser mas que la cuna de su nueva eterna vida. ¿Deberémos decir todo el dolor que causó tan triste muerte? Pero ¿quién podría hablar de ese dolor, cuando todavía lo publican las lágrimas de una madre? Cartagena entera fué llorando á dar tierra á su cadáver. Ya ha pasado el tiempo que basta para matar muchos dolores y muchos recuerdos; y todavía no se ha extinguido el sollozo contínuo y amarguísimo que llora su muerte. Sus restos duermen en paz en su sepulcro, donde no falta nunca una corona de siemprevivas. Yo no lo he visitado. Ningun signo material, ni una lápida, ni una inscripcion me recuerdan los séres queridos con toda su viveza como mis tristes memorias. Hubo un tiempo en que me olvidé de la muerte. Imaginaba que era imposible que la muerte hiriera en mi presencia tantos séres amados, sin herirme á mí mismo. Creía locamente que no podria sobrevivir á tan grandes dolores. He visto morir á mi madre, á muchos queridos amigos, desvanecerse ilusiones y esperanzas que eran la luz de la vida, y vivo todavía. Pero mi corazon es como una gran tumba, donde ha penetrado el pensamiento de la muerte. Con ejemplos como los del poeta cuya breve vida acabo de escribir, se fortifica el ánimo y aprende á estar apercibido para el instante supremo en que sea necesario pasar de esta vida. Miradlo. Jóven,

casi un niño, amado, lleno de gloria, de esperanzas, rodeado de amigos que le querian como á un hermano. . . . con su madre al lado, cuyo corazon debia ser como un escudo que le preservara de la muerte, seguido de los aplausos del mundo, teniendo la lira en las manos, la inspiracion en la mente, el amor en el corazon, el afan de pelear en su deseo, la felicidad en su porvenir, cuando la vida le llamaba con tantos encantos, cuando le sonreia el amor con tantas ventajas, cuando no se habia clavado ni una siquiera de las agudas espinas de la tierra, y llevaba una corona de flores en sus sienes, agitadas por grandes pensamientos . . . . se despide de nosotros, muere . . . . sin duda porque Dios, que lo habia dotado con grandes perfecciones, ha querido que volara por otras mas espléndidas regiones, creyendo indigno á este mundo de poseer su amor y su poesía.

Madrid.

A LA VICTORIA DE TETUAN. (*)

Hijos de aquellos cuya altiva frente
el sol de rayos coronó en Oriente,
y el mundo todo, ante su faz abierto,
recorrieron sus rápidos corceles,
barriendo con sus blancos alquiceles
las salvajes arenas del desierto.
Hijos de aquellos que la España un dia
en sangrientos girones desgarraron
y de alhambras y cármenes bordaron
el manto de la hermosa Andalucía;
¿dónde están los aromas de las flores
que exhalaron ayer vuestros jardines?
¿dónde vuestros mayores

(*) Encerrando este volúmen las semblanzas del héroe y de cantor de la guerra de Africa, quedaría incompleto si no llevase asimismo esa brillante epopeya que ha valido á Monroy uno de sus más preciados láuros. De ahí la presente reproducción.

que el cielo en vuestro daño persevera,
y de ello son testigos elocuentes
Négron, Zemir, Guadeljelú y Anghera.
Las detrozadas tiendas
de la gente africana,
sangriento el sol alumbrará mañana.
La victoria es el lema
que el justo lleva en su pendon grabado;
es la sóla diadema
que laureles de paz ciñe el soldado;
es de la sangre la postrera gota
que derraman los héroes de la tierra;
es el beso de amor, que ronco brota
de los lábios ardientes de la guerra.
¿No os lo dijimos ya? ¿No percibísteis,
al soñaros soberbios y potentes,
el rudo acento de la voz sonora,
que nacida de un mundo de valientes
y cruzando los aires vengadora,
sonó en el otro mundo?
"A vuestra pátria irémos,
clamo el reto salvando los espacios;
si á la sombra del dolo nos vencísteis,
á la luz del honor os vencerémos;
y los régios palacios
que en nuestro suelo fabricásteis ántes,
con los blancos turbantes
de la morisca luna alfombrarémos."
Dijo, y el viento que en redor cruzaba,
el reto entre sus ondas escribia,
y el mar que entre nosotros agitaba,
el reto entre sus ondas esparcia.
¿No os lo dijimos ya? ¿Vuestra impotencia
no vió que con el dedo de la gloria
nuestra suerte trazó la Providencia

en las hojas del libro de la historia.....?
—El águila gigante
que en las alturas remontada un dia,
por cielos y por mares esparcia
su precioso cambiante
de blanca luz y de colores rojos;
la que adornó á la Europa con sus galas
y derramó por la apartada zona
de América, las plumas de sus alas;
la que fijó en Italia su corona,
en Grecia sus despojos,
y allá en la inmóvil oriental ruina
el áureo rayo de sus negros ojos;
el águila latina
clava en Marruecos su terrible garra,
y venciendo las sombras del ultraje,
en giros al Africa desgarra
para ornar su fantástico plumaje.
Ella, cruzando el ámbito profundo,
bajó del cielo á dominar el mundo,
y ella, elevando el arrogante vuelo,
el mundo debe levantar al cielo.

Valor, soldados! vuestros hechos dicen
que España torna á sus hermosos dias.
¿Ansiais laureles? En el suelo crecen
del rico cármen que pisais ahora,
y entre rosas y mirtos embellecen
la ardiente sien de la sultana mora.
¿Quereis himnos y trovas y armonías
que el láuro que lográsteis eternicen?
El Africa unirá á vuestras canciones
el enorme concierto
del áspero rugir de sus leones.

¿Quereis palmas? En medio del desierto,
sobre la frente de simoun, cimbrean.
Cruzad con ellos los revueltos mares,
y benditos al pié de los altares,
ceñidas luego á vuestra frente sean.
Y vosotros, que en medio del delirio
del combate caísteis,
ceñidos con la palma del martirio,
nobles héroes, oid: la losa fria
que desde ayer sobre vosotros pesa,
para seguir la comenzada empresa
nos servirá de guia;
no morireis jamás, y vuestra suerte
vivirá de la pátria en la memoria:
la tumba de los hombres es la muerte,
la tumba de los héroes es la gloria!

José Monroy.

SEMBLANZAS CONTEMPORANEAS.

Biografías imparciales

de la Reina Victoria, Amadeo I, Emperador de Alemania, Bismark, Prim, Antonnelli, Rivero, Napoleon III, Figueras, Víctor Manuel, Nocedal, Víctor Hugo, Espartero, Favre, Grant, Gambeta, Manin, Pi y Margall, Juarez, Garibaldi, Russell, Gorschacokff, Monabrea, Melgarejo, Mosquera, Lerdo de Tejada, Rios Rosas, Flores, Guzman Blanco, Dumas, Gonzalez Bravo, Saldaña, Molke, Brigth, Monroy, Porfirio Diaz, Gladstone, Baez, Thiers,

y otros no menos célebres.

Un tomo al mes. **PROSPECTO.** Mayo de 1871.

La obra cuya publicacion anunciamos, es de aquellas que no necesitan grandes elogios, ni un extenso análisis: basta su título para comprender su interés, así como el nombre de su autor es más que suficiente garantía para todos.

Por la índole misma de este trabajo, adivinarán nuestros lectores que el Sr. Castelar hace justicia á todos, y que no cuadrándole por la tanto el papel de severo historiador, sino el de narrador ameno é instructivo, huirá por completo de entrar en el terreno de la política palpitante. Véase si nó como se expresa en el prólogo:

"Propóngome, dice, ántes que todo ser imparcial y desprenderme de las preocupaciones de partido y de escuela, para no atender más que á los hechos y, presentándolos en su verdad, dejar á ellos mismos su enseñanza providencial y al lector sus juicios y sus ideas."

CONDICIONES.

Esta obra se publica por tomos en 8º menor, que es el tamaño más cómodo para poder llevarse en el bolsillo, repartiéndose uno mensualmente. Constan de 60 á 100 páginas de inmejorable impresion, tipos nuevos y excelente papel. Contendrá cada tomo una, dos ó tres *semblanzas*, segun lo permita la extension de cada biografía, y un magnífico retrato grabado en acero por uno de los primeros artistas de Nueva-York. El primero, segundo, tercero y cuarto tomo publicados en Enero, Febrero, Marzo y Abril contienen las *semblanzas* de Favre y Bismark, Thiers y Dumas, E. Girardin y D. Manin, V. Hugo y E. Figueras.

Confiando en que el buen sentido público sabrá apreciar obra tan notable como lujosa, nos arriesgamos á buscar en su baratura el buen éxito de ella.

Por esa razon ofrecemos cada tomo á los siguientes pr[illegible]:

50 cts.—	—60 cts.	62½ cts.
En la Habana.	Interior de la Isla.	En el extranjero.

El que adelante el importe de un año, ó sea 12 tomos, sólo pagará $ 5, $ 6-37 y $ 7 respectivamente. El porte ó conduccion será de cuenta de esta Empresa. Los tomos, que son independientes unos de los otros, están encuadernados á la rústica, con una elegante cubierta de color. A los agentes se les hará una gran rebaja, segun la importancia del pedido, que deberá dirigirse con sobre á La Propaganda Literaria, O'Reilly, 54.—HABANA.

BIBLIOTECA DE LA PROPAGANDA LITERARIA.

SEMBLANZAS CONTEMPORÁNEAS,

POR

CASTELAR.

TOMO VI.—JUNIO, 1871.

EULOJIO V. ZAMUDIO.

L. Gambetta.—D. Gay.

HABANA.
Imprenta—La PROPAGANDA LITERARIA—Librería.
-1871.-

BIBLIOTECA

DE

LA PROPAGANDA LITERARIA.

SEMBLANZAS

CONTEMPORÁNEAS,

POR

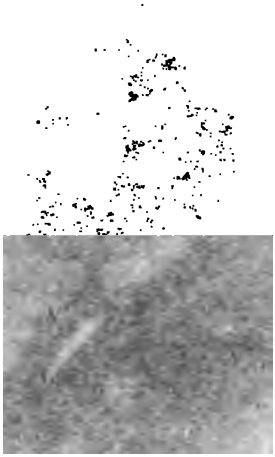
EMILIO CASTELAR.

HABANA.
Establecimiento tipográfico de La Propaganda Literaria.
CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.
1871.

LIBRARY

Esta obra es propiedad de "*La Propaganda Literaria.*"

HABANA.—1871.



L. GAMBETTA.

Habana. PROPAGANDA LITERARIA. Editor.

1871.

H. Dudensing. Engraver. New York.

LEON GAMBETTA.

LEON GAMBETTA.

¡Leon Gambetta! Pocos hombres habia tan desconocidos en Paris allá por los años de 1866, en que yo arribé al seno de la gran capital, náufrago de una revolucion malograda. Bien es verdad que á la sazon tenia veintiocho años escasos, y el imperio amordazaba aún la libertad, en términos que no se ofrecia coyuntura propicia á un talento, cuyo principal órgano era la palabra, de revelarse en todo su esplendor. Recuerdo una entrevista que tuve dos años más tarde, por Junio de 1868, con el ilustre orador republicano Ledru-Rollin, allá en su retiro de Lóndres. El jefe de la democracia francesa se hallaba tan instruido de todos los hechos pasados en las últimas revolucio-

nes como ignorante de las ideas que se condensaban y de los nombres que surgian por los limbos de lo porvenir. "¿Conoceis á Leon Gambetta?" le pregunté. "No le he oido nombrar en toda mi vida;" me respondió. "Pues yo creo que en las primeras elecciones se revelará su génio, y que revelado su génio, Francia le seguirá deslumbrada, porque reune acentos de Mirabeau á ímpetus de Danton."

El ilustre veterano de la República debió atribuir, sin duda, á pasion de amigo el juicio sobre el futuro dictador de Francia. Pero cuando le haya visto después encrespar las muchedumbres en los comicios con su aliento de tempestad; fulgurar vibrantes palabras en la tribuna; herir con su elocuencia el nefasto Imperio, que deshonraba al género humano; establecer la República en medio de una revolucion, y sostener á Francia, ya vencida, ya rota, ya exánime, para que salvase á lo ménos su honra, bajo los escombros del antiguo suelo y las pavesas de la antigua gloria; cuando le haya visto en todos estos hercúleos trabajos, habrá comprendido la verdad de mis juicios, la exactitud de mi prevision al realizarse lo que entónces podia pasar por vago presentimiento.

Recuerdo todavía la vez primera en que yo ví á Gambetta. El que luego fué su secretario en el gobierno de la Defensa Nacional, Spaller, jóven de clarísimo entendimiento y recto carácter, me lo presentó con grandes recomendaciones. No las necesitaba ciertamente. En aquella colosal cabeza, en aquella

frente espaciosísima, en el brillo concentrado de la retina que tenia sana, en su pronunciada nariz, en su boca abierta por una sonrisa de benevolencia, en su rostro coloreado por alto temperamento sanguíneo, en sus formas hercúleas, á pesar de la baja estatura, en toda su complexion, adivinábase desde luego la mezcla felicísima de la inteligencia con la fuerza, de altas ideas con enérgicas resoluciones.

La naturaleza suele dividir el trabajo y agrupar diversa, variamente las vocaciones humanas. Y cuando crea un hombre de accion, suele quitarle aptitudes para hombre de idea. Y cuando crea un hombre de ideas, suele quitarle aptitudes para hombre de accion. El hombre de ideas ama la indagacion espiritual y el de accion los trabajos materiales; ama el retiro aquel, y éste el mundo; aquel la paz del ánimo, y éste el combate; aquel los grandes libros, y éste las grandes pasiones; aquel la contemplacion serena del pensamiento, éste el curso revuelto y encrespado de los hechos. Sin duda, Platon nunca hubiera podido ser Pisístrato; ni Montesquieu, Colbert. Reunir el pensamiento á la accion, como César, es un prodigio; reunir á la energía de la palabra la energía de la voluntad, como Danton, es un milagro. Siempre las grandes cualidades resultan de los grandes defectos. Equilibrar en una misma persona la idea con el hecho; la actividad de la inteligencia con la actividad de la vida, es el don que naturaleza ha presentado á Gambetta, cuyo talento sabe volar con abiertas alas por

el cielo, y andar con paso firme y seguro por la tierra.

Como su nombre indica, Leon Gambetta es de orígen italiano. Su familia proviene de Génova, y se estableció en las provincias del Mediodia de Francia, donde el gran orador naciera en 1838. Su orígen italiano se revela en la profundidad del talento político que posee. Su orígen meridional en la vívida elocuencia que le adorna. En edad bien temprana comenzó á cursar la facultad de Derecho en la Sorbona. Allí su alma varonil, adquiriendo los conceptos fundamentales de la Justicia, adquirió tambien amor invencible á la idea que es su esencia, á la idea de libertad. Bajo la máquina pneumática del Imperio le era imposible respirar. A romper esa máquina dirigíanse todos sus esfuerzos. No habia manifestacion estudiantil con carácter político que no fuera presidida y animada por Gambetta.

Un dia, merced á los esfuerzos combinados del Príncipe Napoleon, del Conde de Morny, de Emilio Ollivier, ocupa Ernesto Renan la cátedra de Hebreo en el Colegio de Francia. Ya por su Historia de las Lenguas Semíticas, por su libro de Averroes y el Averroismo, por algunos artículos publicados en periódicos y en revistas, conocíanse las ideas filosóficas de Renan y sus conceptos sobre la divinidad de Jesucristo. Los Jesuitas, que rodeaban al Emperador, y sobre todo, á la Emperatriz, se alarman, levantan grande oposicion por el centro de sus intrigas, por los

salones de la Córte. Gabinete del Emperador, gabinete de la Emperatriz, Cuerpo Legislativo, Senado, Academia, córte del Príncipe Napoleon, córte de su hermana la Princesa Matilde, todas las cumbres de mundo imperial se conmovian como las montañas agitadas por los terremotos. Ernesto Renan, miéntras tanto, apercibíase á negar sereno la divinidad de Cristo en el discurso de Introduccion al estudio de la Lengua Hebrea. La Iglesia trataba de conjurar esta terrible amenaza con toda suerte de conjuros. Mas como quiera que el Imperio trataba de conservar un equilibrio verdaderamente inestable entre la autoridad y la democracia, entre la Iglesia y la filosofía, entre los antiguos y los modernos tiempos, Renan fué por el Imperio instalado en su cátedra de Hebreo.

Las cóleras del clero se arremolinaron como pavorosa tromba en torno de aquella cátedra. Una inmensa conjuracion eclesiástica se proponia ahogar la palabra en labios del orador, en el momento mismo en que el orador la pronunciase. Renan habia escrito su discurso, y lo llevaba rollado en la mano. Un trueno de gritos, de vociferaciones, de silbidos, de golpes en los bancos, de injurias indecibles, acogió la aparicion del orador. Pero detrás de él, encaramándose en hombros de la multitud, cayendo casi en el hemiciclo sobre otros cuerpos allí amontonados, entra un jóven estudiante, cuya cabellera, negra como el ébano, caida en largos rizos sobre las anchas espaldas, llamó por extremo la atencion del acongojado profesor. Pa-

recióle, por su traje, por sus modales, por algunas palabras que le oyera, parecióle aquel estudiante un aliado. Renan le miró, y el ojo único de Gambetta, ardoroso, chispeante, lleno de luz, brilló ante el filósofo como faro que le anunciaba algun refugio, alguna esperanza en la deshecha tormenta. No salió fallida esta esperanza. Gambetta sostuvo al maestro. Su estentórea y prodigiosa voz calmó cien veces el tumulto. Y aún alguna vez los hercúleos puños fueron como en auxilio de su voz. Merced á esfuerzos del pulmon, á esfuerzos de los brazos, al ascendiente que el valor ejerce, al magnético influjo que tiene la palabra, Gambetta aplacó el tumulto de los clericales y salvó la leccion de Renan. El profesor no volvió á su cátedra, suspensa de órden imperial, por haber negado audazmente la divinidad de Cristo. Pero no olvidó jamás el audaz valor del salvador estudiante.

Gambetta ha tenido en toda su vida fanático entusiasmo por la libertad de pensar. La cáusa de los progresos políticos júzgala indisolublemente unida á la nobilísima cáusa de los progresos científicos. A esta creencia de toda su vida une culto ferviente por la filosofía, por la historia, por el arte sobre todo. Se vé en su conocimiento de la pintura, de la escultura, de la arquitectura, que es de la raza privilegiadísima, semi-helena, semi-latina, que ha construido el Panteon y que ha ornado el Planeta con los tipos inmortales de la Vénus de Nilo y del Apolo del Belvedere. Yo me acordaré siempre de un paseo con Gambetta por

las espléndidas galerías de nuestro Museo de Madrid. Imposible conocer las escuelas con más profundidad, calificarlas con más acierto, seguir más fielmente á los maestros en su vida, los cuadros en su historia, el arte en su filosofía. Parecíame un contemporáneo de todas las épocas artísticas, un amigo de todos los hombres ilustres, un colaborador en aquellos cuadros, que él iluminaba con los arreboles de sus ideas. Esta vastísima y sintética concepcion de la vida, le lleva á culto exaltado por el pensamiento, y este culto exaltado por el pensamiento, á un fanatismo sincero por su libertad en la indagacion y en la ciencia.

Jóven de tal temperamento, podia con dificultad avenirse á la carrera señalada por su familia. Suelen las familias de las provincias francesas, como las familias de las provincias españolas, creer que tendrán el hijo de más talento adherido por siempre al hogar si le obligan á seguir la carrera eclesiástica. Impidiéndole fundar una nueva familia, ¿qué ha de hacer sino apoyar la casa paterna, adherirse á sus paredes? Así, naturalezas inquietas, nacidas para el mundo; almas audaces, propias para cruzar los celajes del pensamiento moderno; corazones que se desbordan y que necesitan espaciarse en el seno de la familia, se ven, al sentir la primera pasion, los primeros impulsos de sus afectos ó de su mente, parar por votos solemnísimos, en tumba anticipada, al pié de los altares, bajo las bóvedas de la Iglesia. De aquí crueles dolores, grandes desgracias, catástrofes morales, tragedias terribles que suelen tener

por teatro un cerebro á toda comunicacion cerrado, un pecho silencioso, un alma yerta. que acaricia durante toda la vida, como única esperanza, el sueño de la muerte.

Un jóven del impetuoso carácter de Gambetta, y de su talento positivo, no era idóneo para la carrera eclesiástica. Imaginaos á Magallanes convertido en cartujo, y obligado á orar de hinojos sobre la tierra cavada en su venidera sepultura, cuando el pensamiento inquieto, el ánimo audaz le incitan á los largos viajes, á las contínuas aventuras, á descubrir nuevas tierras, á luchar furioso con los vientos y con las tormentas. Gambetta se moria, pues, de pena y hastío en el Seminario, repulsivo á su fé, repulsivo á su carácter, repulsivo á toda existencia.

Uno de sus biógrafos, Víctor Cosse, cuenta la anécdota que sigue respecto á la juventud del Dictador. Yo no puedo comprobar su veracidad, porque á pesar de haber oido á Gambetta largas relaciones de su vida en nuestras contínuas entrevistas, nunca le oí referir esta anécdota, que repito y que por lo original y extraña merecia ser con preferencia referida. Todo el mundo sabe, y ya lo he dicho yo, que Gambetta es tuerto. Un ojo de cristal acompaña á su vívida y luminosa retina, que relampaguea con extraordinario brillo. Cuando la pasion le inspira ó el pensamiento le posee; cuando las ideas caen, como catarata sonante, de sus lábios entreabiertos por la sublime agitacion de la elocuencia, Gambetta entorna los párpa-

dos sobre el ojo sano, y sólo mira á su auditorio, sólo mira á su adversario con aquella retina fija, inmóvil, siniestra, cuya tranquilidad contrasta con el sublime torbellino de la palabra, que mueve, y anima, y agita, y encrespa á todos cuantos le rodean, como sólo sabe agitar en el mundo la elocuencia. Imaginaos una estrella inmóvil en las trombas del caos.

¿Cómo perdió Gambetta el ojo? Aquí la anécdota contada por Víctor Cosse. Gambetta se ahogaba en el Seminario, y para salir de aquel intolerable encierro, escribióle una carta á su padre diciéndole, que ó le abria las puertas de la prision, ó se saltaba un ojo. El padre no le hizo caso, y Gambetta se saltó un ojo. La indignacion de la familia fué tan grande, que le agravó la pena, y le dijo renunciara á ver terminado su cautiverio. Entónces Gambetta escribió que se saltaría el otro ojo. El padre se apresuró á darle la libertad. Gambetta se quedó, pues, tuerto, y estuvo en gran peligro de llegar á ciego.

Ignoro si la leyenda se apodera hasta de los hombres que viven; ignoro si les exalta la fantasía como á los héroes antiguos hasta convertirlos en mitos. Pero si el biógrafo ha querido dar una idea de la entereza del jóven, no lo habia menester; bastaba toda su existencia. Esta alma tormentosa retorcíase y bramaba en la oscuridad. El renombre, la fama le eran, como la luz á la planta, como el aire al ave, de todo punto indispensables. Y las instituciones imperiales, con su abrumador silencio, con su abominable tiranía,

le sepultaban tristemente en las sombras. Cuántas veces allá, en las tribunas reservadas del Cuerpo Legislativo, inclinado sobre el antepecho, seguia absorto las grandes discusiones, impaciente por bajar á la encendida arena, donde el porvenir le tenia reservado triunfos que retardaba el despotismo del Imperio. Por eso todas las ideas de su mente, todos los afectos de su corazon, todas las cóleras contenidas en su hígado, se concentraban como espesa nube en esta aspiracion única: destruir el Imperio, para destruir con él todas las cadenas que pesaban sobre el impulso ascendente de las generaciones hácia la vida, hácia la luz, hácia el derecho.

Las instituciones pesaban horriblemente. A manera de eterna espesa noche, impedian todo crecimiento de las almas. Los periódicos sólo eran permitidos á los amigos fieles y á los enemigos académicos. Una sociedad era un crímen. Las reuniones de más de veinte personas se castigaban como la conjuracion. Los libros destinados á recordar la antigúa virtud y la la libertad antigua, no recibian el *colportage*, la autorizacion para ser vendidos en la vía pública y por los vendedores ambulantes. Las cáusas civiles iban á parar á manos de los abogados amigos del Imperio, porque los enemigos solian perder los pleitos. Los procesos de la prensa verificábanse á puerta cerrada. Las reseñas estaban prohibidas, y mucho más la publicacion de los discursos. Ni temas literarios podian escoger para dar vuelo á la idea y alimento á la pala-

bra los grandes oradores. Más implacable que el cesarismo antiguo, el modermo cesarismo creia oir en cada eco una alusion á la libertad muerta y al despotismo reinante. Por todas partes, y en todas direcciones, el espíritu humano chocaba con aquellas barreras infranqueables, con aquellos estrechos límites que no le permitian tener esa difusion rápida, universal, que como los rayos del sol, necesita.

La jóven generacion era de todo en todo opuesta al Imperio. Ella no conocia los excesos de la libertad, y tascaba el freno del despostimo con verdadera impaciencia. En esto, Europa sobrecogida y atónita sabe que una monarquía acababa de caer en España y que un pueblo muerto se acababa de incorporar en su sepulcro. La revolucion española de Setiembre cáusa un estupor tan grande como el estupor que causara la revolucion española de 1820, cuando la Santa Alianza creia haber amordazado toda Europa y haber suprimido todos los pueblos bajo los tronos de todos los reyes. Paris, más sensible que ninguna otra capital á estas grandes transformaciones del pensamiento moderno; Paris se agita con profundísima emocion. El recuerdo de la libertad perdida, la ilusion de la república muerta, vienen á sus ojos entre nubes de lágrimas y sangre. El nombre de Baudin, víctima del golpe de Estado, mártir de la república, diputado muerto en una barricada, por defender la ley contra los pretorianos, su mandato contra el César; ese nombre vibra en todos los lábios. Los periódicos re-

publicanos abren una suscricion para elevar á Baudin perenne monumento. Las proclamas que encabezan esta suscricion, llenas de elocuente ira, alarman al Gobierno imperial. A las proclamas siguen manifestaciones en los cementerios. Un gran proceso, un proceso político, en el cual podrán hablar libremente los oradores, en el cual podrán ser taquigrafiadas, escritas, publicadas, leidas las grandes oraciones; un proceso ruidosísimo se abre. Gambetta recibe de parte de los procesados el encargo de la defensa. Su oscuridad iba á pasar. El génio iba á romper la nube en que lo envolvia el despotismo. Francia iba á encontrar el acento de su antigua tribuna unido al espíritu de la revolucion contemporánea. La palabra de la nueva época se hizo hombre en el orador extraordinario. Desde aquel punto, la nueva idea tenia su personificacion, que se llamaba Gambetta. La sociedad es como la naturaleza: no crea los séres sino para grandes fines y cuando los necesita.

Nadie ha olvidado aquella escena del proceso contra los suscritores y los manifestantes en loor de la memoria de Baudin. Las cercanías del Palacio de Justicia estaban henchidas de gente. La ansiedad era general. Todos los periódicos habian mandado sus cronistas; todos los partidos sus testigos. La voz de Gambetta sonó como si el Sinaí de la revolucion volviese á surgir entre las cenizas arrojadas por el Imperio sobre Paris. Jamás se acusó de una manera tan viva á un tirano reinante. Por lo rudo del lenguaje,

por lo vivo de la idea, por lo viril de la elocuencia, por el golpe repetido y contundente, por lo acerado, parecia su discurso el apologético de Tertuliano contra los Gentiles y á favor de los mártires. Baudin representó el admirable papel de una sombra evocada para encubrir con la santidad del sepulcro, y con los misterios de la muerte, la acusacion al César, que fué cogido por los cabellos y arrastrado desde su trono sobre montones de ignominia hasta las plantas de los tribunales, como reo de la eterna justicia en que deben eternamente inspirarse las leyes y los magistrados que las leyes aplican. El presidente varias veces tendió la mano á la campanilla para interrumpirle; pero lo retenia el torrente impetuoso de aquella elocuencia. Era, además, de una demostracion tan clara que Baudin habia muerto en defensa de la ley, miéntras su verdugo coronado habia roto las leyes todas, que el juez bajaba la cabeza al peso del justo anatema expresado con la concesion de Tácito y la severa majestad de los profetas. Por boca de aquel hombre hablaba toda una generacion perseguida, ahogada, puesta desde el nacer en los tormentos, descoyuntada en sus facultades más esenciales, que habia venido con grandes aspiraciones y con las ideas de su siglo, para encontrarse todos los caminos á la luz cerrados, todas las cadenas del antiguo régimen de nuevo forjadas, y ser, en vez de una legion de ciudadanos, una vil turba de esclavos. Los dolores que habia sufrido; el frio de su oscuridad caliginosa,

la aspiracion á manifestarse contrariada por todas las instituciones; las dudas que le coronaran de espinas; los sentimientos generosos ahogados como crímenes en el pecho; la nobilísima ambicion de vivir en el seno de una Francia libre, digna de su prosapia y de su historia, casi ahogada por un Cesarismo de Bajo Imperio; todos estos infinitos pensamientos tuvieron como un consuelo supremo en aquel discurso, que fué la primera intimacion de las jóvenes generaciones al decrépito Imperio.

Cuando hubo acabado el discurso, nadie se engañó sobre su trascendencia. Paris entero vió brillar en esas ideas los albores de la República. La prensa sólo tuvo una voz para el elogio. Las fronteras todas abrieron paso para derramar ese nombre ilustre, en un sólo dia, por todos los pueblos. Unas elecciones generales siguieron al proceso. Gambetta se dió á ganar votos y corazones para su cáusa con aquella persuasiva y deslumbradora palabra, que recordaba la elocuencia dantoniana. Paris le aclamó y le dió veintisiete mil votos. Marsella le aclamó tambien y le dió gran número de sufragios. Sus fórmulas fueron las fórmulas del nuevo movimiento político. El inventó la palabra que debia expresar una política; él inventó la palabra que debia traer una revolucion; él dijo la fórmula de las nuevas luchas con el Imperio; él llamó á su oposicion, la oposicion irreconciliable.

Una fuerte laringitis le tuvo algun tiempo postrado, hasta el punto de serle imposible participar de la

lucha en el Cuerpo Legislativo. Mas respuesto un poco, su gran campaña fué la campaña contra el ministro verdaderamente último del Imperio, contra el antiguo republicano convertido al cesarismo. Emilio Ollivier vino con la palabra libertad en los labios, pero con el propósito de falsear la libertad en el pecho. Para aquellos que sólo miran la superficie de las cosas públicas, la conducta de Ollivier era clara y perfectamente ajustada á todo su ideal. Para los que creemos en la virtud de las obras, en la accion, la conducta de Ollivier era una série de engaños alimentada en otra série de sofismas.

Creyó haber emancipado la prensa cuando la entregó tristemente á los tribunales, que por mal nombre se llamaban populares, se llamaban jurados, y eran hechura de los prefectos. Creyó haber renunciado á la corrupcion electoral, y no abrogó el artículo 75 de la Constitucion del Año VIII, mediante el cual son los agentes de la autoridad irresponsables como reyes, y por ende omnipotentes como dioses. Creyó haber puesto un freno al poder personal, y el poder personal le obligó tristemente á empeñarse en grave proceso de la prensa, á cuyo término debia preveer una gran catástrofe en el parlamento y una procelosa agitacion en las calles.

Pero todos estos hechos se relacionan con el hecho que más perturba el gobierno de Ollivier, con el asesinato cometido por el siniestro príncipe Pedro Bonaparte en la persona de un jóven escritor, en la persona de Víctor Noir.

El príncipe Bonaparte, recluido en la prision que ilustraron las desgracias de los Girondinos y de María Antonietta, tiene de su raza las pasiones desordenadas, la inquieta ambicion, el espíritu altivo, el carácter guerrero, la mezcla informe de ideas monárquicas y sentimientos republicanos, la necesidad imprescindible de las aventuras, y á veces hasta de las tragedias. Napoleon el Grande fué siempre un grande actor. En todos los trances de su épica vida estudiaba las actitudes, las palabras, la sonrisa, el gesto, entendiendo sin duda que á las monarquías solamente les resta lo teatral en nuestro siglo.

Su sobrino Pedro Bonaparte es un aventurero. Hijo del segundo matrimonio de Luciano, hermano de otro príncipe que ha llevado algo de su misma exaltacion y de sus mismos extremos á la Iglesia, Pedro Bonaparte es un aventurero de la guerra. De muy jóven sedujo á una niña, mató á los parientes de la seducida que iban á pedirle satisfaccion y á los gendarmes que iban á prenderle.

Forzado á salir de los Estados romanos por semejante aventura, recorrió la Grecia y el Oriente. En estos pueblos, donde la sangre se exalta con los ardores del clima y la imaginacion con los ardores de los recuerdos, tomando la fantasía algo de los tonos calientes del paisaje, el príncipe se dió sin freno á su pasion por las aventuras, como si en vez de ser una persona en carne y hueso, fuera un héroe engendrado por las sublimes fiebres de Lord Byron.

La revolucion de Febrero vino, y por culpa de los demócratas, que habian restaurado la leyenda napoleónica, los Napoleones, los asesinos de la antigua República francesa, se encontraron como en su casa en la nueva República francesa que debian tambien destrozar. El príncipe Pedro acudió con todos, y como todos, fué nombrado representante en la Asamblea que confundia el nombre de los Bonapartes con el nombre de sus propios derechos. En la Asamblea no se distinguió por su lengua, sino por sus manos. Abofeteó, en sesion pública, á un diputado; sí, á un diputado anciano. Luego, cuando los rumores del golpe de Estado corrian, cuando se anunciaba la hazaña realizada más tarde, el 2 de Diciembre, Pedro Bonaparte se puso bajo las órdenes de los montañeses y les anunció, jurándolo sobre un puñal, que seria capaz de matar á su primo como Bruto mató á su padre.

Luego, cuando ascendió el pariente que designaba por su víctima al trono, pasó á formar parte de su corte. Pero como se casara con una trabajadora del célebre barrio de San Antonio, del barrio republicano, el orgulloso César le siguió pagando su pension, pero le prohibió volver á la Corte. Retirado en Anteuil, donde la vejez y las enfermedades habian de consuno agriado su carácter, en cuanto la prensa fué libre, consagróse á luchar en la prensa con los enemigos de su familia. Estos arrebatos de ira, esta exaltacion de temperamento, esta repugnancia á las contradicciones,

rector del *Reveil*, Delescluze, que tiene sobre las muchedumbres grande ascendiente por su carácter sin debilidades y su historia sin manchas.

Después que hubo confiado el cadáver de su amigo á la tierra, encaminóse Rochefort, acompañado de inmensa muchedumbre, por la Avenida del gran Ejército hácia el Cuerpo Legislativo. Al llegar á los Campos Elíseos, la multitud era tanta, que parecia un rio fuera de su cáuce. El gobierno habia apostado muchas tropas, concentrando sobre Paris todos los acantonamientos militares. Los gendarmes, de guardia ante el antiguo palacio de la Industria, cerraron el paso al coche del diputado que se dirigia al Cuerpo Legislativo. En vano invocó su carácter, en vano el imperioso deber que á la representacion nacional le llamaba; fué tenazmente rechazado y tuvo que dar un rodeo para llegar á la sesion donde los diputados, circuidos por muchos destacamentos, aguardaban el desenlace del entierro. Ninguno de los individuos de la extrema izquierda habia asistido, y yo creo que debieron asistir todos. Las emociones sufridas por Rochefort fueron de tal suerte intensas, que se desmayó, costándole mucho á sus amigos devolverle el sentido. Cuando entró en la Cámara, después de tantas tragedias, volvió á lanzar sobre sus enemigos los Bonapartes uno de esos gritos de indignacion que parecian como la voz de una época y como el rugido de un pueblo.

No es mucho, que poseido de tan grande sobreex-

citacion, escribiera aquel mismo dia un artículo severo y elocuentísimo contra los Bonapartes. Pero sí es mucho que el ministro de Justicia pidiera inmediatamente autorizacion á la Cámara á fin de procesarle. Estas cuestiones de autorizacion produjeron debates calorosísimos. Para cortarlos, el ministro los aceleró. Gambetta, que deseaba intervenir en ellos, se sintió herido, y como el ministro usase respecto á él de frases no muy corteses, le provocó á una especie de duelo oratorio en que llevó todas las ventajas. Como el presidente le llamara al órden, Gambetta le contestó: "Llamad, Sr. Presidente, al ministro á la honra." El gran periodista Girardin, al hablar de la conducta seguida por Ollivier, procesando al escritor y al diputado, escribió estas ó parecidas palabras: "Callemos, porque siempre el dolor más profundo es el dolor más silencioso."

Por Marzo de 1870, sucedió una desgracia inmensa á Ollivier: la sentencia absolutoria del Príncipe Bonaparte, que causó una impresion de hondísimo disgusto en toda Francia. La vida humana estará siempre insegura en una sociedad donde un hombre pueda impunemente matar á otro tan solo porque él pertenece á una familia de reyes y su víctima á una familia de trabajadores. La opinion pública se preguntó angustiada si los tiempos feudales han pasado, si la revolucion ha venido, cuando puede existir á la sombra de las leyes esa monstruosísima excepcion. Francia, que tan pagada se halla de sí misma, creyó

su sociedad una sociedad de salvajes, cuando un hombre, que sin estar escudado por el derecho de legítima defensa, asesinó y no tuvo ni incomunicacion durante el proceso, ni castigo á su término. El jurado altísimo, compuesto de grandes capacidades y de antiguos magistrados, vino á mostrar el fruto que llevan todos los privilegios en sus entrañas: la injusticia. Imposible desconocer que ese príncipe es un loco, un furioso, un energúmeno. De su raza sólo tiene la ira. Los ojos se le llenan de sangre, la boca de injurias en cuanto oye la menor crítica. Si alguna duda cupiese de que es un asesino, y un asesino vulgar, esa furia ciega, ese lenguaje brutal bastarian para desvanecerla. No es un hombre; es un chacal. Oye hablar de su crímen, y no demuestra sentir un remordimiento. Ve á la madre del pobre Noir, con las señales de su dolor en el semblante, y no se conmueve. Parece uno de aquellos caballeros feudales que bajaban desde el castillo al llano por el placer de matar, y que luego traian las cabezas humanas colgadas al arzon de su caballo, y las arrojaban indiferentes sobre las piedras de sus patios, ó en lo hondo de sus fosos, entreteniéndose en ver cómo bajaban á buscarlas á bandadas los voraces buitres.

Fué incomprensible para todos que un jurado francés, el Jurado de un pueblo á su igualdad tan adicto, hubiera caido en la criminal idea de absolver á un asesino, porque tal asesino era príncipe. Y se daba el caso tristísimo de que Rochefort, representante del

pueblo, ungido por el sufragio universal, estuviese en la cárcel por haber soltado el torrente de su indignacion contra el asesino, y el asesino paseara su maldad y la ostentase á las puertas mismas donde yacia el diputado que marcaba con el hierro candente de su cólera al perverso. Yo comprendo que las almas enérgicas, al ver tanta impunidad, apelen al refugio supremo de la revolucion, ó que las almas místicas, no encontrando en la tierra justicia, se vuelvan al cielo é invoquen la justicia de Dios. Pero no se podia comprender, sino por esa ceguera que sobrecoge á todos los poderes, la torpeza del Imperio en considerar á su príncipe como un sér aparte, superior á las leyes, con lo cual, en vez de avivar el culto á la familia cesárea, avivaba las cóleras republicanas en un pueblo en que la dictadura de la convencion, la dictadura de la igualdad, tiene tantas y tan gloriosas tradiciones.

Así es, que el grito de la prensa fué horrible. El periódico de Rochefort publicó la lista de sus amigos presos junto á la sentencia del Bonaparte absuelto. *La Cloche* dijo, que desde allí en adelante sólo quedaba á los franceses, para defenderse de la familia Bonaparte, el puñal ó la pistola. *El Siecle* lamentó que el principio de igualdad ante la ley se hubiera perdido en Francia. Y hasta el mismo *Constitutionnel*, periódico bonapartista, declaró que jamás se habia cometido un agravio tan grande á la justicia en Francia. Un asesino alevoso encuentra la absolucion cuando debia encontrar la prision perpétua, eterna,

no solamente por ese crímen, sino por la reincidencia en ese crímen.

La emocion fué grande en la Cámara. El respeto debido por el poder legislativo al poder judicial, evitó una interpelacion de Gambetta. Pero Julio Ferry, inspirado por él, interpretando rectamente la opinion pública, presentó un proyecto de ley, en el cual pedia que ese Jurado excepcional, privilegiadísimo, fuese abolido, y todos los criminales, sin exceptuar aquellos más elevados, entraran inmediatamente en condiciones de igualdad con los demás ciudadanos, único medio de realizar la justicia.

Pero la gran campaña de Gambetta fué la campaña contra el plebíscito último del Imperio. El gobierno Ollivier, para demostrar su liberalismo, llevó á las Cámaras un proyecto de reforma constitucional, en que daba ciertas garantías al Parlamento. El Emperador, para mostrar que él continuaba siendo el jefe de la plebe, quiso que estas reformas constitucionales se sometieran á la sancion del pueblo. Así amenazaba á los poderes parlamentarios, recordándoles que contra todas sus prerogativas, quedaba siempre, como en apelacion suprema, el recurrir á los pueblos y á sus votos contra la Cámara y sus decisiones. Tal sistema no era más que la hipocresía de la democracia, porque un pueblo cercado de bayonetas, oprimido por los agentes de policía y los agentes del fisco, vejado por las autoridades gerárquicas que desde el trono bajaban, como enroscándose, hasta las últimas

aldeas, no podia votar sino aquello que le dictase el César.

Gambetta pronunció un admirable discurso en la Cámara sobre la reforma constitucional. Sus argumentos, encerrados en formas severas, pero elocuentísimas, destruian, aniquilaban el Imperio Cesarista. Hábil y práctico, no exponia sus propios principios; sacaba consecuencias de los principios contrarios. Y las consecuencias que sacaba, eran todas sin excepcion favorales á la República. Si le decís al pueblo que le pertenece la soberanía, no extrañeis que se la reserve para sí, ó que la reclame cuando crea que, en vez de su soberanía verdadera, le dais una autoridad irrisoria. Si entregais las soluciones que os parecen convenientes al sufragio universal, no extrañeis que el sufragio universal reivindique para sí todas las soluciones. Si cada plebíscito es una confirmacion del Imperio, y el Imperio los repite con tanta frecuencia, eso prueba que no puede ser hereditaria una institucion sin seguridad siquiera de llegar á ser vitalicia en la persona de su jefe más augusto. El dogma de la soberanía del pueblo, el sufragio universal, y los plebiscitos debian concluir lógica, necesariamente en la República. Estas ideas, dichas en severísimo lenguaje, conmovieron profundamente, primero á la Cámara, después á la nacion.

Tras haber desplegado talentos oratorios de incontrastable elocuencia en la Cámara, desplegó en el plebíscito talentos de accion á una altura idéntica. La-

chababa su inteligencia con cuatro obstáculos, verdaderos escollos: con la inclinacion de los franceses á la utopia; con la inclinacion todavía mayor á las revoluciones; con el fraccionamiento del partido republicano, y con la perpétua rivalidad de sus jefes. Los impacientes, los rojos, proponian y sustentaban el retraimiento. Era en aquellas circunstancias ésta una cuestion tan ociosa como las cuestiones entre juramentados é injuramentados que se suscitaban siempre al comienzo de cada eleccion. Gambetta estuvo resueltamente por la lucha. Su ánimo batallador no comprendia lo que ganan los partidos en la indolencia y en la ociosidad. Contra los exaltados, mantuvo la lucha, empeñada á todo trance, sin respiro, en cualquier terreno á que el Imperio citase á los republicanos. Entónces el partido avanzado comenzó contra él implacable guerra. Le echó en cara que no habia sostenido con energía la proposicion de Keratry para que el Cuerpo Legislativo se reuniese tumultuariamente. Le echó en cara, que olvidando la palabra irreconciliable, seguia los trillados caminos de sus antiguos colegas en la Cámara. Le echó en cara que usaba un lenguaje con los electores de Marsella y otro lenguaje con los electores de Paris. Le echó en cara que en Paris fué candidato del partido radical, miéntras en Marsella era candidato de todas las oposiciones. Le dijo miles de esas reconvenciones, que acompañan siempre á todos los predilectos de la fortuna como de la gloria, cuyas flaquezas se ven más por lo mismo que se ven más

tambien sus grandes cualidades. Y los enemigos que Gambetta tenia en el partido democrático, no alcanzaban á comprender las transacciones con la realidad á que se ven obligados todos los talentos políticos que comprenden de la realidad las grandes impurezas. El imperio ganó en el plebíscito una victoria. Pero una de esas victorias más adversas que cien derrotas. Los campos habian votado, como siempre, conducidos á las urnas por los curas y los alcaldes como hatos de ganado. Pero las grandes ciudades habian votado por la República. Pero cuarenta mil hombres del ejército habian votado contra el Imperio.

El plebíscito clavó un dardo agudísimo en el corazon del César. En vano se contaban los votos por millones; en vano acudian los cuerpos del Estado á rendir párias y quemar incienso ante esta nueva sancion del pueblo; el espíritu de las ciudades y del ejército rodaba en la mente del César y llovía gotas de plomo hirviente sobre su corazon. Desde aquel dia decidió la guerra. El candidato al trono de España no fué sino el pretexto. La guerra, aplazada por las conferencias de Lóndres y por la Exposicion de Paris, debia estallar y estalló para que el César pudiese teñir en sangre humana la púrpura de su heredero. Justo será decir que Gambetta no mostró en aquella ocasion solemne, contra la guerra, toda la energía que mostrara Thiers. De todos los diputados de la izquierda apareció, sin disentir abiertamente con sus compañeros, el más belicoso. Pidió, sí, los documen-

tos que debian esclarecer al Cuerpo Legislativo delante de problemas, que segun su felicísima expresion, ni podrian ser resueltos, ni podrian ser agotados en todo este siglo, ni quizá en todo el siglo venidero. Mas contra aquella guerra no mostró toda la indignacion de que era suceptible su elocuencia. Nadie diria que Gambetta es de orígen extranjero, segun el amor infinito que á Francia profesa. Su patriotismo tiene algo del patriotismo romano. Es, ante todo, sobre todo, francés. Proclama que el destino humanitario realizado por Francia en el siglo décimo-octavo, ha de seguir en el siglo décimo-nono, y ha de trascender hasta más allá del siglo vigésimo. No le hableis de la decadencia de su pátria. La creerá decadencia tambien de la humanidad entera. Quizá estos generosísimos pensamientos le llevaron al concepto de que la guerra seria siempre favorable á la nacion francesa. Si vencedora, recababa su línea del Rhin, la integridad de su territorio; si vencida, recababa sus intituciones republicanas, la integridad de su derecho.

Estalló la guerra. Tras la guerra vinieron los grandes desastres. Y tras los desastres vino aquella tremenda y formidable crísis del 4 de Setiembre. El infame imperio, que habia puesto sus piés y sus espuelas sobre el corazon del más revolucionario entre todos los pueblos; ese imperio, que en una noche lúgubre, mató la libertad, seguido de sus pretorianos, ébrios de aguardiente y de pólvora; ese imperio, que

con una mano resucitaba la monarquía en América y con la otra mano apagaba la teocracia en Roma; ese imperio, que asesinó á nuestros héroes, que aumentó el catálogo de nuestros mártires, que forjó todas nuestras cadenas; ese imperio, después de haber traido el extranjero sobre Francia, después de haber sembrado trescientos mil cadáveres que todavía yacen allá en los campos de batalla, iluminados por los siniestros reflejos del incendio, sucumbió en la ignominia; y al sucumbir, descargó de un peso enorme la conciencia humana, que vé al fin castigado el crímen y vencedora la justicia. Sedan fué su sepulcro. La noticia de las desgracias imperiales recorre todo Paris y lo subleva. El pueblo francés ha perdido todo un ejército. La perdicion del ejército se debe exclusivamente á la dinastía. Si en vez de ir á Metz, Mac-Mahon hubiera ido á Paris, esta gran ciudad, auxiliada por un ejército numeroso, es invencible. Trochú habia rogado que Mac-Mahon viniese sobre Paris. Mas Palikao no habia querido, porque la victoria de Paris era la victoria del pueblo, y él, de acuerdo con el Emperador, deseaba una victoria lejana, que diese lustre al nombre y á las armas de los Bonapartes, para volver sobre Paris é imponerle por fuerza la dinastía.

Las lenguas se desatan y publican á una todos los crímenes imperiales. Decia el imperio que estaba preparado, y no lo estaba. Decia que contaba con quinientos mil hombres, y solo contaba con trescientos

mil escasos. Decia que era formidable su material de guerra, y no tenia suficiente material. Decia que era infalible su plan de campaña, y su plan de campaña se ha reducido á salvarse él y á perder á Francia. Todo para la dinastía, todo por la dinastía. La primera mentida victoria de Sarrebruk, para exaltar al Príncipe Imperial, pobre inocente niño, retratado por su padre como un sér sin entrañas, impasible, en presencia de la agonía y la muerte de sus semejantes. Y esta dinastía, ni por la inteligencia, ni por el valor de sus príncipes, era de sus absurdos privilegios digna. El príncipe Pedro Bonaparte sólo servia para asesinar escritores indefensos. El príncipe Jerónimo Napoleon Bonaparte, que jamás vió las balas, corre á Florencia en demanda de un último auxilio, y abandona las banderas francesas. El Emperador huye cobardemente de Metz, y entrega más cobardemente todavía su espada en Sedan, sin que lo maten ni el dolor ni el remordimiento.

Paris, que sabe esto; Paris, que conoce esto, cree llegada ya la hora de acabar con la soberanía del Imperio y rehacer su propia soberanía. Calles, plazas, paseos se inundan de gentes que gritan: "el destronamiento, el destronamiento de los Bonapartes; viva la nacion, viva la Francia." Una inmensa multitud se dirige al General Trochú, gobernador militar de Paris, y le aclama y le conjura á que tome el poder caido en tierra. Trochú los calma, diciéndoles que el nombramiento del nuevo poder es competencia del Cuerpo

Legislativo. "Al Cuerpo Legislativo, al Cuerpo Legislativo," exclaman las muchedumbres.

Las avenidas del Cuerpo Legislativo son como un océano inmenso de cabezas. En torno del obelisco se congregan los Guardias Nacionales, unos con uniformes, otros sin ellos, bastantes con armas, muchos más desarmados; pero todos con igual entusiasmo. El juramento que corre de boca en boca es no permitir que el dia caiga sin que se haya levantado la República. Un grito atronador, inmenso, puebla los aires. La ciudad de Paris ha vuelto á encontrar su alma revolucionaria, esa alma con cuyos resplandores ha iluminado mil veces al mundo.

Y sin embargo, el Gobierno de Palikao, decidido á defender la dinastía hasta el instante último, ha llenado de tropas de línea las avenidas de la Cámara. En cuanto se reunen los diputados, Ferry pregunta por qué la Guardia Nacional ha sido reemplazada por el ejército regular, y por qué se ha quitado el mando de las tropas acantonadas en Paris al General Trochú, único defensor de Paris. Palikao se levanta, y con una familiaridad indigna del sitio y del momento, dice: "¿Os quejais porque os he buscado la novia demasiado bonita? *(Gritos de indignacion.)* ¿Os quejais porque he puesto en torno vuestro la tropa de línea, que respetará con mayor empeño la libertad de vuestras deliberaciones?" Una protesta ruidosa, numerosa, se exhala de los bancos de la izquierda y de la tribuna pública. Tres proposiciones se presentan:

una de Palikao, que pide un gobierno designado por la Cámara, y la presidencia de ese Gobierno para sí. Inmensa carcajada responde á esta pretension insensata. Otra de Thiers, que pide un gobierno provisional, y la apelacion á la Asamblea Constituyente en tiempo hábil. Otra de Julio Favre, que comienza: "queda destituido el Emperador Napoleon con toda su dinastía." La Cámara nombra un Gobierno Provisional. La defensa de Paris queda confiada al General Trochú. El Congreso se reune en secciones para estudiar estos tres proyectos de ley. Los ugieres intentan despejar las tribunas; mas los espectadores no quieren salir.

Miéntras tanto, el grito de ¡Viva la República! se exhala hasta del suelo de Paris. Los muertos del 2 de Diciembre se reaniman. Los habitantes todos proclaman ese mágico nombre que ha de salvar á la nacion en peligro. Los soldados tienden los brazos á los Guardias Nacionales, y los Guardias Nacionales al pueblo. Sólo hay una voz, como sólo hay una alma, como sólo hay un pensamiento: la reivindicacion de la República.

Las águilas imperiales son destrozadas, los timbres napoleónicos rotos, las verjas de las Tullerías tronchadas casi por el oleaje popular. El General Mellinet, que manda en palacio, amenaza con hacer fuego. El pueblo, para que nadie le atribuya pensamientos indignos del principio de su resurreccion política, escribe en las paredes: "respeto á la propiedad nacional; muerte al ladron." Un parlamentario trata con el Ge-

neral Mellinet y conviene en que la Guardia Nacional sustituya al Ejército en la custodia de aquel palacio que ha presenciado tantos triunfos y tantas catástrofes de la monarquía. El parlamentario del pueblo recorre aquellas abandonadas estancias, donde acaban de resonar las últimas pisadas de otra familia real fugitiva. En el cuarto del Príncipe aún estaba abierta la última página de Historia trazada en el álbum de sus lecciones. Luis XV: corrupcion, tiranía, debilidad, intolerancia. ¿No parecía este el resúmen del reinado último de su raza? La habitacion que habia acabado de desalojar la Emperatriz, aún tenia el reflejo de su presencia. Sobre una silla habia una bata; y sobre una mesa restos del frugal desayuno, un poco de ternera, un huevo pasado por agua recien abierto, pero no bebido, y algunas rebanadas de pan y queso. La última en dejar su sitio fué ella. Cuando el pueblo entraba por una puerta, salia por la otra, recordando tal vez las tragedias presenciadas por otros reyes. Un fiel servidor lloraba y decía: "Pobre emperatriz! todos la han abandonado." Así son los cortesanos siempre; débiles y cobardes como todas las almas envilecidas.

Estas escenas coincidian con las escenas del Cuerpo Legislativo. Miéntras los diputados se habian ido á deliberar á sus secciones, los periodistas, los antiguos diputados republicanos salian al peristilo y llamaban á la multitud. La guardia nacional se puso á la cabeza de las muchedumbres. Las tropas no re-

sistieron, fraternizaron con el pueblo. La sala de sesiones fué invadida en el momento mismo en que los diputados volvian á ocupar sus asientos. El ruido era tempestuosísimo. La multitud gritaba: el destronamiento de los Bonapartes, la proclamacion de la República. Gambetta subía á la tribuna. Una infinita ovacion le saludaba. Pero en cuanto pedia que dejaran á la Cámara la libertad de sus deliberaciones, el ruido era atronador, y los gritos de "Viva la República," innumerables. Schneider, el presidente, reclamaba silencio invocando la autoridad de Gambetta. "Calle ese asesino de los trabajadores," gritaban. Julio Favre quiere leer un papel; no le dejan. "La República, la República," gritan todos á una voz. En esto se oyen tremendos golpes, las puertas de una tribuna caen, espesa nube de polvo inunda todo el recinto del salon, los diputados de la derecha, imperialistas, huyen, el Presidente se escapa, llegando hasta su palacio, rasgadas las vestiduras, abollado el sombrero y hasta herido el rostro, y los diputados de la izquierda van al Hotel de Ville, donde es solemnemente proclamada la República. Miéntras unos corren al Hotel de Ville, otros corren á la Cárcel, sacan á Rochefort y lo llevan en triunfo hasta el Gobierno. Se ha proclamado la República.

El Gobierno Provisional queda constituido. Lo forman todos los diputados republicanos de Paris, que el mundo conoce y admira. Entre ellos se encuentran los antiguos ministros del Gobierno de 1848,

Garnier-Pagés y Cremieux; el gran orador de la izquierda, Julio Favre; el elocuente publicista que ha difundido tantas ideas en la juventud contemporánea, Pelletan; el jóven que reune á las extraordinarias dotes de una elocuentísima palabra, toda la madura sensatez de un hombre de Estado, Gambetta; el ingeniosísimo Picard, que en vísperas de perderse al borde oscuro de un olivierismo incomprensible, ha sido rescatado por la revolucion para la República: hombres todos de alta inteligencia, de antiguos y probados servicios, cuya sinceridad de carácter está unida fuertemente á un exaltado patriotismo.

A todos ellos se encuentra reunido Rochefort, recien sacado de la cárcel. Gambetta suprimió su nombre en la primera lista del Gobierno Provisional; mas el clamor público le incluyó con grande imperio. La República está fundada sin dolores, sin lágrimas, sin desórdenes, como una consecuencia necesaria de las derrotas imperiales, como un fruto espontáneo de la opinion pública; y en medio del peligro, entre ruinas, bajo la tempestad, es como la inmaculada esperanza del espíritu humano, que rompe la cabeza de la tiranía.

Mas los poderes que la República destruye, ¿cómo en estos momentos supremos se defienden? La Emperatriz, como ya he dicho, permanece en su puesto. En vano la muchedumbre se agita, se encrespa, rodea el palacio, amenaza invadirlo; hasta en aquellos momentos angustiosos vela con heróica resignacion por el resto último de autoridad confiado á su custodia.

Su pariente, Fernando Lesseps, el Hércules del itsmo egipcio, le ha presentado un proyecto de abdicacion espontánea en la República; proyecto concebido por la cabeza volcánica de Girardin, á quien sus veleidades monárquicas dejan fuera de la gravitacion republicana, á pesar de tener una pluma que debió haber sido constantemente como un rayo de luz proyectado sobre la cabeza de Francia, y que, por culpa de esas veleidades, indisculpables en quien tiene tantos talentos, sólo ha sido como un extraño cometa. La Emperatriz consulta el proyecto al Consejo de Ministros, y el Consejo de Ministros dice que no es oportuno, que todavía puede y debe salvarse la dinastía. Cuando acababan de dar sus consejeros esta esperanza á la Emperatriz, el pueblo rompe por todo, invade, llega á la gran puerta, y la Emperatriz, por la puerta secreta de la calle de Rivoli, se lleva trás sí, como María Antonietta en 1792, como María Luisa en 1814, como la Duquesa de Berry en 1830, como la Duquesa de Orleans en 1848, la autoridad y la fortuna de su dinastía.

El Senado, otro de los poderes caidos, celebra una sesion bizantina. Uno de los senadores, que no protestó contra la indigna comedia del destronamiento simulado, se levanta á dar un viva á la dinastía, viva tan siniestro como el ruido de un esqueleto cayendo en una huesa. Los más valerosos proponen la sesion permanente. Pero la prudencia prevalece sobre el valor, y el Senado se separa prometiendo reunirse á

la noche; y sólo se ha reunido en la noche eterna. Un mensajero del Gobierno Provisional pone los sellos del Estado sobre las puertas de aquellos espléndidos salones, y declara disuelta la Asamblea aristocrática, escudo del Imperio. La historia condenará á desprecio eterno aquella madriguera de cortesanos.

La mayoría del Cuerpo Legislativo se reune en el palacio de la Presidencia. No hay ninguno de los presidentes legítimos. Thiers preside. Julio Favre corre á declarar que el pueblo ha tenido á bien proclamar con unánime grito la República, y que los diputados de Paris, incapaces de abandonar al pueblo en la hora de la desolacion y del peligro, habian recibido su mandato y proclamado tambien la República. Julio Simon confirma las palabras de Julio Favre, y añade que Rochefort, en cuya prudencia confia, ha entrado en el Gobierno Provisional; que si Thiers no ha entrado, ha sido por haber opuesto inquebrantable negativa.

Los diputados imperialistas, luego que los individuos del Gobierno Provisional se han retirado, gritan, vociferan, protestan, recuerdan que ellos son representantes del sufragio universal, se indignan contra las manos aleves que han puesto los sellos del Estado en el edificio del Cuerpo Legislativo. La palabra final ciertamente faltaba á esta escena. Thiers la tiene guardada en su agudo ingenio hace veinte años. Es un dardo que traspasa de parte á parte los corazones de todos los imperialistas. Es una evocacion á

la justicia. Es la moral de toda esta gran tragedia, moral destilada y reducida á su última esencia. Oidle, oidle. El primer trágico del mundo, Esquilos, Shakspeare, Calderon, jamás hubieran hallado un final más propio del Imperio. La historia inspira disgusto de la novela; porque no hay novela, ni tan dramática, ni tan lógica. ni tan por extremo interesante como la historia. "¿De qué os quejais? dice Thiers. ¿De que han puesto sus sellos al edificio de la Representacion Nacional? Peor fué sellar á los representantes. Y aún no he olvidado la marca del sello que nos pusieron el 2 de Diciembre. Yo soy un prisionero antiguo de Mazas." Con esta carcajada concluyeron las Asambleas del Imperio. Hay Providencia.

En esta crísis obtuvo, como hemos dicho, Gambetta el ministerio del Interior. Inmediatamente sobrevino el sitio. En los primeros dias de esta inmensa calamidad empleó toda su energía para proveer al armamento del pueblo de Paris. Auxiliábale activamente en el grandioso trabajo Dorian, su compañero de diputacion, que desplegara cualidades casi sobrenaturales para la organizacion. Mas ora fuera por rivalidades de sus compañeros, ó porque Trochú empezara á comprender que á Gambetta no podia escapársele su incapacidad, lo cierto es que el jóven ministro, el ministro de la energía, el ministro de la audacia, fué lanzado léjos de Paris en la barquilla de un globo aerostático. Por algunas horas estuvo en la region silenciosa y sombría de lo infinito. Algunas

veces su globo descendía, y las balas de los grandes tiradores alemanes lo agujereaban. En tal conflicto, arrojaban los navegantes del aire lastre, despachos, hasta sus gabanes para lograr que el globo subiese. Llegaron á pensar en cuál de ellos debia precipitarse de aquellas alturas para que los otros ascendiesen. Imposible decir las angústias que desgarraron su alma en aquel viaje por las nubes, que le imponia su patriotismo. Pero habia algo superior á su audacia, y era su fé, su fé completa en la salvacion de Francia. Por fin llegó á Tours, y puso mano en la redencion de la pátria.

Hállase de tal suerte el mundo habituado á confundir la fortuna con la inteligencia, que solo cree obras meritorias las obras de éxito. El esfuerzo supremo, las grandes ideas, el patriotismo, el sacrificio no se estiman sino cuando ciñen las palmas de la victoria. Por eso la brillante campaña de Gambetta en Tours y Burdeos no ha sido apreciada por sus contemporáneos; pero será apreciada por la posteridad. Abandonado de sus compañeros, sin ejército, sin material de guerra, dueños los prusianos del Este, entregada Estrasburgo, caida Metz, Paris cercado formidablemente, con la derrota por todas partes, con el pánico en todos los ánimos; naufragio sublime, que desafiaba al cielo, cuando la ola subia sobre su cabeza, y el rayo azotaba su espalda, y el huracan le arrancaba de las manos las únicas tablas de salvacion, no desmayó ni un punto, y su voz dominó todo el

oleaje y fué más poderosa que la tempestad. Sólo aquella palabra de fuego, sólo aquella voluntad de hierro, sólo aquel patriotismo á la antigua, pudieron levantar el ejército del Loira, el ejército de Dijon, el ejército del Este, el ejército del Norte, y tener por un momento en grande incertidumbre la táctica de Moltke, la inteligencia de Bismark y la fortuna de Guillermo.

Pero las ventajas obtenidas por Aurelles de Paladine sobre el Loira, y las ventajas obtenidas por Faidherbe en el Norte, volviéronse pronto desventajas, y grandes desventajas. La caida de Metz llevó tropas de refresco al campamento aleman. La llegada de estas tropas le permitió mandar divisiones sobre la Turena, sobre la Borgoña, sobre la Bretaña. El cielo era inclemente. El invierno tenia una crudeza increible. Caia la nieve á torrentes y sobre la nieve caian los hielos espesísimos. Los soldados franceses creíanse fuera de su misma pátria, segun lo inclemente de aquel cielo, y eran soldados improvisados. Los alemanes, habituados se hallaban á inviernos tan rigurosos, y eran soldados aguerridos. Seguia la derrota por todas partes á los defensores de la República. Solamente Garibaldi en Dijon obtuvo una victoria. Este General honrado y heróico ha referido los crímenes de que fueron reos los soldados del Norte, reproductores de las atrocidades con que mancharon el mundo las irrupciones germánicas, los negros tiempos feudales. Machacaban á culatazos los cráneos de los

franceses rendidos é inermes; prisioneros de guerra, sagrados por el derecho de gentes. Los cirujanos, que corrian á curar los heridos de uno y otro bando, eran asesinados. Sus cabezas y sus corazones servian de blanco á las balas prusianas. Un capitan de franco-tiradores, que herido quedara en el castillo de Ponilly, es cogido, atado de piés y manos, puesto en el tormento, herido de nuevo con toda suerte de brutales agresiones, y luego quemado vivo. En estas horribles carnicerías de la guerra, más bárbara cuanto más progresiva es la sociedad donde se ceba, cayó muerto un hombre heróico, el general polaco Bosak, amigo de Garibaldi. Delante de mí, en Tours, pidió Garibaldi el nombramiento de jefe de brigada para este ilustre mártir de la libertad. Yo le conocí en Ginebra. Era un jóven de treinta y cinco años, alto, elegante, nervioso, de barba rubia y ojos azules, en los que se retrataba una honda tristeza, como si la luz del dia no entrara en ellos, sino á través del duelo por la pátria muerta, duelo que ponia en su retina nubes invisibles de lágrimas eternas. Recuerdo una reunion célebre, en la cual pronunció algunas palabras por su infeliz pátria. No era aquello un discurso, era un sollozo. Sus manos se crispaban como si los dolores de todas las generaciones polacas las sacudiesen. Sus ojos relampagueaban. Las palabras salian del pecho entrecortadas por suspiros profundos, amarguísimos, que parecian el lloro de todo un pueblo. Tendió los brazos al aire, habló en frases cortadas, expre-

só un dolor vivísimo, algo semejante á los trenos de Jeremías, á las lamentaciones de los profetas bíblicos en las orillas del Eufrates. Yo en el sollozo de aquel héroe ví pasar como en espesa nube de lágrimas el alma de Polonia herida, desgarrada, produciendo y devorando generaciones de cuerpos esclavos y de almas muertas. Pues bien: aquel jóven ha ido á pelear, á morir por una gran nacion que defiende la independencia del hogar y la independencia de la pátria perdidas para Polonia. Su fé, su exaltacion le llevaron hasta el sacrificio. Empeñado en atrevidos reconocimientos, intentó detener numeroso ejército con unos cuantos hombres. ¡Valor inútil! Cayó atravesado por las balas prusianas, consagrando hasta el aliento último de su vida á la libertad y á las nacionalidades. Leonidas le llama Garibaldi. Más sublime que Leonidas le llamo yo. En los desfiladeros de las Termópilas se sacrificó Leonidas por la independencia de su propia pátria; y en los campos de Borgoña, Bosak muere por ajenos hogares, por ajena pátria. Su alma se ha desprendido de todo carácter terreno y ha pasado á ser, en virtud de tan heróico sacrificio, como un matiz del alma luminosa de la humanidad entera. Su sacrificio no será infecundo; la batalla de Dijon es uno de los pocos triunfos que en estos ultimos dias, registra la nobilísima cáusa de la justicia y del derecho.

Mas no bastó, nó, tanto esfuerzo á conjurar esta *gran irrupcion*; que fué un pueblo cayendo sobre otro

pueblo, una raza mudando de centro y desprendiéndose sobre otra raza desgraciada. Paris, Paris fué la víctima; Paris, cuyos dolores no tienen ni medida ni número. En los tristísimos dias del bombardeo se agravó la miseria. Yo recibia á la sazon por los globos tripulados algunas cartas, concisas, doloridas, dictadas por la fiebre, escritas entre el sacudimiento de los edificios conmovidos al embate del siniestro huracan, bajo la lluvia de bombas que rasgaban con sus estallidos los aires, y con su siniestro relampaguear las tinieblas de la noche. ¡Qué descripciones de la situacion de Paris! Sobre el barro de nieve y escarcha; bajo el cielo frio como la mano de un cadáver corrupto; á la dudosa luz de opaco amanecer; en las mañanas glaciales del cruel Enero, que parece haber arrancado á las entrañas del planeta su calor, como al corazon de Europa su humanidad, agolpábanse en monton á las puertas de las carnicerías pobres mujeres haraposas, hambrientas, febriles, centelleando de sus ojos siniestros reflejos, despidiendo de sus lábios palabras incoherentes, y que iban allí, estátuas de la desesperacion, ¡ay! no por sí mismas, no por su vida, que apénas valía la pena de conservarse, sino por sus pequeñuelos, por sus hijos, condenados tal vez en lo porvenir á no tener pátria.

¿Y qué recibian? Algunos pedazos de pan moreno, casi indigeribles, algunas onzas de carne de caballo seca, curtida, rugosa, semejante á la madera ó el cuero. Y cuando en esta triste situacion se encontraban,

bajo el látigo de la miseria, tendiendo la mano acostumbrada al guante para recoger una limosna, la bomba estallaba en los aires ó se hundia á sus piés; los milicianos heridos en la batalla próxima, volvian unos por su pié, otros en camillas, que chorreaban sangre, y bajo las ruinas calcinadas se descubrian cadáveres de niños sacrificados por las granadas ó de pobres mujeres, en cuyas venas derramaran ardiente tifus los miasmas difundidos en los aires por el letal aliento de la guerra.

Paris se iba á morir de hambre bajo aquella granizada de bombas. Era necesario un supremo esfuerzo. La exacerbacion de la guerra, la crueldad del bombardeo, sólo significaban que los prusianos habian expedido la mayor parte de sus tropas al Norte, al Loira, al Este para perseguir los cuerpos de ejércitos destinados á libertar á Paris. Un supremo esfuerzo de la guarnicion parisiense en aquellos momentos, acaso fuera coronado con la victoria. Pedíanlo á una todos los partidos. Aconsejábanlo todos los periódicos, desde el sesudo *Tiempo* hasta el rabioso *Combate*. Solamente Trochú, á quien Paris confiara su salvacion, manteníase frio ó atemorizado, aguardando un auxilio imposible, decidiéndose á una paciencia inverosímil. Los clubs, muchas veces descaminados, pero entónces razonables, si no en las formas violentas, en el fondo esencial de sus quejas preguntaban que se proponia el gobernador de Paris con esta quietud angélica en medio de la ruina, de la devastacion, de la muerte,

del incendio. Los diversos cuerpos de alguna representacion social repetian la misma pregunta, preñada de dolores y de amenazas. Los guardias nacionales mostraban sus armas inertes y á veces exigian la lucha. El fuego atronador que todas las baterías vomitaban de sus cañones, ningun daño, ningun desperfecto, ninguna mella hacía en las trincheras enemigas. La inaccion del General llegó á irritar al pueblo. La misma prensa de provincias, que viera en Paris la salvacion de la Francia, y en Trochú la salvacion de Paris, comenzó á difundir sospechas sobre la aptitud del General para ese inmenso ministerio que le habia confiado la revolucion francesa en esta crísis suprema, no sólo de Francia, sino de todo el género humano. Veinte años de Imperio han rebajado el nivel intelectual de la nacion francesa. Así en esta larga y sangrienta campaña, lo mismo el reputado táctico Mac-Mahon que el valerosísimo general Bourbaki; lo mismo Bazaine dentro de Metz, que Trochú dentro de Paris, han dado muestras de una incapacidad que solo se explica por la decadencia universal nacida del Cesarismo.

Por fin, á tantos clamores como pedian la salida, hubo necesidad de acceder. Fué convenida, arreglada, resuelta en consejo de generales, más que por el propio convencimiento de estos, por el impulso de la opinion pública indignada. El dia 19 de Enero de 1871 se designó como dia de salida. El principal objeto de este plan militar era apoderarse de las alturas de

Saint Cloud, cuyos cañones desataban la gran lluvia de balas sobre los barrios de la orilla izquierda del Sena. Ya allí, ganadas aquellas posiciones, debian fortificarse y descender impetuosamente hácia Versalles en busca del nuevo Emperador de Alemania y de su cuartel general. Vinoy mandaba la izquierda, apoyándose en el rio; Bellamare mandaba el centro; y Ducrot la derecha, apoyándose en el camino de Rueil. Trochú no estuvo inspirado ni feliz en el desempeño de este plan de ataque, no mal pensado, pero muy mal cumplido. Buen crítico de operaciones militares, no es al mismo tiempo buen práctico. Sus teorías son más brillantes que sus hechos, y sus libros mejores que sus campañas. Debe toda la popularidad en los últimos dias del Imperio alcanzada, á los folletos escritos sobre la organizacion del ejército prusiano, y no la imita. Los parisienses le creyeron un general cuando sólo era un sábio. Cierto escritor inglés le ha comparado con Emilio Ollivier en la facilidad de teorizar y en la dificultad que encuentra para cumplir sus teorías. Segun sus planes, Ducrot debia emprender un movimiento convergente y apoyar á Vinoy, que por sí sólo podia tomar á Montrelou, pero que no podia por sí sólo sostenerlo. Si avanzando Vinoy, no llegaba á tiempo Ducrot, estaba todo perdido: la salud de Paris, la salud de Francia, la salud de la República dependian de aquel movimiento. El error de Trochú consistió en no medir préviamente y en no calcular con oportunidad las dificultades que debia en-

contrar Ducrot en su marcha y en su movimiento convergente. Así, lo emprendió cuatro horas después de haber Vinoy ocupado con grande arrojo, mezclado de aplomo, las posiciones que debia tomar. Estas cuatro horas sirvieron á los alemanes para recobrarse, para reunirse, para caer como un espeso enjambre sobre el punto, clave de la posicion estratégica. A esta falta de prevision unió Trochú falta de fuerzas. Sacó del Monte Valeriano cincuenta mil hombres cuando debió sacar cien mil; sacó escasa artillería, cuando, librada á esta maniobra toda la suerte de Paris, debió sacar numerosísimos trenes.

Esta salida fué un verdadero desastre. Entre Buzenval y Montretout quedaron mil franceses muertos. Cinco mil heridos poblaban con sus quejas aquellos campos de matanza, aquellos aires cargado de evaporaciones de sangre. El hijo de Fernando Lesseps, ese Hércules del Istmo de Suez, cayó entre estos cinco mil heridos. El célebre pintor Begnault fué alcanzado por una bala que lo hirió mortalmente. Debia casarse con una hermosísima jóven que fuera largo tiempo la musa de sus inspiraciones, el ideal de belleza en que buscaba el secreto de la encarnacion de sus pensamientos y el modelo de la forma; casta musa de este pintor, que á modo de los artistas del renacimiento, era tambien soldado. En cuanto cayó herido, y sintió que la vida se escapaba de su sér, pidió le trasportaran desde el campo de batalla á casa de su amada. Para ella fué su última mirada, para ella

su último suspiro, como para ella habian sido sus inspiraciones y para la pátria su existencia.

A este tenor miles de tragedias se cuentan. Pero confieso que no inspiran compasion tan grande á mi alma desolada los muertos como los vivos. Preferible es mil veces para todo buen francés morir á ver á Francia caida de tan alto en esos abismos. Felices los que mueren sin saber, sin adivinar que tambien se muere la pátria de sus padres. ¡Ah! Esta salida del dia 19 es desesperante. ¿Por qué, una vez tomada la posicion de Montretout, no la conservaron? ¿Por qué no combatieron los franceses con más golpe de gente? ¿Por qué no usaron más artillería? Cuando Vinoy estaba en Montretout, el rey Guilllermo, y Moltke, y el Príncipe real, que desde el acueducto de Marly observaban la batalla, sintieron por vez primera en esta campaña el escalofrio del terror. Se hallaban cortadas sus comunicaciones con el príncipe real de Sajonia. La interrupcion del ferro-carril entre Toul y Nancy embarazaba sus comunicaciones con Alemania. Era difícil, dificilísima la posicion del Estado Mayor prusiano en Versalles. Más tenacidad en sostener á Montretout, fortificaciones rápidas é inmediatas, á imitacion de los prusianos; artillería en posicion barriendo los batallones de reserva que iban á combatirlos, y el sitio de Paris se levanta, y Francia se salva.

Se dice que Trochú no sacó de Paris el número de gentes necesario por temor á los rojos. Mas el medio de vencer á los rojos era presentarles una victoria.

Su oposicion hallaba sobrado fundamento en la apatía de un general que deja bombadear á Paris y no sale de la ciudad como un torrente cuando el bombardeo solo significaba una estratajema del sitiador para desconcertar al sitiado. Queríase que las oposiciones lo sacrificaran todo por la pátria, y en esto el gobierno de Paris tenia razon. Mas no se daba á los de abajo ejemplo defendiendo ántes que todo la pátria. La retirada de Montretout ¡qué error y qué vergüenza! A las ocho de la noche, el hurra de la victoria resonaba de regimiento en regimiento prusiano hasta llegar á Versalles. La monástica poblacion de este real sitio, reanimada un instante por la victoria, volvió á caer en su triste silencio así que supo la adversa suerte de sus armas. Y Paris entró en verdadera desesperacion; sí, en verdadero delirio.

Nadie como yo abomina la demagogia. Sus utopias sensuales, sus procedimientos horribles, el delirio que inspira á los pueblos, léjos de producir ciudadanos útiles, produce locos furiosos. Nadie como yo ha deplorado las intemperancias de lenguaje á que los clubs se entregaran. Pero convengamos en que, si no se justifican, se escusan, ó si no se escusan, se comprenden todas estas imprudencias delante de un general que desperdicia horas preciosísimas, y que, al desperdiciarlas, hiere la noble cáusa de la República Europea.

La agitacion de Paris no tenía límites. Por la noche del 21 rebosaban de gentes los clubs. Habian

visto pasar innumerables heridos. Habian visto al Gobernador pedir armisticio de cuarenta y ocho horas para enterrar los muertos. Habian visto volver el ejército sitiado retrocediendo ante la pujanza del ejército sitiador. A todos estos horrores se unía la recrudescencia del bombardeo que, sobre el histórico barrio de Saint Denis, lanzaba á millares las granadas, cercando de un círculo de fuego infernal aquellos cuarteles; aquella catedral histórica, maravilla del arte gótico, donde se alzan los sepulcros vacíos de los reyes de Francia. Entre esta desolacion, entre el rastro de sangre que dejaban en el suelo de Paris las venas de sus hijos, y el rastro de fuego que en los aires dejaban las bombas de los prusianos, llegaron hasta la exaltacion del delirio las imprecaciones de aquellos que sólo en los procedimientos de la Convencion hallan los medios expeditivos de salvar á Francia y su República.

En el club de la Dama Blanche se conviene y se jura por todos la revolucion inmediata. En el club de la Escuela de Medicina, un ciudadano llamado Levy pronuncia las siguientes palabras entre ardentísimas muestras de adhesion, llevada hasta los límites últimos del humano entusiasmo: "Juremos cumplir nuestro deber; derribar ese gobierno que nos entrega y nos vende." Cierto clubista del Eliseo Montmartre, se queja de que dá á comer al pueblo pan de tierra, el cual seca los fauces y empiedra el estómago. Para este orador no son los prusianos, nó, los bombar-

deadores de Paris, sino el general Trochú, que arroja bombas desde el Monte Valeriano á fin de que los propietarios pidan la capitulacion. Cuando tales cosas podian decirse impunemente, la irritacion producida por la rota del 19 en Montretout debía ser general y espantosa.

Mas una insurreccion ¿á qué en aquellos momentos supremos conducía? No basta la sangre que empapa el suelo de Francia; no basta el bombardeo bajo el cual Paris, la obra de tantos siglos, se desploma; no bastan los montones de muertos que hay sembrados por las orillas del Loira, por las riberas de Normandía, por los campos de Borgoña, por los desfiladeros de los Vosges; no basta con que el Sena enturbie en sangre sus aguas, y con que dos millones de séres humanos ¡ay! estén bajo la amenaza de una muerte por hambre, sino que tambien es preciso, entre el estallido de las bombas prusianas, desencadenar la guerra civil para que acabara de destruir y aniquilar la destrozada pátria.

Miéntras pasaban en los clubs esas escenas, los milicianos de Belleville iban á Mazas, sorprendian la guardia, reemplazábanla, cogian al carcelero mayor ó alcaide, le obligaban á soltar la llave de la prision, abrian la verja, libertaban á Flourens, lo conducían triunfalmente á su barrio, y allí, tocando á general rebato, organizaban la insurreccion roja en demanda de la junta revolucionaria y, por consecuencia, de la inmediata destitucion del gobierno.

Es el dia 22 de Enero. La mañana ha pasado tranquila. Pero el Hotel de Ville y la plaza de la Greve demuestran que de tempestad hay amagos. El Hotel de Ville es para los modernos parisienses como el Monte Aventino para los antiguos romanos. Su plaza se llama plaza de la Greve y ha dado nombre á los actos más característicos de las asociaciones obreras. Poniéndose de frente al Hotel de Ville, descúbrense hácia la derecha las torres góticas, las agujas caladas de Nuestra Señora de Paris; los dos brazos del Sena que forman la isla, nido de la gran ciudad y de toda la nacion francesa, y á la izquierda la calle de Rivoli cuando ya vá á entroncar con el populoso y republicano barrio de San Antonio. Las mayores tragedias revolucionarias se han desarrollado en este teatro. Allí se instaló aquella municipilidad revolucionaria que ejerciera dominio absoluto sobre la Convencion. Allí cayó Robespierre después de haberse elevado sobre el prestigio de e e templo. En sus balcones decretó Laffayette la destitucion de la dinastía borbónica y coronó con el morrion de la milicia nacional á la monarquía de Julio. En el Hotel de Ville se proclamó en 1848 la segunda y en 1870 la tercera República francesa. Por eso cuando los horizontes se oscurecen, cuando las ideas relampaguean, cuando la gran ciudad se siente movida por una de las inspiraciones que la han agitado en todo tiempo, es el Hotel de Ville el sitio en que las revoluciónes triunfan y se formulan, es el Hotel de Ville como el Sinaí de la democracia moderna.

A la una de la tarde del 22 de Enero están cerradas las ventanas, corridas las verjas de ese palacio del pueblo. Algunos grupos, en número cortos, pero en aspecto amenazadores, se esparcen por el recinto de a plaza. A las ventanas sólo se veian dos oficiales de guardias movilizados bretones, y un oficial de la milicia parisien ante la puerta mayor abierta y tras la verja cerrada. Los grupos, dirigiéndose á estos oficiales, pedian pan y la caida de Trochú. Al dar las dos, treinta milicianos desembocan por el lado de los muelles. Todos vienen armados, pero en actitud pacífica, las bocas de sus fusiles hácia abajo. Sin embargo, al llegar, algunos los cargan y juran apuntarlos pronto á las ventanas de la artística fachada principal. En efecto, descubríanse tras sus cristales las sombras de los guardias bretones que escudriñan los menores acaecimientos de la plaza. El grito convenido es la destitucion de Trochú. Para pedirla con oportunidad y obtenerla con prontitud, decidieron dirigirse á la habitacion misma del General. Y en efecto, partiéronse por la calle de Rivoli hácia el lado del Louvre.

Parecía todo tranquilo en este punto, cuando á las tres se oye el redoble precipitado de un tambor que toca ataque. Son trescientos milicianos armados, que en son de guerra vienen desde Belleville, y han desfilado en la plaza de la Bastilla ántes de tomar la calle de Rivoli por el extremo opuesto al en que se encaminaban los milicianos anteriores. En cuanto avis-

fan el Hotel de Ville, suena una descarga. Las ventanas de la gran fachada se abren, los movilizados bretones aparecen, apuntan hácia la desembocadura de la calle de Rivoli, donde los amotinados se encuentran, y descargan sobre ellos. En el espacio de un segundo cubrióse el suelo de gentes desplomadas sobre el frio barro. Unos cayeron porque se agacharon para tirar, otros porque corrieron impetuosamente y, chocando en su carrera, tropezaron; muchos por heridos y algunos por muertos. Al ruido, la guardia nacional, las tropas de línea, los gendarmes acuden, y el órden se restablece. Miéntras pasaban estas escenas, tronaba la artillería y desgajábanse bombas sin número sobre los barrios de Paris. ¡La guerra civil junto á la guerra de conquista! ¿No está aún bastante castigada Francia?

Los sucesos del Hotel de Ville ¿movieron á capitular al gobierno de Paris? El mismo dia 22 en que la guerra civil ensangrentaba los alrededores del palacio republicano, Trochú dimitia su cargo de general en jefe y gobernador militar. A su vez Vinoy, que tomara á Montretout y lo sostuviera el mayor tiempo posible, era nombrado en reemplazo del dimisionario. Estas evoluciones de última hora no satisfacian á la opinion pública, desalentada ya en vista de los obstáculos innumerables que la salvacion de Paris encontraba. Al mismo tiempo los víveres disminuian con tal rapidez, que dos millones de criaturas humanas se hallaban expuestas á morir por hambre como aquellos

infelices judíos del sitio de Jerusalem que echaron suertes sobre los cuerpos de los pequeñuelos y se comieron á sus hijos. A estas angustias, sentidas bajo una granizada espesísima de bombas y de granadas, se unían los partes del exterior. Algunas palomas, que habian levantado su vuelo sobre el oceano de candente plomo esparcido por la atmósfera de Paris, llevaban bajo sus blancas alas pequeños pergaminos, donde iban escritas las adversas nuevas del retroceso general de todos los ejércitos franceses. En vista de tantos desastres, desgarrados por desesperante dolor, temiendo que la historia les diese en rostro con la destruccion de la primera entre las ciudades modernas, los miembros del Gobierno Provisional decidieron la inmediata capitulacion.

Detengámonos un momento en presencia de este suceso. Cuando un pueblo ha ocupado el trono altísimo de Francia, no debe de él bajar sino después de haber intentado el esfuerzo último y el supremo sacrificio. Guillermo de Orange prefiere que las ondas del oceano se traguen Holanda á que la huellen los ejércitos extranjeros. ¿Viviría Holanda sin esta decision bárbara, pero heróica? El ruso, humillado por Napoleon, quema á Moscow. La ciudad santa de los moscovitas ¡ay! es un monton de cenizas; pero sobre esas cenizas se alza el espíritu, la vida, la honra, la independencia de una raza. ¿Qué esperanza teníamos nosotros de vencer al gigante conquistador de nuestro siglo, cuando todas las naciones eran sus vic-

timas, y todos los reyes sus cortesanos? Ninguna. Mas preferimos enterrarnos en los desfiladeros del Bruch, bajo las ruinas calcinadas de Zaragoza y de Gerona destruidas, á ser trofeos de conquistas y esclavos de conquistadores. El hombre no vive un dia. Sus ideas y sus acciones trascienden á todos los siglos. Y para pensar con elevacion de inteligencia y proceder con grandeza de ánimo, debe el hombre convertir los ojos á los tiempos futuros, y sacrificar, si así lo exige el deber, á esos tiempos ilimitados, eternos la vida de un dia. Porque yo creo que después de haber luchado en esta tierra con tantas y tan acerbas desgracias, no podemos esperar reposo ni en brazos de la muerte, si hasta por las concavidades del sepulcro nos persiguen los anatemas de la posteridad. Y estas mismas ideas bullian en el corazon y en la cabeza de Gambetta.

El gobierno de Paris, si no pudo llegar á una victoria, debió llegar á un sacrificio. Pero el dia 23 de Enero ya estaba decidida la capitulacion. Serían las ocho de la noche cuando Julio Favre entraba en la ciudad de Versalles, corte del nuevo Emperador de Alemania. Ya ántes habia intentado este viaje. Mas creyendo Bismark que iba á tratar de conferencias europeas, no prestó oido á su demanda. Solamente al saber que de la paz y de un armisticio se trataba, convino en la entrevista. Acababa de comer el ministro del Imperio, al punto que el ministro de la República descendia á la puerta de su alojamiento. Los cabe-

os de Favre blanquean como si hubiera caido sobre llos la nieve de un siglo. Hondas arrugas atraviesan u rostro amarillento y demacrado, surcos abiertos en ı faz por el trabajo interior de ideas siniestras. Sus ıbios se muestran contraidos por sonrisa amarguísima omo la sonrisa de un cadáver. Los ojos sólo muestran vida, pero la vida de la fiebre. No hay tormenos materiales, ni los infinitos inventados por las imaginaciones místicas de la Edad Media, en sus pinturas lel infierno, que puedan compararse á los tormentos le ese hombre. Las últimas palabras de la conversacion tenida en Ferrieres con el Canciller del Imperio lebian resonar en sus oidos como la trompeta del juicio en los oidos de los réprobos: "no perderémos ni ına pulgada de nuestro territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas."

La primera peticion de Julio Favre fué la salida de as tropas parisienses con todos los honores de la guerra. Negóse Bismark á ello con negativa inapeable. La segunda fué que le evitaran á Paris la huillacion de ver las tropas y las banderas alemanas lentro de sus muros. Bismark convino; pero á conicion de que Paris pagaría doscientos millones de ancos, y entregaría al vencedor todos sus fuertes, eclarándose prisionera de guerra la guarnicion, que epondría las armas. Sólo doce mil hombres de línea de milicia nacional quedarían con el encargo de cusdiar la ciudad y responder del órden. Si el gobier o de Paris creía la resistencia inútil, la defensa impo-

sible, pudo pactar con el extranjero por la ciudad; mas, recluido cuatro meses en los muros, sin conocimiento del estado de Francia, ¿pudo pactar por toda la nacion?

Sin embargo, pactó. Ajustóse un armisticio que debia terminar, á no renovarse, el 19 de Febrero á mediodia. Los ejércitos beligerantes conservan sus posiciones, señalándose una línea de demarcacion en el mapa, dentro de la cual obraran como les pareciera para conservar su respectiva autoridad. El puerto de Dunquerque es designado como línea de armisticio marítimo. Al Este se colocaron las naves alemanas y al Oeste las naves francesas. El armisticio tiene por objeto la reunion de una Asamblea que declare la paz ó la guerra. Los franco-tiradores serán desarmados. La ciudad de Paris se proveerá de víveres libremente. Los prisioneros alemanes serán cangeados. Establécese un servicio de correos entre Paris y las provincias, que deberá pasar por Versalles con la precisa condicion de que todas las cartas vayan abiertas. ¡Tal fué el abominable tratado! No puede abusarse más de la victoria.

La reunion de una Asamblea con esas condiciones, con tal celeridad vertiginosa, bajo el sable de los prusianos, ceñida de tropas enemigas la capital, ocupadas las mejores provincias, prisioneros de guerra quinientos mil electores, perseguidos y proscriptos de los territorios conquistados las familias más patrióticas; la reunion de una Asamblea en cuatro dias, cuando

los caminos de hierro están todos interrumpidos, y los caminos ordinarios borrados por el diluvio de la guerra, paréceme irrision del derecho, burla sangrienta escupida por el vencedor, ébrio de orgullo, á la frente de Europa.

Alsacia y Lorena, ¿envían representantes? Nada se dice con claridad en el convenio de este punto capitalísimo. Si los envían, clamarán á una que no quieren dejar de ser franceses, como claman hasta las piedras de aquel suelo. Si no los envían, el resto de los departamentos se creerá sin autoridad para resolver sobre la suerte de hermanos suyos á quienes no han oido. Y cuatro dias para revisar las actas, para constituirse, para nombrar presidencia y gobierno, para enterarse de los recursos militares y financieros con que cuenta la nacion, para deliberar sobre la política interior, para decidir la paz ó la guerra; problema inmenso, pavorosísimo, que interesa á la humanidad, á Europa, á todos los pueblos; problema que entraña en sí cuestiones innumerables, y que es un asunto de economía, de política, de ciencia, de observacion, de estudio, de meditaciones profundísimas, pues al resolver su solucion, acaso se resuelve la dicha ó la desdicha de cien generaciones, la salud ó la ruina de la civilizacion universal sobre la faz de este planeta.

Me parece mentira que hayamos visto la tribuna francesa, ese altar de las ideas modernas; los oradores franceses, esos legionarios de la libertad; las Asambleas, que han difundido la revolucion por el mundo,

y sacado de las cadenas de los siervos, como chispas, las almas de los ciudadanos; me parece mentira que hayamos visto todos esos grandes representantes de la democracia, antiguo objeto de nuestro culto, profanados por los hulanos, deliberando entre la vibracion de sus sables y el relincho de sus caballos y volviéndose para decidir de la suerte de su pátria, á ver la hora suprema que les ha escrito con sangre francesa en la pared, la huesosa mano de Bismark: ¡oh afrenta!

Imagínese cuánta seria la extrañeza de Gambetta en el momento de recibir esas noticias. El primer rumor vino al Oeste por las correspondencias del *Times*, verdadera Gaceta del Canciller Imperial. Gambetta se apresuró á desmentirlo. Hacía pocas horas que el ministro de la revolucion acababa de pronunciar un discurso en Lila, conjurando vigorosísimamente á todos los franceses á que pelearan con ahinco, sí, con desesperacion de la propia vida, pero con esperanza firme en la inmortalidad de la pátria. El vigor de la enérgica frase de Gambetta parecía tomar filo y corte en la adversidad, y templarse en las lágrimas que silenciosamente venian á sus ojos para caer, contenidas por su viril ánimo é invisibles á cuantos le rodeaban, como una lluvia de plomo derretido sobre aquel gran corazon. Gambetta decía con razon que un pueblo decidido á vencer no puede ser vencido.

Imposible describir la impresion que en ánimo tan fuerte como el ánimo de Gambetta, producía la con-

firmacion súbita de las noticias llegadas por la prensa inglesa.

Un rayo hirió su frente cuando el telégrafo le dijo que el gobierno habia ajustado la capitulacion para la capital, y el armisticio para toda Francia. Cuéntase que un ataque epiléptico le sobrecogió y que estuvo en gravísimo peligro su existencia. Burdeos se exaltó como se exaltan los pueblos meridionales, con delirio. Los edificios públicos no bastaban á contener las numerosísimos reuniones en que la suerte de Francia se discutía. Todos unánimes protestaban contra el armisticio y pedian la guerra sin tregua, la guerra á todo trance. Muchas de estas reuniones enviaron sus comisiones á Gambetta para sostenerle en tan amargo trance y alentarle en su enérgica fé. No pudieron verlo, porque se habia encerrado, entregándose á todo el dolor de su corazon y á todas las meditaciones exigidas por la tremenda responsabilidad que su nombre le imponía ante su pátria y ante la historia.

Supremas horas aquellas. ¿Aceptaba el armisticio? Perdía su significacion política, soltaba de las manos su bandera, desdecía el ideal de su vida, abandonaba la pátria á la misma debilidad mil veces maldecida en aquellas proclamas suyas, cuyos viriles acentos recogerá la historia. Gambetta cree haber merecido que la posteridad le señale como un francés incapaz de dudar ni un momento de la inmortalidad de Francia. No podía, pues, aceptar el armisticio. Pero si lo rechazaba, la guerra civil sobrevenía, con la guerra civil

la division del gobierno, con la division del gobierno la division del partido republicano, con la division del partido republicano la muerte de la República, con la muerte de la República la muerte de Francia. Horas angustiosas. Aceptar el armisticio era el propio suicidio; rechazarlo era el sacrificio de Francia. En crisis tan extraordinaria y suprema, Gambetta resolvió declarar que la guerra se sostendría rudamente. El armisticio, en su sentir, sólo sería una tregua, y la tregua una escuela de disciplina. Imposible creer que muera Francia. Y Francia votará por medio de sus representantes la integridad de su independencia, la salvacion de su honra, y todos los recursos en gentes y dinero indispensables á salvar estos dos sagrados intereses que todo francés ha recibido en depósito de las pasadas generaciones y ha de trasmitir á las generaciones venideras. Estas eran las últimas esperanzas de Gambetta.

Pero bien pronto volvía á la desesperacion. Lo más triste del caso era que preguntaba al gobierno de Paris particularidades del armisticio, y no recibía repuesta. Decía que viniesen á Burdeos, como habian prometido, algunos de los ministros, y no llegaban. Para mayor confusion y tristeza, el armisticio no se cumplía en el Este. Los prusianos, pretestando que aquellos departamentos les tocaban por la distribucion convenida, perseguían á los soldados de Bourbaky al mismo tiempo que bombardeaban á Belfort, la gran fortaleza de Vauban, último refugio en el alto Rhin de

la bandera tricolor. Los infelices soldados de Bourbaky, después de haber pasado unos dias horrorosos; después de haber recorrido largas jornadas á doce grados bajo cero, sobre la nieve petrífica, casi desnudos, muertos de hambre, porque la furia de los elementos habia cortado todas las comunicaciones; al tocar á la frontera de Suiza, á la tierra neutral, á la tierra de refugio, son cañoneados sin piedad por los prusianos; y mueren á cientos, fuera de combate, sin responder á la agresion, sin haber empeñado ni sostenido batalla, víctimas de una ferocidad increible al mundo civilizado, deshonrosa para ese ejército aleman, que pretendiendo representar la más alta cultura europea, reproduce todas las salvajes iras de la más cruel, de la más implacable barbarie. Las tierras cercanas á Suiza se hallan en aquel momento sembradas de cadáveres.

La ansiedad de Francia es inmensa. ¿Cuáles serán las condiciones de paz que el vencedor imponga á esta tierra tan destrozada, tan profundamente herida? Tal es la pregunta que todo el mundo se dirige en Burdeos.

Gambetta convoca la Asamblea con el propósito de que se niegue á todas las condiciones onerosísimas que se referían, y sostenga la guerra, más gloriosa cuanto más desesperada. A este fin pone en su decreto de convocatoria cláusulas gravísimas. La primera es que ninguno de los príncipes que pertenecen á las varias familias pretendientes de una restauracion monárquica, pueden ser elegidos. Yo apruebo esta cláusula.

Pero Gambetta añadió á esta cláusula otra que yo altamente reprobé entónces. Declaró incapacitados para aspirar á la diputacion á todos los ministros, á todos los senadores y á todos los candidatos oficiales del Imperio. Es una restriccion arbitraria al sufragio universal, que no puede defenderse ni por razones de justicia, ni por conveniencias de política. Si Francia, al verse en el abismo de todas las desolaciones, al ahogarse en el diluvio de sangre que sobre ella ha llovido el cesarismo, al tender la vista mortecina sobre las ruinas amontonadas en su privilegiado suelo y los cadáveres amontonados en las ruinas, hubiera elegido á los viles cortesanos, que después de haberla deshonrado en la opresion, la han vendido á la conquista; Francia, falta de todo instinto nacional, sería un órgano muerto, corrupto de la humanidad; y merecería la suerte de Polonia, merecería que su territorio fuera desmembrado y maldecido su nombre. Yo creo que es injuriar á Francia, que es proseguir la política autoritaria, que es sentar un funesto antecedente ese acuerdo por el cual se votará la República, cual se votó el Imperio, entre listas de prescripciones, que la República no há menester, porque es la expresion de la justicia, y con su luz le basta para vivificar á los buenos y deshacer, como cadáveres insepultos, á los perversos.

El gobierno de Paris envió uno de sus individuos, Julio Simon, á Burdeos, encargándole de promulgar un decreto de convocatoria en el cual ninguna de las

exclusiones de Gambetta era reconocida. Julio Simon no tuvo periódico oficial donde publicar su decreto, porque Gambetta habia promulgado el suyo é impedido el que traian los miembros del Gobierno. En esto Bismark protesta tambien contra el decreto de Gambetta y dice que no se ha decretado el armisticio para traer una Asamblea de ese género, sino una Asamblea libremente elegida por toda la nacion y que á toda la nacion represente. Gambetta escoge la ocasion para sobreponerse al Gobierno de Paris, y denunciar ante Francia, que los excluidos por su decreto son los cómplices de la invasion, los cortesanos de Bismark, los que entregarían cien veces por restaurar su dominacion propia al conquistador en girones la pátria. Pero el Gobierno de Paris al cabo es el Gobierno obedecido, y Gambetta se retira del poder.

¡Pobre Francia! Nunca fué tan grande el eclipse de un pueblo. Miéntras así la nacion vencida se desgarra en las inmensas y riquísimas salas de Versalles, bajo aquellas bóvedas á cuya sombra Francia ha reunido los simulacros de sus glorias militares, coronado por la terrible sentencia de Luis XIV, "sólo el rey gobierna," en la cual se halla contenido todo el absolutismo; los magnates de Alemania han proclamado á Guillermo de Prusia, que presenta todas las insignias imperiales, huesos humanos por cetro, incendio por resplandores, ruinas por trofeos, cráneos apilados que sirvan de gradas á su trono, y oceanos de sangre

en que teñir su manto de púrpura, digno sudario de un pueblo suicida.

Ese Imperio tiene que sentarse sobre el cadáver de un pueblo, y se sienta sobre el cadáver de Francia. Lo único que en esta triste noche de la conciencia humana, á cuyas sombras una grande nacionalidad ha sido asesinada, lo único que nos consuela es pensar que los pueblos resucitan como el Cristo del Evangelio. Ese Emperador Guillermo ha pasado dias de su juventud errante, sin corona, sin pátria, porque otro Emperador, cien veces más conquistador y más glorioso que él, destrozaba el reino de Prusia bajo las herraduras de su caballo de guerra. Y Prusia resucitó, y Prusia se vengó. ¿Por qué no resucitará Francia? ¡Ay, Emperador de Alemania, ay de los tuyos el dia de su venganza!

Y no lo dudeis: de hoy en adelante la política de Gambetta no tendrá más que este sentido, no tendrá más que este objeto: la venganza de Francia.

DELFINA GAY.

DELFINA GAY.

(PRIMERA ESPOSA DE EMILIO GIRARDIN.)

Ninguno de cuantos han cultivado las letras en nuestro tiempo, puede olvidar á esta insigne mujer, que por su talento, por su gracia, encantó á toda una época. No debe ser contada Delfina entre los soles de la literatura moderna. Ni atrae á sí planetas, mundos; ni de sí despide la luz de la inmortalidad. Delfina es como la mústia y argentada luna, que derrama pálida luz de reflejo, pero luz siempre poética. Su elegancia en el decir, su delicadeza en el pensar: la ternura del sentimiento, la verdad de sus emociones, y el pintoresco lenguaje en que las comunicaba á sus lectores, hánle dado un puesto envidiable en la literatura moderna, del cual no podrán lanzarla, nó, los dos

vicios de las generaciones presentes: la triste ingratitud y el negro olvido.

Delfina escribió poesías líricas, dramas, tragedias, comedias, novelas, folletines, revistas de Paris, con una inspiracion nunca agotada y con éxito pocas veces desmentido. Ninguna de sus obras lleva el sello del génio. Ninguna tiene la perfeccion de las armoniosas obras clásicas. Ninguna esa colosal grandeza, muchas veces desproporcionada y monstruosa, que alcanzó la literatura romántica. Pero en cambio todas son modelos de femenil gracia, todas melódicas, todas propias para dar al ánimo reposo y á la imaginacion dulces encantos.

Hay en Francia un género de literatura que no ha podido aclimatarse entre nosotros, la literatura de salon. Brillan mucho en este género las mujeres, que atraen á su alrededor admiradores con sus gracias, y los mantienen á su culto adheridos con el ingenio y la elocuencia. Una literatura así, por fuerza ha de ser una literatura superficial, aunque al mismo tiempo sea una literatura amena. Hay en ella más ingenio que inspiracion, más arte que puras y verdaderas ideas. Le falta siempre ese profundo sentido íntimo que en tan alto grado posee la literatura alemana, como subjetiva, íntima, profundamente psicológica, engendrada en las entrañas de la conciencia. Un poeta ó un escritor, que se inspira en una tertulia, que pretende el fugaz triunfo del momento, que se paga de la aprobacion arrancada por una rápida y preparada lectura,

al oido, fácil de seducir, convertirá obras, necesitadas para brillar de la luz eterna y del aire libre, en desdichadas plantas de estufa.

La poesía, áun la más subjetiva, es eminentemente social. Así el poeta épico antiguo, como el poeta lírico, tenian por coro todo su pueblo. Las odas de Píndaro se cantaban al son de la música en los juegos griegos. Todos creían oir en los acentos del poeta sus propias ideas, por un lenguaje divino expresadas, para ser recogidas de la posteridad. En el rumor oceánico del alma de un pueblo hay siempre torrentes de inspiracion para un poeta. Por eso he dicho que toda poesía, áun la más subjetiva, es eminentemente social. Pero no confundais la sociedad, al inmortal sér, donde todas las ideas desaguan y donde todas las ideas se forman y condensan, no la confundais con las sociedades artificiales reunidas en los salones. Cuando la tribuna enmudeció; cuando calló la libertad del espíritu; cuando los Césares reemplazaron á los cónsules, y las legiones al Senado, la poesía en el mundo clásico agonizante dejó de ser de la sociedad, para pasar á ser de los salones, y en los salones adquirió esa hinchazon, que era como la hinchazon de un cadáver.

Ciertamente la literatura de los salones franceses no es hinchada. En Francia, como en Grecia, difícilmente se pierde el gusto. Pero si no es hinchada, es ligera, es trivial. No abrireis un libro de la grande época literaria francesa, que se extiende desde el pri

mero al segundo Imperio, no abrireis un libro, sobre todo de Memorias, en que no se hable de Madama Recamer. ¿Y podeis explicaros hoy el secreto de su fama? Toda su fama proviene de su salon. Una musa de los salones era Delfina Gay.

Educóse en modestísimo hogar, que casi casi confinaba con la miseria. Su padre habia ocupado una alta posicion administrativa en Aquisgram, anexionada al Imperio francés; mas cayó en desgracia, fué declarado cesante, y desde entónces el trabajo literario de la madre de Delfina quedó como único recurso de la familia. Así criábase y crecía en casa estrecha, donde una misma habitacion servía de recibo, de comedor y de alcoba. Sin embargo, habian procurado sus padres dos oásis en aquella casa: una pequeña terraza en que habia flores y pájaros que distraían y encantaban á la pobre niña; un tocador, donde algunos restos opulentos, salvados del naufragio de su fortuna, se hallaban reunidos y donde escribía Delfina sus primeros versos.

La reputacion literaria de su madre le dió muchos amigos ilustres; su propia hermosura muchos adoradores de todas condiciones. A los diez y ocho años era una perfecta beldad. Cuantos la vieron por aquel tiempo, la recuerdan como una de esas apariciones celestes que vienen á ejercer sobre la tierra todo el mágico poder de la hermosura. Alta, esbelta, flexible, de majestuoso continente, de anchos hombros, de torneado cuello, de esférico cerebro, de largos y rubios

cabellos, que caían como rayos de luz sobre sus espaldas en sedosos rizos, unía á todos estos atractivos personales, su color blanco cual la nieve y sus ojos azules como el cielo. Había en toda su persona una mezcla del tipo inglés con el tipo romano, que encantaba á cuantos la veían. Y á estas prendas naturales juntaba esa amabilidad, que le imponía, no sólo su propio instinto, sino tambien la educacion de una madre necesitada, que libraba todas las esperanzas de una vida mejor en la hermosura y el talento de su hija.

En 1822 envió á un certámen de la Academia su primera poesía, que le dió extraordinaria celebridad Los contertulios de la terraza compitieron todos en alabar á la jóven Musa, confundiendo el entusiasmo por sus versos con la admiracion por su hermosura. En esta poesía cantaba el heroismo de las hermanas de la Caridad, y en otras sucesivas cantó la muerte de Napoleon, la muerte del general Foy, el glorioso alzamiento de los griegos por su independencia, la consagracion de Cárlos X, el regreso á Roma de los cautivos rescatados en la toma de Argel, el dia último de Pompeya con todos sus trágicos horrores, la peregrinacion al cabo Miseno, esmaltado por tantos clásicos recuerdos.

Todas estas poesías revelan más bien las emociones que las ideas. El alma de la jóven es una lira que el menor viento agita, un lago que cambia de matiz al menor beso de la luz. Su corazon, como blanda cera, admite todas las opiniones de su tiempo. No espereis

elocuencia; es otra el teatro. Ahí no caben las reputaciones artificialmente construidas por la amistad ó por la intriga. No se triunfa de todo un público sino por el mérito. La audacia de su marido, á quien amó y admiró siempre, le prestó audacia. La amistad de Raquel, que dominaba la escena con su génio, la alentó y la mantuvo en su propósito. Tuvo muchas derrotas en este género de literatura. Mas tambien tuvo dos ruidosísimas victorias; una en la tragedia clásica, en aquella *Cleopatra*, que parecía resucida de su tumba de Egipto, y la otra en aquel apólogo hermosísimo de *Foie fait peur*, en que su alma de mujer se revela en toda su intimidad, en toda su delicadeza y arranca esas lágrimas que forman los diamantes eternos de la corona del génio.

En el zenit de la gloria, en el colmo de la fortuna, querida de sus amigos, respetada de los adversarios, que la política habia dado á su familia, cuando su ingenio dominaba más, cuando su talento llegaba á la madurez, una tísis consume las fuerzas de la pobre Delfina, extingue su existencia, y en estrellada noche de Junio, mirando desde la cámara donde habia sentido tantas veces la mística visita de la inspiracion, mirando el cielo y los mundos, que centellean, se duerme para siempre con la sonrisa en los lábios, como si hubiera subido de esta vida á otra vida por la escala invisible de una divina armonía.

MADRID, 1871.

A NUESTROS SUSCRITORES.

Al publicar el último tomo (V) de esta publicacion, que tan favorable acogida ha obtenido del público y que con tanta avidez es esperada, ofrecimos para el inmediato la biografía de **Napoleon III**, personaje que durante mucho tiempo ha absorbido la atencion de Europa y la ocupa aún por las recientes catástrofes que ha atraido sobre Francia. Teniamos entónces las primeras partes de esa obra; mas por lo mismo que el personaje tiene colosales proporciones, el autor ha querido esmerarse en su trabajo, al que ha dado gran extension y revestido de tales formas, que puede asegurarse que llamará poderosamente la atencion del viejo y el nuevo mundo. Para no interrumpir la lectura de ese no abilísimo trabajo, cuya terminacion se ha retardado por enfermedad del autor, hemos decidido dar los tres ó cuatro tomos de que constará en un sólo volúmen, cuya impresion se halla muy adelantada.

Miéntras tanto, hemos impreso las dos biografías que constituyen el presente tomo, de **Mr. Gambetta** y **Mad. Girardin**, que, como todo lo que sale de la brillante pluma de Castelar, son notabilísimas.

Podemos asegurar á nuestros lectores que, una vez publicada la semblanza de **Napoleon III**, no sufrirá retraso la obra, y que á esa seguirán las de la inspirada poetisa **Carolina Coronado**, el historiador **Michelet**, el inolvidable orador **Donoso Cortés**, el Presidente **Grant**, el filosófico poeta **Campoamor**, la actriz **Georges**, el pintor **Ingres**, la Emperatriz **Eugenia**, el afamado Doctor **Veron**, el célebre **López de Ayala**, el historiador **Ferrari**, el ciudadano **Orense**, la Marquesa **Oswault**, el filósofo Víctor **Cousin** y otros, cuyos originales en su mayor parte se hallan ya en nuestro poder.

El Editor.

Habana, 20, Enero, 1872.